

Los Pésimos Ejemplos De Dios

...Según La Biblia

Pepe Rodríguez

Índice

<u>Introito brevísimo.....</u>	6
<u>ALGUNOS DATOS BÁSICOS PREVIOS SOBRE LA BIBLIA Y SUS DIFERENTES VERSIONES.....</u>	9
<u>Capítulo 1 - «Cada palabra y ejemplo de la Biblia tiene a Dios como autor»... y este libro se limitará a reproducir lo que dicen que dijo.....</u>	14
<u>Capítulo 2 - Mandatos legislados por Dios que la cristiandad prefiere dar por no dichos, aunque siguen vigentes en la Biblia.....</u>	22
<u> DIECISÉIS MANDAMIENTOS INMORALES DE DIOS.....</u>	25
<u>Capítulo 3 - Dios premió a cobardes, trámpagos y ladrones.....</u>	30
<u> COBARDÍA QUE ENRIQUECE: ABRAHAM HIZO PASARA SU ESPOSA SARA POR HERMANA Y LA ENTREGÓ AL PLACER DE REYES, LOGRANDO ASÍ UNA FORTUNA... Y EL CASTIGO DIVINO DE MUCHOS INOCENTES.....</u>	30
<u> DE CHANCHULLERO A PATRIARCA: JACOB ENGAÑÓ A SU HERMANO ESAÚ Y A SU PADRE ISAAC, CIEGO, PARA APODERARSE DE LOS DERECHOS DE PRIMOGENITURA.....</u>	34
<u> ROBAR EN FAMILIA NO ES PECADO: JACOB SE ENRIQUECIÓ DESVALIJANDO AL TRAMPOSO DE SU TÍO Y SUEGRO LABÁN.....</u>	36
<u>Capítulo 4 - Dios consideró hombres justos a quienes ofrecieron a sus hijas o esposas para ser violadas por la chusma.....</u>	41
<u> CARNE DE MUJER PARA SALVAR EL ORGULLO DE VARÓN: LOT OFRECÍÓ A SUS DOS HIJAS VÍRGENES PARA IMPEDIR QUE LOS SODOMITAS VIOLASEN A DOS ÁNGELES.....</u>	41
<u> VIOLENCIA DE GÉNERO CONTRA LA MUJER: EL LEVITA QUE, PARA EVITAR SER VIOLADO POR LOS HOMBRES DE GUIBEA, LES ENTREGÓ A SU MUJER, DE QUIEN ABUSARON HASTA LA MUERTE, Y PROVOCÓ UNA GUERRA CON MILES DE MUERTOS Y CIENTOS DE ESCLAVAS SEXUALES.....</u>	43
<u>Capítulo 5 - Incestos a mayor gloria del pueblo de Dios.....</u>	47
<u> LAS HIJAS DE LOT EMBORRACHARON A SU PADRE PARA TENER SEXO CON ÉL Y QUEDAR PREÑADAS.....</u>	47
<u> DE CÓMO DIOS MATÓ A DOS HIJOS DE JUDÁ (SIN DAR RAZÓN NINGUNA) Y ÉSTE ACABÓ PREÑANDO A SU NUERA TAMAR CREYENDO QUE ERA UNA RAMERA.....</u>	50
<u> ONÁN, MUERTO POR DIOS POR NO EYACULAR DENTRO DE SU CUÑADA CUANDO SE ACOSTABA CON ELLA.....</u>	52
<u> LA VIOLACIÓN DE TAMAR POR SU HERMANO AMNÓN, HIJO DE DAVID, LA CARNICERÍA POSTERIOR Y EL SILENCIO ABSOLUTO DE DIOS.....</u>	54
<u>Capítulo 6 - Dios premió a quienes fueron pésimos padres para sus hijos.....</u>	59
<u> NOÉ, BORRACHO Y DESNUDO, MALDIJO A UN NIETO YA SU DESCENDENCIA PORQUE SU HIJO MENOR LE VIO EN TAL SITUACIÓN....</u>	59

<u>LA ENVIDIA COCHINA DE UNA MADRE CONTÓ CON EL BENEPLÁCITO DIVINO: ABRAHAM EXPULSÓ DE SU CASA AL NIÑO ISMAEL, SU PRIMER HIJO TENIDO CON LA CRIADA AGAR.....</u>	61
<u>LOS HIJOS NO SON NADA: ABRAHAM ACATÓ LA ORDEN DE DIOS DE SACRIFICAR A SU HIJO ISAAC SIN DECIR NI MU Y ENGAÑÁNDOLE PARA LLEVARLO HASTA EL HOLOCAUSTO.....</u>	62
<u>JEFTÉ, JUEZ DE ISRAEL, ASESINÓ A SU HIJA ÚNICA PARA CUMPLIR LO PACTADO CON DIOS.....</u>	63
<u>MESA, EL REY MOABITA QUE SALVÓ SU PAÍS DE LA DESTRUCCIÓN ISRAELITA Y DE LA FURIA DE DIOS INMOLANDO A SU HIJO MAYOR.....</u>	66
<u>DIOS ORDENÓ: SI TIENES UN HIJO REBELDE, ¡MÁTALE!.....</u>	67
<u>Capítulo 7 - Dios consideró a las mujeres como objetos de cama y pillaje, aptas siempre para recibir castigos ejemplares.....</u>	69
<u>UN BOTÍN DE GUERRA PROTOTÍPICO, SEGÚN EL MANDATO DE DIOS: GANADO, VACUNO, BURROS Y ¡MUJERES VÍRGENES!.....</u>	70
<u>DIOS MATÓ A NABAL PARA FACILITAR QUE DAVID SE VENGASE (SIN ENSUCIARSE LAS MANOS) Y PUDIESE APROPIARSE DE SU ESPOSA Y RIQUEZAS.....</u>	71
<u>FORZÓ A UNA CASADA A SER SU AMANTE, HIZO MATAR A SU MARIDO Y LOGRÓ SER UNO DE LOS HOMBRES MÁS CELEBRADOS DE LA BIBLIA. FUE EL REY DAVID, EL ELEGIDO POR DIOS PARA GLORIFICAR A SU PUEBLO.....</u>	73
<u>DIOS LE DIO COARTADA Y EXCUSAS A LOS VARONES CELOSOS PARA HUMILLAR A SUS MUJERES Y HACERLAS ABORTAR.....</u>	78
<u>AARÓN Y MIRIAM, HERMANOS DE MOISÉS, MURMURARON DE ÉL, PERO DIOS SÓLO CASTIGÓ CON LA LEPROSIA A LA MUJER, AL VARÓN NI LE ROZÓ.....</u>	80
<u>DIOS RECURRÍÓ A COMPARACIONES PORNOGRÁFICAS, DEGRADANTES PARA LAS MUJERES, PARA RELATAR CUÁN PECADORAS FUERON LAS GENTES DE ISRAEL Y JUDÁ.....</u>	81
<u>Capítulo 8 - Dios hizo trampas, manipuló voluntades y jugó con muchas vidas a fin de poder lograr algunos de sus gloriosos episodios.....</u>	87
<u>DIOS IMPIDIÓ QUE LA HUMANIDAD PUDIERA ENTENDERSE Y COLABORAR: LA CANALLADA SE PERPETRÓ EN BABEL.....</u>	88
<u>DIOS OBLIGÓ A CONVERTIRSE EN MUY MALOS A LOS «MALOS» PARA PODER LUCIRSE ANTE SU GENTE: LA VERDAD SOBRE UN POBRE FARAÓN Y SU PUEBLO A LOS QUE DIOS MASACRÓ CON PLAGAS Y ASESIATOS PARA HACERSE «FAMOSO».....</u>	89
<u>BРИBONES EN GUERRA: DIOS DERROTÓ A LOS AMALECITAS PERMITIENDO QUE MOISÉS HICIESE TRAMPA CON SU BASTÓN MÁGICO.....</u>	97
<u>DIOS SE APOSTÓ LA FIDELIDAD DE JOB CON UNO DE SUS ÁNGELES... UN JUEGO POR EL QUE MATÓ A MUCHOS INOCENTES Y ARRUINÓ Y TORTURÓ A TAN SANTO Y PACIENTE VARÓN.....</u>	98
<u>EPÍLOGO NEOTESTAMENTARIO SOBRE LA AFICIÓN DE DIOS A TORTURAR A QUIENES LE GUARDAN FIDELIDAD ABSOLUTA DE MODO BIEN EVIDENTE.....</u>	101

<u>Capítulo 9 - Traidores y asesinos para mayor gloria de Dios y de su pueblo.....</u>	<u>104</u>
<u>SALVARON A LA RAMERA QUE TRAICIONÓ A LA CIUDAD DE JERICÓ,</u>	
<u>PERO PASARON A CUCHILLO A TODOS LOS DEMÁS HABITANTES.....</u>	<u>104</u>
<u>UN VARÓN, EHUD, Y DOS MUJERES, YAEL Y JUDIT, PROTOTIPOS</u>	
<u>BÍBLICOS DEL ASESINATO SELECTIVO PERPETRADO A TRAICIÓN Y CON</u>	
<u>LA AYUDA DE DIOS.....</u>	<u>107</u>
<u>JEHÚ, TRAIDOR, ASESINO SANGUINARIO Y USURPADOR DEL TRONO DE</u>	
<u>ISRAEL POR VOLUNTAD DE DIOS.....</u>	<u>111</u>
<u>Capítulo 10 - Dios usó para sus planes a varones rematadamente necios.....</u>	<u>117</u>
<u>SANSÓN, UN JUEZ PRONTO DE BRAGUETA Y MUY CORTO DE</u>	
<u>ENTENDEDERAS.....</u>	<u>117</u>
<u>EL GRAN SALOMÓN: UN BISOÑO AL QUE DIOS, TRAS HACERLE REY,</u>	
<u>TUVO QUE DARLE INTELIGENCIA.....</u>	<u>122</u>
<u>Capítulo 11 - Dios no dudó en matar a muchos inocentes... incluso bajo el pretexto de</u>	
<u>castigar a varones que se limitaron a obrar según sus mandatos.....</u>	<u>124</u>
<u>DIOS ARRASÓ A SU PUEBLO CON LA PESTE PARA CASTIGAR AL REY</u>	
<u>DAVID... ¡POR HABER CUMPLIDO SIN CHISTAR UNA ORDEN DIVINA! ..</u>	<u>124</u>
<u>DIOS DISPUSO LA LAPIDACIÓN DE ACÁN Y DE SU FAMILIA POR</u>	
<u>QUEDARSE CON ALGUNOS BIENES HALLADOS EN LOS RESTOS DE</u>	
<u>JERICÓ, ¡UNA CIUDAD MASACRADA POR ORDEN DIVINA!.....</u>	<u>126</u>
<u>DIOS HIZO MORIR A UN PROFETA QUE SE NEGÓ A DARLE UNA PALIZA A</u>	
<u>OTRO PROFETA.....</u>	<u>129</u>
<u>Capítulo 12 - Dios fue inmisericorde cuando reguló la esclavitud, mató a cientos de miles,</u>	
<u>ordenó masacrar -a innumerables inocentes y lanzó terribles maldiciones sobre su grey..</u>	<u>132</u>
<u>DIOS GUSTA DE LA ESCLAVITUD... Y LA REGULÓ MINUCIOSAMENTE..</u>	<u>133</u>
<u>DIOS BENDIJO Y POSIBILITÓ QUE DOS PROFETAS CON MUY MALAS</u>	
<u>PULGAS, ELÍAS Y ELISEO, MATASEN A PLACER A DECENAS DE</u>	
<u>INOCENTES.....</u>	<u>136</u>
<u>DIOS MATÓ POR PROPIA MANO A CIENTOS DE MILES Y EXIGIÓ QUE SU</u>	
<u>PUEBLO PERPETRASE ENORMES MATANZAS SIN PIEDAD Y SIN FIN.....</u>	<u>140</u>
<u>LAS MALDICIONES DE DIOS A SU PUEBLO... ¡QUE TODAVÍA ESTÁN</u>	
<u>VIGENTES!.....</u>	<u>152</u>
<u>Anexo. Cuadro de hechos notables de la historia de Israel y Judá y época de redacción de</u>	
<u>los textos más importantes del Antiguo Testamento.....</u>	<u>157</u>
<u>Glosario de siglas.....</u>	<u>159</u>
<u>Bibliografía.....</u>	<u>160</u>

Introito brevísmo

Vaya por delante que este libro está escrito en coautoría. El 90 % del texto es la palabra de Dios en estado puro, esto es, tal como se recoge en la Biblia, y el resto son simples comentarios de un pobre autor al que el Altísimo sólo dotó de sentido común, pero no de fe.

Si a algún lector no le gusta su contenido, que dirija sus protestas ante el autor de la Biblia, ya que este escritor no le ha cambiado ni una palabra a lo que los representantes autorizados de Dios certifican que dijo.

Escribir este libro no tendría ningún sentido si la Biblia se considerase una colección de textos inconexos procedentes de antiguas leyendas mesopotámicas y egipcias, y de tradiciones orales de pastores nómadas incultos —en relación al nivel que tenían la mayoría de las sociedades con las que se relacionaron y coexistieron— que, tras muchos siglos de remiendos y añadidos fueron recogidas, ampliadas y reelaboradas por «profetas» y clérigos muy listos al servicio de los intereses políticos, encubiertos bajo reformas religiosas, de reyes ambiciosos como Ezequías¹ o Josías². Pero no, tal como veremos más adelante, la Biblia es la palabra de Dios y él es el único inspirador-autor de todo lo que contiene esa colección de libros tan dispares.

Me perdonará el lector el atrevimiento de confesar, de entrada, que el sentido común con el que Dios me creó y los conocimientos que el Altísimo ha puesto a mi alcance³ me inclinan a pensar que nada hay de divino en la más humana de las obras. ¿Pero quien soy yo para llevarle la contraria a unos dos mil millones de cristianos que creen a pies juntillas que la Biblia la escribió Dios? Nadie, claro; ya me lo han dicho algunos católicos muy irritados a causa de otros libros míos; textos que aunque no han visto ni leído sí han repudiado preventivamente. ¡Qué cómoda es la fe de esa gente! ¡les evita leer montañas de

¹ Ezequías subió al trono de Judá hacia el año 715 a.C. y reinó unos 29 años. Para recuperar la autonomía de su país y reforzar su identidad tras su vasallaje ante Asiria, emprendió una profunda reforma religiosa con la ayuda de redactores como el profeta Isaías —creador, entre otros aspectos fundamentales, de las bases del mesianismo davídico (Is 11,1-2)—, arrojándose legitimidad en base a las leyes y textos de la fuente bíblica denominada sacerdotal, que fue redactada para la ocasión —e introducida entre los textos de Génesis, Éxodo, Levítico y Números— y que es la responsable de cambios doctrinales y teológicos fundamentales respecto a las tradiciones yahvista y elohísta anteriores.

² Josías llegó al trono de Judá hacia el año 640 a.C., a la edad de 8 años (según la Biblia), y se quedó en él 31 años, alcanzando un prestigio cercano al del rey David. Al igual que hizo su predecesor Ezequías, emprendió una segunda reforma religiosa a fin de poder tener un instrumento político con el que vertebrar a su pueblo mediante una nueva ideología y una nueva ley divina. Los redactores de los nuevos textos ad hoc fueron profetas como Jeremías y Baruc, ambos prolíficos autores de los textos deuteronómicos. La joya de la corona fue el Deuteronomio, un marco legislativo que logró su fuerza para ser acatado al serle atribuida su autoría al tandem Yahvé/Moisés y que, para dar mayor credibilidad a la falsificación, se presentó como unos rollos hallados casualmente bajo los cimientos del templo de Jerusalén [Cfr. Rodríguez, P. (1997). Mentiras fundamentales de la Iglesia católica. Barcelona: Ediciones B, pp. 57-63].

³ Todo ello, claro está, en el caso hipotético de que algún dios hubiese creado algo alguna vez y de que se ocupase en algún momento de orientar alguna decisión o responsabilidad humana.

libros —los míos no son los únicos que rechazan, ni mucho menos— al tiempo que les hace sentirse seguros y orgullosos poseyendo como capital máspreciado todo lo que ignoran!

En esta ocasión, sin embargo, no cometeré la torpeza de cuestionar lo fundamental de la Biblia. Si unos dos mil millones de creyentes dicen que es la palabra de Dios, sea pues así. No se hable más. En todo este libro aceptaré sin la menor duda que cada uno de los textos, ejemplos, leyes, actos, conductas... que aparecen en las páginas de la Biblia son la palabra y la voluntad de Dios, la expresión de su carácter y la transmisión de sus enseñanzas más principales a través de los actos que confesó haber realizado directamente y de los que avaló, secundó y bendijo en los protagonistas bíblicos que el Altísimo escogió expresamente para llevar a cabo cada uno de sus planes para el mundo.

Para bien de los lectores, ante la eventualidad de que mi impericia natural para analizar lo sobrenatural —causada por la falta de fe que Dios me dio como cruz personal— me lleve a ver en los relatos bíblicos enseñanzas algo diferentes a las que dicen hallar doctos prelados y pastores de afamado prestigio entre su grey, y que, en consecuencia, acabe por sumirles en el error, en este libro se ha tomado la precaución de suministrar en todo momento la auténtica y genuina palabra de Dios, reproducida siempre en medio de un contexto generoso y literal, a fin de que cada cual pueda juzgar por sí mismo el contenido de los capítulos y de los versículos bíblicos aquí transcritos y, al mismo tiempo, pueda aquilar la medida o desmesura de las conclusiones —siempre discutibles— a las que llegó este autor.

Con todo, siempre consuela saber que las llamas del infierno pasaron ya de moda y, por el momento, no son la eternidad que aguarda a quienes no acatan la visión monocolor de la dogmática oficial. Así al menos lo dejó dicho el papa Wojtyla en agosto de 1999, cuando, tras regresar de sus vacaciones, en una audiencia semanal, declaró que «las imágenes utilizadas por la Biblia para presentarnos simbólicamente el infierno, como un horno en llamas o un estanque de fuego donde reina el rechinar de dientes, deben ser interpretadas correctamente. El infierno es la situación de quien se aparta de modo libre y definitivo de Dios». Pero ni este autor ni sus lectores pretendemos hacer tal cosa ¿cómo apartarnos de Dios si en todo este libro no haremos más que leer su palabra directa y eterna dándola por cierta?

Cualquier lector sensato podrá acusarme de insensato por tomar en su literalidad los relatos bíblicos, y le sobrará razón para ello, pero la cuestión no es si este autor ha descendido o no en la escala evolutiva sino el hecho de que, de modo expreso e intencionado, se ha prestado a hacer lo mismo que practican dos mil millones de creyentes, pero sin hacer trampas.

Me parece una indecencia intelectual y moral usar partes de la Biblia —a menudo meros fragmentos de un versículo— para tomarlos por «palabra de Dios» merecedora de adoración, mientras que la inmensa mayoría de los escritos bíblicos, incluso el contexto de las citas elegidas —que frecuentemente contradicen el significado dado a la mismas— se ignoran a sabiendas, o se reducen a letra profana tildándolos de poesía, metáfora, historia, tradición... Claro que la Biblia es todo eso, además de un compendio reelaborado y maquillado de mitos paganos muy diversos y bien conocidos, pero ¿por qué debe tomarse

por «palabra de Dios» una parte de un párrafo y despreciar el resto considerándolo como mera paja o decorado? La dogmática católica y cristiana, tal como se verá más adelante, obliga a creer que cada palabra de la Biblia procede de Dios mismo... aunque los exegetas autorizados recortan y retuercen esa «palabra de Dios», que es inmutable —dicen—, por donde les da su santísima gana.

Cuando uno se ha leído la Biblia varias veces y con espíritu analítico, no puede menos que darse cuenta de que es el más contradictorio de los libros, ya que a cada afirmación en un sentido se le puede encontrar otra o varias en sentido contrario ¡y todas realizadas por el mismo Dios, claro está!

Es bien conocido el mandato divino que Dios le dio a Moisés dentro del decálogo y que podemos leer, por ejemplo, en el Deuteronomio: «No matarás» (Dt 5,17)⁴.

Pero resulta que el mismo Dios, unos capítulos después, y también bajo forma de ley que recibió Moisés, impuso para su cumplimiento que: «Si un hombre tiene un hijo rebelde y desvergonzado, que no atiende lo que mandan su padre o su madre (...) sus padres lo agarrarán y llevarán ante los jefes de la ciudad, a la puerta donde se juzga (...) Entonces todo el pueblo le tirará piedras hasta que muera» (Dt 21,18-21).

Y, sin pretender ser exhaustivos, ese mismo Dios, un poco antes, en Números, le ordenó al mismísimo Moisés: «"Apresa a todos los cabecillas del pueblo y empálalos de cara al sol, ante Yavé; de ese modo se apartará de Israel la cólera de Yavé" (...) Yavé le dijo entonces a Moisés. "Ataca a los madianitas y acaba con ellos (...)"» (Nm 25,1-17).

¿No matarás? ¿Palabra de Dios? ¿Cuál es la palabra de Dios? ¿La que prescribió no matar? ¿La que legisló que debía matarse a los hijos desobedientes sólo por serlo? ¿La que ordenó matar brutalmente por empalamiento y exterminar a todo un pueblo? En todos los casos fueron mandatos directos de Dios a Moisés, dados para su cumplimiento inexcusable.

¿Por qué razón debe hablarse sólo del primer mandato divino y callar sobre los otros? ¿Dónde está escrito que las cientos de miles de muertes que relata la Biblia, y que el propio Dios se adjudicó como obra personal, fueron una especie de broma, o de tradición histórica exagerada, y que lo único que legisló Dios fue el «no matarás»? O Dios dijo todo eso y más, o no dijo nada de nada. Los creyentes piensan que Dios dijo todo lo que aparece en la Biblia. Bien. Pues punto en boca...

Sólo que, si puede tomarse por divina, literal, cierta e imperativa la frase citada, «no matarás» —así como otras muchas con notable fama entre la grey—, la decencia intelectual y moral de la que antes hablaba obliga a tomar también por tales al resto de palabras, frases y mandatos que, según Iglesias y exegetas, se contienen en la Biblia por ser, precisamente, la depositaria de la palabra cierta, fiable e inmutable de Dios.

⁴ Y que ya había sido incluido como ley en el decálogo que figura en Génesis, el segundo libro del Pentateuco: «No mates» (Ex 20,13).

En el próximo capítulo volveremos sobre este particular. Aunque antes, por si los lectores no lo conocieren, introduciré unos pocos datos muy básicos acerca de la Biblia, sobre su formato y sobre sus muchas y variadas versiones.

ALGUNOS DATOS BÁSICOS PREVIOS SOBRE LA BIBLIA Y SUS DIFERENTES VERSIONES

La palabra Biblia procede del término griego que significa “libros”, un plural que indica que no se trata de un libro sino de una colección de muchos libros, que varían en número, títulos y hasta en versículos en función de ser una Biblia hebrea, católica o protestante.

Del griego biblia, libros, se originó el latino biblia. El nombre deriva del soporte en el que se escribían esos textos, que eran rollos de papiro denominados biblos (por ser importados de la ciudad fenicia de Biblos). La colección de rollos de papiro, o libros, conteniendo los diversos textos que la conforman, fue denominada, en la propia Biblia, como Escritura o Escrituras, aunque en el Nuevo Testamento también fue citada como Santas Escrituras (en Rom 1,2).

El paso de ser considerada una colección de libros, en plural, al de tenerla por un solo libro, tal como se considera hoy a la Biblia, se debió a que teológicamente quiso verse en esos textos tan diversos una sola unidad de proyecto y redacción «que revela una conducción inteligente, que no dejó de operar durante los más de mil años de su redacción». Comúnmente se tiene a Juan Crisóstomo (347-407 d.C.) como el primero que usó el término Escritura en el sentido singular y unitario recién citado.

Las sagradas escrituras del judaísmo actual se dividen en tres partes, Torah o Ley (5 libros), Profetas (21 libros) y Escritos (13 libros) y, obviamente, no incluye la colección del Nuevo Testamento. La forma y composición actual del canon judío se atribuye a Esdras (c. 458 a.C.).

La Biblia católica y ortodoxa —siguiendo la tradición de la Septuaginta, la primera traducción al griego del Antiguo Testamento, realizada en el siglo III a.C.— incluye libros que no figuran en el canon hebreo, tales como Tobías, Judith, Sabiduría, Eclesiástico y I y II Macabeos y añade fragmentos importantes al libro de Daniel, al de Ester y al de Jeremías, son los textos etiquetados como deutero-canónicos. En total, la Biblia católica contiene 73 libros (46 en el Antiguo Testamento y 27 en el Nuevo Testamento).

La reforma protestante de Lutero (siglo XVI) limitó la Biblia a los libros del canon hebreo, aunque conservaron los añadidos del canon católico en otra categoría, bajo la denominación de apócrifos.

Resulta obvio que los libros de la Biblia no fueron escritos en el actual formato ni en el orden que guardan los textos actualmente. El idioma original de los textos del Antiguo Testamento fue el hebreo, aunque algunas partes de Esdras o Daniel se redactaron en arameo. El Nuevo Testamento se escribió en griego. Lo que queda de los soportes materiales más antiguos es apenas nada⁵, y los libros actuales proceden de traducciones, de traducciones, de traducciones...

La actual división de la Biblia en capítulos y versículos no procede tampoco de los textos originales, ya que se debe al inglés Stephen Langton, erudito bíblico y arzobispo de Canterbury, que, hacia el año 1200, unificó, revisó y reformó los sistemas de división más antiguos (la división del Antiguo Testamento en versículos se originó en el siglo VI o VII). La Biblia más antigua conocida que incorpora las divisiones de Langton fue publicada en 1231.

El concepto «testamento» que sirve para denominar las dos divisiones de la Biblia cristiana —Antiguo Testamento y Nuevo Testamento—, deriva del latín *testamentum*, que fue la traducción adoptada para la palabra griega *diutbeke*, que en la práctica totalidad de la Septuaginta significa “pacto” (aludiendo al pacto jurídico entre Dios y su pueblo otorgado a Moisés en el desierto). Hacia finales del siglo II, entre los círculos cristianos comenzó a extenderse el uso de una nueva denominación para ambas colecciones de libros: *palaia diatheuke* (Antiguo Testamento) y *kaineū diatheuke* (Nuevo Testamento). Al traducir al latín los textos griegos, autores como Tertuliano dieron a *diatheuke* el sentido de *instrumentum* —documento jurídico— y también el de *testamentum*, que prevaleció a pesar de no ser un término exacto ni correcto.

En el ámbito católico y fundamentalmente en España, la lectura de la Biblia jamás ha sido propiciada desde las autoridades eclesiásticas, antes al contrario. Así, por ejemplo, ya en fecha tan temprana como el año 1223, un edicto del rey Jaime de Aragón prohibió leer las Sagradas Escrituras en lengua romance y daba un plazo de ocho días a cualquiera que poseyera alguna traducción —probablemente realizada por albigenses— para que la entregara a su obispo para ser quemada.

Esa prohibición, que afectó al pueblo llano y le sumió en la ignorancia bíblica hasta hace bien poco —una falta de cultura que ha propiciado que, incluso hoy, la inmensa mayoría de los católicos no hayan leído jamás la Biblia directamente—, no impidió traducciones al castellano tan notables —y elitistas— como la que se considera la primera versión castellana conocida de la Biblia completa, la llamada Biblia alfonsina, traducida desde la Vulgata latina y concluida en 1280 bajo demanda y protección del rey Alfonso X el Sabio.

⁵ El manuscrito más antiguo hallado hasta hoy es un fragmento de Samuel, que se data en torno al año 225 a.C. El fragmento más antiguo del Nuevo Testamento, según algunos autores, es una pequeñísima tira de papiro con tres versículos de Juan que se data entre los años 125 y 150 d.C.; otros autores, a partir de los manuscritos hallados en las cuevas de Qumram, concluyen que éstos deben de ser anteriores al año 68 d.C., época en la que sellaron las cuevas donde se halló el material. En cualquier caso, el total del Nuevo Testamento que se conserva en soportes de papiro viene a ser un 67,48 % del volumen total.

Le siguieron otras muchas versiones, entre las que destacamos la llamada Biblia del rabino Salomón, fechada en 1420 y que sólo tradujo el Antiguo Testamento. La Biblia del duque de Alba, concluida en 1430, tradujo también el Antiguo Testamento bajo el auspicio del rey Juan II de Castilla. En la ciudad de Ferrara, en 1553, se tradujo al castellano el Antiguo Testamento para uso de los judíos españoles allí desterrados, es la que se conoce como Biblia de Ferrara. La muy notable e importante Biblia del Oso, también conocida posteriormente como de Reina-Valera, fue traducida por Casiódoro de Reina, un monje del convento de san Isidoro del Campo (Sevilla) que se hizo protestante y publicó su versión bíblica en 1569, en Basilea (Suiza). La primera versión castellana completa de la Biblia acometida por un sacerdote católico fue la de Felipe Scío de San Miguel, obispo de Segovia, publicada en 1793, en Valencia, y traducida desde la Vulgata bajo encargo del rey Carlos IV.

Han sido muchas las versiones al castellano que surgieron a partir de la publicación autorizada por la Iglesia católica de la obra de Scío —como la conocida versión que lleva el nombre de Torres Amat, obispo de Barcelona, traducida desde la Vulgata y publicada en 1825—, todas intentan aportar algo nuevo, ya sea un lenguaje o una estructura discursiva más comprensible para el lector moderno, o mejoras en la traducción de ciertos pasajes merced a nuevos conocimientos académicos, pero a pesar de las fuentes originales que casi todas las versiones se arrogan, la comparación de más de una veintena de versiones castellanas sugiere que hay bastante más plagio de las traducciones castellanas clásicas del que los autores modernos están dispuestos a reconocer.

La diferencia más fundamental entre las diversas versiones bíblicas reside, precisamente, en todo aquello que no es Biblia, esto es, en la exégesis, en los comentarios, anotaciones e interpretaciones de los textos.

Esa exégesis, pretendiendo orientar y situar al lector —cosa que muchas veces logra, y es de agradecer—, lo que busca realmente es mantener su capacidad de comprensión cautiva dentro de estrechos márgenes doctrinales, a fin de que determinados versículos no se tomen en su sentido literal y con su valor contextual —que es el único histórico e indiscutible— sino que se perciban y asuman tal como cada tradición religiosa posterior, muy interesadamente, forzó y manipuló para así poder construir y justificar decenas de creencias absolutamente ajena a la Biblia, pero impuestas como fundamentadas en ella. Esa manipulación grosera de textos bíblicos es particularmente evidente en algunas versiones católicas, entre las que la traducción de Nácar-Colunga alcanza cimas gloriosamente patéticas⁶.

En todo caso, dado que no existe “la traducción”, que no hay una versión que sea un referente indiscutible, para escribir este libro se ha trabajado con una amplia variedad de traducciones de la Biblia —en concreto doce, a las que se suman diferentes revisiones de las mismas, además de la Torah, según versión de la Universidad de Jerusalén, y la Septuaginta, en versión de Guillermo Jünemann—, que a menudo debieron compararse entre sí a fin de comprobar y confirmar el sentido de palabras o versículos más o menos

⁶ De algunas de las más notables e influyentes manipulaciones de versículos bíblicos este autor ya se ocupó en libros anteriores. Cfr. Rodríguez, P. (1997). Mentiras fundamentales de la Iglesia católica. Bar-celona: Ediciones B; y Rodríguez, P. (1997). Mitos y ritos de la Navidad. Barcelona: Ediciones B.

abstrusos; y con no menor frecuencia se ha tenido que acudir a obras de referencia como el Strong's Hebrew and Greek Dictionnaires, y a otros diccionarios bíblicos especializados — como los de Barclay; Bruce, Marshall y Millard; Hitchcock; Vine, Unger y White; etc.—, para asegurarse de que la traducción castellana se correspondiese con los conceptos originales usados en los textos hebreos o griegos disponibles, cosa que no siempre sucede debido a los frecuentes maquillajes ideológicos que salpican las versiones bíblicas.

Las versiones bíblicas consultadas para escribir este libro han sido las siguientes:

— Biblia Latinoamericana. Traducida por Ramón Ricciardi y Bernardo Hurault y publicada en 1972, en Madrid, por las editoriales San Pablo y Verbo Divino. La versión usada aquí es la de 1995. En Latinoamérica se la considera como la mejor Biblia a efectos pastorales, siendo de lectura fácil y amena. Por su calidad, pero también en recuerdo de la injusta persecución fascista que sufrió,⁷ la hemos tomado como el texto de referencia para este libro.

— Biblia de Jerusalén. Traducida por los dominicos de L'Ecole Biblique de la Ciudad Santa, bajo la dirección de José Ángel Ubieta, y publicada en 1966 como Edición Española de la Biblia de Jerusalén. Es una más que excelente versión aceptada a nivel interdenominacional. La versión usada aquí es la de 1976; en formato digital se ha usado la de 1998, editada por Desclée.

— Nueva Biblia Española. Traducción directa de los idiomas originales realizada por Luis Alonso Schökel y Juan Mateos. Se trata de una versión católica con lenguaje claro y moderno publicada en 1975. La versión usada aquí es de la de 1990, publicada por Ediciones Cristiandad.

— Santa Biblia. Esta traducción, conocida como de Reina-Valera, fue denominada inicialmente Biblia del Oso. Su autor, Casiodoro de Reina, monje del convento sevillano de san Isidoro del Campo, realizó la que fue la primera traducción al castellano de toda la

⁷ Su primera publicación en 1972 fue autorizada por el obispo de Concepción (Chile), Manuel Sánchez, pero en 1976 sufrió una crítica feroz por parte de los prelados más fascistas de la curia argentina que estuvieron al servicio, y fueron cómplices, de la genocida dictadura militar de esos días. La campaña difamatoria contra la Biblia Latinoamericana se fraguó desde la revista Gente —que publicó la primera andanada el 26-08-1976— y desde el diario La Razón, controlado por la inteligencia militar. Los prelados que sostuvieron el acoso fueron Ildefonso M^a Sansierra (arzobispo de San Juan y promotor de la intervención de las Fuerzas Armadas en contra de esta versión bíblica), Adolfo Servando Tortolo (arzobispo de Paraná y vicario castrense), Antonio Plaza (arzobispo de La Plata) y Octavio Nicolás Derisi (obispo auxiliar de La Plata y rector de la Universidad Católica Argentina). A pesar de que esos prelados fascistas prohibieron la lectura de la Biblia Latinoamericana por ser «apócrifa, sacrílega, izquierdizante, subversiva, satánica y mortal», las críticas se limitaron a aspectos paratextuales, como la inclusión de fotografías actuales o su bajo precio y gran difusión. La Conferencia Episcopal Argentina, presionada por la dictadura de Videla, analizó la obra desde su Comisión Teológica y elaboró un informe (30-10-1976) en el que se concluyó que la traducción era sustancialmente fiel, aunque había unas pocas ilustraciones que consideraron inadecuadas (como las fotografías de un mitin en La Habana o de una calle de Nueva York, usadas para actualizar mensajes neotestamentarios); también rechazaron, a pesar de haber sido aprobado por la Santa Sede, la inclusión de partes del documento de la reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) de Medellín, de 1968, crítico con la situación de pobreza y explotación de Latinoamérica. Ante ese ataque fascista injustificado, las conferencias episcopales de diversos países del continente americano salieron en defensa de la excelente traducción realizada por la Biblia Latinoamericana.

Biblia desde el hebreo, arameo y griego. Se editó en Basilea en 1569. La primera de sus muchas revisiones la hizo su compañero Cipriano de Valera y se publicó en Ámsterdam en 1602. Las versiones que hemos usado aquí son, en papel, la de 1960 y 1995, publicadas, respectivamente, por Sociedades Bíblicas en América Latina y Sociedades Bíblicas Unidas, y en formato digital las versiones de 1865, 1960, 1989, 1995 y 2000.

— Sagrada Biblia. Traducción hecha por Eloíno Nácar y Alberto Colunga, publicada en Madrid, en 1944, por la Biblioteca de Autores Cristianos. Fue la primera versión católica de la Biblia tomada directamente de las lenguas originales, aunque siguieron en buena medida la traducción y sintaxis de la versión de Reina-Valera. La versión usada aquí es la de 1979, publicada por Edica.

— Biblia de las Américas. Revisión de la versión Reina-Valera publicada en 1986 por The Lockman Foundation; tiene dos revisiones posteriores, 1995 y 1997, y una versión en español latinoamericano denominada Nueva Biblia de los Hispanos, publicada en 2005. Aquí hemos usado las últimas revisiones de ambas versiones.

— Santa Biblia Nueva Versión Internacional. Traducción directa de las lenguas originales realizada por un amplio equipo de expertos hispanohablantes bajo la dirección editorial de Luciano Jaramillo, y publicada por la International Bible Society en 1973. La versión usada aquí es la de 1984.

— Dios habla Hoy. Versión popular e interconfesional publicada por Sociedades Bíblicas Unidas en 1979, fue traducida, desde los idiomas originales, por un amplio equipo, en el que participaron expertos protestantes y católicos, coordinado por Eugenio A. Nida.

— Nuevo Mundo de las Santas Escrituras. Traducción realizada por la Watchtower Bible and Tract Society (Testigos de Jehová) en 1961. La versión usada aquí es la de 1967.

— Sagrada Biblia. Traducción de Félix Torres Amat publicada en Madrid, en 1825, bajo la autoría de Torres Amat, obispo de Barcelona, aunque en realidad fue hecha por el jesuita Miguel Petisco, que se basó en la Vulgata latina de san Jerónimo (siglo IV). La versión usada aquí es la de 1928, publica por Apostolado de la Prensa.

— King James Version of the Bible. Esta versión fue publicada en 1611 y fue la principal Biblia de los protestantes de habla inglesa hasta el siglo XIX. Aquí hemos usado la versión digitalizada en 1992 por David Turner, del Illinois Benedictine College, para la biblioteca virtual Project Gutenberg.

En cualquier caso, cada lector puede usar y revisar la versión o versiones de la Biblia que crea más conveniente, ya que, en lo fundamental de cada relato, y en lo que ataña a los textos bíblicos citados en este trabajo, no hay diferencias insalvables entre unas traducciones y otras.

Capítulo 1 - «Cada palabra y ejemplo de la Biblia tiene a Dios como autor»... y este libro se limitará a reproducir lo que dicen que dijo

Hoy, en el mundo, unos dos mil millones de cristianos, un 33 por ciento de la población mundial, repartidos en unas 33.820 denominaciones e Iglesias —entre las que la católica es la principal, con unos 1.038 millones de fieles (un 17,5 por ciento de la población total)—, creen y afirman que la Biblia contiene y mantiene la palabra eterna de Dios.

La Iglesia católica, desde un documento tan básico y fundamental para la práctica de su doctrina como es el Catecismo, asevera con rotundidad absoluta lo que enuncia el titular de este capítulo: «Cada palabra y ejemplo de la Biblia tiene a Dios como autor». Así, por ejemplo, el Catecismo ofrece afirmaciones como las siguientes:

«La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo».⁸

«A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud (cf. Hb 1,1-3): Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, el que, siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo (S. Agustín, Psal. 103,4,1).»⁹

«Dios es el autor de la Sagrada Escritura. "Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo". "La santa madre Iglesia, fiel a la base de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, en todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia" (DV¹⁰ 11).»¹¹

«Dios ha inspirado a los autores humanos de los libros sagrados. "En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería" (DV 11).»¹²

«Los libros inspirados enseñan la verdad. "Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra" (DV 11).»¹³ (...)

«Para descubrir la intención de los autores sagrados es preciso tener en cuenta las condiciones de su tiempo y de su cultura, los "géneros literarios" usados en aquella época, las maneras de sentir, de hablar y de narrar de aquel tiempo. "Pues la verdad se presenta y

⁸ Santa Sede (1992). Catecismo de la Iglesia católica. Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, p. 30, párrafo 81.

⁹ Ibíd., p. 34, párrafo 102.

¹⁰ Se refiere al documento Dei Verbum elaborado en el concilio Vaticano II.

¹¹ Ibíd., p. 34, párrafo 105.

¹² Ibíd., p. 34, párrafo 106.

¹³ Ibíd., p. 35, párrafo 107.

enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios" (DV 12,2).»¹⁴ (...)

«Según una antigua tradición, se pueden distinguir dos sentidos de la Escritura: el sentido literal y el sentido espiritual; este último se subdivide en sentido alegórico, moral y anagógico. La concordancia profunda de los cuatro sentidos asegura toda su riqueza a la lectura viva de la Escritura en la Iglesia»,¹⁵ aunque, según se advierte, el sentido literal «es el sentido significado por las palabras de la Escritura y descubierto por la exégesis que sigue las reglas de la justa interpretación».¹⁶

De lo anterior se deriva que, para la Iglesia católica, «la justa interpretación» sólo pueden hacerla —o revisarla y autorizarla— aquellos que controlan la organización eclesial y dogmática que vive y pervive gracias, precisamente, a interpretaciones *sui generis* hechas o deshechas según mejor convenga a sus intereses socioeconómicos en cada momento histórico. Dicho de otro modo, la Iglesia católica considera que cualquier lector directo de la Biblia es más bien idiota y, por ello, incapaz de comprender el sentido de lo que lee en un texto que ha sido traducido bajo su absoluto control (o el de cualquier otra Iglesia cristiana) y que a menudo ya está muy maquillado o desfigurado a fin de disimular asuntos de gran relevancia y trascendencia.¹⁷

Dado que en este libro nos centraremos fundamentalmente en el Antiguo Testamento y que la práctica totalidad de los católicos y la mayoría de los cristianos lo soslayan, olvidan e incluso declaran caducado y sustituido por el Nuevo Testamento, recordaremos lo que sigue siendo doctrina oficial de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana (y también de todas las Iglesias cristianas), esto es, que:

El Antiguo Testamento es una parte de la Sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son libros divinamente inspirados y conservan un valor permanente (cf DV 14), porque la Antigua Alianza no ha sido revocada.¹⁸

Retengamos esta afirmación dogmática, ya que ella es la clave que justifica y da sentido al presente libro: el Antiguo Testamento fue inspirado por Dios, por lo que contiene verdad incuestionable en sus palabras, que, además, en su sentido, conclusiones y consecuencias éticas y conductuales «conservan un valor permanente, porque la Antigua Alianza no ha sido revocada».¹⁹ Siguen vigentes, pues, para todo católico (y cristiano) un amplio conjunto de leyes divinas inmorales y de pésimos ejemplos que Dios nos sigue recordando e imponiendo hoy día desde las páginas de cualquier Biblia.

Por si cabe alguna duda, una figura clave en el estudio de la Biblia desde la perspectiva católica, Luis Alonso Schákel, afirma desde su traducción de las Sagradas Escrituras que

¹⁴ Ibíd., p. 35, párrafo 110.

¹⁵ Ibíd., p. 36, párrafo 115.

¹⁶ Ibíd., p. 36, párrafo 116.

¹⁷ De esa manipulación descarada de los textos bíblicos ya me ocupé en un libro anterior. Cfr. Rodríguez, P. (1997). *Mentiras fundamentales de la Iglesia católica*, óp. cit.

¹⁸ Ibíd., p. 37, párrafo 121.

¹⁹ La «Nueva Alianza», que así quiere hacerse pasar al Nuevo Testamento, es, si acaso, un complemento «privilegiado» de la alianza anterior: «"La Palabra de Dios, que es fuerza de Dios para la salvación del que cree, se encuentra y despliega su fuerza de modo privilegiado en el Nuevo Testamento" (DV 17). Estos escritos nos ofrecen la verdad definitiva de la Revelación divina» (ibíd., p. 38, párrafo 124).

Religiosamente, el Pentateuco²⁰ es uno de los libros fundamentales de nuestra fe (y de la fe israelítica). Literariamente, contiene páginas que pertenecen a lo mejor de la literatura universal."

No hay duda de que el Pentateuco es una colección de libros fundamentales para la fe cristiana y para la judía, pero, tal como se verá a lo largo de este libro, resulta muy discutible que sus páginas, pocas o muchas, merezcan estar entre las joyas de la literatura universal.²¹

La estructura de su lenguaje es simple, pueril y con frecuencia repetitiva y pesada —sí, era el estilo de la época, claro, pero hay textos sumerios o egipcios más antiguos y más bellamente escritos—; el texto está plagado de graves errores sobre la naturaleza del mundo y el proceso histórico que son indignos de un «dios único» que se postula como el creador/controlador de todo y el autor de tales relatos; su contenido está a menudo duplicado y es contradictorio;²² y muchas de sus historias, ejemplos y leyes divinas impuestas son absolutamente intolerables y deplorables, máxime cuando constituyeron las bases que posibilitaron la extensión y afianzamiento, hasta hoy, de conductas injustas y discriminatorias, entre las que cabe destacar la xenofobia o la sumisión y anulación de las mujeres.

Ni el estilo ni el contenido permiten hallar cima ninguna dentro de la literatura —ni de la universal ni de la local—, pero eso ya depende del gusto de cada cual, faltaría más.

Como mero aperitivo estadístico de lo que puede encontrar un lector en la Biblia, hemos buscado una serie de conceptos entre los aproximadamente 31.222 versículos, que tiene la Biblia (católica) en total —23.293 en el Antiguo Testamento y 7.929 en el Nuevo Testamento; aunque el número puede variar en función de las traducciones—, a fin de poder preparar el paladar y la sensibilidad para la degustación de tan exquisito plato literario.

En el cuadro siguiente se resume y cuantifica una pequeña parte representativa de esta búsqueda de versículos con contenidos deplorables protagonizados por Dios y su pueblo.

²⁰ El Pentateuco lo componen los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, esto es, Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, constituyendo la primera y fundamental sección de las tres que configuran el canon judaico. Los judíos lo denominan «libro de la Ley» (seufer hattolEraM o «la Ley» (hattoiEralE). Desde el siglo xix existe una corriente de notables críticos que, siguiendo a Alejandro Geddes, postulan un Hexateuco, que sumaría el Libro de Josué a los cinco ya citados. La tradición judía obliga a que en las sinagogas se lea semanalmente una sección de la Ley. El antiguo Pentateuco samaritano completaba su lectura al cabo de tres años, pero en el lectionario moderno, el Pentateuco, que procede del que se usaba en Babilonia, se lee entero en un año.

²¹ Cfr. Alonso Schókel, L. y Mateos, J. (1990). Nueva Biblia Española. Madrid: Ediciones Cristiandad, p. 20.

²² A causa del proceso de integración de fuentes documentales y escuelas muy diferentes, realizado seguramente en tiempos de Esdras, a fin de poder confeccionar la colección de textos tal como la conocemos hoy.

**VERSÍCULOS BÍBLICOS QUE RELATAN CONDUCTAS Y HECHOS
VIOLENTOS, NEGATIVOS Y ABSOLUTAMENTE OPUESTOS A CUALQUIER
CULTURA RELIGIOSA, PERPETRADOS POR DIOS Y SU PUEBLO**

Versículos que describen hechos relacionados con ²³	Antiguo Testamento (n.º de versículos)	Nuevo Testamento (n.º de versículos)	Biblia Total versículos
Matar/dar muerte violenta:	835	271	1.106
• Formas de dar muerte: — Apedrear/lapidar	(72) ²⁴ 21	(18) 14	(90) 35
— Degollar (personas)	10	4	14
— Pasar a Cuchillo/acuchillar	37	0	37
— Matar a filo de espada	4	0	4
• Relatos de guerra: — Guerra/batalla/ataque/ combate/asedio	(908) 465	(56) 15	(964) 480
— Ejército/soldados	264	39	303
— Entregar Dios un ejército o pueblo a sus enemigos	26	0	26
— «Yavé/Dios de los ejércitos»	163	2	165
• Exterminios masivos: — Anatema/masacre/ exterminio/no dejar supervivientes	(506) 224	(9) 9	(515) 233
— Aniquilar	18	0	18
— Arrasar/destruir (tierras y/o vidas)	264	0	264
• Armamento de guerra: — Armas/flechas/espadas/ cuchillos/lanzas	473	36	509
• Expolio de bienes ajenos: — Saqueo/botín/adueñarse de tierras y bienes de los pueblos vencidos tras una batalla	128	0	128
• Esclavos (sometimiento y/o compraventa)	141	3	144

²³ Dado que cada traducción bíblica usa conceptos, sinónimos y construcciones gramaticales sustancialmente diferentes, tanto para referirse a los mismos asuntos dentro de la misma traducción como en comparación a los usados por otras versiones para los mismos versículos, debemos señalar que la cuantificación de versículos hallada es meramente indicativa. Se ha utilizado una versión de la Biblia Latinoamericana y se han buscado los conceptos que figuran en cada apartado, pero es más que probable que hayan quedado fuera del recuento sinónimos y construcciones diferentes pero que se refieren a los mismos ítems buscados.

²⁴ Cuando la cifra está entre paréntesis indica que es la suma total de todos los conceptos agrupados dentro de la misma categoría.

**VERSÍCULOS BÍBLICOS QUE RELATAN CONDUCTAS Y HECHOS
VIOLENTOS, NEGATIVOS Y ABSOLUTAMENTE OPUESTOS A CUALQUIER
CULTURA RELIGIOSA, PERPETRADOS POR DIOS Y SU PUEBLO (continuación)**

Versículos que describen hechos relacionados con	Antiguo Testamento (n.º de versículos)	Nuevo Testamento (n.º de versículos)	Biblia Total versículos
• Sentimientos y hechos violentos contra el prójimo:	(696)	(91)	(787)
— Venganza	34	3	37
— Desprecio/despreciar	122	28	150
— Odio odiar	48	16	64
— Cólera	167	5	172
— Enemistad/enemigos	325	39	364
• Violencia contra las mujeres:	(96)	(0)	(96)
— Violación de mujeres	11	0	11
— Concubinas (objetos sexuales)	39	0	39
— Mujeres como botín	19	0	19
— Mujeres prostituidas	9	0	9
— Asesinatos masivos de mujeres (y de niños) inocentes	18	0	18

Así pues, en la Biblia (católica) podemos encontrar, al menos, 4.339 versículos —una cantidad de texto enorme, equivalente a algo más de la mitad del Nuevo Testamento —²⁵ que, asumiendo la forma de leyes divinas y/o de sucesos promovidos y/o protagonizados por el mismísimo Dios, resultan totalmente rechazables por su contenido, sentido y ejemplo de conducta dejado a la posterioridad.

Pero esos textos son, también, sin duda ninguna, la palabra inmutable de Dios, y convendrá recordar algunos de sus pasajes a fin de no desdibujar, tal como se ha hecho durante siglos, la verdadera figura y perfil moral del dios judeocristiano.

Todos los ejemplos que reproduciremos a lo largo de este libro tienen una misma característica e hilo conductor: fueron sucesos en los que el propio Dios tuvo un protagonismo activo y, por ello, incurrió en responsabilidad directa ante los abusos y crímenes que provocó; o en los que, en la misma línea, acogiéndose a una sospechosa pasividad —totalmente injustificable en un dios tan justiciero e intervencionista como la Biblia le presenta—, se inhibió ante delitos muy graves perpetrados por algunos de sus benditos varones elegidos, cayendo así en un vergonzoso e inaceptable encubrimiento.

²⁵ El Nuevo Testamento lo componen unos 7.929 versículos en total, de los que unos 4.761 conforman los principales libros de la colección, a saber: Mateo (1.064), Marcos (677), Lucas (1.144), Juan (872) y Actos (1.004).

De aquí en adelante será la inspirada palabra de Dios, tomada textualmente de la Biblia, la que nos presentará una visión de los textos dichos sagrados que, probablemente, andará bastante alejada de lo que la mayoría, incluso de creyentes, supone que son o deberían ser.

No olvidemos lo que ya citamos anteriormente como doctrina oficial de la Iglesia católica dictada desde su Catecismo: «En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería».²⁶

En esta aseveración reside la clave que permite y justifica la crítica que haremos en este trabajo. Si en la Biblia se puso «por escrito todo y sólo lo que Dios quería», será justo y necesario poder acercarse a su figura, conductas y marco ético analizando aquello que Dios quiso expresamente que fuese escrito para que se le recordara eternamente a él y a su obra.

No hay más ni mejor biografía autorizada de Dios que la propia Biblia, ya que, desde el fin de los tiempos bíblicos hasta hoy, Dios se ha caracterizado por ser una entidad absolutamente muda y ágrafa (aunque, ciertamente, no falten quienes afirman escuchar su voz y administrar su voluntad... que es cambiante, muy cambiante, sospechosamente cambiante y adaptable a los intereses más dispares y espurios que predominen en cada momento y lugar).

En todo caso, si se desea considerar la Biblia desde la óptica de los creyentes que afirman que lo que se dice en las Escrituras no sólo es verdad, sino que es verdad sagrada—para ser honestos deberá tomarse y aceptarse ésta en su totalidad, y no sólo en los fragmentos (descontextualizados) que más interesen en cada momento. O todo lo que se cuenta en la Biblia, sin excepción, es cierto, honorable y digno de ser aceptado y acatado, o todo es merecedor de duda y rechazo, pero no puede haber medias tintas cuando se trata de «la palabra de Dios» (vamos, supongo yo, claro; pero no es más que un suponer).

Que cada cual elija lo que mejor le convenga creer, que éste es un derecho de la voluntad, criterio y decencia de cualquier persona; aquí nos limitaremos a poner sobre la mesa algunas de las pésimas enseñanzas y ejemplos que Dios nos legó, a lo largo de muchas de las páginas de la Biblia, para su evocación y acatamiento eternos.²⁷

²⁶ Op. cit., p. 34, párrafo 106.

²⁷ Salvo que se indique lo contrario, todas las citas y versículos bíblicos reproducidos en este libro proceden de la edición de 1995 de la Biblia Latinoamericana.

Capítulo 2 - Mandatos legislados por Dios que la cristiandad prefiere dar por no dichos, aunque siguen vigentes en la Biblia

Cuando se habla de normas de obligado cumplimiento impuestas por Dios a su grey, se mencionan exclusivamente los famosos «diez mandamientos», pero la lectura de cualquier Biblia muestra que tal cosa no es cierta, ya que existe un largísimo listado de leyes, que se presentan como emanadas del mismo autor del decálogo y que se imponen para su acatamiento de forma precisa, indubitable y obligada, bajo la amenaza de sanciones divinas terribles en caso de incumplimiento.

Dado que no consta en ninguna parte que su promulgador, Dios todopoderoso y eterno, las haya derogado o comutado, no nos queda más remedio que darlas por vigentes... si es que también lo están las otras normas que los detentadores del dogma afirman que deben ser cumplidas. O son todas válidas o no lo es ninguna, salvo que se tome la Biblia como un supermercado en el que cada cual pone en su cesta aquello que más le interesa e ignora lo que no le gusta o no le conviene... que es lo que sucede realmente, claro está.

Cualquier cristiano saltará inmediatamente de su silla para rebatir esta última afirmación aduciendo que Dios cambió su testamentum, su pacto con los humanos, al dar el Nuevo Testamento, que supone una nueva «revelación» y «pacto», una modernización y puesta al día que, en esencia, contradice absolutamente al Antiguo Testamento.

Ese cambio de parecer de Dios siempre ha sido imposible de justificar, básicamente por lo absurdo que resulta dibujar a un dios infinitamente sabio y previsor que tiene que adaptar su discurso a nuevos tiempos que en su día ignoró que llegarían y que tiene que improvisar sobre la marcha —tal como se demuestra sobradamente que hace a lo largo de todo el Antiguo Testamento— como si fuese un mortal cualquiera.

Uno de los muchos problemas de coherencia y credibilidad que tiene el cristianismo —y muy especialmente el catolicismo— es que quiere basarse exclusivamente en el Nuevo Testamento y en su protagonista, Jesús, declarando, de facto, obsoleto el Antiguo Testamento, aunque sin poder proscribirlo —tal como vimos en el capítulo anterior—, dado que lo precisan con desespero para poder dar credibilidad al contenido y misión del Nuevo Testamento (cosa que hacen, obviamente, manipulando textos del Antiguo Testamento y forzándolos a decir lo que jamás afirmaron ni por error).²⁸ El resultado, entre otros, es que el dios veterotestamentario —de hecho, hay varios perfiles de Dios muy diferentes— y el neotestamentario no se asemejan ni por casualidad, antes al contrario, y tampoco tienen el menor parecido sus mandatos y forma de ver el mundo.

En el ámbito que nos ocupa, además, existe otra gran dificultad o incoherencia para los cristianos —un asunto que debió ser convenientemente reinterpretado para poder llevar el agua hasta el molino neotestamentario y sus pretensiones—, dado que a Jesús se le hizo decir en Mateo: «No crean que he venido a suprimir la

²⁸ Cfr. Rodríguez, P. (1997). Mentiras fundamentales de la Iglesia católica, óp. cit.

Ley²⁹ o los Profetas.³⁰ He venido, no para deshacer cosa alguna, sino para llevarla a la forma perfecta. En verdad les digo: mientras dure el cielo y la tierra, no pasará una letra o una coma de la Ley hasta que todo se realice» (Mt 5,17-18).³¹ Apostillando en Lucas: «Más fácil es que pasen el cielo y la tierra que no que deje de cumplirse una sola letra de la Ley» (Lc 16,17).³²

Dado que ni el cielo ni la tierra han desaparecido (todavía), la opinión publicada de Jesús parecería indicar que «la Ley» sigue vigente hasta la última letra. Y las normas de obligado cumplimiento que Dios impuso a su pueblo, cuando les brindó su alianza, se contienen en diversos códigos y libros recopilados en lo que hoy conocemos como la Biblia.

Fundamentalmente hay tres tipos de códigos legales hebreos en la Biblia. El más antiguo es el llamado código del pacto, que se hace remontar a la época de Moisés (c siglo XIII a. C.), aunque abundan las interpolaciones y cambios realizados posteriormente, unos tres siglos después, que fue cuando se recopiló el texto (que ni remotamente tuvo a Moisés por autor). Su núcleo se relaciona en el Libro del Éxodo y se aglutina en torno al pacto del Sinaí entre Dios y Moisés, por lo que tales leyes son parte de ese pacto y se presentan como sancionadas por Dios para el obligado cumplimiento de su pueblo.

En la época en la que se recopilaron las diferentes tradiciones orales del Éxodo —y de Génesis y Números— también se recogieron las del Levítico, libro que recoge el llamado código de santidad, con normas referidas al santuario,

²⁹ La palabra griega nómos fue usada aquí en el sentido de «ley» —basándose en la idea de un uso prescrito— o «regulación», particularmente referida a las de Moisés.

³⁰ La Ley designaba el conjunto de leyes dadas por Dios a los judíos. La expresión «la Ley y los Profetas» era una manera de designar la Biblia, esto es, el Antiguo Testamento.

³¹ Otras versiones bíblicas ofrecen una traducción más comprensible: «Os lo aseguro: mientras duren el cielo y la tierra, no dejará de estar vigente ni una i ni una tilde de la ley sin que todo se cumpla» (Biblia de Jerusalén); o «porque de cierto os digo, (que) hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una iota ni una tilde perecerá de la Ley, hasta que todas las cosas sean cumplidas» (Reina-Valera, revisión de 2000).

³² Estos versículos, tomados como una inequívoca profesión de fe judía por parte de Jesús —ya que judío fue y no consta en ninguna parte que quisiera dejar de serlo para fundar una nueva religión—, se quieren matizar y hasta negar desde otros que, como es costumbre bíblica, resultan contradictorios. Así, a Jesús se le hizo decir: «La época de la Ley y de los Profetas se cerró con Juan. Desde entonces se está proclamando el Reino de Dios, y cada cual se esfuerza por conquistarlo» (Lc 16,16). Las anotaciones bíblicas a este versículo, que en este caso corresponden a la Biblia Latinoamericana, vienen a interpretar el sentido del mismo aduciendo que Jesús usó la expresión «la Ley y los Profetas» para «señalar los tiempos del Antiguo Testamento, o sea, todo lo que había preparado su propia venida. No dejará de cumplirse una sola letra de la Ley. Es decir, que todo en ella tenía su razón de ser. No obstante eso, Jesús afirma que con él se da el paso decisivo. Lo que era preparación ya no se tendrá que cumplir como se hacía antes (véase en Mt 5,17-20). Los judíos que practicaban la Ley y, en especial, los que habían seguido a Juan Bautista, necesitaban dar un paso para creer en Jesús y, con esto, conquistar el Reino de Dios» (Lc 7,24). Es mucho afirmar, pero esto es lo que prefieren creer los cristianos. Para mayor confusión de las normas divinas, «Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (...) Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la Ley y los Profetas se fundamentan en estos dos mandamientos"» (Mt 22,3740); en todo caso, ambos requisitos no reducen la Ley a dos mandatos, sino que se presentan como fundamento de toda la Ley, que no es lo mismo (y tampoco esto es cierto, ya que si revisamos «la Ley», tal como haremos en este libro, encontraremos decenas de mandatos y actos divinos que, más que amar «al prójimo», promueven el odiarle y despreciarle).

sacerdotes y administración del pacto que eran de obligada obediencia y santas por sí mismas, esto es, pertenecientes a la relación con Dios.

El tercer listado de leyes es el código deuteronómico, recopilado en el Deuteronomio, un texto cuya redacción se inició en torno al año 621 a. C., y que codificó una diversidad de leyes hebreas vigentes desde antiguo, por ello algunas ya aparecen en el código del pacto, aunque, en este libro, hayan sufrido retoques de mayor o menor importancia según los casos.

La reestructuración y redacción final del Pentateuco, realizados en tiempos de Esdras (c 458-445 a. C.), conllevó, entre otros aspectos muy sustanciales, una nueva recopilación y remozado de todos los códigos legales y su recolocación en los lugares donde se encuentran en las biblia actuales.

Quizá por el contenido a todas luces inaceptable, inhumano y hasta absurdo de muchas de esas normas, los cristianos, en caso de citarlas, las identifican bajo la etiqueta común de «ley mosaica» —puesto que se presenta a Moisés como quien la recibió de Dios y la transmitió a su pueblo— a fin de separar tamaños disparates del nombre de Dios, pero si hay que reflexionar desde el criterio que los creyentes se empeñan en imponer, es obvio que no puede ni debe negársele la autoría y absoluta responsabilidad de esos mandatos —también de los muy deplorables— a Dios. Se trata de la ley de Dios, no de Moisés, tal como acredita, sin duda alguna, la palabra divina inmutable que fue copiada al dictado por sus amanuenses:

«Les dictarás estas leyes» (Ex 21,1), le ordenó Dios a Moisés, y tras varios capítulos de mandatos primorosamente especificados, «Yavé terminó diciendo a Moisés: "Pon por escrito estas palabras, pues éste es el compromiso de la Alianza que he pactado contigo y con los hijos de Israel"» (Ex 34,27), aunque, «si no me escuchan, si no cumplen todo eso; si desprecian mis normas y rechazan mis leyes; si no hacen caso de todos mis mandamientos y rompen mi alianza, entonces miren lo que haré yo con ustedes. Mandaré sobre ustedes el terror, la peste y la fiebre; sus ojos se debilitarán y su salud irá en desmedro (...) Me volveré contra ustedes y serán derrotados ante el enemigo (...)» (Lv 26,14-17), y siguió Dios bramando ante su siervo un largo listado de castigos que se derivarían del incumplimiento de «las normas, leyes e instrucciones que Yavé estableció entre Él y los hijos de Israel en el monte Sinaí, por medio de Moisés» (Lv 26,46).³³

Está claro, pues, que fue el buen Dios quien pensó, elaboró e impuso a su pueblo todos los mandatos que figuran en la Biblia y de los que, a modo de ejemplo, reproduciremos algunos seguidamente. Y si hoy están vigentes los diez mandamientos del decálogo,³⁴ no lo están menos el resto de los que componen los largos y farragosos códigos legales que ese mismo Dios impuso cuando pactó su alianza con Moisés³⁵ y a fin de que fuesen cumplidos por siempre jamás —so pena de terribles consecuencias— por quienes se considerasen como su pueblo.

³³ La relación de amenazas y castigos proferidos por Dios se reproduce en el apartado 12.4 de este libro.

³⁴ Aunque cabe informar al desprevenido de que los conocidos «diez mandamientos» que postula la Santa Madre Iglesia católica presentan importantísimas variaciones y manipulaciones en relación con los originales (que pueden encontrarse en Ex 20,1-21 o en Dt 5,1-22). Cfr. Rodríguez, P. (1997). Mentiras fundamentales de la Iglesia católica, óp. cit., pp. 327-348.

³⁵ «Has de saber [le dijo a Moisés] que ese mismo día Yavé, tu Dios, te manda cumplir sus normas y sus mandamientos. Tú los guardarás y los pondrás en práctica con todo tu corazón y toda tu alma. Pues acabas de decir a Yavé que él será tu Dios y tú seguirás sus caminos, observarás sus normas, sus mandamientos y sus leyes y escucharás su voz» (Dt 26,16-17).

Si no guardas ni pones en práctica las palabras de esta Ley tal como están escritas en este libro, y no temes a ese Nombre glorioso y terrible, a Yavé, tu Dios, él te castigará, a ti y a tus descendientes, con plagas asombrosas, plagas grandes y duraderas, enfermedades malignas e incurables. Hará caer sobre ti todas las plagas de Egipto, a las que tanto miedo tenías; y se apegarán a ti. Más todavía, todas las enfermedades y plagas que no se mencionan en este libro de la Ley, te las mandará Yavé hasta aniquilarte (Dt 28,58-61). **Se puede hablar más alto, pero no más claro.**

Veamos a continuación qué concepto tenía Dios de lo que es justo y deseable a través de la reproducción de algunos de sus mandatos.

DIECISEÍS MANDAMIENTOS INMORALES DE DIOS

1. Lo que uno consagre a Yavé por anatema,³⁶ cualquier cosa que le pertenece, hombre, animal o campo de su herencia, no podrá venderse o rescatarse. Todo anatema es cosa muy sagrada para Yavé. Por esto ningún ser humano consagrado como anatema será rescatado: será muerto (Lv 27,28-29). **Éste es uno de los mandatos más salvajes de Dios, ya que él mismo ordenó que decenas de poblaciones enteras, tras ser sometidas a espada por los hebreos, fuesen condenadas al «anatema», esto es, que todos sus habitantes, de cualquier edad, sexo y condición (con excepción de las muchachas vírgenes), así como sus ganados, fuesen asesinados, pasados a cuchillo, sin piedad ninguna, por esas hordas de Dios.**³⁷

2. Cuando te acerques a una ciudad para sitiárla, le propondrás la paz. Si ella te la acepta y te abre las puertas, toda la gente que en ella se encuentre salvará su vida. Te pagarán impuestos y te servirán. Si no acepta la paz que tú le propones y te declara la guerra, la sitiárs. Y cuando Yavé, tu Dios, la entregue en tus manos pasarás a cuchillo a todos los varones, pero las mujeres y niños, el ganado y las demás cosas que en ella encuentres, serán tu botín y comerás de los despojos de tus enemigos que Yavé te haya entregado. Así harás con todas las ciudades que estén muy distantes de ti, y que no sean de aquellas de las cuales has de tomar posesión. En cambio, no dejarás a nadie con vida en las ciudades que Yavé te da en herencia, sino que las destruirás conforme a la ley del anatema, ya sean he-teas, amorreos, cananeos, fereceos, jeveos y jebuseos. Así te lo tiene mandado Yavé, tu Dios, para que no te enseñen a imitar todas esas cosas malas

³⁶ La palabra hebrea kjérem, en sentido literal o figurado, designaba algo que se encierra como dentro de una red; comúnmente un objeto condenado o destinado al exterminio, traduciéndose habitualmente por anatema, consagrar, maldición, etc. Este término era usado también como fórmula de maldición en culturas ajenas a la hebrea. La versión denominada Biblia de los Setenta o Septuaginta, tradujo ese concepto al griego como anatéhma, un concepto que significaba originalmente «algo que se coloca (en un templo)», aunque en el Antiguo Testamento indica una «maldición», una «cosa consagrada», aquello que ha de prohibirse o más bien que debe consagrarse a la destrucción, que siempre debía ser total.

³⁷ El primer ejemplo de anatema, con el exterminio de todo un pueblo, lo protagonizó Moisés: «El rey de Arad, un cananeo que vivía en el Negueb, supo que Israel venía por el camino de Atarim. Atacó a Israel y tomó algunos prisioneros. Entonces Israel hizo un voto a Yavé: "Si me entregas a ese pueblo, condenaré sus ciudades al anatema". Yavé escuchó a Israel y le entregó a los cananeos. Los condenaron a ellos y a sus ciudades al anatema y le dieron a ese lugar el nombre de Jormá» (Nm 21,1-3).

que ellos hacían en honor de sus dioses, con lo cual tú pecarías contra Yavé, tu Dios (Dt 20,10-18). **Palabra de Dios: conquista, somete, expolia, esclaviza, arrasa y mata.**³⁸

3. Si tu hermano, hijo de tu padre, si tu hijo o tu hija, o la mujer que descansa en tu regazo o el amigo a quien amas tanto como a ti mismo, trata de seducirte en secreto, diciéndote: «Vamos a servir a otros dioses», dioses que no conociste ni tú ni tus padres, dioses de los pueblos próximos o lejanos que te rodean de un extremo a otro de la tierra, no le harás caso ni lo escucharás. No tendrás piedad de él, no lo perdonarás ni lo encubrirás, sino que lo matarás. Tu mano será la primera en caer sobre él, y después lo hará todo el pueblo. Lo apedrearán hasta que muera, porque trató de apartarte de Yavé, tu Dios, el que te sacó del país de Egipto, de la casa de la esclavitud (Dt 13,7-11). **Dios, en esos días, no había oído hablar de ecumenismo, ni de libertad de creencias ni de todas esas zarandajas modernas que tanto disgustan, todavía hoy, a una ingente masa de creyentes —de tres religiones— y a sus clérigos. Al que crea distinto, palo y al hoyo, así sea carne de tu carne.**

4. Si te dicen respecto de alguna de las ciudades que Yavé te dará para habitar: Allí se han manifestado unos desgraciados, y han pervertido a sus conciudadanos, invitándolos a servir a dioses extranjeros que no son nada para ustedes, infórmate con cuidado, averigua bien la verdad del hecho. Si es cierto el asunto y se comprueba que esta abominación se ha cometido, pasarás a cuchillo a todos los habitantes de aquella ciudad. Echarás la maldición sobre la ciudad y todo lo que hay en ella; pasarás a cuchillo a todos los animales y, luego, amontonarás los despojos en medio de la plaza y prenderás fuego a la ciudad con todos sus despojos para cumplir la maldición de Yavé. Esta ciudad quedará convertida en un montón de ruinas para siempre, y jamás volverá a ser edificada. No guardarás en tu poder ni la cosa más pequeña de esta ciudad, para que Yavé aplaque su cólera y sea misericordioso contigo y te bendiga como tiene jurado a tus padres que lo hará, a condición de que escuches la voz de Yavé, guardando todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, y haciendo lo que es correcto a los ojos de Yavé, tu Dios (Dt 13,13-19). **No vaya a quedarse corto el creyente a la hora de masacrar al diferente; nada como un exterminio masivo para conservar la quintaesencia doctrinal.**³⁹

³⁸ Por si hubiere alguna duda acerca del desprecio de Dios hacia lo humano, en el siguiente versículo aconsejó: «Si, al atacar una ciudad, tienes que sitiaria por mucho tiempo para tomarla, no destruirás los árboles frutales que estén alrededor ni les meterás el hacha, ya que deben ser tu alimento. No los cortarás, pues ¿son acaso hombres los árboles del campo para que los trates como a sitiados?» (Dt 20,19). Claro que no puede tratarse a los pobres árboles como a hombres; cualquiera sabe que no es lo mismo degollar a un varón o a un niño que a un manzano, ya que es menos vistoso y entretenido, tal como puede suponerse... y conocía bien el dios bíblico que ordenó este tipo de conductas criminales.

³⁹ Aunque ese mismo dios que ordenó con indiferencia genocidios que dejaban las ciudades arrasadas hechas un asco fue muy estricto, sin embargo, en lo tocante a la higiene de quienes debían asesinar en su nombre. Así, por ejemplo, legisló: «Habrá un lugar afuera del campamento para satisfacer las necesidades naturales. Llevarás una estaquita al cinturón, con la cual harás un hoyo antes de ponerte en cuclillas, y luego taparás el excremento con la tierra sacada. Porque Yavé, tu Dios, recorre el campamento para protegerte y entregar en tus manos al enemigo. Por eso tu campamento debe ser cosa limpia y sagrada, en que Yavé no vea nada indecente; de lo contrario se apartaría de ti» (Dt 23,13-15). ¿Y los cristianos con perro no podrían aplicarse esta ley divina en nuestras ciudades? ¿O es que Dios ya no anda por ellas? Pero hay más requerimientos de limpieza: «Si hay entre los tuyos un hombre que no esté puro por causa de una polución nocturna, saldrá fuera del campamento y no volverá a entrar. Al llegar la tarde se lavará y a la puesta del sol podrá entrar de nuevo al campamento» (Dt 23,11-12). O, también, «Manda [le dijo

5. El que hiera a otro y lo mate, morirá. Si causó la muerte del otro sin intención de matarlo, solamente porque Yavé dispuso así el accidente, tendrá que refugiarse en el lugar que yo te señalaré⁴⁰ (Ex 21,12-13). **Es decir, asesinar se pena siempre con la muerte, excepto cuando Dios propicia o permite que se cometa el homicidio — intervención que en lenguaje penal le convertiría en instigador, cooperador necesario o cómplice del delito—, un caso en el que, además, el asesino gozará de la protección divina encontrando refugio «en el lugar que yo [Dios] te señalaré».**⁴¹

6. Si un hombre golpea a su esclavo o esclava con un palo, si mueren en sus manos, será reo de crimen. Mas si sobreviven uno o dos días no se le culpará, porque le pertenecían (Ex 21,20-21). **De una tacada, en un solo mandato, Dios aceptó la existencia de esclavos, permitió que fuesen golpeados hasta el borde de la muerte y declaró impune su asesinato si, tras apalearles, se tenía la precaución de mantenerles agonizantes al menos un día.**

7. Si unos hombres, en el curso de una pelea, dan un golpe a una mujer embarazada provocándole un aborto, sin que muera la mujer, serán multados conforme a lo que imponga el marido ante los jueces **[según lo legisló el propio Dios, un feto humano no es más que una propiedad material de un varón... y no consta que Dios le haya dicho lo contrario a los movimientos antiabortistas cristianos].**⁴² Pero si la mujer muere, pagarán vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe (Ex 21,22-25). **La muerte de una mujer en edad reproductiva era, para Dios, una pérdida económica muy superior al aborto de un feto y, por ello, merecía mayor sanción.**

8. El que seduce a una joven no casada y se acuesta con ella, la dotará y se casará con ella. Si el padre de la niña no se la quiere dar, el otro pagará en dinero la dote que suelen recibir las esposas⁴³ (Ex 22,15-16). **O sea, que seducir a una jovencita no es**

Yavé Moisés] a los hijos de Israel que echen del campamento a todos los leprosos, a los que están impuros por flujo seminal y a todos los que están impuros por haber tocado algún muerto. Ya sean hombres o mujeres, los echarán fuera del campamento para que no lo hagan impuro, pues yo habito en medio de ustedes» (Nm 5,1-3). Parece que a Dios le agradaba sobremanera la limpieza... incluida la limpieza étnica, que procuró y practicó generosamente en beneficio de su pueblo.

⁴⁰ Otras traducciones son más directas: «Pero, si no pretendía herirle, y sólo porque Dios se lo puso ante la mano le hirió, yo le señalaré un lugar donde refugiarse» (Nácar-Colunga); o «pero si no estaba al acecho, sino que Dios permitió que cayera en sus manos, entonces yo te señalaré un lugar donde pueda refugiarse» (Biblia de las Américas).

⁴¹ Se refiere Dios a otra de sus muestras de justicia, esto es, al establecimiento de las llamadas ciudades de refugio con el fin de que quienes comentan «un homicidio no intencional» puedan escapar del «vengador de la sangre», del pariente del asesinado que deberá hacer lo propio para restablecer el honor familiar (cfr. Nm 35,10-29; Dt 19,1-13; Jos 20,1-9).

⁴² A más abundamiento, Dios, en Nm 5,11-31, estableció un claro ritual, con «plantas amargas» para forzar el aborto de las mujeres cuyo embarazo le resultase sospechoso al marido. Véase el apartado 7.4 de este libro.

⁴³ En hebreo usaron las palabras ishhá o nashim, que significa «hembra o mujer», aunque aquí tiene el sentido de mujer virgen. En otras traducciones se dice: «Si el padre rehusa dársela, el seductor pagará la dote que se acostumbra dar por las vírgenes» (Nácar-Colunga).

pecado ni nada si el varón la toma como esposa o paga al padre una indemnización por desvirgarla.

9. Si un hombre encuentra a una joven virgen, no prometida en matrimonio a otro hombre, y a la fuerza la viola y luego son sorprendidos, el hombre que se acostó con ella dará al padre de la joven cincuenta monedas de plata, y la tomará por esposa. Y no podrá repudiarla en toda su vida, ya que la deshonró (Dt 22,2829). **Lo que Dios viene a ordenarle aquí al varón es: en caso de que viole (por la fuerza, dice) a cualquier soltera que se encuentre y le apetezca, no hay problema, ya que, ante la eventualidad de que le pillen, y sólo entonces, bastará con comprársela al padre y ya la podrá tener en propiedad para toda la vida. La violada pasará a ser propiedad del violador.**

10. Si un hombre toma una mujer y se casa con ella, puede ser que le encuentre algún defecto y ya no la quiera. En ese caso, escribirá un certificado de divorcio que le entregará antes de despedirla de su casa.⁴⁴ Habiendo salido de su casa, puede ser la mujer de otro. Pero si éste también ya no la quiere y la despidе con un certificado de divorcio, o bien si llega a morir este otro hombre que la tomó como mujer suya, el primer marido que la repudió no podrá volver a tomarla por esposa, ya que pasó a ser para él como impura. Sería una abominación a los ojos de Yavé que la volviera a tener (Dt 24,1-4). **Así veía Dios a la mujer y así reguló el divorcio: un derecho ilimitado para él y una obligación indiscutible para ella.**

11. Si dos hombres pelean entre sí y la mujer de uno de ellos se acerca para librarse a su marido de los golpes del otro, alarga la mano y agarra a éste por las vergüenzas,⁴⁵ harás cortar la mano de la mujer sin piedad (Dt 25,11-12). **Ellas siempre acaban pagando el pato, hagan lo que hagan, incluso si actúan en defensa de sus maridos.**

12. «No te acostarás con un hombre como se hace con una mujer: esto es una cosa abominable» (Lv 18,22)... «Cualquiera que cometa estas abominaciones, todas esas personas serán eliminadas de su pueblo» (Lv 18,29). «Si un hombre se acuesta con un varón, como se acuesta con una mujer, ambos han cometido una infamia; los dos morirán y serán responsables de su muerte» (Lv 20,13). **La homofobia de Dios y de su pueblo casa perfectamente con su brutal misoginia; por regla general, los sujetos o pueblos que consideran a las mujeres como seres inferiores, aunque sexualmente útiles y sometidas al varón, son homófobos.**⁴⁶

⁴⁴ Algunas versiones bíblicas son más elocuentes al afirmar que si el varón «descubre en ella algo que le desagrada, le escribirá un acta de divorcio, se la pondrá en su mano y la despedirá de su casa» (Biblia de Jerusalén).

⁴⁵ En hebreo se usó la palabra mabúsh, que significa «partes pudendas (del varón), genitales».

⁴⁶ Esta consideración, sin embargo, no fue óbice para que, por ejemplo, un bendito de Dios como el rey David pudiese gozar de los amoríos que, al parecer, compartió con su amigo Jonatán, a cuya muerte el rey exclamó: «¡Jonatán, hermano mío, por ti tengo partido el corazón, pues te quería tanto! Tu amor era para mí más maravilloso que el amor de las mujeres» (2 Sm 1,26) ¡y eso que David en el disfrute de mujeres no tuvo parangón! La homofobia divina tampoco ha sido óbice para que, hasta el día de hoy, exista entre el clero católico, también entre sus prelados, un porcentaje de homosexuales muy superior al de la sociedad civil. Cfr. Rodríguez, P. (1995). La vida sexual del clero. Barcelona: Ediciones B; y Rodríguez, P. (2002). Pederastia en la Iglesia católica. Barcelona: Ediciones B; algunos datos básicos sobre este aspecto pueden encontrarse en la sección específica del web de este autor: www.pepe-rodriguez.com.

13. Cuando hagas el censo de los hijos de Israel, cada uno hará una ofrenda a Yavé (...) Cada uno de los que sean empadronados pagará medio ciclo (...) Todos los comprendidos en el censo, de veinte años para adelante, pagarán este rescate. El rico no dará más de medio ciclo ni el pobre dará menos, pues es una contribución para Yavé, para rescate de su vida (Ex 30,12-15). **Pues vaya con la justicia social divina; Dios obliga a pagar rescate por cada vida, pero pide el mismo precio tanto al rico, que se ha visto favorecido con su protección, como al pobre, que lleva una vida miserable por expresa voluntad divina.**

14. El hombre que tenga los testículos aplastados o el pene mutilado no será admitido en la asamblea de Yavé (Dt 23,2). **¿Y qué tendrá que ver la religión con el estado de revista de salva sea la parte? Pues mucho, claro, que no hay que olvidar que Dios situó en algo tan inútil como el prepucio del varón la señal de su alianza con los humanos (Gn 17,11).**

15. Tampoco el mestizo será admitido en la asamblea de Yavé, ni aun en la décima generación⁴⁷ (Dt 23,3). **Ni hablar, pues, de que todos somos iguales; Dios lo dejó bien claro: deben ser excluidos de entre su pueblo quienes no luzcan pureza de sangre.**

16. Al extranjero⁴⁸ podrás prestarle con interés,⁴⁹ pero a tu hermano,⁵⁰ no. Con esto conseguirás que Yavé, tu Dios, te bendiga en todas tus empresas, en la tierra que vas a poseer (Dt 23,21). **Es decir, que Dios bendice a quienes vampirizan económicamente a su próximo... cuando éste sea un desconocido o un extranjero. Estamos ante una previsora regulación divina del capitalismo puro y duro que asentó el funcionamiento de la banca y de otras yerbas similares.**

⁴⁷ La raíz hebrea usada aquí, mamzér, significaba «alienar», «mestizo» —hijo de padre judío y madre gentil o pagana—, «bastardo» o «extranjero». En muchas versiones bíblicas se traduce como bastardo: «El bastardo no será admitido en la asamblea de Yahveh (...)» (Biblia de Jerusalén, Torá, etc.).

⁴⁸ En hebreo, nokrí indicaba a quien no es pariente, a un extraño o forastero.

⁴⁹ Se usó aquí la raíz hebrea nashák, que significaba «golpear con aguijón —como el escorpión o la serpiente—» y, figuradamente, «oprimir a uno exigiéndole interés sobre un préstamo».

⁵⁰ La palabra hebrea akj, «hermano», se usaba en el sentido más amplio de relación o afinidad (amigo, compañero, hermano, pariente, etc.).

Capítulo 3 - Dios premió a cobardes, trámosos y ladrones

Los tiempos bíblicos no debían de ser fáciles, y tal presunción hace que la mera mención de cualquiera de los grandes varones del libro nos invite a imaginarle como un faro de honradez y valor en época de canallas.

La mayoría supone que los varones que eligió Dios para pactar sus relaciones con la humanidad debían ser selectos como ninguno de la especie, pero una lectura detenida de la Biblia nos informa justo de todo lo contrario.

Creo que fue la actriz Mae West quien dijo que «las chicas buenas van al cielo, pero las malas van a todas partes». Si le cambiamos el género a esta frase, podremos aplicársela como un guante a lo más granado de entre los varones benditos de Dios. Ignoro si los chicos malos veterotestamentarios fueron al cielo, pero la Biblia nos demuestra que, a pesar de su maldad, o quizá justo por ella, no sólo fueron a todas partes, sino que gozaron del favor divino.

COBARDÍA QUE ENRIQUECE: ABRAHAM HIZO PASAR A SU ESPOSA SARA POR HERMANA Y LA ENTREGÓ AL PLACER DE REYES, LOGRANDO ASÍ UNA FORTUNA... Y EL CASTIGO DIVINO DE MUCHOS INOCENTES

El Libro del Génesis nos cuenta con claridad meridiana algunos episodios de la vida de Abraham en los que éste se comportó como un cobarde y mentiroso, permitiendo que su hermosa esposa fuese carne de cama de reyes. Pero, ante tan desplorable conducta, Dios calló y le premió con parte de las riquezas de aquellos a quienes engañó y que, a pesar de ser completamente inocentes, fueron castigados ferozmente por un Dios cómplice del primer gran patriarca de Israel.

En el país hubo hambre, y Abram [Abraham]⁵¹ bajó a Egipto a pasar allí un tiempo, pues el hambre abrumaba el país.

Estando ya para entrar en Egipto, dijo a Saray [Sara], su esposa: «Estoy pensando que eres una mujer hermosa. Los egipcios al verte dirán: "Es su mujer", y me matarán para llevarte. Di, pues, que eres mi hermana;⁵² esto será mucho mejor para mí, y me respetarán en consideración a ti».

Efectivamente, cuando Abram entró en Egipto, los egipcios notaron que la mujer era muy hermosa. Después que la vieron los oficiales de Faraón, le hablaron a éste muy bien de ella; por eso Saray fue conducida al palacio de Faraón, y en atención a ella, Faraón trató bien a Abram, quien recibió ovejas, vacas, burros, siervos⁵³ y camellos.

⁵¹ Abram o Abrán, según las traducciones, es el nombre original de Abraham. A sus noventa y nueve años, según Gn 17,4-14, Dios le cambió su nombre por el de Abraham cuando le propuso el pacto de alianza con él y su descendencia. En ese episodio también se cambió el nombre de su esposa Saray por el de Sara, que pasó de ser estéril a poder concebir a Isaac.

⁵² Sara es descrita por el propio Abraham como su hermanastra por parte de padre (Gn 20,12-13).

⁵³ La mayoría de las traducciones hablan de siervos y siervas. En la Biblia de Jerusalén o en la Torá se dice: «Este trató bien por causa de ella a Abram, que tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos».

Pero Yavé afligió con grandes plagas a Faraón y su gente a causa de Saray.

Entonces Faraón llamó a Abram y le dijo: «¡Mira lo que me has hecho! ¿Por qué no me dijiste que era tu esposa? Y yo la hice mi mujer porque me dijiste que era tu hermana. ¡Ahí tienes a tu esposa! ¡Tómala y márchate!».

Y Faraón ordenó a sus hombres que lo devolvieran a la frontera con su mujer y todo lo suyo (Gn 12,10-20).

Todo un modelo de conducta. Ese primer patriarca de Israel, reverenciado en las tres religiones monoteístas de base bíblica como «el epítome de la fe humana en la voluntad de Dios» y receptor del primer pacto de Dios con el que será «su pueblo elegido», aparece descrito en la Biblia como un cobarde que se aprovechó de su esposa Sara, que mintió gravemente y la obligó a ella a mentir, a fingir y a dar su cuerpo en cama ajena, sacando un gran beneficio tras venderla como concubina al faraón por un muy buen precio, a juzgar por todo lo que Abraham pudo obtener en Egipto «en atención a ella».

A más abundamiento, Abraham incumplió ostentosamente una de las prohibiciones divinas en materia de cama —«No tendrás relaciones con tu hermana, hija de tu padre o de tu madre, nacida en casa o fuera de ella» (Lv 18,9) y «No tendrás relaciones con tu hermana, hija de tu padre aunque de otra madre. Respeta a tu hermana: no tendrás relaciones con ella» (Lv 18,11)—, aunque esa grave transgresión, penada con la muerte,⁵⁴ a lo que se ve, a Dios no le importaba en absoluto.

Pero la indecente conducta de este santo varón acabó siendo superada, más allá de toda medida, por Dios, que no sólo permitió los delitos de Abraham, sino que «afligió con grandes plagas a Faraón y su gente a causa de Saray», y cualquier lector conoce ya cómo se ensañaba Dios a la hora de castigar con plagas a los egipcios (véase Éxodo 7 a 11).

Dios, en una de sus habituales muestras de injusticia, según lo describe la Biblia, no sólo no castigó a Abraham, único culpable de que Sara se allegara al faraón, sino que le propició riquezas y le premió con el más alto honor alcanzado por un varón bíblico... mientras que al pobre faraón (y a su corte), que obró siempre de buena fe y con decencia, Dios le machacó sin la menor piedad.

Para dar un mejor y más completo ejemplo a las futuras generaciones de lectores de la palabra de Dios, Abraham, impune y rico tras su canallada en Egipto, repitió la misma maniobra en Guerar⁵⁵ con su rey Abimelec. Así lo cuenta el Génesis:

Abrahán se trasladó de allí al territorio del Negueb y se instaló entre Cadés y Sur; después fue a vivir un tiempo a Guerar. Abrahán decía de su esposa Sara: «Es mi hermana». Oyendo esto, el rey de Guerar, llamado Abimelec, mandó a buscarla para él.

Pero en la noche Dios habló a Abimelec en sueños y le dijo: «Date por muerto a causa de esa mujer que has tomado, porque es casada».

Abimelec no la había tocado aún y dijo: «Pero, Señor mío, ¿vas a dar muerte a un pagano⁵⁶ que es inocente?

⁵⁴ «El hombre que tiene relaciones con su hermana, hija de su padre o de su madre y ve su desnudez y ella la de él, es una ignominia; serán exterminados en presencia de los hijos de su pueblo» (Lv 20,17).

⁵⁵ O Gerar, una ciudad situada en un llano a unos catorce kilómetros al sur de Gaza y a unos veinticuatro kilómetros al noroeste de Beerseba. El lugar es conocido actualmente como Tell Abu Hureisah.

⁵⁶ La Biblia de Jerusalén y la Torá traducen este párrafo como: «Abimélek, que no se había acercado a ella, dijo: "Señor, ¿es que asesinas a la gente aunque sea honrada?"».

»Él me dijo que era su hermana, y ella también me dijo: «"Es mi hermano". Yo he actuado con corazón sencillo y con manos limpias».

Dios le dijo: «Yo sé que lo hiciste con corazón sencillo y por eso te he librado de pecar contra mí, y no he permitido que la tocases. Ahora devuelve su mujer a ese hombre, porque es un profeta. Él rogará por ti y vivirás. Pero si no se la devuelves, debes saber que morirás sin remedio, tú y todos los tuyos».

Abimelec se levantó muy de mañana, y llamando a todos sus oficiales, les contó privadamente todo esto. Ellos, al oírlo, quedaron muy asustados.

Llamó entonces Abimelec a Abrahán y le dijo: «¡En qué lío nos metiste! ¿En qué te he ofendido, para que traigas sobre mí y mi país un pecado tan grande? Te has portado como no debe hacerse».

Y Abimelec le preguntó: «¿Por qué has hecho eso?».

Respondió Abrahán: «Pensé que si no había temor de Dios en este lugar, podrían matarme por causa de mi esposa. Pero es verdad que es mi hermana, pues es hija de mi padre, aunque no de mi madre, y ha pasado a ser mi esposa. Desde que los dioses⁵⁷ me han hecho caminar de un lado para otro, lejos de mi patria, le dije: "Tú me harás el favor de decir, en cualquier lugar donde lleguemos, que soy tu hermano"».

Abimelec mandó traer ovejas y bueyes, esclavos y esclavas y se los dio a Abrahán, al mismo tiempo que le devolvía su esposa Sara.

Después Abimelec agregó: «Ahí tienes a mi tierra, puedes vivir donde quieras».

Y a Sara le dijo: «Le he dado a tu hermano mil monedas de plata, que serán para ti como un velo que tiendas ante los ojos de todos los que están contigo, y así nadie pensará mal de ti».

Entonces Abrahán oró por Abimelec, y Dios curó a Abimelec, a su esposa y a sus esclavos, a fin de que pudieran tener hijos. Porque Dios había vuelto estériles a todas las mujeres en la casa de Abimelec, a causa de Sara, esposa de Abrahán (Gn 20,1-18).

En esta historia, Dios tuvo al menos el detalle de advertir a Abimelec de que Sara era una mujer casada, evitando una relación sexual que, al parecer, le importaba mucho más a Dios que al marido. Pero, sin embargo, Dios, a pesar de lo que le dice al rey y de reconocer expresamente que no había llegado a pecar, le castigó igualmente con la peor de las maldiciones de esos días: la esterilidad de sus mujeres.

Vemos aquí, como en innumerables y diversos pasajes del Antiguo Testamento, que el dios bíblico es muy proclive a la saña y no le importaba en absoluto si las víctimas de su sagrada ira eran inocentes o culpables a la luz de sus propios y cambiantes criterios divinos.

El faraón o Abimelec quizá hubiesen llegado a comprender las razones divinas para sufrir su injusto y caprichoso castigo si el dios bíblico les hubiese confesado lo que algo más tarde le diría a Moisés: «Pues tengo piedad de quien quiero, y doy mi preferencia a quien la quiero dar» (Ex 33,19).⁵⁸ Así es Dios. Abraham le gustaba, Sara también, pero los monarcas egipcio y filisteo y sus familias y pueblos le caían

⁵⁷ En el texto hebreo figura aquí la palabra Elohim ('élôhîym), que significa «dioses». Y también están originalmente en plural las palabras que en esta versión bíblica (y en la mayoría de ellas) se han traducido por «Dios» en singular. Las razones hay que buscarlas en la existencia de dos fuentes diferentes y a menudo contradictorias, la llamada yahvista y la elohista, que fueron unidas artificialmente para componer la versión final o conocida de algunos libros del Antiguo Testamento, como Génesis, Éxodo, Levítico y Números (cfr. Rodríguez, P. (1997). Mentiras fundamentales de la Iglesia católica, óp. cit., pp. 37-39). Para los creyentes, el plural significa una forma de expresar la magnificencia del Dios único, pero para expertos más críticos viene a ser la plasmación de una creencia que reafirma a menudo el propio Yavé cuando se define a sí mismo como el mejor, aunque no el único, dios entre todos los existentes (véase, por ejemplo, Ex 20,2-5).

fatal. Qué le vamos a hacer. Dios actúa tal como le dicta su divina gana. Lo tomas o lo dejas.

La enseñanza divina del paso de Abraham por Guerar muestra, de nuevo, como el mentiroso saca muy buena fortuna de su indignidad y el protagonista de la historia, el gran patriarca del pueblo elegido de Dios, se apropia de más riquezas, tierras y dinero como resultado de un engaño que, según reconoce, puso en práctica «en cualquier lugar donde lleguemos», y de los que Egipto y Guerar son tan sólo dos destinos durante su largo peregrinar.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: buena es la cobardía y la mentira si enriquece a un creyente de su cuerda, sin importar ni un ápice que provoque dramáticas e injustas consecuencias en quienes creen en otros dioses.⁵⁹

... pero la cosa no acabó aquí.

Como una de las muchas muestras del desbarajuste total que es la Biblia, con decenas de historias idénticas que se aplican a diferentes personajes, épocas o situaciones, y a menudo con moralejas contradictorias entre sí, veremos ahora una nueva versión de la historia de este capítulo, pero protagonizada por Isaac, hijo de Abraham y, al parecer, tan cobarde como el padre, pero menos listo.

Hubo hambre en el país —ésta no se debe confundir con la primera hambruna que hubo en tiempos de Abrahán—,⁶⁰ y fue Isaac a Guerar, hacia Abimelec, rey de los filisteos (...)

Isaac, pues, se estableció en Guerar.

Cuando la gente de aquel país le preguntaba quién era la mujer que iba con él, les decía: «Es mi hermana». Porque tenía miedo a decir que era su esposa, para que no lo fueran a matar por causa de Rebeca, que era muy bonita.⁶¹

Llevaba ya bastante tiempo allí, cuando Abimelec, rey de los filisteos, mirando por una ventana, sorprendió a Isaac acariciando a Rebeca.

Entonces Abimelec mandó llamar a Isaac y le dijo: «¡No puedes negar que es tu mujer! ¿Por qué has declarado que es tu hermana?». Isaac le contestó: «Es que pensé que por causa de ella me podrían matar».

Abimelec replicó: «¡En qué lío nos metiste! Por poco uno de aquí se acostaba con tu esposa y tú nos cargabas con un delito».

Entonces Abimelec dio la siguiente orden a toda su gente: «El que toque a este hombre o a su esposa, morirá».

Isaac sembró en aquella tierra y cosechó aquel año el ciento por uno. Yavé lo bendijo de manera que se fue enriqueciendo día a día hasta que el hombre llegó a ser muy rico (Gn 26,1-13).

⁵⁸ En la Biblia de Jerusalén y en la Torá se traduce como: «Pues hago [Yahvé] gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia», o «tendré misericordia del que tendrá misericordia, y seré clemente para con el que será clemente» (versión de Reina-Valera, 2000).

⁵⁹ Debe recordarse aquí que el dios de la Biblia también dice creer en la existencia de otros dioses. Son muchos los pasajes en los que Yavé se designa como el mejor de los dioses existentes, aunque no como el único. Así, por ejemplo, Yavé dice en su primer mandamiento del decálogo: «No tendrás otros dioses rivales míos. No te harás ídolos, figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua bajo tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso...» (Ex 20,2-5).

⁶⁰ El redactor bíblico hace bien en advertirlo, no vaya a pensarse que es un plagio de la historia anterior.

⁶¹ ¿Es que no le habían contado sus padres que esa gente de Guerar era civilizada y que al rey del lugar ya le sacaron una fortuna con el cuento de la hermana de muy buen ver?

A pesar de ser un mentiroso, Isaac fue bendecido por Dios, que le hizo muy rico... aunque en esta historia no se lucra de Abimelec como hizo su padre, al no ser el rey, sino «uno de aquí», quien «por poco se acostaba con tu esposa».

Los intérpretes autorizados de la Biblia dicen que ese Abimelec no es el mismo a quien Abraham engañó y le sacó una fortuna. Quizá fuese su hijo y, al igual que Isaac, no conociese las batallitas domésticas libradas por su progenitor. También podría ser que esta historia, como cientos de otros relatos bíblicos, fuese mentira, pero entonces ¿cómo seguir asumiendo eso tan hermoso que impone la Iglesia católica —y todas las cristianas— al declarar que «los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra»?

Otra duda: ¿por qué eran tan facilonas y prontas al lecho ajeno las esposas de los primeros patriarcas del pueblo elegido de Dios? La Biblia sólo lo muestra, pero no lo aclara.

DE CHANCHULLERO A PATRIARCA: JACOB ENGAÑÓ A SU HERMANO ESAÚ Y A SU PADRE ISAAC, CIEGO, PARA APODERARSE DE LOS DERECHOS DE PRIMOGENITURA

Jacob, el tercer patriarca de Israel, hijo de Isaac y Rebeca, nacido junto a su mellizo Esaú, representa un claro ejemplo de que los más marrulleros gozan siempre del beneplácito divino.

Su historia ya apuntaba maneras desde el mismísimo seno materno. Rebeca, que, como muchas otras madres de grandes personajes bíblicos, era estéril pero concibió por voluntad divina, ya notó cómo sus hijos se peleaban dentro de su vientre y buscó el asesoramiento de Dios, que le respondió: «Dos naciones hay en tu seno; dos pueblos se separarán desde tus entrañas. Uno será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor» (Gn 25,23).

Dios, que siempre parece más proclive a meter cizaña que a facilitar las cosas, decantó las preferencias de cada progenitor por un hijo. Isaac prefería a Esaú, el mayor⁶² «llegó a ser un experto cazador y un hombre de campo abierto», porque al patriarca «le gustaba la caza». Jacob, que «era un hombre tranquilo a quien le gustaba estar en la tienda», era el preferido de la madre y, por lo que se ve, un manitas que hacía maravillas con los fogones. Y gracias a la cocina, este marrullero consentido de mamá pudo perpetrar su primera sinvergonzonería conocida:

En cierta ocasión estaba Jacob cocinando un guiso, cuando llegó Esaú del campo, muy agotado. Dijo Esaú a Jacob: «Por favor, dame un poco de ese guiso rojizo, pues estoy hambriento» (por eso fue llamado Edom, o sea, rojizo).

Jacob le dijo: «Me vendes, pues, ahora mismo tus derechos de primogénito» [ahí es ná la generosidad y honradez de hermano con la que se descolgó este santo varón como quien no quiere la cosa, pero exigiendo el pago al contado, para hoy mismo].

Esaú le respondió: «Estoy que me muero, ¿qué me importan mis derechos de primogénito?».

Jacob insistió: «Júramelo ahora mismo». Y lo juró, vendiéndole sus derechos.

Jacob entonces dio a su hermano pan y el guiso de lentejas. Esaú comió y bebió, y después se marchó. No hizo mayor caso de sus derechos de primogénito⁶³ (Gn 25,29-34).

⁶² Esaú fue el primero en salir durante el parto, aunque arrastrando a su hermano Jacob, que se le había agarrado a su talón.

Aquí ya encontramos dos elevadas (moralmente hablando) enseñanzas de la palabra de Dios: a) si uno es tonto, que se atenga a las consecuencias y se fastidie, que el reino de Dios sólo es para los listos; y b) si puedes aprovecharte y engañar a tu propio hermano, para qué ir a delinquir fuera de casa.

Prosigamos. Dios estaba en el ajo, pero Isaac no. Y no debía de ser muy licita la compraventa de los derechos de primogenitura a juzgar por los engaños que tuvo que poner en marcha Jacob para quedárselos y dejar en la cuneta a su hermano mayor. Lo que sigue es el primer boceto de guión de la historia apto para uno de esos culebrones televisivos de alta escabrosidad familiar. Isaac, viejo y ciego, llamó a su preferido Esaú y le dijo:

Mira que ya estoy viejo e ignoro el día de mi muerte. Así, pues, toma tus armas, tu arco y la caja de las flechas, sal al campo y caza alguna pieza para mí. Luego me preparas un guiso como a mí me gusta y me lo sirves, y yo te daré la bendición antes de que muera.

Rebeca estaba escuchando la conversación de Isaac con Esaú. Cuando éste se fue al campo en busca de caza para su padre, Rebeca dijo a su hijo Jacob: «Acabo de oír a tu padre que hablaba con tu hermano Esaú y le dijo: "Vete a cazar y prepárame un guiso, para que yo lo coma y te pueda bendecir ante Yavé, antes de morirme". Ahora, pues, hijo, escúchame y haz cuanto te diga. Anda al corral y tráeme dos cabritos de los mejores que haya [al parecer, el viejo conservaba un buen apetito]; con ellos haré un guiso como le gusta a tu padre. Después tú se lo presentas a tu padre para que lo coma y te bendiga antes de su muerte».

Jacob dijo a su madre Rebeca: «Pero mi padre sabe que yo soy lampiño y mi hermano muy velludo. Si me toca se dará cuenta del engaño y recibiré una maldición en lugar de una bendición».

Su madre le replicó: «Tomo para mí la maldición. Pero tú, hijo mío, hazme caso, y ve a buscar lo que te pedí». Fue, pues, a buscarlo y se lo llevó a su madre, que preparó para su padre uno de sus platos preferidos. Después, tomando las mejores ropas del hijo mayor Esaú, que tenía en casa, vistió con ellas a Jacob, su hijo menor. Con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y la parte lampiña del cuello, y luego puso en las manos de Jacob el guiso y el pan que había preparado.

Jacob entró donde estaba su padre y le dijo: «¡Padre!». Él le preguntó: «Sí, hijo mío. ¿Quién eres?».

Y Jacob dijo a su padre: «Soy Esaú, tu primogénito. Ya hice lo que me mandaste. Levántate, siéntate y come la caza que te he traído. Después me bendecirás».

Dijo Isaac: «¡Qué pronto lo has encontrado, hijo!». Contestó Jacob: «Es que Yavé, tu Dios, me ha dado buena suerte».

Isaac le dijo: «Acércate, pues quiero tocarte y comprobar si eres o no mi hijo Esaú». Jacob se acercó a su padre Isaac, quien lo palpó y dijo: «La voz es la de Jacob, pero las manos son las de Esaú». Y no lo reconoció, pues sus manos eran velludas como las de su hermano Esaú, y lo bendijo [en este relato pueril y absurdo, el patriarca Isaac queda reflejado como un ser más simple que el mecanismo de un lapicero... pero así son todas las historias inspiradas por Dios] (...) Volvió a preguntarle: «¿Eres de verdad mi hijo Esaú?». Contestó Jacob: «Sí, yo soy».

Isaac continuó: «Acércame la caza que me has preparado, hijo mío, para que la coma y te dé mi bendición». Jacob le sirvió y comió. También le ofreció vino, y bebió.

Entonces Isaac le dijo: «Acércate y bésame, hijo mío». Jacob se acercó y le besó. Al sentir Isaac el perfume de su ropa, lo bendijo (...)

⁶³ En la Biblia de Jerusalén o en la Torá se dice: «Así desdeñó Esaú la primogenitura». En la Nueva Biblia Española se traduce como: «Así malvendió Esaú sus derechos de primogénito».

Apenas Isaac había terminado de bendecirle, y Jacob había salido de la pieza de su padre, cuando llegó Esaú, su hermano, con el producto de su caza. Preparó también el guiso y se lo llevó a su padre, diciendo: «Levántate, padre, y come la caza que tu hijo te ha preparado, de manera que me puedas dar tu bendición» (Gn 27,1-31).

Lo que siguió es patetismo en primer grado. Que si «tu hermano ha venido, me ha engañado y se ha tomado tu bendición». Que si «¿y no me has reservado alguna bendición?». Pues que va a ser que no, aunque intentó tranquilizarle el padre diciendo: «Mira, vivirás lejos de las tierras fértiles y lejos del rocío del cielo. De tu espada vivirás y a tu hermano servirás; pero cuando así lo quieras, quitarás su yugo de tu cuello» (Gn 27,32-46). Pero a Esaú, claro, ese destino no le hizo mucha gracia y decidió matar a su hermano, que por algo era un personaje de la Biblia y este tipo de venganzas intrafamiliares son las que más entretienen a Dios.

Dios contempló divertido, callado y complacido la canallada urdida por Rebeca y Jacob en contra de su protegido Isaac, al que despojaron de su derecho paterno cuando más vulnerable estaba, pero ello le convenía a los planes divinos y por eso, en esa casa, prosperó el delito con impunidad.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: engañar y robar al hermano y traicionar al padre son conductas aceptables.

ROBAR EN FAMILIA NO ES PECADO: JACOB SE ENRIQUECIÓ DESVALIJANDO AL TRAMPOSO DE SU TÍO Y SUEGRO LABÁN

Después de la canallada que le hizo Jacob a su hermano Esaú, Rebeca le aconsejó a su estafador retoño que pusiese tierra de por medio para salvar su pescuezo de la navaja justiciera de Esaú. Le sugirió huir a Jarán y buscar refugio en la casa de su hermano Labán.

Pero antes de emprender viaje, Isaac, su padre, que ya se había olvidado del tremendo disgusto que tenía apenas unos versículos antes —mostrando con ello que daba por buena la estafa que hizo Jacob a su familia y a la historia de su pueblo —, le bendijo de nuevo y le dio algunos consejos:

No te cases con ninguna mujer cananea. Ponte en camino y vete a Padán-Aram, a la casa de Batuel, el padre de tu madre, y elige allí una mujer para ti de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre. Que el Dios de las Alturas te bendiga, te multiplique y de ti salgan muchas naciones (...) (Gn 28 1-2).

Llegado ya Jacob a las tierras de su tío Labán, éste salió a su encuentro:

Apenas supo Labán que Jacob era el hijo de su hermana, corrió a su encuentro, lo abrazó, lo besó, y lo llevó a su casa.

Jacob contó a Labán todo lo ocurrido, y Labán le dijo: «En verdad tú eres carne y hueso míos». Y Jacob se quedó allí con él durante un mes.

Entonces Labán le dijo: «¿Acaso porque eres hermano mío vas a trabajar para mí de balde? Dime cuál va a ser tu salario».

Labán tenía dos hijas: la mayor se llamaba Lía, y la menor Raquel. Lía no tenía brillo en sus ojos, mientras Raquel tenía buena presencia y era linda. Jacob se había enamorado de Raquel, así que le contestó: «Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor».

Labán dijo: «Mejor te la doy a ti y no a cualquier otro hombre. Quédate, pues, conmigo».

Jacob trabajó siete años por Raquel, pero la amaba tanto, que los años le parecieron días. Entonces Jacob dijo a Labán: «Dame a mi esposa, pues se ha cumplido el plazo y ahora quiero vivir con ella».

Labán invitó a todos los del lugar y dio un banquete, y por la tarde, tomó a su hija Lía y se la llevó a Jacob, que se acostó con ella. Labán dio a Lía su propia esclava Zilpá, para que fuera sirvienta de ella.

A la mañana siguiente: ¡Caramba! ¡Lía! Jacob dijo a Labán: «¿Qué me has hecho? Yo te he servido por Raquel. ¿Por qué me has engañado?». ⁶⁴ Labán le respondió: «No se acostumbra por aquí dar la menor antes que la mayor. Deja que se termine la semana de bodas, y te daré también a mi hija menor, pero tendrás que prestarme servicios por otros siete años más».

Jacob lo aceptó, y al terminar la semana de bodas con Lía, Labán le entregó a su hija Raquel. Labán le dio a Raquel a su esclava Bilá como sierva.

Jacob se unió también a Raquel, y amó a Raquel más que a Lía. Y se quedó con Labán al que prestó servicios siete años más.

Al ver Yavé que Lía no era querida, le concedió ser fecunda, mientras que Raquel era estéril (Gn 29,15-31).

De nuevo tenemos a Dios metiendo baza para poder desencadenar conflictos familiares que podrían haberse ahorrado todos.⁶⁵ Lía parió cuatro hijos, Rubén, Simeón, Leví y Judá, pero Jacob seguía prefiriendo a Raquel, aunque, eso sí, administraba su virilidad llegándose a ambas... pero no solamente a ellas, ya que la tremenda envidia que Raquel sentía por su hermana Lía llevó a que la cama de Jacob estuviese muy concurrida:

Raquel, viendo que no daba hijos a Jacob, se puso envidiosa de su hermana y dijo a Jacob: «Dame hijos, porque si no, me muero».⁶⁶

Entonces Jacob se enojó con Raquel y le dijo: «Si Dios te ha negado los hijos, ¿qué puedo hacer yo?». Ella le contestó: «Aquí tienes a mi esclava Bilá. Únete a ella y que dé a luz sobre mis rodillas. Así tendré yo también un hijo por medio de ella». Le dio, pues, a su esclava Bilá, y Jacob se unió a ella (Gn 30,1-8).

Pero, tras dos partos de la esclava Bilá en funciones de madre sustituta de Raquel, ésta andaba ya muy envalentonada frente a su hermana y la forzó a mover ficha:

Viendo Lía que había dejado de tener hijos, tomó a su sierva Zelfa y se la dio por mujer a Jacob. Y Zelfa, esclava de Lía, dio un hijo a Jacob [y luego un segundo, claro] (Gn 30,9-12).

⁶⁴ En la Biblia son muy comunes los casos de varones que no son capaces de darse cuenta de que su amante es alguien muy diferente de quien suponen. Dado que una estupidez de este calibre no es creíble, ni entre los brutos nómadas hebreos, tales ejemplos indican la nula consideración que la mujer tenía para la cultura que escribió esos relatos, y documentan un desprecio de género que el dios de la Biblia avaló y fijó por los siglos de los siglos entre sus seguidores.

⁶⁵ Dios podía haber impuesto el cumplimiento de lo legislado por él al respecto —«Teniendo ya mujer, no tomarás a su hermana para ponerla celosa, teniendo relaciones con su hermana mientras viva ella» (Lv 18,18)—, pero no fue así. Haciendo la vista gorda, la historia acabaría siendo mucho más entretenida.

⁶⁶ Y se los dará, aunque, caprichos del dios bíblico, Raquel acabó muriendo de un parto: «Partieron de Betel, y faltando ya poco para llegar a Efratá, Raquel dio a luz. Tuvo un parto muy difícil, y cuando sus dolores eran más intensos, la partera le dijo: "Ánimo, que éste es también un hijo". Y dando el último suspiro, pues se estaba muriendo, lo llamó Ben-Oní (o sea, hijo de mi dolor), pero su padre le dio el nombre de Benjamín. Así es como murió Raquel y fue sepultada en el camino de Efratá» (Gn 35,16-19).

Sin embargo, los líos, peleas y partos estaban lejos de acabar. Rubén, hijo de Lía, se encontró unas manzanas silvestres⁶⁷ y Raquel le pidió algunas a su madre.

Le respondió Lía: «¿No te basta con haberme quitado el marido, que ahoraquieres llevarte también las manzanas de mi hijo?». Raquel le dijo: «Muy bien, que duerma contigo esta noche, a cambio de las manzanas de tu hijo».

Cuando por la tarde llegaba Jacob del campo, Lía salió a su encuentro y le dijo: «Esta noche dormirás conmigo, pues te he alquilado por unas manzanas de mi hijo». Aquella noche, pues, durmió Jacob con ella⁶⁸ [bonito ejemplo para leer en familia los domingos, sí, señor]. Dios escuchó las oraciones de Lía, la que concibió y le dio a Jacob el quinto hijo [y luego dos más], aunque, claro, «entonces Dios se acordó de Raquel, oyó sus ruegos y le concedió ser fecunda» (Gn 30:14-22).

Tras perder la cuenta de tanto parto, once varones y una mujer, Jacob optó por independizarse y le pidió libertad y finiquito a su tío y suegro Labán; pero, fiel a su personalidad trámposa, Jacob le hará una sucia (y rentable) jugarreta al no menos marrullero padre de sus antes primas y ahora esposas.

Después de que Raquel hubo dado a luz a José, Jacob dijo a Labán: «Déjame regresar a mi patria y mi tierra. Dame mis esposas y mis hijos, por quienes te he servido, y déjame partir, pues bien sabes con qué fidelidad te he servido».

Labán le contestó: «Hazme un favor. El cielo me hizo ver que Yavé me bendecía gracias a ti». Y agregó: «Dime cuánto te debo y te lo pagaré».

Jacob respondió: «Tú sabes cómo te he servido, y cómo le fue a tu rebaño conmigo. Poco era lo que tenías antes de que yo llegara aquí; pero después creció enormemente y Yavé te ha bendecido. ¿Cuándo, pues, podré trabajar para mi propia casa?».

Dijo Labán: «¿Qué te puedo dar?». Jacob respondió: «No me des nada, pero si haces por mí lo que voy a pedirte, seguiré cuidando tus rebaños. Hoy voy a revisar tus rebaños y pondré aparte todos los corderos negros, y también todos los cabritos manchados y rayados, y éste será mi salario. Comprobarás mi honradez el día de mañana cuando quieras verificar personalmente lo que me llevo. Todo lo que no sea manchado o rayado entre las cabras, ni negro entre los corderos, será considerado como un robo de mi parte».

Dijo Labán: «Está bien, sea como tú dices». Ese mismo día Labán puso aparte todos los cabritos rayados o con manchas, y a cuanto cordero había con color negro, y se los dio a sus hijos, y los mandó lejos de Jacob, a una distancia de tres días. Y Jacob se quedó cuidando el resto del rebaño de Labán.

Jacob se buscó entonces unas ramas verdes de chopo, almendro y plátano. Peló la corteza de las ramas haciendo franjas que dejaban al descubierto el blanco de la madera. Después las colocó ante las pilas y abrevaderos, justo delante de esas que al beber entraban en celo. Y las que se apareaban frente a las varas parían después crías rayadas, moteadas y manchadas. Entonces Jacob separaba los corderos. En una palabra, hacía que las ovejas del rebaño de Labán miraran todo lo que tenía rayas o era negro. Así se formó rebaños que le pertenecían y que apartaba de los de Labán.

Cada vez que entraban en celo las ovejas más robustas, Jacob volvía a poner en las pilas y abrevaderos las varas, a la vista de las ovejas, para que se aparearan ante ellas. Pero si las ovejas eran débiles, no ponía las varas. Así las débiles quedaban para Labán, y las robustas eran para Jacob.

⁶⁷ La mayoría de las versiones bíblicas traducen la palabra hebrea dudái o dúday por «mandrágora» y no por «manzana», aunque el fruto en baya de la mandrágora se asemeja a una manzana pequeña. A la mandrágora se le atribuyen efectos afrodisíacos, y ése es el sentido de la fruta que aparece en este versículo.

⁶⁸ En la Biblia de Jerusalén o en la Torá se dice: «"Tienes que venir conmigo porque he pagado por ti unas mandrágoras de mi hijo." Y él se acostó con ella aquella noche».

Y el hombre se hizo muy rico, pues tenía grandes rebaños, muchos servidores y sirvientas, camellos y burros (Gn 30,25-43).

En el caso, harto probable, de que algún lector no hubiese captado la sutileza del engaño perpetrado por Jacob para saquear el rebaño de su tío Labán, le remitiremos al siempre autorizado criterio exegético de la muy católica versión bíblica de Nácar-Colunga, que anota este versículo, en su página 63, diciendo:

«La industria de Jacob es fácil de entender. Puesto que en los abrevaderos donde los machos suelen cubrir a las hembras, pone en los canales esas varas parcialmente descortezadas, para que, impresionando a los animales, venga el feto a tener el color variado de las mismas varas. El resultado correspondió a sus propósitos. San Crisóstomo y Teodoreto lo atribuyen a milagro. San Jerónimo, San Agustín y San Isidoro lo tienen por natural y lo confirman con varios ejemplos. Lo que no ofrece duda es que el autor sagrado ve en esto un efecto de la providencia especial de Dios sobre el patriarca».

Dado que la biología de los mamíferos artiodáctilos patihendidos no permite lograr lo que Dios afirmó con su palabra (y con total desconocimiento de las leyes genéticas que, según dicen, creó y todavía gestiona), sólo resta pensar que, efectivamente, hubo milagro y que Dios ayudó a Jacob a jugar con trampa para poder robarle la mejor y mayor parte de su ganado a Labán.

Por si quedaba alguna duda respecto a la complicidad e intervención directa de Dios en el expolio de los bienes de Labán, un poco más adelante se dice:

Y el Ángel de Dios me dijo en sueños: «¡Jacob!». Yo respondí: «Aquí estoy».

Y añadió: «Fíjate bien cómo los machos que cubren a las hembras son rayados, manchados y moteados. Esto es así porque he visto todas las cosas que Labán ha hecho contigo.

»Yo soy el Dios de Betel, en donde derramaste aceite sobre una piedra y me hiciste un juramento. Ahora, levántate y vuélvete a la tierra en que naciste».

Respondieron Raquel y Lía: «¿Acaso tenemos que ver algo todavía con la casa de nuestro padre, o somos aún sus herederas?

»¿No hemos sido tratadas como extrañas después que nos vendió y se comió nuestra plata?

»Pero Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre y nos las ha dado a nosotras y a nuestros hijos. Haz, pues, todo lo que Dios te ha dicho».

Se levantó Jacob e hizo montar en camellos a sus mujeres e hijos.

Y se llevó todos sus rebaños y todos los bienes que había adquirido en Padán-Aram, volviendo donde su padre Isaac, a Canaán.

Aprovechando que Labán había salido a esquilar su rebaño, Raquel robó los ídolos familiares que su padre tenía en casa.

Jacob actuó a escondidas de Labán, y no le avisó nada sobre su partida.

Tomó, pues, todo lo que poseía, y emprendió la huida. Atravesó el río Éufrates y se dirigió a las montañas de Galaad (Gn 31,11-21).

Tenemos aquí otro hermoso ejemplo de la conducta divina, que favorece activamente al sinvergüenza en perjuicio de terceros, que en el caso de Jacob eran de su propia familia, a la que roba con engaño y traición, huyendo con el botín aprovechando la ausencia de Labán, el legítimo propietario de todo lo expoliado.

El pésimo ejemplo se completa con una reprochable conducta familiar, al huir impidiendo que Labán se despida de sus hijas y nietos, y con un nuevo engaño de Rebeca para esconderle a su padre los dioses familiares que había robado.

Labán dijo a Jacob: «¿Qué me has hecho? Me has engañado, y te has llevado a mis hijas como si fueran prisioneras de guerra.

»¿Por qué has huido en secreto engañándome? ¿Por qué no me avisaste? Yo habría hecho una fiesta para despedirte, con canciones, tambores y guitarra.

»Ni siquiera me has dejado besar a mis hijos y a mis hijas. Te has portado como un tonto.

»Yo podría hacerte mal, pero el Dios de tu padre me dijo anoche: "Cuídate de no discutir con Jacob, bien sea con amenazas o sin violencia" [de nuevo toma Dios partido por el delincuente y obliga a la víctima a acatar sus fechorías].

»Pero si te has ido porque echabas de menos a la casa de tu padre, ¿por qué me has robado mis dioses?».

Respondió Jacob a Labán: «Yo tuve miedo a que me quitaras tus hijas. Pero eso sí, al que descubras que tiene en su poder tus dioses, ése morirá». ⁶⁹ En presencia de nuestros hermanos, revisa todo lo que yo tengo, y si reconoces algo tuyo, llévatelo. Pero Jacob ignoraba que Raquel había robado los ídolos.

Entró Labán en la tienda de Jacob, después en la de Lía y en las de las dos criadas, pero no encontró nada. A continuación, entró en la tienda de Raquel, pero Raquel había tomado los ídolos familiares y colocándolos debajo de la montura del camello se sentó encima mientras Labán registraba toda su tienda y no encontraba nada.

Entonces ella, dirigiéndose a su padre, le dijo: «Perdone, mi señor, si no me pongo de pie ante su presencia, pero me sucede lo que le pasa a las mujeres». Registró, pues, y no encontró los ídolos (Gn 31,26-35).

El currículo de este gran patriarca comenzó a labrarse abusando de la simpleza de su hermano, al que robó los derechos de primogenitura engañando a su padre, y se fortaleció gracias a la riqueza que le robó con trampas (divinas, en este caso) a su tío y suegro Labán, no menos trámoso que él.⁷⁰

A pesar de su muy reprobable y vergonzoso proceder, Jacob mereció todos los parabienes y bendiciones de Dios, que le encumbró hasta la gloria en el organigrama del pueblo elegido:

Dios se apareció de nuevo a Jacob cuando regresaba de PadánAram y lo bendijo, diciendo: «Tu nombre es Jacob, pero desde ahora no te llamarás más Jacob, sino que tu nombre será Israel». Así, pues, le puso por nombre Israel.

Y agregó: «Yo soy el Dios de las Alturas; sé fecundo y multiplícate. Una nación, o mejor, un grupo de naciones nacerá de ti, y reyes saldrán de tu linaje. Te daré la tierra que di a Abraham e Isaac, y la daré a tus descendientes después de ti» (Gn 35,9-12).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: robarle a la familia no es punible y, en cualquier caso, bueno y acertado es el refrán popular que asevera que quien le roba a un ladrón se merece cien años de perdón.

⁶⁹ El redactor bíblico tomará buena nota de esta promesa de ejecutar a quien robó los ídolos familiares de Labán y, claro está, los hizo desaparecer para siempre de la historia. ¿Qué hizo Raquel con ellos? ¿Los mantuvo escondidos bajo su regazo aduciendo una menstruación perpetua? Sabemos que no fue así, dado que se mantuvo bien activa en el lecho de su marido y primo, pero nadie nos cuenta la razón por la que Jacob no cumplió su promesa de ejecutar a la ladrona. ¿Un nuevo milagro atribuible a la especial protección divina que gozaron los delincuentes bíblicos?

⁷⁰ Por eso Jacob justificó su robo ante Labán diciéndole: «Si el Dios de mi padre, el Dios de Abrahán y Dios Terrible de Isaac, no me hubiera asistido, con toda seguridad que tú me habrías despedido con las manos vacías. Pero Dios ha visto mis pruebas y el trabajo de mis manos y por eso anoche pronunció su sentencia» (Gn 31,42). Es decir, Dios le posibilitó y permitió el delito para resarcirse de una relación laboral presuntamente injusta... aunque no más que la que padecía la mayoría de la gente de esas sociedades, que era tratada infinitamente peor que Jacob ante el silencio y aquiescencia del dios bíblico.

Capítulo 4 - Dios consideró hombres justos a quienes ofrecieron a sus hijas o esposas para ser violadas por la chusma

La Biblia, aunque muy en particular el Antiguo Testamento, rebosa de relatos crueles e inhumanos, impropios incluso de la época en la que se escribieron, pero entre ellos destaca, por aberrante y detestable, el papel que los varones bíblicos —y, con ellos, «la palabra de Dios»— le adjudicaron a las mujeres, que, en mejores o peores circunstancias, apenas pasaron de ser consideradas como carnaza sexual y, en consecuencia, como bienes de botín de guerra y/o de compraventa.

En este capítulo hemos seleccionado dos relatos bíblicos terribles que, de estar en cualquier otro texto, ya hubiesen sucumbido a las iras y tijeras censoras de cristianos biempensantes, pero son «palabra de Dios» y por ello —al igual que otros relatos sobre mujeres que reproduciremos en diferentes capítulos— deberán seguir escarneciendo eternamente el respeto que se le debe a las mujeres... aunque quienes de verdad escandalicen sean los varones de Dios que protagonizaron historias tan rematadamente canallas y deplorables.

CARNE DE MUJER PARA SALVAR EL ORGULLO DE VARÓN: LOT OFRECIÓ A SUS DOS HIJAS VÍRGENES PARA IMPEDIR QUE LOS SODOMITAS VIOLASEN A DOS ÁNGELES

Nos relata el Génesis que estaba Dios —bajo forma humana y acompañado de dos ángeles con igual apariencia— charlando con Abraham y...

Dijo entonces Yavé: «Las quejas contra Sodoma y Gomorra son enormes, y su pecado es en verdad muy grande. Voy a visitarlos, y comprobaré si han actuado según esas quejas que han llegado hasta mí. Si no es así, lo sabré».

Los hombres partieron y se dirigieron a Sodoma, mientras Yavé se quedaba de pie delante de Abrahán (Gn 18,20-22).⁷¹

(...) Los dos ángeles llegaron a Sodoma al atardecer. Lot estaba sentado a la entrada del pueblo. Apenas los vio, salió a su encuentro, se arrodilló inclinándose profundamente, y les dijo: «Señores míos, les ruego que vengan a la casa de este siervo suyo a pasar la noche. Se lavarán los pies, descansarán y mañana, al amanecer, podrán seguir su camino».

Ellos le respondieron: «No, pasaremos la noche en la plaza».

Pero él insistió tanto, que lo siguieron a su casa, y les preparó comida. Hizo panes sin levadura y comieron. No estaban acostados todavía cuando los vecinos, es decir, los hombres de Sodoma, jóvenes y ancianos, rodearon la casa: ¡estaba el pueblo entero!

⁷¹ ¿Quejas? ¿Quién se quejó ante Dios de Sodoma y Gomorra? ¿Cómo es que Dios, en su omnipotencia y omnipresencia, desconocía la existencia y grado del pecado denunciado y tenía que ir personalmente hasta el lugar para observar los hechos? ¿No se divisaba Sodoma y Gomorra desde el cielo? ¿Por qué se quedó Dios discutiendo sobre el castigo de las ciudades con Abrahán —que demuestra saber más que Dios sobre el asunto: «Se acercó entonces Abrahán y le dijo: "¿Es cierto que vas a exterminar al justo junto con el malvado?"» (Gn 18,23)— mientras enviaba a sus dos ángeles a hacer el trabajo que correspondía a un dios? En fin...

Llamaron a Lot y le dijeron: «¿Dónde están esos hombres que llegaron a tu casa esta noche? Mándanoslos afuera, para que abusemos de ellos».⁷²

Lot salió de la casa y se dirigió hacia ellos, cerrando la puerta detrás de sí, y les dijo: «Les ruego, hermanos míos, que no cometan semejante maldad. Miren, tengo dos hijas que todavía son vírgenes.⁷³ Se las voy a traer para que ustedes hagan con ellas lo que quieran, pero dejen tranquilos a estos hombres que han confiado en mi hospitalidad».

Pero ellos le respondieron: «¡Quítate del medio! ¡Eres un forastero y ya quieres actuar como juez! Ahora te trataremos a ti peor que a ellos».

Lo empujaron violentamente y se disponían a romper la puerta. Pero los dos hombres desde adentro extendieron sus brazos, tomaron a Lot, lo introdujeron en la casa y cerraron la puerta. Hirieron de ceguera a los hombres que estaban fuera, desde el más joven hasta el más viejo, de modo que no fueron ya capaces de encontrar la puerta (Gn 19,1-11).

El resto de la historia es bien conocido: Dios lanzó azufre y fuego desde el cielo y Sodoma y Gomorra desaparecieron con toda su gente. Lot y sus hijas se salvaron, claro, pero no su esposa, la pobre, que se dio la vuelta para ver qué les estaba pasando a sus vecinos y Dios la convirtió en estatua de sal (Gn 19,24-26). A Dios jamás le han gustado los curiosos, los prefiere obedientes a machamartillo.

Pero el ejemplo que importa y resalta, en medio de un relato pueril aunque de fondo muy indecente, es la deplorable conducta de Lot, el santo varón que, sin que nadie se lo pidiese, ofreció a sus dos hijas (vírgenes, a más abundamiento) para que fuesen violadas por una chusma que, cosas de la vida, estaba más interesada en hacer lo propio con los dos varones que hospedó Lot.

Hubiese sido un buen ejemplo para los lectores de la Biblia Dios ofreciese la imagen de un Lot gallardo y decidido defendiendo la integridad sexual de sus invitados, pero no. Dios prefirió dárnos el modelo de un padre perverso al que sus hijas le importaban tan poco que las ofreció de buen grado para que fuesen vejadas y violadas por una muchedumbre soez.

También hubiese sido un detallazo que Dios, al menos, le recordase a Lot una de sus leyes de obligado cumplimiento, la que ordena que «no profanarás a tu hija, prostituyéndola; no sea que tu país se vuelva una tierra de prostitutas, un nido de víboras»⁷⁴ (Lv 19,29). Pero tampoco estuvo por la labor.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: es preferible que mil mujeres sean violadas a que a un solo varón le rocen su trasero...

... O eso, al menos, es lo que propaga el dios de la Biblia desde ejemplos como el recién comentado y el que seguirá.

⁷² La mayoría de las biblias traducen el acto de tener sexo por «conocer», en este caso: «Sácalos para que los conozcamos». Otras, como la Nueva Biblia Española, son más explícitas: «Sácalos para que nos acostemos con ellos».

⁷³ La mayoría de las traducciones bíblicas usan la construcción «que no han conocido varón».

⁷⁴ La Biblia de Jerusalén traduce el versículo así: «No profanarás a tu hija, prostituyéndola; así la tierra no se prostituirá ni se llenará de indecencias».

VIOLENCIA DE GÉNERO CONTRA LA MUJER: EL LEVITA QUE, PARA EVITAR SER VIOLADO POR LOS HOMBRES DE GUIBEA, LES ENTREGÓ A SU MUJER, DE QUIEN ABUSARON HASTA LA MUERTE, Y PROVOCÓ UNA GUERRA CON MILES DE MUERTOS Y CIENTOS DE ESCLAVAS SEXUALES

En esta historia son dos los varones de Dios que ofrecen a una mujer para evitar que sodomicen a un varón. Uno ofrece a la chusma excitada a su hija, diciéndoles que «pueden violarlas y tratarlas como quieran». El otro, el levita al que los hombres de Guinea miraban con ojos tiernos, les dio a su mujer, a la que violaron y maltrataron toda la noche hasta matarla.

El Libro de Jueces nos detalla y acerca a este modelo de conducta surgido de la inspiración divina:

En ese tiempo no había rey en Israel. Un levita que vivía en el extremo de la montaña de Efraín tomó como concubina a una mujer de Belén de Judá. Su concubina le fue infiel⁷⁵ y lo abandonó volviéndose a la casa de su padre, en Belén de Judá, donde permaneció más o menos cuatro meses. Su marido se puso en camino para ir a buscarla, hablarle al corazón y traerla de vuelta; con él iban su sirviente y dos burros. Ella lo hizo entrar en la casa de su padre, y apenas el padre de la joven lo vio, salió feliz a encontrarlo. Su suegro, padre de la joven, lo retuvo y se quedó tres días con él. Comieron, bebieron y pasaron la noche en ese lugar (...)

Al quinto día, como se levantara muy temprano para irse, el padre de la joven le dijo: «Repón tus fuerzas, espera la caída de la tarde». Comieron los dos juntos.

Cuando el marido se disponía a partir junto con su concubina y su sirviente, su suegro, el padre de la joven, le dijo: «¡Miren! Ya es tarde, no tardará en anochecer, quedense aquí esta noche. Disfruten un poco más; mañana levántense temprano y partan para su tienda».

Pero el marido no quiso quedarse una noche más. Partió con sus dos burros cargados y su concubina rumbo a Jebus (es decir, Jerusalén).

Cuando estuvieron cerca de Jebus, como ya atardecía, el sirviente dijo a su patrón: «Tú debieras dejar el camino y entrar en esa ciudad de los jebuseos, nosotros pasaremos aquí la noche».

Pero su patrón le respondió: «No entraremos en una ciudad extranjera: esa gente no es israelita. Sigamos mejor hasta Guibea» (...) y llegaron cerca de Guibea de Benjamín⁷⁶ cuando el sol ya se ponía.

Saliendo del camino, entraron en Guibea para pasar allí la noche. El levita fue a sentarse a la plaza, pero nadie lo invitó a alojarse en su casa.

Un anciano volvía al final de la jornada de su trabajo en el campo (...) El anciano le dijo entonces: «No te preocupes, yo te daré lo que necesites, pero no pases la noche en la plaza».

Lo invitó a su casa y dio forraje a los burros mientras los viajeros se lavaban los pies. Comieron y bebieron.

Todo parecía ir muy bien hasta que los hombres de la ciudad, verdaderos depravados, rodearon la casa y golpearon la puerta. Le dijeron al anciano, dueño de la casa: «Di a ese hombre que está en tu casa que salga para que abusemos de él».⁷⁷

⁷⁵ La mayoría de las traducciones bíblicas no hablan de infidelidad —un término ambiguo que aquí podría referirse tanto a una relación sexual con un tercero como a una desobediencia al marido—, sino de que «se enfadó con él su concubina y lo dejó para volver a la casa de su padre».

⁷⁶ También escrita como Guibeá, Gabaa, Loma o Lomá. Guibea fue un núcleo notable situado a unos seis kilómetros al norte de Jerusalén.

Salió el dueño de la casa a hablarles y les dijo: «¡No, mis hermanos, por favor! No se comporten mal. Ustedes ven que este hombre está ahora bajo mi techo, no cometan una cosa así. Tengo una hija que es todavía virgen y él tiene también su concubina. Se las entregaré, pueden violarlas y tratarlas como quieran, pero no cometan una cosa tan fea con ese hombre». ⁷⁸

Los otros no quisieron hacerle caso. Entonces el levita tomó a su concubina y la sacó para afuera. La violaron y abusaron de ella toda la noche hasta el amanecer; al alba la dejaron irse.

La mujer regresó al amanecer y se derrumbó delante de la puerta de la casa donde se alojaba su marido. Allí permaneció hasta que fue de día.

Se levantó entonces su marido, abrió la puerta de la casa y salió para continuar su viaje. Su concubina estaba tirada frente a la puerta de la casa con las manos en el escalón.

Le dijo: «Párate [Levántate] para que nos vayamos». Pero no hubo respuesta. El hombre la cargó sobre su burro y retomó el camino para regresar a su casa.

Al llegar a su casa, tomó un cuchillo, agarró el cuerpo de su concubina y lo despedazó, hueso por hueso, en doce trozos que despachó a través de todo el territorio de Israel. A los hombres que había enviado les había dado esta orden: «Pregunten en todo Israel: ¿Se ha visto algo semejante desde que los israelitas salieron de Egipto hasta hoy día? Reflexionen, deliberen y den su opinión» (Jue 19,1-30).⁷⁹

Reflexionar sobre este asunto más bien invitará a la indignación ante tal galería de crímenes contra la mujer cometidos bajo el silencio cómplice de Dios.

Aquí no se salva nadie. El viejo rogó al grupo de violadores que no cometieran «una cosa así»⁸⁰ con el levita —y menos estando «ahora bajo mi techo», si siguiese en la plaza sería otro asunto—, que no cometiesen la infamia de tener sexo con él. Pero el santo varón no titubeó en ofrecer a su hija soltera —y, según esta versión, también a la concubina de su invitado— diciendo: «Se las entregaré, pueden violarlas y tratarlas como quieran», ya que ellas sí que podían ser violadas e infamadas sin límite ninguno.

Pero viendo que la encendida virilidad de los de Guibea no se conformaba con la hija y seguían exigiendo al levita, éste, ni corto ni perezoso, como quien echa un trozo de carne a los perros, «tomó a su concubina y la sacó para afuera».

El santo varón sabía bien qué destino le esperaba a su mujer, pero se fue a dormir tan tranquilo y cuando «se levantó (...) y salió para continuar su viaje», sin pensar en cómo o dónde estaría su estimada mujer (por la que había hecho un largo

⁷⁷ La historia, de nuevo, es una copia deformada de lo sucedido en casa de Lot en Sodoma. Llama la atención que tanto en Sodoma como en Loma los «pervertidos» acudan en tropel al olor de la llegada de algún extranjero y que exijan su entrega para «conocerle». ¿Es que ya estaban aburridos de conocerse entre sí?

⁷⁸ En la mayoría de las traducciones consultadas, el viejo ofrece para ser violadas tanto a su hija como a la concubina de su invitado, pero en otras traducciones cada varón ofrece sólo a una mujer. Así, la Biblia de Jerusalén (1976) traduce: «Aquí está mi hija, que es doncella. Os la entregaré. Abusad de ella y haced con ella lo que os parezca; pero no cometáis con este hombre semejante infamia»; la versión de la Nueva Biblia Española es: «Mirad, tengo una hija soltera: os la voy a sacar, y abusáis de ella y hacéis de ella lo que queráis; pero a ese hombre no se os ocurra hacerle tal infamia». En ambos casos, el levita entrega después a su concubina para ser violada.

⁷⁹ Una traducción más comprensible del final de esta historia es la que aparece en otras versiones del texto: «Y dio esta orden a sus emisarios: "Esto habéis de decir a todos los israelitas: ¿Se ha visto alguna vez cosa semejante desde que los israelitas subieron del país de Egipto hasta hoy? Pensad en ello, pedid consejo y tomad una decisión"».

⁸⁰ En otras traducciones el viejo ruega que no cometan «una barbaridad», «este mal» o «esta terrible ofensa (infamia)».

viaje a fin de recuperarla), cuando se la encontró «tirada frente a la puerta de la casa» y, sensible como un guijarro, la ordenó levantarse. Pero estaba muerta. Violada y asesinada bajo su exclusiva responsabilidad, ya que fue el marido quien quiso emprender viaje en horas y por una ruta de riesgo y también quien la entregó expresamente a manos de sus asesinos para poder salvar su hombría.

Ninguna muestra de dolor cuando convierte el cadáver de su mujer en un mero fardo a lomos de un burro. Cualquier cosa menos respeto cuando, en lugar de honrarla en ceremonia fúnebre, la despedazó cual carníero loco y repartió sus trozos por Israel.

¿Era necesario que Dios inspirase el relato de esa salvajada? ¿Para aprender qué? Bien, el modelo de conducta varonil que transmite es evidente y, al parecer, gozó de la aquiescencia de Dios, ya que tal atrocidad será la excusa para perpetrar otra infinitamente mayor en la que el dios bíblico tomó parte activa, puesto que formaba parte de «sus planes» para con el pueblo elegido.

Como muchísimos de los varones bíblicos, el levita de marras no sólo se comportó como un machista patológico cobarde y canalla, también fue un mentiroso de tomo y lomo que levantó a su pueblo en guerra contra una tribu hermana para vengar una sangre de la que sólo él fue responsable.

Seguimos leyendo en Jueces que «salieron de sus casas todos los israelitas, desde Dan hasta Berseba, y la comunidad se reunió como un solo hombre junto a Yavé en Mispá. Hasta la gente de Galaad se hizo presente. Participaron en esta asamblea del pueblo de Dios los jefes del pueblo y todas las tribus de Israel: eran como cuatrocientos mil hombres que sabían manejar la espada»; el motivo parece ser que fue el asesinato de la mujer.

Los israelitas dijeron: «¡Cuéntenos cómo se cometió ese crimen!».

Entonces el levita, el marido de la mujer asesinada, tomó la palabra y dijo: «Había yo entrado en Guibea de Benjamín junto con mi concubina para pasar allí la noche, y los vecinos de Guibea decidieron hacerme daño. Durante toda la noche rodearon la casa donde yo estaba con la intención de matarme [falso; lo que pretendían era tener sexo con él]; violaron a mi concubina [lo hicieron porque el levita se la entregó expresamente para tal fin a los hombres de Guibea] de tal manera que ella murió. Entonces tomé a mi concubina, la corté en pedazos y los mandé por todos los territorios que pertenecen a Israel, porque cometieron una infamia en Israel [más bien algunos israelitas infames de Guibea habían cometido un crimen gracias a la despreciable conducta del más infame de los levitas]. Ya que han venido aquí todos ustedes, todo Israel, estudien el asunto y decidan aquí mismo» (Jue 20,1-7).

La mentira del levita cobarde y parricida condujo a una guerra fratricida, claro. Y el relato sobre el asunto cuenta como Dios ordenó ataques y matanzas —«Los israelitas preguntaron: "¿Debemos atacar una vez más a nuestros hermanos de Benjamín o tenemos que renunciar a ello?". Yavé respondió: "Suban, porque mañana los pondré en sus manos"» (Jue 20,28)—, y resultaron muertos en batalla decenas de miles de soldados y otros tantos habitantes de la región (incluyendo a su ganado) fueron pasados a cuchillo... una de las doce tribus de Israel, la de Benjamín, quedó al borde de la extinción... pero gracias a la bíblica norma de tratar a las mujeres como ganado y esclavas sexuales (ni siquiera como rameras, ya que no cobraban), los benjaminitas se recuperaron...

Por no asistir a la asamblea ante el Señor ningún hombre de Yabés de Galaad, la comunidad mandó allá abajo a doce mil hombres, todos fuertes guerreros, con esta orden: «¡Vayan y pasen a cuchillo a los habitantes de Yabés en Galaad como también a las mujeres y a los niños: todo varón y toda mujer que haya tenido relaciones con un hombre serán condenados al anatema, pero dejarán con vida a las que son vírgenes».

Así lo hicieron. Encontraron en la población de Yabés en Galaad cuatrocientas muchachas que no habían tenido relaciones con hombre, y las llevaron al campamento instalado en Silo, en el país de Canaán.

Entonces la comunidad mandó a avisar a la gente de Benjamín que estaba en la Cuesta de Rimón e hicieron la paz. Volvieron pues

los benjaminitas y les dieron las mujeres de Yabés de Galaad que habían dejado con vida. Pero no había para todos (Jue 21,9-14).

Y dado que, según parece, no podía haber ningún israelita sin poseer alguna vagina esclava, quienes bajo la dirección de Dios asesinaron a las mujeres de sus hermanos y dieron las solteras sobrevivientes a los benjaminitas que estuvieron a punto de exterminar, acabaron por aconsejar a éstos sobre la forma de conseguir la carne de cama que les faltaba: durante la «fiesta de Yavé» de Silo ¡y raptando sin miramientos a las propias hijas de los israelitas!

El texto bíblico es bien claro:

Y propusieron lo siguiente a los benjaminitas: «Vayan a esconderse entre las parras. Cuando vean a las jóvenes de Silo que salgan para bailar en coro, ustedes saldrán de entre las parras, tomará cada uno a una joven de Silo y se irán al territorio de Benjamín.⁸¹ Si sus padres o sus hermanos vinieran a quejarse ante nosotros, les diremos: «Déjenlos tranquilos, ustedes ven que no pudimos tomar una mujer para cada uno de ellos durante la guerra. No fueron ustedes los que se las dieron, de manera que no fueron infieles a su juramento»⁸² (Jue 21,20-22).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: la mujer es mera carne para uso del varón y lo que se haga con ella tiene escasa o ninguna importancia. La violencia de género contra la mujer encuentra toda su justificación ideológica en los actos que Dios permitió y premió en los relatos bíblicos que inspiró y en sus propios silencios y complicidades, bien patentes y explícitos para regocijo de los varones hebreos de ayer y de todos los machistas de hoy.

⁸¹ En realidad, la mayoría de las biblia usan la palabra «raptar» o «arrebatar». Así: «Raptaréis cada uno una mujer de entre las muchachas de Silo y os iréis a la tierra de Benjamín» (Biblia de Jerusalén); o «raptáis cada uno una muchacha y os marcháis a vuestra tierra» (Nueva Biblia Española).

⁸² El secuestro de las pobres chicas fue una mera estratagema para engañar a Dios, dado que le habían jurado en Mispá no dar jamás en matrimonio a sus hijas a los benjaminitas (Jue 21,1). Y Dios, que siempre se hace el tonto cuando le interesa, permitió que quedara impune, sin merecer ninguno de sus terribles y cotidianos castigos, el incumplimiento de tal juramento solemne. Aunque aquí, claro, las víctimas del incumplimiento eran sólo mujeres, y el dios de la Biblia apenas las diferenciaba del ganado.

Capítulo 5 - Incestos a mayor gloria del pueblo de Dios

Las relaciones sexuales entre parientes son muy frecuentes entre los principales personajes del Antiguo Testamento, y aunque Dios las prohibió reiteradamente a través del marco legal que le impuso a su pueblo, no es menos cierto que las permitió sin problemas cuando los transgresores del tabú eran santos varones de su agrado y conveniencia.

Así, por ejemplo, Abraham se casó con su hermanastra Sara; Najor, hermano de Abraham, lo hizo con su sobrina Melcá; Isaac, hijo de Abraham y Sara, se casó con su sobrina Rebeca; Jacob, hijo de Isaac y Rebeca, se desposó con sus primas Lía y Raquel... las dos hijas de Lot se acostaron con su padre; Judá dejó preñada a su nuera Tamar; Moisés y Aarón eran hijos de Amram y de su tía; Tobías se casó con su prima; Amnón, hijo de David, violó y luego repudió a su hermana Tamar; Roboam, hijo de Salomón, se casó con sus primas Majalat y Maacá; etc.

Las relaciones sexuales, como no podía ser de otro modo, también provocaron el afán legislador de Dios, que, según el Levítico, prohibió las siguientes:

Ninguno de ustedes se acercará a una pariente directa para tener relaciones con ella: ¡Yo soy Yavé! No tendrás relaciones con tu padre ni con tu madre (...) No tendrás relaciones con la mujer de tu padre (...) No tendrás relaciones con tu hermana, hija de tu padre o de tu madre, nacida en casa o fuera de ella. No tendrás relaciones con las hijas de tu hijo o de tu hija (...) No tendrás relaciones con tu hermana, hija de tu padre aunque de otra madre (...) No tendrás relaciones con la hermana de tu padre (...) No tendrás relaciones con la hermana de tu madre (...) Respeta al hermano de tu padre, y no tengas relaciones con su mujer, pues es tu tía. No tendrás relaciones con la mujer de tu hijo (...) No tendrás relaciones con la mujer de tu hermano (...) No tendrás relaciones con una mujer y su hija, y tampoco tomarás a su nieta (...) Teniendo ya mujer, no tomarás a su hermana para ponerla celosa, teniendo relaciones con su hermana mientras viva ella.

No tendrás relaciones con una mujer durante el período de sus reglas. No te acostarás con la mujer de tu prójimo, pues es una maldad (...) No te acostarás con un hombre como se hace con una mujer: esto es una cosa abominable. No te acostarás con un animal: la mancha te quedaría. Tampoco la mujer se dejará cubrir por un animal: esto es una cosa abominable (...)

Cualquiera que cometa estas abominaciones, todas esas personas serán eliminadas de su pueblo (Lv 18,6-29).

El incumplimiento de estas normas por parte de varones bíblicos benditos de Dios fue abundante y desvergonzado, desencadenando a menudo sucesos terribles, pero siempre contando con el beneplácito, protección y comprensión de Dios, que en lugar de castigar a esos varones transgresores, tal como él mismo impuso, procuró su enriquecimiento y buena fama y posición.

Veremos seguidamente unos pocos ejemplos paradigmáticos.

LAS HIJAS DE LOT EMBORRACHARON A SU PADRE PARA TENER SEXO CON ÉL Y QUEDAR PREÑADAS

La historia de Lot y sus hijas había comenzado ya muy mal cuando éste, para evitar que los sodomitas conociesen las posibles delicias sexuales de los dos

ángelos que se alojaron en su casa, les ofreció a sus hijas para que fuesen violadas (véase el apartado 4.1). La cosa no pasó a mayores, pero Dios, tal como es bien conocido, decidió destruir Sodoma y Gomorra y, claro, salvar a su fiel Lot y familia. Así lo cuenta el Génesis:

Al amanecer los ángeles apuraron a Lot diciéndole: «Date prisa, toma a tu esposa y a tus dos hijas y márchate, no sea que te alcance el castigo de esta ciudad». Y como él aún vacilase, lo tomaron de la mano, junto a su mujer y a sus dos hijas, porque Yavé había tenido compasión de ellos, y lo llevaron fuera de la ciudad.

Una vez fuera, le dijeron: «Ponte a salvo. Por tu vida, no mires hacia atrás ni te detengas en parte alguna de esta llanura, sino que huye a la montaña para que no perezcas». Pero Lot replicó: «¡Oh, no, Señor mío! Veo que me has hecho un gran favor y que has sido muy bueno conmigo conservándome la vida. Pero yo no puedo llegar hasta la montaña sin que me alcance el desastre y la muerte. Mira este pueblito que está más cerca y en el que podría refugiarme. Es tan pequeño, y para mí es cosa de vida o muerte, ¿no podría estar a salvo allí?».

El otro respondió: «También este favor te lo concedo, y no destruiré ese pueblo del que has hablado. Pero huye rápidamente, ya que no puedo hacer nada hasta que tú no hayas llegado allá». (Por esto, aquel pueblo fue llamado Soar, o sea, Pequeño.)

El sol ya había salido cuando Lot entró en Soar. Entonces Yavé hizo llover del cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre ardiente que venía de Yavé, y que destruyó completamente estas ciudades y toda la llanura con todos sus habitantes y la vegetación. La mujer de Lot miró hacia atrás, y quedó convertida en una estatua de sal (...) [y Lot, varón bíblico al fin y al cabo, se quedó tan tranquilo; ni se quejó ni volvió a preguntar por ella].

Después Lot salió de Soar con sus dos hijas, pues no se sentía seguro allí, y se fue a vivir al monte, en una cueva [excelente decisión, sí, señor].

Entonces dijo la hija mayor a la menor: «Nuestro padre está viejo y no ha quedado ni un hombre siquiera en esta región que pueda unirse a nosotras como se hace en todo el mundo [la chica era un tanto desmemoriada, ya que Dios había salvado, al menos, el pueblo de Soar, en el que se habían refugiado y que no parecía carecer de varones...]. Ven y embriaguémoslo con vino y acostémonos con él. Así sobrevivirá la familia de nuestro padre. Y así lo hicieron aquella misma noche, y la mayor se acostó con su padre, quien no se dio cuenta de nada, ni cuando ella se acostó ni cuando se levantó [si Lot «no se dio cuenta de nada», estamos ante un milagro, ya que el alto nivel ético requerido para tal inconsciencia, y máxime en un anciano, impide los mecanismos fisiológicos necesarios para procurar una preñez].

Al día siguiente dijo la mayor a la menor: «Ya sabes que me acosté anoche con mi padre. Hagámosle beber vino otra vez esta noche y te acuestas tú también con él, para que la raza de nuestro padre no desaparezca». Le hicieron beber y lo embriagaron de nuevo aquella noche, y la hija menor se acostó con él. El padre no se dio cuenta de nada, ni cuando ella se acostó ni cuando se levantó.

Y así las dos hijas de Lot quedaron embarazadas de su padre. La mayor dio a luz un hijo y lo llamó Moab: éste fue el padre de los moabitas, que todavía existen hoy. La menor también dio a luz un hijo y lo llamó Ben-Ammí, y es el padre de los actuales amonitas (Gn 19,15-38).

Dios, que tan al tanto estaba de lo que pasaba en la zona que no se le escapó la ocasión de fulminar a la esposa de Lot —una mujer, claro, que ellas son las víctimas bíblicas por antonomasia—, por girarse a contemplar la masacre divina de lo que había sido su tierra, olvidó comunicarle a Lot que el mundo conocido seguía igual que siempre, aunque con dos zonas algo chamuscadas por la ira divina.

Lot anduvo por el pueblo de Soar y sin saber por qué —al menos nosotros, ya que Dios sí estaba en la cosa, naturalmente— se fue a vivir al monte con sus hijas, ¿y no se dieron cuenta de que Soar seguía en su sitio cuando lo abandonaron? Bien. Pero entonces ¿cómo es que las hijas, compenetradas bajo idéntica fuerza y ciclo hormonal, se creyeron solas en el universo y fueron a por su padre? Quizá la historia presente algunos puntos dudosos... pero esto es palabra de Dios, así es que veamos el ejemplo recibido de un hecho que debe darse por cierto.

Las hijas, que no rechistaron cuando su padre las ofreció para ser violadas por la masa de sodomitas, se volvieron entonces conscientes de su deber reproductivo —o se despertaron con sus facultades mentales algo alteradas— y, aduciendo una mentira absurda —salvo que Dios hubiese borrado de su memoria la existencia de Soar—, decidieron emborrachar a su padre hasta el coma etílico y, en tal estado, usarlo en dos ocasiones para quedar preñadas; y Lot, el padre, dice Dios, no se enteró de nada. ¡Vaya familia! ¿Qué le puede contar un padre cristiano a su prole sobre la conducta de Lot y la de sus hijas?

Ellas, con un proceder inadmisible incluso para las peores familias de la época. Él, con una conducta indigna en cualquier tiempo y lugar. Según Lot, si había que emborracharse porque lo pedían las hijas, se bebía sin medida y sin hacer preguntas; y si había que hacerse el despistado para que las hijas conociesen varón, pues uno se dejaba hacer sin rechistar (bajo la coartada, eso sí, del presunto coma etílico); y si había que quedarse calladito cuando uno se encontraba a sus dos hijas solteras preñadas sin salir de casa —esto es, de la cueva—, pues se tragaba el sapo y se miraba en dirección a Constantinopla. Lot, a juzgar por lo estupendamente que le trató Dios, fue considerado como un padrazo para sus hijas.

La historia no podría explicarse sin la intervención directa de Dios, que incitó a las hijas al olvido de Soar para justificar la deshonra de su padre —¿bajo qué otra influencia esas dos señoritas, de tan buena y santa educación en el temor de Dios, podrían haber osado perpetrar tanto desaguisado?—; que protegió y encubrió a padre e hijas ante la condena segura que debía derivarse de la transgresión de su propia ley divina —«No tendrás relaciones con tu padre ni con tu madre» (Lv 18,7) —; y que bendijo esos incestos porque le iban estupendamente para lanzar a la escena bíblica a dos pueblos, moabitas y amonitas,⁸³ que le darán mucho juego a Dios en sus manejos de la historia (bíblica) de Israel, puesto que facilitarán excelentes páginas épicas en los relatos veterotestamentarios, repletas de guerras, asesinatos, expolios, violaciones, sufrimientos y castigos divinos a un bando o al contrario, según fuese menester.⁸⁴

⁸³ La protección de Dios a ambos pueblos fue recalculada por él mismo: «Yavé me dijo entonces [a Moisés]: "No ataques a Moab ni lo provoques al combate, pues yo no te daré nada de su país. Quise que la ciudad de Ar perteneciera a los hijos de Lot. Antiguamente habitaban allí los envíos, pueblo grande, numeroso y de alta estatura, como los enaceos. Tanto a ellos como a los enaceos se los tenía por gigantes, pero los moabitas los llamaban emíos"» (Dt 2,9-11). Y también: «Yavé me dijo: "Tú vas a pasar hoy por las fronteras de Moab, frente a la ciudad de Ar, y te encontrarás con los amonitas. No los ataques ni los provoques, pues yo no te daré nada de la tierra de los amonitas: sepan que se la di a los hijos de Lot. Esta tierra también fue considerada como país de gigantes, pues en ella habitaban antiguamente unos refaitas, o gigantes, que los amonitas llaman zamzumitas, pueblo grande, numeroso y de altura descomunal, a semejanza de los enaceos. Yavé los exterminó por mano de los amonitas e hizo que éstos poblaran la tierra en su lugar"» (Dt 2,17-21).

⁸⁴ A pesar de que los moabitas y amonitas gozaban del favor de Dios, según se ha dicho antes, ello no fue óbice para que el mismo Dios ordenase a su pueblo que «el amonita y el moabita no se admitirán jamás en la asamblea de Yavé, ni aun después de la décima generación. Porque, cuando

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: el incesto no es delito, ni siquiera pecado, si uno está muy borracho (o lo finge); y, en todo caso, un delito cometido en despoblado tiene el silencio de Dios por aliado... quizá porque, tal como reza un refrán popular, «ojos que no ven, corazón que no siente».

DE CÓMO DIOS MATÓ A DOS HIJOS DE JUDÁ (SIN DAR RAZÓN NINGUNA) Y ÉSTE ACABÓ PREÑANDO A SU NUERA TAMAR CREYENDO QUE ERA UNA RAMERA

En la historia de Judá, el cuarto hijo de Jacob y Lía y fundador de la tribu israelita que llevó su nombre, se puede apreciar, una vez más, la gran afición de Dios al asesinato sin aducir otra causa que el peregrino argumento de que sus víctimas le parecieron «malas» a sus divinos ojos. También se muestra la calaña de un varón tan principal como Judá, bendecido por el dios bíblico a fin de liderar y conformar su pueblo elegido.

Leemos en el Libro del Génesis:

Por aquel tiempo Judá se separó de sus hermanos y bajó donde un tal Jirá, que era de Adulam. Allí conoció a la hija de un cananeo llamado Sué, a la que tomó por esposa. Ésta quedó embarazada y dio a luz un hijo al que llamó Er. Tuvo un segundo hijo, al que llamó Onán, y, estando en Quézib dio a luz un tercer hijo al que puso el nombre de Sela.

Judá tomó como esposa para su primogénito Er, a una mujer llamada Tamar. Er, primogénito de Judá, fue malo a los ojos de Yavé, y él le quitó la vida **[así, sin más explicación; Dios lo ejecutó de forma sumaria]**.

Entonces Judá dijo a Onán: «Cumple con tu deber de cuñado, y toma a la esposa de tu hermano para darle descendencia a tu hermano». Onán sabía que aquella descendencia no sería suya, y así, cuando tenía relaciones con su cuñada, derramaba en tierra el semen, para no darle un hijo a su hermano. Esto no le gustó a Yavé, y le quitó también la vida **[nueva ejecución sumaria; pero de ésta nos ocuparemos en el apartado siguiente]**.

Entonces Judá dijo a su nuera Tamar: «Vuelve como viuda a la casa de tu padre, hasta que mi hijo Sela se haga mayor». Porque Judá tenía miedo de que Sela muriera también, al igual que sus hermanos. Tamar se fue y se quedó en la casa de su padre.

Bastante tiempo después, murió la esposa de Judá. Terminado el luto, Judá subió con su amigo Jirá de Adulam a Timna, donde estaban esquilando sus ovejas.

Alguien informó a Tamar de que su suegro iba camino de Timna, para la esquila de su rebaño. Ella entonces se sacó sus ropas de viuda, se cubrió con un velo, y con el velo puesto fue a sentarse a la entrada de Enaín, que está en el camino a Timna, pues veía que Sela era ya mayor, y todavía no la había hecho su mujer.

ustedes venían de Egipto, no les salieron al encuentro con pan y agua sino que trajeron a Balaam (...) para que los maldijera. Pero Yavé, tu Dios, no escuchó a Balaam y cambió la maldición por bendición, porque Yavé te ama. A estos pueblos nunca les proporcionarás prosperidad ni bienestar» (Dt 23,4-7). No dice Dios que sean pueblos a excluir de «su» asamblea por venir de un incesto (que él mismo permitió), sino por no ser serviciales y sumisos a su pueblo elegido... al que, no obstante, en diversas ocasiones enfrentará y hasta entregará a moabitas y amonitas para que sea castigado sin que Dios se ensucie las manos masacrando a su propia gente. Véanse, por ejemplo: Jue 3,13; Jue 3,28; 2 Sm 8,2; 2 Re 3,21; 2 Re 24,2 —«Yavé envió contra Joaquim a bandas de caldeos, de arameos, de moabitas y de amoneos, las mandó contra Judá para hacerlo desaparecer, según la palabra que había dicho Yavé por boca de sus servidores los profetas»—; 1 Cr 18,2; 2 Cr 20,23; etc.

Al pasar Judá por dicho lugar, pensó que era una prostituta, pues tenía la cara tapada. Se acercó a ella y le dijo: «Déjame que me acueste contigo»; pues no sabía que era su nuera. Ella le dijo: «¿Y qué me vas a dar para esto?».

Él le dijo: «Te enviaré un cabrito de mi rebaño». Mas ella respondió: «Bien, pero me vas a dejar algo en prenda hasta que lo envíes». Judá preguntó: «¿Qué prenda quieres que te dé?». Ella contestó: «El sello que llevas colgado de tu cuello, con su cordón, y el bastón que llevas en la mano». Él se los dio y se acostó con ella, y la dejó embarazada. Ella después se marchó a su casa y, quitándose el velo, se puso sus ropas de viuda.

Judá envió el cabrito por intermedio de su amigo de Adulam, con el fin de recobrar lo que había dejado a la mujer, pero no la encontró. Entonces preguntó a la gente del lugar: «¿Dónde está la prostituta que se sienta en Enaín, al borde del camino?». Le respondieron: «Nunca ha habido prostituta alguna por allí».

Volvió, pues, el hombre donde Judá y le dijo: «No la he encontrado, e incluso las personas del lugar dicen que jamás ha habido prostituta por esos lados». Judá respondió: «Que se quede no más con la prenda, con tal que la gente no se ría de nosotros. Después de todo, yo le mandé el cabrito y si tú no la has encontrado, yo no tengo la culpa».

Como tres meses después, le contaron a Judá: «Tu nuera Tamar se ha prostituido,⁸⁵ y ahora está esperando un hijo». Entonces dijo Judá: «Llévenla afuera y que sea quemada viva». Pero cuando ya la llevaban, ella mandó a decir a su suegro: «Me ha dejado embarazada el hombre a quien pertenecen estas cosas. Averigua, pues, quién es el dueño de este anillo [antes era un sello colgado del cuello], este cordón y este bastón». Judá reconoció que eran tuyos y dijo: «Soy yo el culpable, y no Tamar, porque no le he dado a mi hijo Sela». Y no tuvo más relaciones con ella.

Cuando le llegó el tiempo de dar a luz, resultó que tenía dos gemelos en su seno. Al dar a luz, uno de ellos sacó una mano y la partera la agarró y ató a ella un hilo rojo, diciendo: «Este ha sido el primero en salir». Pero el niño retiró la mano y salió su hermano. «¡Cómo te has abierto brecha!», dijo la partera, y lo llamó Peres.⁸⁶ Detrás salió el que tenía el hilo atado a la mano, y lo llamó Zeraj (Gn 38,1-30).

Magnífico ejemplo para una familia cristiana.

En primer lugar, el bueno de Judá ve a una mujer sentada al borde del camino, en la entrada de un pueblo, y piensa, sin más, que es una ramera y, claro, varón al fin y al cabo, no puede evitar pedirle un servicio de alivio a cambio de precio.

Esta imagen degradante de la mujer, que es tratada como un mero objeto sexual, es la que Dios afirmó y avaló a lo largo del Antiguo Testamento y, lamentablemente, la que fortalecieron con textos aberrantes insignes prohombres del cristianismo, como san Agustín de Hipona y sus sucesores ideológicos, hasta asentarla como norma en el núcleo de las conductas machistas —de violencia de género— que han imperado en nuestra sociedad hasta hace muy poco (si es que queremos pensar que han desaparecido; cuestión harto discutible).

En segundo lugar, ese bendito de Dios fue un auténtico majadero al que no se le ocurrió otra cosa que apañar con urgencia su desahogo dejando en prenda lo que le solicitó la supuesta ramera —«el sello que llevas colgado de tu cuello, con su cordón, y el bastón que llevas en la mano»—. ¿Tan necesitado de alivio estaba

⁸⁵ La palabra hebrea original es zaná, zânâh o zaw-naw', que no significa «prostituirse», sino «cometer adulterio (una mujer) o fornicar». Por eso en otras versiones, como en la Biblia de Jerusalén o en la Torá se dice: «Ahora bien, como a los tres meses aproximadamente, Judá recibió este aviso: "Tu nuera Ta-mar ha fornicado, y lo que es más, ha quedado encinta a consecuencia de ello". Dijo Judá: "Sacadla y que sea quemada"».

⁸⁶ En muchas versiones bíblicas se le denomina Fares o Farés, que es la traducción literal del hebreo Pérets o Perets (brecha, corriente, grieta, impetuoso, etc.).

Judá? ¿No podía esperar un ratito a que algún criado se acercase a su rebaño para poder pagarle a la ramera con el cabrío acordado? ¿Es que no llevaban efectivo ni él ni su amigo?

Con este ejemplo en mente, ¿cómo un padre cristiano puede pretender educar a sus hijos en virtudes tan notables como la paciencia y la templanza?

Menos mal, y de ello ya se aprende algo, que ese hombre de Dios acabó siendo consciente del ridículo patético que había protagonizado, según se desprende del hecho de que prefiriese que la ramera desaparecida se quedase con los objetos entregados en prenda «con tal que la gente no se ría de nosotros». Bueno, de la historia, al menos, se aprende hipocresía, que es también una virtud muy cristiana.

Judá, hombre certero donde los haya, dejó embarazada a la primera a quien fue esposa de dos de sus hijos —y, al parecer, causa desencadenante de la ejecución divina de ambos— y prometida del tercero, pero no reconoció quién era ella ni siquiera en medio de un lance reproductivo diurno. Aflora, una vez más, el mayor misterio de la Biblia: ¿cómo yacían los varones bíblicos para que éste, como otros muchos, no fuese capaz de reconocer la identidad de la mujer con la que estaba apareándose?

Ella, más trampastra que las peores de su oficio (según se las presenta en la Biblia), salvó la piel mediante un hábil chantaje a su suegro, amante y juez —y mentiroso, ya que no le había dado a su tercer hijo como esposo—, mientras que Judá, actuando con total arbitrariedad e impunidad, se saltó a la torera la ley que prohibía este tipo de incesto y adulterio —la relación sexual de Tamar era delictiva para aquel pueblo de vándalos con independencia de que su amante fuese un vecino o su suegro— y se salvó de la lapidación a sí mismo y a su nuera... que no está mal que en la Biblia pase algo civilizado, pero si al pobre Onán Dios lo fulminó por no querer preñar a Tamar, ¿qué no debería haberles hecho Dios a ésta —por fingir ser una ramera, darse sexualmente siendo viuda, y engañar a su suegro para que la preñase— y a su amante, que transgredió una ley que penaba su conducta con la muerte?⁸⁷

Pero Dios no estaba por la labor de aplicar en este caso su divina justicia. Quizá ya había matado suficiente en la casa de Judá, o tal vez tenía mejores planes para uno de los hijos que nacería de esa unión incestuosa entre Tamar y su suegro Judá. Ese hijo, Peres (o Fares), será uno de los antepasados de Jesús según las genealogías neotestamentarias (véanse Mt 1,3; o Lc 3,33).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: la incontinencia es virtud, la mentira, un bien, la hipocresía, un don, la mujer, un objeto (adornado de malicia, eso sí) y el incesto, un medio aceptable a los ojos de Dios si le sirve a sus siempre inescrutables planes.

ONÁN, MUERTO POR DIOS POR NO EYACULAR DENTRO DE SU CUÑADA CUANDO SE ACOSTABA CON ELLA

Acabamos de leer esta historia en el apartado anterior, pero dada su trascendencia histórica, que ha dado lugar incluso a un concepto específico, el de onanismo como sinónimo de masturbación, será adecuado detenernos un poco en ella. Lo que se dice es bien poco, aunque su trascendencia acabará siendo mucha:

⁸⁷ «Si un hombre se acuesta con su nuera, los dos morirán: han cometido una infamia y son responsables de su propia muerte» (Lv 20,12).

Entonces Judá dijo a Onán: «Cumple con tu deber de cuñado, y toma a la esposa de tu hermano para darle descendencia a tu hermano».

Onán sabía que aquella descendencia no sería suya, y así, cuando tenía relaciones con su cuñada, derramaba en tierra el semen, para no darle un hijo a su hermano.

Esto no le gustó a Yavé, y le quitó también la vida (Gn 38,8-10).

Onán, según nos lo analizan los exegetas autorizados, se negó a cumplir la ley del levirato que le obligaba a casarse con la viuda de su hermano para engendrarle descendencia. Y, a más abundamiento, le recriminan el incumplimiento de lo promulgado en el Deuteronomio, un texto cuya primera versión —datada en torno al 621 a. C., en tiempos de Josías y de la reforma religiosa— no se escribió hasta unos tres siglos después de que las fuentes yahvista y eloísta hubiesen dado lugar al relato del Génesis donde se incardina esta historia de Onán.

Pero incluso aceptando que lo que recoge la legislación deuteronómica estuviese vigente en tiempos de Onán, lo que prescribe al respecto es lo siguiente:

Si dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del difunto no irá a casa de un extraño, sino que la tomará su cuñado para cumplir el «deber del cuñado». El primer hijo que de ella tenga retomará el lugar y el nombre del muerto, y así su nombre no se borraría de Israel.

En el caso de que el hombre se niegue a cumplir su deber de cuñado, ella se presentará a la puerta de la ciudad y dirá a los ancianos: «Mi cuñado se niega a perpetuar el nombre de su hermano en Israel, no quiere ejercer en mi favor su deber de cuñado».

Entonces los ancianos lo llamarán y le hablarán. Si él porfiá en decir: «No quiero tomarla por mujer», su cuñada se acercará a él y en presencia de los jueces le sacará la sandalia de su pie, le escupirá a la cara y le dirá estas palabras: «Así se trata al hombre que no hace revivir el nombre de su hermano. Su casa será llamada en Israel "la casa del descalzo"» (Dt 25,5-10).

Es decir, el hijo primogénito de la unión entre la viuda y su cuñado heredaba los bienes y el nombre del fallecido (Dt 25,5-6), que era el objetivo buscado por la ley del levirato, aunque el cuñado podía eludir esa obligación a cambio de someterse a una reprimenda pública (Dt 25,7-10) y, en tal caso, el deber de desposar a la viuda podía pasarse a otro pariente más alejado (Rut 4,1-10).

No se prescribía en esa norma la pena de muerte para quien se negase a cumplir con la ley del levirato —cosa a la que no se negó Onán, ya que se acostaba con su cuñada—, tampoco hemos sabido encontrar en toda la Biblia castigo alguno relacionado con el semen;⁸⁸ y no parece que esas relaciones sexuales fuesen constitutivas de adulterio, aunque, de serlo, hubiesen exigido la muerte tanto de Onán como la de su cuñada Tamar,⁸⁹ pero eso no sucedió. El único que fue ejecutado por Dios fue Onán; fulminado por el mismo dios que dio la legislación que hizo plasmar en el Levítico y en el Deuteronomio y de la que exigió cumplimiento cabal.

¿Qué fue lo que «no le gustó a Yavé» de la conducta de Onán y llevó a que Dios «le quitó también la vida»? Si no quebrantó lo legislado sobre el levirato, el semen o el adulterio, habrá que pensar que Dios lo ejecutó arbitrariamente, sin más.

No faltan quienes sostienen que la ejecución divina le vino a Onán por derramar su semen sin fines reproductivos —algo que, en todo caso, el dios bíblico no prohibió a pesar de haber legislado hasta lo más intrascendente imaginable—,

⁸⁸ En la Biblia, al semen, como a la mayoría de fluidos corporales, sólo se lo relaciona con la impureza, así: «Toda ropa y todo cuerpo sobre los cuales se haya derramado el semen serán lavados con agua y quedarán impuros hasta la tarde» (Lv 15,17).

⁸⁹ «Si alguno comete adulterio con una mujer casada, con la mujer de su prójimo, morirán los dos, el adúltero y la mujer adúltera» (Lv 20,10).

pero tal causa sería un tremendo agravio comparativo si se tiene en cuenta que la Biblia está repleta de coitos improductivos de santos varones cuyas parejas eran estériles por voluntad directa de Dios.

Fuese cual fuese la razón que tuviere Dios para ejecutar personalmente a Onán, llama poderosamente la atención que masacrara a quien no le hacía daño a nadie mientras que, a lo largo de cientos de páginas, el dios bíblico protegió, dirigió, colaboró, guió, bendijo, alentó, sostuvo y dejó impunes a más de un centenar de santos varones que cometieron todo tipo de delitos y tropelías, a cual más execrable, al tiempo que perpetraron centenares de miles de asesinatos —de varones, mujeres y niños inocentes—, a veces en guerras evitables, pero muy a menudo en actos de pillaje o de venganza que, según relata orgullosa y pormenorizadamente la propia palabra de Dios, complacieron grandemente al Señor.

Es éste otro magnífico ejemplo para que una familia cristiana, con hijos en edad de buscarse esa fuente de placer con la que Dios les dotó, pueda explicarles a sus vástagos que Dios permite y perdona el delito y el asesinato, que incluso los alienta, pero que ay de aquel (y de aquella) que derrame sus fluidos en vano, ya que se expone a ser fulminado por la ira divina.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: cualquier delito puede merecer el perdón divino, excepto la masturbación o, para ser más exactos respecto a lo que hacía Onán con su cuñada, a excepción del sexo recreativo o no reproductivo.

LA VIOLACIÓN DE TAMAR POR SU HERMANO AMNÓN, HIJO DE DAVID, LA CARNICERÍA POSTERIOR Y EL SILENCIO ABSOLUTO DE DIOS

Dios, siempre pronto a fulminar in situ a quien se le antojase, como al pobre Onán o a su hermano, no se mostró nada interesado en prevenir o castigar el delito de un violador cuyo acto fue la causa de muchas desgracias y muertes, sin duda evitables.

El 2 Libro de Samuel pormenoriza los hechos:

Poco después aconteció esto: Absalón, hijo de David, tenía una hermana que era muy bella y que se llamaba Tamar; Amnón, otro hijo de David, se enamoró de ella. Amnón se atormentaba de tal forma que hasta se enfermó pensando en su media hermana Tamar; ésta era virgen y Amnón no veía cómo lo podría hacer.

Amnón tenía un amigo que se llamaba Yonadab, hijo de Simea, hermano de David; Yonadab era muy astuto. Le dijo: «¿Qué te pasa, hijo de rey, que tan temprano te ves ya alicaído? ¿Quieres decírmelo?». Amnón le respondió: «Es que quiero a Tamar, la hermana de mi hermano Absalón».

Entonces Yonadab le dijo: «Anda a acostarte, pon cara de enfermo, y cuando vaya tu padre a verte, dile: "Dale permiso a mi hermana Tamar para que venga a servirme la comida. Que prepare un guiso ante mi vista y me lo sirva de su mano"».

Amnón se fue a acostar y se hizo el enfermo. El rey lo fue a ver y Amnón dijo al rey: «Dale permiso a mi hermana Tamar para que venga, prepare unos pastelillos en mi presencia y me los sirva de su mano». David mandó a buscar a Tamar a la casa: «Anda a la casa de tu hermano Amnón y prepárale alguna comida».

Tamar fue a casa de su hermano Amnón, que estaba en cama, preparó la masa, la sobó y ante la vista de él moldeó unos pastelillos que puso a cocer. Tomó después la

sartén y la vació delante de él, pero no quiso comer. Amnón dijo entonces: «Manden a todos afuera», y salieron todos.

Amnón dijo entonces a Tamar: «Trae la comida a la pieza para que la reciba de tus manos». Tamar tomó los pastelillos que había preparado y se los llevó a su hermano Amnón a su pieza. Cuando ella se los presentó, la agarró y le dijo: «Hermana mía, ven a acostarte conmigo».

Pero ella le respondió: «No, hermano mío, no me tomes a la fuerza, pues no se actúa así en Israel. No cometas esta falta. ¿A dónde iría con mi vergüenza? Y tú serías como un maldito en Israel. Habla mejor con el rey, que no se negará a darme a ti». Pero él no quiso hacerle caso, la agarró a la fuerza y se acostó con ella.

Pero luego Amnón la detestó. Era un odio más grande aún que el amor que le tenía. Amnón le dijo: «¡Párate y ándate!».⁹⁰

Ella respondió: «¡No, hermano mío, no me eches! Eso sería peor que lo que acabas de hacer». Pero no quiso oírla, sino que llamó a un joven que estaba a su servicio y le dijo: «Échala fuera, lejos de mí, y cuando salga cierra la puerta con candado».

Ella llevaba una túnica con mangas, porque así se vestían las hijas del rey cuando todavía eran vírgenes. El sirviente la echó fuera y cuando salió cerró la puerta con candado. Tamar se echó ceniza en la cabeza, rasgó su túnica con mangas y se puso una mano en la cabeza, luego partió lanzando gritos.

Su hermano Absalón le dijo: «¿Así que tu hermano Amnón se acostó contigo? Escúchame, hermana mía, no digas nada a nadie. ¿No es tu hermano? No tomes tan a pecho lo sucedido»⁹¹ Tamar se quedó desamparada en la casa de su hermano Absalón.

Cuando el rey David se enteró del asunto, se enojó mucho pero no quiso llamarle la atención a su hijo Amnón, porque era su preferido por ser el mayor.⁹² Absalón tampoco le dijo nada, ni buenas ni malas palabras, pero sentía odio por él debido a que había violado a su hermana Tamar.

⁹⁰ La Biblia Latinoamericana que reproducimos aquí usa algunos modismos propios de la región del Cono Sur, en este caso debe entenderse: «¡Levántate y vete!».

⁹¹ La insensibilidad de Dios y de sus machistas autores es notoria. Según la inspirada palabra divina, las mujeres no deben quejarse por estas minucias, ¿qué importancia tiene una mera violación en familia? La mujer, para el dios bíblico y para su pueblo elegido no era más que una propiedad del varón, y una mujer violada no suponía más que una propiedad estropeada que, a lo sumo, exigía una compensación económica reparadora del daño patrimonial. La ley de Dios al respecto puede verse, por ejemplo, en el Deuteronomio: «Si un hombre encuentra a una joven virgen, no prometida en matrimonio a otro hombre, y a la fuerza la viola y luego son sorprendidos, el hombre que se acostó con ella dará al padre de la joven cincuenta monedas de plata, y la tomará por esposa. Y no podrá repudiarla en toda su vida, ya que la deshonró» (Dt 22,28-29). Violada y atada de por vida a su violador bajo mandato divino, ¡magnífico! Cabe acotar que este tipo de legislación patriarcal ya existía, obviamente, desde mucho antes de ser recopilada por códigos como el de Hammurabi (c 1750 a. C.), pero, dado que los creyentes cristianos no admiten que buena parte de los textos veterotestamentarios están inspirados en textos y códigos anteriores de diferentes culturas, debemos dejarle al dios bíblico el mérito de tamaño despropósito (la opción para poder salvarle la cara a Dios llevaría a afirmar que éste le plagió a asirios, hititas y a otros pueblos lo que la Biblia presenta como emanado de su divina autoridad legisladora).

⁹² Bendito ejemplo de padre. David, el preferido de Dios, se enteró de que su hijo había violado y luego repudiado a su propia hermana y ni le amonestó «porque era su preferido». ¿Y su hija qué era? ¿Dónde quedaba la orden de Dios proclamando que era «maldito el que se acuesta con su hermana, hija de su padre o de su madre» (Dt 27,22)? Si el fundador de la dinastía que presuntamente llevó hasta Jesús actuó así, quizás no debería sorprender tanto que sus herederos ideológicos, entre ellos la Iglesia católica, actúen, hasta el día de hoy, del mismo modo, encubriendo y disculpando todos los delitos sexuales cometidos por su clero y fieles y, además, siempre que la víctima sea mujer, culpabilizándola y minimizando su daño, sus sentimientos y sus derechos. Cfr. Rodríguez, P. (2002). Pederastia en la Iglesia católica, óp. cit.

Dos años después, Absalón iba a hacer la esquila en Baal-Jazor, al lado de Efraín. Absalón invitó a ella a todos los hijos del rey (...) Pero Absalón insistió tanto que el rey dio permiso para que fuera Amnón con los demás hijos del rey.

Absalón preparó un banquete real y dio esta orden a sus muchachos: «Cuando Amnón esté borracho, les diré: «¡Denle a Am-non!»⁹³ E inmediatamente lo matarán. No teman nada, pues yo soy quien se lo ordena. ¡Ánimo, no se acobarden!». Los servidores de Absalón hicieron con Amnón tal como Absalón se lo había ordenado. Al ver eso, todos los demás hijos del rey se levantaron, cada cual ensilló su mula y huyeron [denotando así la nobleza y valor de aquellos príncipes hijos de David].

Todavía estaban en camino cuando llegó la noticia donde David: «Absalón mató a todos los hijos del rey y nadie escapó». El rey se levantó, rasgó su ropa y se acostó en el suelo; todas las personas que estaban con él rasgaron también su ropa.

Yonadab, hijo de Simea, hermano de David, tomó entonces la palabra, diciendo: «Señor, no crea que murieron todos los hijos del rey; sólo murió Amnón, pues era una idea fija en la cabeza de Ab-salón desde el día en que Amnón violó a su hermana Tamar. No tome, mi señor, tan en serio la cosa, ni piense tampoco que murieron todos los hijos del rey. No, sólo murió Amnón, y Absalón seguramente salió huyendo»⁹⁴ (...) Todavía estaba hablando cuando entraron los hijos del rey, lanzando exclamaciones y llorando. El rey se puso a llorar también junto con sus servidores.

Mientras tanto Absalón había huido y se había refugiado en casa de Talmai, hijo de Ammijud, rey de Guesur; y allí estuvo tres años. El rey hizo duelo por largos días por su hijo, después se consoló de la muerte de Amnón y se le pasó el enojo con Absalón (2 Sm 13,1-39).

Se le pasó el enojo a David, dicen, pero cuando Absalón regresó al reino de su padre éste tardó dos años en recibirle. Y las cosas acabaron muy mal. Absalón conspiró contra David, encabezó una revuelta,⁹⁵ provocó una guerra y, finalmente, perdió la contienda y la vida. Todo muy bíblico, muy del gusto épico de Dios.

⁹³ La mayoría de las biblias traducen esta frase como «Herid a Amnón».

⁹⁴ Al margen de la eventualidad improbable de que Yonadab tuviese mejor información que su rey y hermano David, es de destacar su «razonamiento» consolador: «No tome, mi señor, tan en serio la cosa, ni piense tampoco que murieron todos los hijos del rey. No, sólo murió Amnón». Cosa de risa, o casi, le debió de parecer al tío Yonadab que de los seis hijos de David —Amnón, Jeleab, Absalón, Adonías, Safatías y Jeram—, uno asesinase al heredero real ante la pasividad del resto. Otras traducciones bíblicas son más sutiles, así, en la Nácar-Colunga se dice: «No crea mi señor que han muerto todos los jóvenes hijos del rey; es Amnón sólo el que ha muerto, porque era cosa que estaba en los labios de Absalón desde que Amnón forzó a Tamar, su hermana».

⁹⁵ Una revuelta en la que, de entrada, Absalón violó a diez mujeres en público para dar una señal externa de enfrentamiento con su padre el rey David. Así nos los cuenta la Biblia: «Ajitofel [un consejero de David, residente en Guiló, que trajo a su rey (2 Sm 15,12)] dijo a Absalón: «Anda donde las concubinas de tu padre, las que dejó para que cuidaran el palacio. Así sabrá todo Israel que te has vuelto odioso para tu padre, y todos tus partidarios se sentirán más comprometidos contigo». Instalaron, pues, una tienda en la terraza del palacio y ante los ojos de todo Israel Absalón se unió a las concubinas de su padre» (2 Sm 16,21-22). «David entró nuevamente en su palacio de Jerusalén, ordenó que salieran las diez concubinas que había dejado para que cuidaran el palacio y las puso en una casa bajo vigilancia. Aseguró su manutención pero no se acercó más a ellas. Hasta el día de su muerte estuvieron allí encerradas llevando una vida de viudas» (2 Sm 20,3). Bendita sea la gloria del pueblo de Dios. Diez mujeres fueron violadas y humilladas en público y se tomó como lo más normal; el Altísimo ni se inmutó. Se enteró de la violación el propietario de las chicas y, en lugar de tratarlas como a víctimas de una agresión (ante la que no pudieron resistirse), las encerró de por vida, condenadas a una «vida de viudas», esto es, a permanecer en una cárcel atenuada pero perpetua. Otro magnífico ejemplo bíblico para la posteridad.

Pero ya que debemos aprender de la inspirada palabra divina, cabe preguntarse, por ejemplo, si era necesario para los planes de Dios un relato tan pormenorizado sobre cómo se fraguó la estrategia para que un hermano violase a su hermana. ¿Qué se aprende de semejante salvajada si el Dios que todo lo ve y todo lo castiga, que se entromete en mil cosas sin importancia, no apareció ni una sola vez en medio de esta historia soez y lamentable?

Dado que la violación de Tamar —de quien nada más se dice en la Biblia, claro, ya que a ningún varón bíblico le importaba el destino de una mujer violada y repudiada— fue el desencadenante de un fratricidio y de una guerra posterior, ¿era ése el resultado que deseaba Dios al no interferir? Y no es baladí la sospecha, dado que en otros muchos relatos es el propio Dios, a través de su palabra, quien confiesa sin pudor que obligó a determinados sujetos a obrar mal expresamente para que él pudiera después lucirse castigándoles sin piedad a ellos y a sus pueblos, tal como fue el caso, por citar sólo uno, del faraón egipcio en época de Moisés:

Yavé le dijo [a Moisés], asimismo: «Cuando regreses a Egipto, harás delante de Faraón todos los prodigios para los cuales te he dado poder. Pero yo haré que se ponga porfiado y no dejará partir a mi pueblo» (Ex 4,21). **Dios personalmente se encargó de que el faraón no hiciese caso ni escarmentase ante ninguna de las diez plagas que asolaron Egipto... y la razón la ofrece el mismísimo dios bíblico al final del terrible castigo que infligió a los egipcios:** Así podrás contar a tus hijos y a tus nietos [le dice Dios a Moisés] cuántas veces he destrozado a los egipcios y cuántos prodigios he obrado contra ellos; así conocerán ustedes que yo soy Yavé (Ex 10,2). **Esta masacre surgida del capricho divino se analiza en el capítulo 8.2 de este libro.**

Pues ¡vaya con la genética de David!; le salió un hijo violador, otro asesino traicionero de su hermano y conspirador contra su padre, y el resto no pasaron de ser unos cobardes que huyeron cuando su hermano Absalón hizo asesinar al heredero de la corona, a su otro hermano, Amnón, que, para mayor bochorno de su verdugo, estaba indefenso debido a su borrachera.

Pero es que el padre, el gran David, tampoco anduvo sobrado de decencia —más adelante se verá hasta qué punto fue inmoral con el aplauso divino— y eso que el propio Dios lo eligió como rey para su pueblo, tras encolerizarse contra Saúl, y le insufló su espíritu divino. Así:

Yavé dijo a Samuel: «¿Hasta cuándo seguirás llorando por Saúl? ¿No fui yo quien lo rechazó para que no reine más en Israel? Llena pues tu cuerno de aceite y anda. Te envío donde Jesé de Belén, porque me escogí un rey entre sus hijos» (1 Sm 16,1).

Fueron pues a buscarlo [a David] y llegó; era rubio con hermosos ojos y una bella apariencia. Yavé dijo entonces: «Párate [Levántate] y conságralo; es él». Samuel tomó su cuerno con aceite y lo consagró en medio de sus hermanos. Desde entonces y en adelante el espíritu de Yavé se apoderó de David (1 Sm 16,12-13).⁹⁶

Ese espíritu de Dios que llevó David «en adelante»,⁹⁷ y en lo que atañe a este apartado, no le hizo mover ni una sola pestaña para castigar la violación de su hija, así como tampoco le movió, ¡qué menos!, a salvar la honra y futuro de su hija Tamar dándola en matrimonio, tal como un rey podía hacer sin problemas. Pero no,

⁹⁶ Dado que el espíritu de Dios, al parecer, no podía estar a la vez en dos varones que Yavé destinaba al enfrentamiento, el caído en desgracia divina, Saúl, se quedó sin su protección: «El espíritu de Yavé se retiró de Saúl y un mal espíritu que provenía de Yavé le producía terror» (1 Sm 16,14). Así de voluble es el dios bíblico.

⁹⁷ Esa presencia del espíritu divino durante toda la vida de David es el sentido en que traducen el versículo la mayoría de las biblias: «Y desde aquel momento, en lo sucesivo, vino sobre David el espíritu de Yahvé», se lee, por ejemplo, en la versión de Nácar-Colunga.

ni David ni Dios se interesaron por el destino de esa mujer violada y repudiada. Ignoro qué le podrá responder un cristiano a su hija cuándo le pregunte por las conductas que la inspiración divina nos dejó en los versículos reproducidos en este apartado.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: el varón puede delinuir con impunidad y ante la complacencia de Dios, mientras que la mujer debe sufrir en silencio y con resignación los atropellos más terribles incluso dentro de su propia familia.

Capítulo 6 - Dios premió a quienes fueron pésimos padres para sus hijos

En capítulos anteriores ya vimos lo pésimos padres que fueron algunos varones benditos de Dios, capaces de entregar a sus hijas al populacho para que fuesen violadas y otras lindezas parecidas.

En este apartado reproduciremos varios relatos bíblicos, de notable importancia, que muestran el absoluto desprecio que mostraron por la vida (y derechos) de sus hijos/as un selecto ramillete de muy principales varones de Dios.

Historias como la de Noé inauguran un hábito que cultivará Dios con especial apego y crueldad a lo largo de casi todo el Antiguo Testamento, esto es, culpar y castigar terriblemente a los hijos y/o nietos por faltas, errores o delitos cometidos por los padres, que, claro está, se libraban sin más del castigo divino al que sólo ellos se habían hecho acreedores.

Relatos como los de Abraham, Jefté o Mesa, ilustran sobre lo poco que les importaba la vida de un hijo y cuán agradable le resultaba a Dios procurar que algunos padres asesinasen a sus hijos/as —en holocausto formal, eso sí— a fin de poder seguir gozando de su favor.

En ese contexto brutal no desentona, sino todo lo contrario, una ley promulgada por el propio Dios ordenando que fuese asesinado por lapidación pública cualquier «hijo rebelde y desvergonzado, que no atiende lo que mandan su padre o su madre» (Dt 21,18-21).

Según muestra la Biblia, Dios no castigó a ningún mal padre por serlo, pero sí aplicó terribles castigos a muchos hijos por el simple hecho de haber tenido padres delincuentes.

NOÉ, BORRACHO Y DESNUDO, MALDIJO A UN NIETO YA SU DESCENDENCIA PORQUE SU HIJO MENOR LE VIO EN TAL SITUACIÓN

Cuando concluyó el famoso diluvio universal y aguas y tierras se normalizaron, Noé y sus tres hijos abandonaron el arca y se fueron a lo suyo como si tal cosa. En el Génesis se nos ofrece una escena de pura cotidaneidad de esos días:

Noé, que era labrador, comenzó a trabajar la tierra y plantó una viña. Bebió el vino, se embriagó y quedó tendido sin ropas⁹⁸ en medio de su tienda. Cam, padre de Canaán, vio que su padre estaba desnudo y fue a decírselo a sus dos hermanos que estaban fuera. Pero Sem y Jafet tomaron un manto, se lo echaron al hombro, y caminando de espaldas, entraron a tapar a su padre. Como habían entrado de espaldas, mirando hacia afuera, no vieron a su padre desnudo.

Cuando despertó Noé de su embriaguez, supo lo que había hecho con él su hijo menor, y dijo: «¡Maldito sea Canaán!» ¡Será esclavo de los esclavos de sus hermanos!

⁹⁸ Otras traducciones son más directas y realistas, por ejemplo: «Bebió el vino, se emborrachó y se desnudó dentro de la tienda» (Nueva Biblia Española).

⁹⁹ A Canaán se le hace antecesor de los cananeos y de otros pueblos que serán enemigos de los judíos, como los jeteos, jebuseos, amorreos, jeveos, arquitas, etc. (Gn 10,6-20).

¡Bendito sea Yavé, Dios de Sem, y sea Canaán esclavo suyo! Que Dios agrande a Jafet y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán esclavo de ellos» (Gn 9,20-27).

¡Fantástica la cosa! Noé, haciendo gala de una pésima educación, se puso a beber vino solo, encerrado dentro de su tienda —en una conducta más propia de alcohólico que de usuario sensato de tan espléndido jugo de uva—, sin ni siquiera ofrecerles un traguito a sus sacrificados hijos; de resultas de su vicio privado, el hombre se emborrachó y acabó desnudándose y tirado como una colilla en el suelo de su tienda, sumido en un estado lamentable.

En éas que entró en la tienda su hijo pequeño Cam, vio la escena, y se salió para contársela a sus hermanos mayores. No consta que se tomara a chirigota la cogorza de su padre, sólo que le vio desnudo y, si acaso, que no le echó encima algún trapo, tal como hicieron sus dos hermanos, Sem y Jafet, que, eso sí, se acercaron al padre de espaldas y actuaron como unos perfectos irresponsables: ¿cómo sabían que su padre no se había roto la nariz o el cuello al derrumbarse, o que no se estaba ahogando en su propio vómito? Ningún auxilio, ninguna preocupación por el progenitor abatido por su vicio (¿es que quizás la borrachera era ya un hábito y no le hacían caso?).

En cualquier caso, Noé, el hombre que «se había ganado el cariño de Yavé»¹⁰⁰ —y al que tal vez por ello Dios disculpaba sus excesos—, a pesar de ser el único responsable de su afrentosa situación, no sólo no se disculpó ante sus hijos por tener tan mal beber sino que maldijo ferozmente al único hijo que obró con sensatez. Mejor dicho, no maldijo a su hijo menor Cam, sino al hijo menor de éste, a Canaán,¹⁰¹ que no tenía nada que ver con nada de nada (y no parece siquiera que hubiese nacido, aunque eso no le quita fuste a una historia como ésta, surgida de la palabra divina).

En este ejemplo, dado por tan grato varón de Dios, se asienta y fortalece una costumbre que el dios bíblico cultivará con fruición, a lo largo de las historias más notables de la Biblia, esto es, la norma de castigar terriblemente a gente —mayoritariamente niños y mujeres— absolutamente inocente y ajena a los hechos que provocaban la ira divina —o la de sus varones amados—, a fin de pagar las culpas y errores cometidos, precisamente, por esos santos varones que caminaban y actuaban siempre bajo la protección de Dios.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: pueden cometerse los excesos que pida el cuerpo sin tener que arrepentirse de nada ante los demás... siempre que pueda culparse del estropicio propio a algún subordinado o, mejor aún, a alguien que no pueda defenderse.

¹⁰⁰ «Yavé vio que la maldad del hombre en la tierra era grande y que todos sus pensamientos tendían siempre al mal. Se arrepintió, pues, de haber creado al hombre, y se afligió su corazón [¿es que Dios, en su infinita sabiduría, no pudo prever que su creación le saldría rana?]. Dijo: "Borraré de la superficie de la tierra a esta humanidad que he creado, y lo mismo haré con los animales, los reptiles y las aves, pues me pesa haberlos creado" [¿es que los animales también pensaban con maldad?]. Noé, sin embargo, se había ganado el cariño de Yavé» (Gn 6,5-8).

¹⁰¹ Los hijos de Cam fueron Cus, Misraím, Put y Canaán. La maldición de Noé contra los descendientes de su nieto Canaán se da por cumplida cuando fueron sometidos por los hebreos a pagarles tributo (Jue 1,28).

LA ENVIDIA COCHINA DE UNA MADRE CONTÓ CON EL BENEPLÁCITO DIVINO: ABRAHAM EXPULSÓ DE SU CASA AL NIÑO ISMAEL, SU PRIMER HIJO TENIDO CON LA CRIADA AGAR

Ya vimos anteriormente la talla humana de Abraham y Sara, mentirosos y manipuladores que hicieron pasar a ésta por hermana del patriarca, entrando bajo esa falsa identidad en camas reales a fin de proteger y enriquecer a su santo esposo.

Ahora Dios nos ofrece, para nuestro aprendizaje moral, el ejemplo de una madre empapada de envidia cochina, rencor y egoísmo, y de un padre injusto y cobardón. Aunque, eso sí, ambos muy gratos a los ojos del Señor.

Leemos en el Génesis:

Sara vio que el hijo que la egipcia Agar había dado a Abrahán, se burlaba¹⁰² de su hijo Isaac, y dijo a Abrahán: «Despide a esa esclava y a su hijo, pues el hijo de esa esclava no debe compartir la herencia con mi hijo, con Isaac».¹⁰³

Esto desagradó mucho a Abrahán, por ser Ismael su hijo. Pero Dios le dijo: «No te preocupes por el muchacho ni por tu sirvienta. Haz todo lo que te pide Sara, porque de Isaac saldrá la descendencia que llevé tu nombre. Pero también del hijo de la sierva yo haré una gran nación, por ser descendiente tuyo».

Abrahán se levantó por la mañana muy temprano, tomó pan y un recipiente de cuero lleno de agua y se los dio a Agar. Le puso su hijo sobre el hombro y la despidió. Agar se marchó y anduvo errante por el desierto de Bersebá. Cuando no quedó nada de agua en el recipiente de cuero, dejó tirado al niño bajo un matorral y fue a sentarse a la distancia de un tiro de arco, pues pensó: «Al menos no veré morir a mi hijo». Como se alejara para sentarse, el niño se puso a llorar a gritos.

Dios oyó los gritos del niño, y el Ángel de Dios llamó desde el cielo a Agar y le dijo: «¿Qué te pasa, Agar? No temas, porque Dios ha oído al niño gritando de donde está. Anda a buscar al niño, y llévalo bien agarrado, porque de él haré yo un gran pueblo».

Entonces Dios le abrió los ojos y vio un pozo de agua. Llenó el recipiente de cuero y dio de beber al niño. Dios asistió al niño, que creció y vivió en el desierto, llegando a ser un experto tirador de arco. Vivió en el desierto de Parán, donde su madre lo casó con una mujer egipcia (Gn 21,9-21).

¹⁰² La raíz hebrea usada aquí, tsakjác, significa «reírse a carcajadas», ya sea de alegría o de burla; esta ambigüedad lleva a que algunas versiones presenten al hijo de Agar burlándose de Isaac —y justifiquen así el enfado y el ataque deplorable de Sara contra la esclava y su hijo—; otras versiones, desde la Septuaginta a la Torá, pasando por traducciones modernas como la Nueva Biblia Española de Schókel, la Biblia Castilian, la Biblia de Jerusalén, etc., presentan a ambos hermanos jugando en armonía —así: «Cuando vio Sara al hijo que Agar la egipcia había dado a Abrahán jugando con su hijo Isaac (...) (Biblia de Jerusalén)», que es una traducción que casa mejor con el versículo siguiente, donde Sara muestra su temor avaricioso a que tal buena relación comporte el tener que repartirse la herencia paterna.

¹⁰³ La bronca entre Sara y su esclava Agar venía de lejos. Dado que Sara era estéril, le dio Agar a su marido Abraham para que fuese su concubina y engendrase su descendencia (la costumbre de las «madres sustitutas» era habitual en la época; y también la usaron, por ejemplo, las dos hermanas que se casaron con Jacob). Tras quedar Agar embarazada, la rivalidad entre ambas mujeres se disparó y Sara comenzó a maltratarla, provocando la huida de la esclava y su posterior sometimiento a Sara por orden divina (Gn 16,3-16). Cuando, catorce años después, la antes estéril Sara pudo parir, vio fortalecida su posición y poder ante su marido y no perdió la ocasión de vengarse definitivamente de su esclava y rival de cama, exigiendo a Abraham que la enviase a ella y a su hijo a una muerte segura en el desierto.

Obsérvese el elitismo que se gasta el dios bíblico, que no se rebajó a hablar directamente con una criada tal como lo hacía con Abraham, un mal padre que sin pestañear envió a su hijo a morir en el desierto junto a su criada y amante. Para tratar con el servicio, Dios se esconde tras ese álder ego que denomina «Ángel de Dios» y que le pregunta a Agar por su situación. ¿Es que Yavé no la veía bien desde el cielo?

En todo caso, parece que gracias a la milagrosa mano del mismo dios que forzó su destierro, ese niño, Ismael, prosperó en el desierto, que no es poco, haciendo carrera de arquero y de marido de egipcia. Pero tras alabar al Altísimo por un prodigo que no venía sino a remendar un castigo injusto infligido bajo su orden, no cabe sino repudiar el ejemplo de un pésimo padre, avaricioso hasta la médula y sometido a la voluntad de cualquiera con tal de seguir medrando.

Abraham se comportó con avaricia, crueldad e injusticia desmedidas, dado que un hombre tan rico como él —con una fortuna que, además, en buena parte le llegó regalada tras engañar a reyes con la argucia de hacer pasar a la bella Sara por su hermana casadera— envió al desierto a su primer hijo y a su amante sin darles recursos para sobrevivir, con tan sólo «pan y un recipiente

de cuero lleno de agua». Sara, instigadora de la expulsión por celos y avaricia, no merece mejor crítica que su marido Abraham.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: los hijos y las amantes son de usar y tirar sin el menor respeto ni consideración; y la responsabilidad parental no es ninguna obligación cuando las pasiones humanas fijan su proa hacia rutas miserables y egoístas.

LOS HIJOS NO SON NADA: ABRAHAM ACATÓ LA ORDEN DE DIOS DE SACRIFICAR A SU HIJO ISAAC SIN DECIR NI MU Y ENGAÑÁNDOLE PARA LLEVARLO HASTA EL HOLOCAUSTO

Si en el ejemplo anterior Abraham aparecía como el peor modelo de padre posible, en el que veremos seguidamente se superó a sí mismo, demostrando no sólo su perversidad como progenitor, sino, fundamentalmente, cuán arbitrario y cruel es el dios de la Biblia.

Seguimos leyendo en el Génesis:

Tiempo después [se refiere a la discusión y pacto entre Abraham y Abimelec en Berseba], Dios quiso probar a Abrahán y lo llamó: «Abrahán». Respondió él: «Aquí estoy».

Y Dios le dijo: «Toma a tu hijo, al único que tienes y al que amas, Isaac, y vete a la región de Moriah. Allí me lo ofrecerás en holocausto, en un cerro que yo te indicaré».

Se levantó Abrahán de madrugada [parece que siempre madrugaba los días en que debía cometer tropelías contra sus hijos], ensilló su burro, llamó a dos muchachos para que lo acompañaran, y tomó consigo a su hijo Isaac. Partió leña para el sacrificio y se puso en marcha hacia el lugar que Dios le había indicado.

Al tercer día levantó los ojos y divisó desde lejos el lugar. Entonces dijo a los muchachos: «Quédense aquí con el burro. El niño y yo nos vamos allá arriba a adorar, y luego volveremos donde ustedes».

Abrahán tomó la leña para el sacrificio y la cargó sobre su hijo Isaac. Tomó luego en su mano el brasero y el cuchillo y en seguida partieron los dos.

Entonces Isaac dijo a Abrahán: «Padre mío». Le respondió: «¿Qué hay, hijito?». Prosigió Isaac: «Llevamos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el

sacrificio?». Abrahán le respondió: «Dios mismo proveerá el cordero, hijo mío». Y continuaron juntos el camino.

Al llegar al lugar que Dios le había indicado, Abrahán levantó un altar y puso la leña sobre él. Luego ató a su hijo Isaac y lo colocó sobre la leña. Extendió después su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo, pero el Ángel de Dios lo llamó desde el cielo y le dijo: «Abrahán, Abrahán». Contestó él: «Aquí estoy».

«No toques al niño, ni le hagas nada, pues ahora veo que temes a Dios, ya que no me has negado a tu hijo, el único que tienes.»

Abrahán miró a su alrededor, y vio cerca de él a un carnero que tenía los cuernos enredados en un zarzal. Fue a buscarlo y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo (...)

Volvió a llamar el Ángel de Dios a Abrahán desde el cielo, y le dijo: «Juro por mí mismo —palabra de Yavé— que, ya que has hecho esto y no me has negado a tu hijo, el único que tienes, te colmaré de bendiciones y multiplicaré tanto tus descendientes, que serán tan numerosos como las estrellas del cielo o como la arena que hay a orillas del mar. Tus descendientes se impondrán a sus enemigos. Y porque has obedecido a mi voz, todos los pueblos de la tierra serán bendecidos a través de tu descendencia» (Gn 22,1-18).

Dejando al margen que los diálogos son de pena, que el hijo no tiene más papel en el drama que el de bestia de carga sacrificable y muda, y que el juramento que le hace Dios a Abraham no lo cumplirá ni por casualidad, lo cierto es que el caso debería provocar insomnio y pesadillas en todos los hijos de creyentes que buscan iluminar su camino mediante la palabra de Dios.

Dado que Dios guía a los suyos a través de los ejemplos que inspiró, y éste está tan divinamente avalado como cualquier otro, ¿quién, sin distorsionar o manipular la realidad del texto bíblico, puede explicarle a su progenie que, para Dios, los hijos son bestias prescindibles o, quizás, meros pretextos para torturar a sus padres?

A quien no ha sido dotado de la gracia de la fe a cualquier precio, tal vez le resulte difícil de comprender la persistente, cruel y enfermiza manía que muestra el dios bíblico —a lo largo de toda la colección de libros que conforman la Biblia— de poner a prueba a los suyos. ¿Es que, en su infinita sabiduría, ignora cómo va a reaccionar cada elemento de su creación? A juzgar por lo mucho que demuestra ignorar Dios, según cientos de versículos que contienen su palabra, ésta y no otra podría ser la razón.

Pero tal vez ese dios que alimenta emociones y conductas tan lamentables como las humanas, aunque en su caso sean todopoderosas, se deleite torturando a los suyos y masacrando a quienes se les enfrentan. Ya hemos visto en casos anteriores que Dios es pronto a la ira y de gatillo fácil; y veremos más casos seguidamente... aunque no podremos reproducir los cientos de ejemplos que relata la Biblia con detalles más o menos morbosos.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: los hijos son prescindibles y no merecen el respeto paterno ni la protección de su vida. La obediencia y sumisión son valores de obligado cumplimiento que deben anular hasta la más elemental de las obligaciones parentales.

El caso que sigue es todavía más explícito...

JEFTÉ, JUEZ DE ISRAEL, ASESINÓ A SU HIJA ÚNICA PARA CUMPLIR LO PACTADO CON DIOS

Jefté, según se le describe en el Libro de Jueces, fue un tipo turbulento. Expulsado de la casa familiar por ser hijo de una prostituta, se convirtió en jefe de una banda de bandoleros hasta que los amonitas declararon la guerra a Israel y sus antiguos convecinos de Galaad le suplicaron que fuese su caudillo en la guerra (Jue 11,1-11).

Recogemos el relato bíblico cuando las conversaciones entre rey de los amonitas y Jefté ya han fracaso y se va a la guerra:

Pero el rey de los amonitas no hizo caso de las palabras que le dirigió Jefté. El espíritu de Yavé se apoderó de Jefté. Atravesó Galaad y Manasés, luego pasó por Mispá de Galaad y de Mispá de Galaad se fue donde los amonitas. Hizo esta promesa a Yavé: «Si entregas en mis manos a los amonitas, el primero que atraviese la puerta de mi casa para salir a saludarme después de mi victoria sobre los amonitas, será para Yavé y lo sacrificaré por el fuego».

Jefté pasó entonces al territorio de los amonitas para atacarlos, y Yavé los puso en sus manos. Los persiguió desde Aroer hasta los alrededores de Minit, apoderándose de veinte pueblos, y hasta Abel-Queramim. Los amonitas sufrieron una derrota muy grande y en adelante quedaron sometidos a los israelitas.

Ahora bien, cuando Jefté regresaba a su casa en Mispá, salió a saludarlo su hija con tamboires y coros. Era su única hija; fuera de ella no tenía hijos ni hijas [¿y quién esperaba que saliese de su casa a recibirla?, ¿su esposa?, ¿su madre?, ¿algún esclavo idiota y prescindible?].

Cuando la vio, rasgó su ropa y dijo: «¡Ay, hija mía, me has destrozado! ¡Tú llegas para traerme la desgracia! Pues hice una promesa a Yavé, y ahora no puedo echarme atrás».

Ella le respondió: «Padre mío, ya que Yavé hizo que te desquitaras de tus enemigos, los amonitas, aunque te hayas comprometido con Yavé a la ligera, debes actuar conmigo de acuerdo a la palabra que salió de tu boca». Y dijo a su padre: «Concédemelo sólo esto: Dame un plazo de dos meses para que vaya por los montes junto con mis compañeras y pueda llorar esa muerte siendo todavía virgen».¹⁰⁴

Él le respondió: «¡Anda!» y le permitió que se fuera por dos meses. Ella se fue pues con sus compañeras para llorar por los montes esa muerte siendo virgen todavía.¹⁰⁵ Al cabo de dos meses volvió donde su padre y cumplió con ella la promesa que había hecho. No había conocido varón (...)» (Jue 11,28-39).

Pues vaya con Dios y con su protegido.

Algunos autores cristianos y judíos han cuestionado la moralidad del acto de Jefté, que asesinó a su hija para cumplir un voto —pero no critican el mismo hecho en Abraham, que ni siquiera mostró pena cuando preparó el holocausto para Dios

¹⁰⁴ Otra traducción corriente, pero con un sentido algo diferente, es: «Déjame andar dos meses por los montes, llorando con mis amigas, porque quedaré virgen» (Nueva Biblia Española).

¹⁰⁵ A cualquier lector medianamente despierto, este versículo quizás le estimule una malsana curiosidad (con perdón). Veamos: la chica era virgen, según manifiesta, y para llorar lo que no iba a perder (y se suponía virtud) anduvo con sus amigas por los montes dos meses... ¿llorando juntas? ¿No podían llorar dentro de casa, que era un lugar más seguro para resguardar la virtud de las mozas? Dos meses por los montes, con sus amigas, y murió virgen...

con su hijo único como víctima propiciatoria—¹⁰⁶ aunque, en este caso, quien de verdad fue responsable del asesinato absurdo de la muchacha fue Dios.

La propia palabra divina nos dice desde Eclesiástico:

Las autoridades de un país están en las manos del Señor; él envía en el momento preciso el hombre que conviene. El éxito de quien sea está en las manos del Señor; él reviste a los jefes de su propia autoridad (Eccl 10,4-5). **Está claro: Dios hace y deshace siempre lo que quiere y se lo permite a quien él elige expresamente.**

Por ello, Dios pudo evitar ese asesinato cruel (inmolada por el fuego) de muchas maneras: pudo no haber apostado por Jefté como caudillo, ya que debería haber conocido su currículo más bien oscuro; pudo haber impedido que Jefté pronunciase ese pacto divino estúpido y vándalo;¹⁰⁷ pudo haber impedido que la hija saliese al paso del padre; pudo haber detenido la mano asesina de Jefté tal como hizo con Abraham; o pudo permitirle pagar su promesa mediante un sacrificio expiatorio, que el dios bíblico ya había inventado este cambalache.¹⁰⁸ Pero no. Dios recibió gustoso la vida de la joven como pago de lo pactado por Jefté a fin de lograr una intervención divina favorable en la guerra contra los amonitas.

Jefté, el asesino de su hija, gozó del agrado de Dios y llegó a ser juez de Israel. Y no sólo nadie maldijo su memoria —una costumbre muy corriente en la Biblia—, sino que Dios glosó su persona mediante su inspirada palabra en el Nuevo Testamento, donde, junto a Gedeón, Barac, Sansón, David, Samuel y los profetas, se le saluda como uno de los que gracias a la fe, sometieron a otras naciones, impusieron la justicia, vieron realizarse promesas de Dios, cerraron bocas de leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada,¹ sanaron de enfermedades, se mostraron valientes en la guerra y 1 rechazaron a los invasores extranjeros (Heb 11,33).

¹⁰⁶ Y, obviamente, los autores cristianos tampoco critican que Jefté, como muchos otros aclamados varones bíblicos, fuese un asesino y genocida sin piedad, tal como, por ejemplo, nos lo muestran los versículos siguientes: «Los hombres de Efraín se juntaron y atravesaron el Jordán a la altura de Safón. Le dijeron a Jefté: "¿Por qué te fuiste a pelear con los amonitas y no nos invitaste para que fuéramos contigo? Vamos a quemarte junto con tu casa" [vemos aquí una típica bronca de machitos bíblicos]. Pero Jefté respondió: "Yo y mi pueblo teníamos un conflicto pendiente con los amonitas. Los llamé a ustedes, pero no me libraron de las manos de aquellos" (...) Jefté reunió a todos los hombres de Galaad y se trabó en combate con Efraín. Los hombres de Galaad aplastaron a los de Efraín que decían: "Ustedes, gente de Galaad, no son más que desertores de Efraín, ustedes se pasaron de Efraín a Manasés". Galaad se apoderó de los vados del Jordán por donde se pasa a Efraín, y cuando los fugitivos de Efraín decían: "Quiero atravesar", los hombres de Galaad le decían: "¿Eres de Efraín?". Si respondían: "No", entonces le decían: "¡Di Chibolet!" y si pronunciaba "Sibolet" (porque no podían pronunciar correctamente) lo tomaban y lo degollaban en el vado del Jordán. Cuarenta y dos mil hombres de Efraín fueron muertos ese día» (Jue 12,16). Bendito varón de Dios el tal Jefté, que hizo degollar a cuarenta y dos mil hombres sensatos que pretendían huir de la disputa necia y suicida entre gallitos tan descerbrados como belicosos.

¹⁰⁷ Tal posibilidad no es mera suposición, ya que el propio Dios se vanaglorió de tener y de usar esta facultad al decirle a Moisés: «¿Quién ha dado la boca al hombre? ¿Quién hace que uno hable y otro no? ¿Quién hace que uno vea y que el otro sea ciego o sordo? ¿No soy yo, Yavé? Anda ya, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar» (Ex 4,11-12).

¹⁰⁸ En el Levítico, en el capítulo de «normas para las personas que pecan por ignorancia contra uno de los mandamientos de Yavé, haciendo algo que no debe hacerse» (Lv 4,2), el propio Dios ordena que, en el caso de la «persona que por inadvertencia jura y pronuncia un juramento insensato de cualquier clase, pero después se da cuenta y así se encuentra con un delito», ésta «confesará primero su pecado» y «luego, como sacrificio de reparación por el pecado cometido, llevará a Yavé una hembra, oveja o cabra, y el sacerdote hará la expiación por dicho pecado y persona» (Lv 5,5-6).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: un hombre que cumple sus pactos honra a Dios y merece su favor... aunque el precio sea el de asesinar a su propia hija.

MESA, EL REY MOABITA QUE SALVÓ SU PAÍS DE LA DESTRUCCIÓN ISRAELITA Y DE LA FURIA DE DIOS INMOLANDO A SU HIJO MAYOR

El sacrificio en holocausto en el que el rey Mesa asesinó a su propio hijo primogénito es uno de esos relatos bíblicos terribles que los exégetas han intentado confundir, más que aclarar, mediante las anotaciones maquinadoras que figuran en muchas biblias.

El país de Moab, según se relata en el segundo Libro de Reyes, estuvo sometido por Israel hasta que, tras la muerte de Ajab —que reinó entre los años 869 y 850 a. C.—, el rey moabita Mesa se rebeló contra sus opresores. El nuevo monarca hebreo, Joram, aliado con Josafat, rey de Judá, y el monarca de Edom, se encaminaron a atacar a Moab, pero como no las tenían todas consigo, se fueron a consultar al profeta Eliseo para saber la voluntad de Dios.

«Tráeme ahora a alguien que toque el arpa» [exigió Eliseo al rey Joram]. Mientras el arpista tocaba, la mano de Yavé se puso sobre Eliseo. Entonces dijo: «Así habla Yavé: ¡Caven zanjas y zanjas en este valle! Porque esto dice Yavé: No verán viento ni lluvia y sin embargo el valle se llenará de agua. Entonces beberán ustedes, sus rebaños y sus bestias de carga. Pero todo eso es poco a los ojos de Yavé, quien quiere además entregar a Moab en las manos de ustedes. Demolerán todas las ciudades fortificadas, cortarán todos los árboles frutales, taparán todos los manantiales y estroppearán todos los mejores campos echando en ellos piedras» (...)

Se abalanzaron **[los moabitas]** sobre el campamento de Israel, pero los israelitas se levantaron y contraatacaron a Moab, que salió huyendo ante ellos; penetraron en el territorio de Moab y lo devastaron. Devastaron las ciudades y cada uno echó su piedra en los mejores campos, hasta taparlos con ellas. Taparon todos los manantiales y cortaron todos los árboles frutales, de tal modo que en Quir-Herés quedaron sólo piedras. Los honderos que la habían cercado la castigaron. Cuando el rey de Moab vio que le iba mal en la batalla, reunió a setecientos hombres armados de espada para romper el cerco frente al rey de Edom, pero no lo logró.

Entonces tomó a su hijo mayor, al que debía reinar en su lugar y lo ofreció en holocausto encima de la muralla. Luego de esto, los israelitas tuvieron graves dificultades, se retiraron de allí y regresaron a su país (2 Re 3,15-27).

El asesinato de ese primogénito a manos de su padre, el rey Mesa, tiene más miga de la que parece. Al último versículo (3,37), los exégetas le añaden interpretaciones tan peregrinas y absurdas como las siguientes, que en este caso proceden de la versión Reina-Valera de 1995:

«Con la inmolación de su hijo primogénito, el rey pretendía aplacar la ira de Quemos, el dios de Moab, "que estaba enojado con su tierra" (según Inscripción de Mesa, línea 5). Cf. Jer 48,7,13,46 [pero nada en este relato ni en las citas mencionadas permite deducir tal cosa ni nada que se le parezca].

»Aunque este rito pagano estaba severamente prohibido por la ley de Moisés (Lv 18,21; 20,2), era practicado ocasionalmente en Israel (2 Re 16,3) [estaría prohibido, pero ya hemos visto anteriormente la afición que los varones de Dios le

tenían a sacrificar a sus hijos/as, sin rechistar, para agradar al Altísimo y el gusto con que éste forzaba y recibía tan píos asesinatos de inocentes].

»El sacrificio fue ofrecido sobre el muro, a la vista de las tropas enemigas que sitiaban la ciudad, con la manifiesta intención de sembrar el pánico en medio de ellas» [ésta sí que es buena: un rey enemigo cercado y casi derrotado asesina a su heredero a la vista de todos... y los que huyen presos del pánico son los israelitas, que ya tenían ganada la batalla y que, por su puesto, habrían degollado a Mesa y a su hijo sin rubor ninguno. ¡Anda ya!].

Del relato sólo pueden deducirse aspectos que dejan a Dios y los suyos en pésimo lugar. Veamos: Eliseo, el profeta sobre el que «la mano de Yavé se puso», aseguró que Dios le entregaba el país de Moab a los israelitas para que fuese totalmente destruido, y en ello estaban, con mucho ya arrasado, cuando el sacrificio del hijo de Mesa cambió las tornas. ¿Qué sucedió? ¿Eliseo no se enteró de cuál era la verdadera voluntad de Dios? (¡Pues vaya profeta!) ¿Dios cambió de bando a media batalla? (¡Pues vaya dios!) ¿Los israelitas se volvieron lejos y no fueron capaces de ganar ni con Dios de su parte? (¡Pues vaya pueblo elegido!) ¿El presunto dios pagano de Mesa, Quemos, era más poderoso que el dios de los israelitas agresores? (¡pues vaya con el dios único bíblico!)...

Dado que la Biblia, según nos cuentan, la dictó Dios y se escribió sólo aquello que su voluntad quiso, esto es, lo que hemos leído, no cabe considerar errónea o incompleta esta narración. Por tanto, conociendo por propia boca de Dios —según los relatos ya citados— lo agradables que le resultaban al Altísimo los sacrificios de hijos/as, lo más sensato sería concluir que Dios se olvidó de arengar y guiar a su pueblo en el ataque mientras, embelesado, observaba cómo el cuerpo del infeliz príncipe moabita se convertía en volutas de humo sobre la pira del holocausto.

Un hijo chamuscado no era moco de pavo para el dios bíblico y, teniéndolo por una legítima petición de protección divina por parte de Mesa, Dios se fijó en la piedad del moabita y obró en consecuencia contra su pueblo hasta que «los israelitas tuvieron graves dificultades, se retiraron de allí y regresaron a su país» (dice la Biblia que nada sucede si Dios no lo quiere, así es que hay que aplicarse el cuento también aquí y señalarle como responsable del fin del asedio).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: la protección divina es cambiante como una veleta y sólo se logra pagando un precio absurdo que satisfaga los gustos del Altísimo.

DIOS ORDENÓ: SI TIENES UN HIJO REBELDE, ¡MÁTALE!

La Biblia expone, en buena medida, la pretendida historia de un pueblo de bárbaros cuyas conductas ofenden a cualquier sensibilidad medianamente civilizada. En el seno de ese marco sociocultural —en todo caso injustificable si se tratase de un pueblo «de Dios»—, la paternidad andaba muy lejos de ser una actividad responsable; antes al contrario, ya que los hijos no eran más que propiedad del padre y las hijas, objetos-propiedad del padre o marido.

Hemos visto hasta aquí algunos ejemplos de las salvajadas que eran capaces de hacer con su prole algunos de los más santos varones veterotestamentarios —por voluntad de Dios, eso sí—; veremos ahora qué fue capaz de ordenar y legislar el dios bíblico para que los padres pudiesen «solucionar» sus conflictos con algún hijo rebelde.

Recurriremos de nuevo al muy inspirado marco legislativo deuteronómico, que era de obligado cumplimiento:¹⁰⁹

Si un hombre tiene un hijo rebelde y desvergonzado, que no atiende lo que mandan su padre o su madre, ni los escucha cuando lo corrigen, sus padres lo agarrarán y llevarán ante los jefes de la ciudad, a la puerta donde se juzga, y les dirán: «Este hijo nuestro es rebelde y desvergonzado, no nos hace caso, es un vicioso y un borracho». Entonces todo el pueblo le tirará piedras hasta que muera. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti, y todo Israel, al saberlo, temerá (Dt 21,18-21).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: ante lo malo sé mucho peor, que más vale un buen asesinato que una mala discusión.

¹⁰⁹ Según ordenó Dios y ratificó en el momento de imponer éste y otros muchos preceptos no menos salvajes: «Estos son los preceptos, y los mandamientos que procurarás poner en práctica todos los días de tu vida en la tierra que te da Yavé, Dios de tus padres» (Dt 12,1).

Capítulo 7 - Dios consideró a las mujeres como objetos de cama y pillaje, aptas siempre para recibir castigos ejemplares

En alrededor de un centenar de versículos bíblicos se describen diferentes episodios de violencia contra mujeres. Entre los frecuentes relatos de guerra, las mujeres fueron consideradas un mero botín (las vírgenes) o fueron asesinadas en masa (las casadas); mientras que en otros episodios de la vida cotidiana del pueblo elegido fueron relegadas a la función de carne de cama propiedad de algún varón, ya sea ejerciendo un rol de concubinas o de prostitutas, aunque también sirviendo al deleite varonil en caso de ser violadas impunemente ante los ojos de Dios, al que sólo preocupaba y encolerizaba la violación de alguno de sus mandatos —entre ellos, el más terrible, el del anatema—, pero jamás la de las mujeres de su pueblo.

A lo largo de todo el Antiguo Testamento se acumulan los testimonios, avalados por la palabra de Dios, sobre el trato que los hebreos le dieron a las mujeres, ya fuesen propias o ajenas, con el total beneplácito divino.

Se llevaron como botín todas las riquezas [de Siquem, ciudad asaltada y arrasada a traición por Simeón y Leví, hijos de Jacob] a las mujeres y a los niños, y saquearon todo lo que encontraron dentro de las casas (Gn 34,29).

Maten (...) a toda mujer que haya tenido relaciones con un hombre [ordenó Moisés, siguiendo el mandato dado por Dios]. Pero dejen con vida y tomen para ustedes todas las niñas que todavía no' han tenido relaciones (Nm 31,17-18).

Vayan y pasen a cuchillo a los habitantes de Yabés en Galaad [ordenó la comunidad israelita] como también a las mujeres y a los niños: todo varón y toda mujer que haya tenido relaciones con un hombre serán condenados al anatema, pero dejarán con vida a las que son vírgenes (Jue 21,10-12); aunque, al no tener suficiente con las cuatrocientas vírgenes capturadas, los jefes israelitas animaron a los benjaminitas a completar el cupo de esclavas sexuales secuestrando y violando a parte de las jóvenes de Silo (Jue 21,20-25).

Haré que se junten todas las naciones para atacar a Jerusalén [bramó Dios por medio de Zacarías]. Se apoderarán de la ciudad, saquearán sus casas y violarán a sus mujeres (Zac 14,2).

«Tendrás una prometida y otro hombre la hará suya» (Dt 28,30), amenazó Dios entre la lista de maldiciones que deben caerles a quienes no sigan sus mandatos. Un dios bíblico que, entre otras muchas conductas similares, para castigar al rey David, por un doble delito gravísimo, le dejó impune a él pero castigó a sus mujeres —«tomaré a tus mujeres ante tus propios ojos y se las daré a tu prójimo que se acostará con ellas a plena luz del sol» (2 Sm 12,11)—; o que, para castigar al rey Abimelec, por un pecado que ni siquiera había cometido, «volvió estériles a todas las mujeres de su casa» (Gn 20,18).

En este capítulo veremos con detalle algunos relatos, típicamente bíblicos, que dibujan muy bien el concepto que la inspirada palabra de Dios transmitió sobre la mujer y sobre cómo debía ser (mal)tratada, a la par que muestran el nulo respeto con el que muy principales varones de Dios las trajeron, usaron y tiraron, sin pudor alguno y ante la complacencia divina.

UN BOTÍN DE GUERRA PROTOTÍPICO, SEGÚN EL MANDATO DE DIOS: GANADO, VACUNO, BURROS Y ¡MUJERES VÍRGENES!

A estas alturas del libro ya no es novedad mostrar que Dios trataba a las mujeres igual o peor que al ganado. Veremos ahora como las mujeres eran consideradas como un mero botín de guerra a repartir entre los vándalos protegidos de Dios... aunque no todas las mujeres, claro; la suerte de ser consideradas esclavas sexuales sólo se la reservaba Dios a las vírgenes, mientras que las casadas o «que habían conocido varón» debían ser pasadas a cuchillo.

La Biblia educa la sensibilidad cristiana con historias como la siguiente:

Los israelitas de Moisés atacaron y masacraron a los medianitas por orden de Dios¹¹⁰ y a causa de una cuestión de «idolatría», y tras la batalla se reunieron para repartirse el botín:

Yavé dijo a Moisés: «Saca la cuenta, tú, el sacerdote Eleazar y los jefes de las familias de la comunidad, de lo que fue traído como botín, hombres y ganado. Lo partirás en dos; la mitad, para los combatientes que fueron a la guerra, y la otra mitad, para toda la comunidad. Reserva como ofrenda para Yavé, de la parte de los combatientes que fueron a la guerra, uno por cada quinientos, sean hombres, bueyes, burros y ovejas» (...)

Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron como Yavé había mandado a Moisés. El botín, lo que quedaba de lo que la gente de guerra había saqueado, era de seiscientas setenta y cinco mil cabezas de ganado menor, setenta y dos mil de vacuno y sesenta y un mil burros. En cuanto a las personas, las mujeres que todavía no habían tenido relaciones eran en total treinta y dos mil (...) **[el botín... ganado, vacuno, burros y ¡mujeres vírgenes!]**

Moisés tomó de esta mitad perteneciente a los hijos de Israel a razón de uno por cincuenta, hombres y animales, y se los dio los levitas que cuidan la Morada de Yavé, como Yavé había ordenado a Moisés (...)

Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron de ellos el oro y las joyas. El total de oro que los jefes de millar y de cien presentaron a Yavé fue de dieciséis mil setecientos cincuenta siclos. Entonces Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron el oro de los jefes de milla y de cien y lo llevaron a la Tienda de las Citas para que quedara ante Yavé y para que él se acordara de los hijos de Israel (Nm 31,25-54).

La palabra inspirada de Dios fue clara relatando la historia: su pueblo, tras la matanza de madianitas, se repartió treinta y dos mil jovencitas vírgenes hechas prisioneras —y los lectores ya podrán imaginar para qué fin—; sólo vírgenes, eso sí, ya que las que no lo eran habían sido asesinadas por orden del gran Moisés, tal como Dios le había exigido:

Maten, pues, a todos los niños, hombres, y a toda mujer que haya tenido relaciones con un hombre. Pero dejen con vida y tomen para ustedes todas las niñas que todavía no han tenido relaciones (Nm 31,17-18). **Unos santos es lo que eran todos esos tipos.**

Pero no vayan a pensar que Dios era insensible al dolor de esas jovencitas destinadas a ser violadas por quienes habían asesinado a toda su familia. Nada de eso. Dios ya había previsto tal eventualidad legislando lo siguiente:

Cuando vayas a la guerra contra tus enemigos, y Yavé, tu Dios, te los entregue, verás tal vez entre las cautivas a una mujer hermosa, te enamoras de ella y querrás hacerla tu esposa. Entonces la llevarás a tu casa, donde se rapará la cabeza y se cortará

¹¹⁰ «Yavé le dijo entonces a Moisés: "Ataca a los madianitas y acaba con ellos, porque los atacaron a ustedes con su idolatría. Los engañaron a ustedes en el asunto de Fogor y en el de Cozbi, su hermana, hija de un príncipe de Madián, la que fue muerta en el día de la plaga, cuando fue el asunto de Fogor"» (Nm 25,16-18).

las uñas. Dejará el vestido que llevaba cuando fue tomada, y quedará en tu casa durante un mes, haciendo duelo por su padre y su madre. Después te juntarás con ella y tú serás su marido y ella tu esposa. Si con el tiempo ya no te agrada, la despedirás; pero no podrás venderla por dinero, ni hacerla tu esclava, ya que la tomaste (Dt 21,10-14).

Esos sí es un detallazo, sólo un dios infinitamente bueno puede ser tan magnánimo y generoso con una jovencita condenada a ser la ramera del asesino de los suyos.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: ante las mujeres de los vencidos, asesina a las madres y secuestra y viola a las hijas, que esto es lo mandado por el Altísimo.

DIOS MATÓ A NABAL PARA FACILITAR QUE DAVID SE VENGASE (SIN ENSUCIARSE LAS MANOS) Y PUDIESE APROPIAR DE SU ESPOSA Y RIQUEZAS

Tras la muerte de Saúl, David, que hasta entonces era el jefe de un grupo de guerreros prófugos del rey ahora fallecido, se desplazó hasta el desierto de Maón y desde allí mandó contactar con un rico terrateniente, Nabal, para pedirle comida para sus hombres. Pero Nabal se negó a dársela y le despreció a pesar de que David, con anterioridad, había protegido a los pastores y bienes del hacendado. David, tal como corresponde a un varón bíblico, montó en santa cólera y se aprestó a entrar a degüello contra quien osó menospreciarle.

David les dijo: «Tome cada uno su espada». Cada cual tomó su espada y David tomó la suya. Los que subieron tras David eran cuatrocientos, y los que se quedaron custodiando el equipaje, doscientos. Uno de sus mozos [de Nabal] le comunicó a Abigail, la mujer de Nabal, lo que había pasado (...) Abigail juntó rápidamente doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas ya preparadas, cinco bolsas de trigo tostado, cien racimos de uva seca y dos tortas de higo, y lo puso todo en unos burros (...) Pero nada le dijo a su marido Nabal. Montada en su burro bajó por un lado del cerro mientras David y sus hombres bajaban por el otro.

David se decía: «Protegí todo lo que ese hombre tenía en el desierto y cuidé de que nada de lo que le pertenecía desapareciera, pero fue por nada, ya que ahora me devuelve mal por bien. Maldiga Dios a David si de aquí a mañana dejo con vida a uno solo de sus hombres» **[los varones de Dios lo hacían todo a lo grande: a David no le bastaba con asesinar a Nabal, claro, y quería matar a todos sus empleados].**

Al divisar a David, Abigail saltó del burro, se puso con la cara contra el suelo delante de David y se agachó. Agachada a sus pies le dijo: «Señor, perdona mi audacia. Permítele a tu sirvienta decir una palabra; escucha las palabras de tu sirvienta. No tome en cuenta, señor, a ese bruto de Nabal, pues su nombre quiere decir El Loco, y él se ha dejado llevar por su locura.¹¹¹ Yo, tu sirvienta, no pude ver a los muchachos que mandó mi señor. ¡Por la vida de Yavé y por tu propia vida, que tus enemigos y que todos los que buscan tu mal, señor, conozcan ahora la suerte de Nabal. Pero fíjate: Yavé te ha impedido que te mancharas con sangre haciéndote justicia por ti mismo!¹¹² Y ahora, mi señor, como

¹¹¹ La palabra hebrea nabál significa «insensato, perverso (impío), fatuo, loco, necio, ruin, villano». Casi cada versión bíblica la traduce por un concepto diferente. Así, por ejemplo, la Biblia de Jerusalén dice: «No haga caso mi señor de este necio de Nabal; porque le va bien el nombre: necio se llama y la vileza está con él».

¹¹² Es más comprensible, por ejemplo, la traducción de la Biblia de Jerusalén: «Ahora, mi señor, por Yahvé y por tu vida, por Yahvé que te ha impedido derramar sangre y tomarte la justicia por tu propia mano, que sean como Nabal tus enemigos y los que buscan la ruina de mi señor»; o la de la

vive Yahvé, que te ha preservado Yahvé de derramar sangre y tomar por tu mano la venganza, ojalá que todos tus enemigos y cuantos te persiguen sean como Nabal. Que los jóvenes que acompañan a mi señor tomen los regalos que su sirvienta le trae ahora» (...)

»De ese modo, cuando Yavé haya cumplido contigo todas las promesas que te hizo, cuando te haya establecido como jefe de Israel, tú no podrás sentir remordimiento de haber derramado sangre sin motivo y de haberte hecho justicia por ti mismo. ¡Cuando Yavé colme a mi señor, acuérdese de su sierva!» **[¡menuda era la señora! No sólo estaba enterada de los planes de Dios para con David, sino que le enceró el lomo y se postuló para meterse en la cama real, tal como se verá].**

David respondió a Abigail: «¡Bendito sea Yavé, Dios de Israel, que te mandó hoy a encontrarme! Bendita seas por tu prudencia, bendita porque me has impedido hoy que me manche con sangre y que haga justicia por mí mismo. Porque, te lo juro por la vida de Yavé, el Dios de Israel, que me impidió hacer el mal, si tú no hubieras venido tan rápido a verme, aun antes de que se levantara el sol no le habría quedado a Nabal un solo hombre con vida» (...)

Cuando regresó Abigail, Nabal estaba sentado a la mesa en su casa para un banquete real. Nabal estaba muy alegre, completamente borracho, pero ella no le contó nada hasta la mañana siguiente. Al día siguiente cuando se le hubo pasado la borrachera, su mujer le contó lo que le había pasado. Le dio un ataque y quedó como piedra.¹¹³ Más o menos diez días después, Yavé hirió¹¹⁴ a Nabal, quien murió.

Cuando David supo que Nabal había muerto, dijo: «¡Bendito sea Yavé, que hizo pagar a Nabal, quien me había insultado y me ahorró a mí una mala acción! Yavé hizo que recayera sobre la cabeza de Nabal su propia maldad» **[lo dicho: Dios liquidó a Nabal para hacerle el trabajo sucio a David, ¡vaya tándem!].**

David entonces mandó a decir a Abigail que la tomaría por mujer. Los servidores de David llegaron pues a Carmel a la casa de Abigail, y le dijeron esto: «David nos ha mandado donde tú; quiere que seas su mujer». Ella se levantó, se postró en tierra y dijo: «Tu sirvienta será para ti como una esclava, para lavar los pies de los sirvientes de mi señor». Abigail se decidió inmediatamente y subió a su burro acompañada de cinco sirvientas jóvenes. Salió tras los enviados de David y pasó a ser su mujer (1 Sm 25,1-43) **[toda una joyita, la dama; con el cadáver todavía caliente de su marido, partió rauda y sin dudarlo hacia la cama de quien había sido la causa del homicidio; ni duelo, ni luto... cosa harto injustificable —e inverosímil— en esa cultura].**

El mosquita muerta de David, a la chita callando y con la complacencia de Dios, comenzó a diversificar su cama con diferentes esposas, que, ya se sabe, el reposo de tamaño guerrero se merecía eso y más:

David había tomado también por mujer a Ajinoam de Jezrael, y ambas **[ésta y Abigail]** fueron sus esposas. En cuanto a su otra esposa, Micol, hija de Saúl, había sido dada a Paltí, hijo de Lais, del pueblo de Galim (1 Sm 25,43-44).¹¹⁵

Nácar-Colunga: «Y ahora, mi señor, como vive Yahvé, que te ha preservado Yahvé de derramar sangre y tomar por tu mano la venganza, ojalá que todos tus enemigos y cuantos te persiguen sean como Nabal».

¹¹³ También: «El corazón se le murió en el pecho y se le quedó como una piedra» (Biblia de Jerusalén).

¹¹⁴ El término hebreo usado aquí, nagáf, significa «empujar, derrotar, infigir (una enfermedad), arrebatar, caer, castigar, deshacer, herir, matar, vencer»; y coloca a Dios como responsable de esta acción mortal.

¹¹⁵ De las mujeres que David iba adquiriendo dejó constancia la relación de los hijos que tuvo en Hebrón: «David tuvo hijos en Hebrón: el mayor fue Amnón, nacido de Ajinoam de Yizreel [Jezrael], el segundo fue Quileab, nacido de Abigail, mujer de Nabal de Carmel; el tercero, Absalón, hijo de

En fin, resulta bien curiosa la hipocresía bíblica: como quedaba muy impresentable que David, en un ataque de ira, masacrarse a Nabal y a su gente, incluida a su esposa Abigail —que, al no ser virgen, no podía salvar la vida para ser convertida en esclava sexual—, Dios tomó sobre sí el trabajo sucio de la operación y espabiló a la mujer —que no dudó en maniobrar a espaldas de su esposo y ofrecerse a David—, para después asesinar a su marido —de un infarto, le justifican los exegetas; pero le dejó frito a propósito— a fin de que David no se manchara las manos de sangre y pudiese llevarse hasta su cama a la viuda... con toda la fortuna de Nabal, el necio de esta historia, el marido asesinado.

La colaboración de Dios en las masacres y maldades que perpetraría David a lo largo de su existencia no había hecho más que empezar.¹¹⁶

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: la clave para que uno parezca honesto es que otro se ensucie las manos por él... y si el ejecutor en la sombra es Dios, la falsa honorabilidad ganada se convierte en suprema bienaventuranza.

FORZÓ A UNA CASADA A SER SU AMANTE, HIZO MATAR A SU MARIDO Y LOGRÓ SER UNO DE LOS HOMBRES MÁS CELEBRADOS DE LA BIBLIA. FUE EL REY DAVID, EL ELEGIDO POR DIOS PARA GLORIFICAR A SU PUEBLO

Pocos varones bíblicos alcanzaron el lustre del rey David... aunque muchas de sus conductas fuesen deplorables. Ya vimos, en un apartado anterior, su más que inhumano proceder cuando su hijo Amnón violó a su hermana Tamar y el rey no movió ni un dedo.

Ahora veremos como el gran David sí era capaz de mover sus dedos, pero sólo para hacerse llevar hasta su cama a la hermosa Betsabé —esposa de Unías, uno de sus oficiales— y, tras embarazarla y no lograr que su marido se acostase después con ella, ordenar que forzasen la muerte del militar en el frente.

Esta historia de adulterio y asesinato del marido, para quedarse con la esposa de la víctima como amante, viene relatada en el 2 Libro de Samuel, que cuenta lo siguiente:

A vuelta de año, en la época en que los reyes hacen sus campañas, David mandó a Joab con su guardia y todo Israel. Derrotaron completamente a los amonitas y sitiaron Rabbá, mientras David se quedaba en Jerusalén.

Maaca, que era hija de Talmai, rey de Guesur; el cuarto fue Adonías, nacido de Jagit; el quinto, Sefatías, nacido de Abital, el sexto, Yitream nacido de Eglá, mujer de David. Todos esos hijos de David nacieron en Hebrón» (2 Sm 3,2-5). De su primera esposa, Mi-col, se cuenta que «David mandó mensajeros a Isbaal, hijo de Saúl: "Devuélveme a Mical mi mujer, la que me dieron a cambio de cien prepucios de filisteo". Isbaal mandó entonces que la fueran a sacar de la casa de su último marido Paltí [con quien llevaba diez años] (...) Su marido salió detrás de ella y la acompañó llorando hasta Bajurim. Allí le dijo Abner: "Vuélvete a tu casa [a la de David]". Y se volvió» (2 Sm 3,14-16), pero David dejó de tratarla como esposa porque ésta se burló de cómo bailó junto al Arca —así de sensible era el rey que mató a miles— y murió sin hijos.

¹¹⁶ Así, por citar un solo ejemplo, nos encontramos a Dios ejerciendo de asesor de estrategia militar de David y actuando como ariete destructor en la guerra que el rey israelita libró contra los filisteos en el valle de los Refaím: «David consultó a Yavé, quien le respondió: "No los ataques de frente, tómalo por la retaguardia, pasa por el lado del bosque. Cuando oigas un ruido de pasos por encima de los árboles, apresúrate porque es Yavé que va delante de ti para aplastar al ejército de los filisteos". David hizo lo que Yavé le había ordenado, y atacó a los filisteos desde Gabaón hasta la entrada de Guezen (2 Sm 5,23-25).

Una tarde en que David se había levantado de su siesta y daba un paseo por la terraza, divisó desde lo alto de la terraza a una mujer que se estaba bañando; la mujer era muy hermosa. David preguntó por la mujer y le respondieron: «Es Betsabé, hija de Eliam, la esposa de Urías el hitita».

David mandó a algunos hombres para que se la trajeran. Cuando llegó a la casa de David, éste se acostó con ella justamente después que se había purificado de su regla, luego se volvió a su casa. Al ver que tenía atraso, la mujer le mandó decir a David: «Estoy embarazada».

Entonces David envió este mensaje a Joab: «Mándame a Urías el hitita». Y Joab mandó a Urías donde David. Cuando llegó Urías, David le pidió noticias del ejército y de la guerra, después dijo a Urías: «Anda a tu casa, te has ganado el derecho de lavarte los pies».¹¹⁷ Apenas salió Urías de la casa del rey, éste despachó detrás de él un presente de su mesa. Pero Urías no entró en su casa, sino que se acostó a la puerta del palacio con todos los guardias de su señor.

Le dijeron a David: «Urías no ha ido a su casa». David preguntó a Urías: «¿No vienes de un viaje? ¿Por qué no has bajado a tu casa?». Urías respondió a David: «El Arca de Dios, Israel y Judá se alojan en tiendas. Mi jefe Joab y la guardia del rey, mi señor, están acampando a pleno campo, y ¿yo voy a entrar a mi casa para comer y beber y para acostarme con mi mujer? Juro por Yavé que vive y por tu vida que nunca haré tal cosa».

Entonces David dijo a Urías: «Quédate por hoy aquí y mañana te irás de vuelta». Urías se quedó pues en Jerusalén aquel día. Al día siguiente David lo invitó a su mesa a comer y a tomar y lo emborrachó. Sin embargo, Urías tampoco bajó a su casa esa noche; se acostó con los sirvientes de su señor.

A la mañana siguiente, David escribió una carta a Joab y se la pasó a Urías para que se la llevara. En la carta escribió esto: «Coloca a Urías en lo más duro de la batalla, luego déjenlo solo para que lo ataquen y muera» (...)

La gente de la ciudad [de Rabbá, que sitiaban] efectuó una salida y atacaron a Joab; hubo varios muertos entre los oficiales de David y uno de ellos fue Urías el hitita. Joab mandó a David noticias de las operaciones, y dio esta orden al mensajero: «Cuando hayas terminado de contar al rey todos los detalles de la batalla, a lo mejor el rey se va a enojar y te dirá: ¿Por qué se acercaron a la ciudad? ¿No saben que les disparan desde lo alto de las murallas? (...) ¿Por qué se acercaron tanto a las murallas? Entonces tú sencillamente le responderás: "Tu servidor Urías el hitita murió también"».

Partió el mensajero y a su arribo le transmitió a David todo el mensaje de Joab. David se enojó (...) «Pero entonces [le relató el mensajero] los arqueros dispararon desde lo alto de las murallas contra tus servidores, murieron varios guardias del rey y entre ellos estaba Urías el hitita.»¹¹⁸

David dijo al mensajero: «Dile a Joab que no se preocupe más por este asunto, porque la espada devora tanto aquí como acullá. Dile que refuerce su ataque contra la ciudad hasta que la destruya; que se mantenga firme».

¹¹⁷ «Lavarse los pies» es uno de los muchos eufemismos bíblicos para referirse al acto sexual. La palabra hebrea réguel, «pie», se usa eufemísticamente para designar partes pudendas o privadas (pudiendo significar «camino, escondite, estrado, hombre, llegada, mando, paso, pie, pierna, quebradura, seguir»).

¹¹⁸ En el hipócrita lenguaje bíblico, podría parecer que asesinar a un hitita era más aceptable que hacer lo propio con un hebreo, máxime cuando se trataba de un caso de adulterio (ferozmente penado con la muerte de ambos amantes), por eso se hizo aparecer como extranjero a Urías aunque su nombre era hebreo (Uriyá) y significaba Jah, una abreviatura de Yavé. Como mucho, Urías podría pertenecer a alguna familia hitita asentada desde hacía mucho tiempo en Israel.

Supo la mujer de Urías que su marido había muerto. Hizo duelo por él, y cuando se terminaron los días de duelo, David la mandó a buscar. La llevó a su casa, la tomó por mujer y ella le dio un hijo; pero lo que David había hecho le pareció pésimo a Yavé (2 Sm 11,1-26)

Gran ejemplo es el que nos dejó David a través de la palabra inspirada de Dios. Veamos:

Mientras su ejército estaba luchando contra los amonitas, el rey se relajaba con una siesta; ya levantado y ocioso, subió a su terraza y se puso a espiar a una mujer mientras se bañaba; y dado que lo que vio le puso a tono, y a pesar de saber que la belleza desnuda era la esposa de uno de sus oficiales, se la hizo traer hasta su cama y le «lavó los pies» con tal esmero que la dejó embarazada.

¿Qué hacer en este caso? Pues llamar al marido, que estaba en la guerra, y darle un breve permiso a fin de que pudiese acostarse con su esposa y luego vaya usted a saber si la criatura era del padre o del vecino. El rey intentó forzar a Urías para que se acostase con Betsabé, incluso emborrachándole, pero el marido no entró al trapo (¿sabría lo de sus cuernos?) y David se quedó sin la coartada que buscaba para camuflar el origen del embarazo. En vista del fracaso, el rey ordenó que Urías regresase a la guerra y que lo situasen en una posición de peligro en la que pudiese ser asesinado (que no muerto). Ultimado el marido, la mujer acudió como un corderillo a la cama de David, en la que se quedó a vivir... aunque, eso sí, «lo que David había hecho le pareció pésimo a Yavé».

El final del versículo le da cierta esperanza al lector; ahora, por fin, Dios afirmaba que veía con malos ojos la canallada de su protegido. A cientos de otros tipos los fulminó por menos, pero aquí David se había jugado el cuello. El propio Dios había establecido la pena de muerte para ambos amantes, sin discusión posible.¹¹⁹ Pero no, la ley de Dios está para saltársela a la torera y el Señor se la aplica caprichosamente a quien le da su divina gana.

Los adulteros David y Betsabé no recibieron ese castigo tan varonil y tan bíblico —y que tanto parece complacer a Dios— consistente en ser lapidados hasta morir. No. Dios, muy cuco él, para castigar al rey adúltero y asesino se ensañó personalmente con terceros que eran totalmente inocentes y ajenos a la conducta depravada de David, el ungido de Dios que llevó siempre en su seno «el espíritu de Yavé» (1 Sm 16,13). Así lo cuenta la palabra inspirada de Dios:

Yavé mandó donde David al profeta Natán (...) Entonces Natán dijo a David (...) Esto dice Yavé, el Dios de Israel: «Te consagré como rey de Israel, te libré de las manos de Saúl, te di la casa de tu señor y las mujeres de tu señor, te di la casa de Israel y la de Judá, y por si esto fuera poco, habría hecho mucho más por ti. ¿Por qué pues despreciaste la palabra de Yavé? ¿Por qué hiciste esa cosa tan mala a sus ojos de matar por la espada a Urías el hitita? Te apoderaste de su mujer y lo mataste por la espada de los amonitas. Por eso, la espada ya no se apartará más de tu casa, porque me despreciaste y tomaste a la mujer de Urías el hitita para hacerla tu propia mujer».

Esto dice Yavé: «Haré que te sobrevea la desgracia desde tu propia casa; tomaré a tus mujeres ante tus propios ojos y se las daré a tu prójimo, que se acostará con ellas a plena luz del sol. Tú hiciste esto en secreto, pero yo llevaré a cabo eso en presencia de todo Israel, a pleno día».

¹¹⁹ El código jurídico divino establecía que «si alguno comete adulterio con una mujer casada, con la mujer de su prójimo, morirán los dos, el adúltero y la mujer adúltera» (Lv 20,10); y respecto al asesinato de Urías se vulneró otra ley de Dios: «Pero si alguien ataca a su prójimo y lo mata por traición, hasta de mi altar lo arrancarás para matarlo» (Ex 21,14), o en otra traducción: «Si de propósito mata un hombre a su prójimo traidoramente, de mi altar mismo le arrancarás para darle muerte» (Nácar-Colunga).

David dijo a Natán: «¡Pequé contra Yavé!». Y Natán le respondió:

«Yavé te perdonará tu pecado, no morirás. Sin embargo, puesto que con esto despreciaste a Yavé, el hijo que te nació morirá». Mientras Natán regresaba a su casa, Yavé hirió al hijo que la mujer de Urías había dado a David, que cayó enfermo. [¡Genial! **Tal como es norma en muchos relatos bíblicos, Dios perdona y beneficia al criminal (que es de su cuerda, claro) y se ensaña con los inocentes.**]¹²⁰

David pidió a Dios por su hijo, se negaba a comer y cuando regresó a su casa, dormía en el suelo (...) Al séptimo día, el niño murió (...) Entonces David se levantó, se bañó, se perfumó y se cambió de ropa. Entró en la Casa de Yavé, donde se postró; luego regresó a su casa y pidió que le sirvieran algo y comió.

Sus servidores le dijeron: «¿Qué haces? Cuando el niño estaba vivo, ayunabas, llorabas, y ahora que está muerto, te levantas y comes». Respondió: «Mientras el niño estaba aún con vida, ayunaba y lloraba, pues me decía: ¿Quién sabe? A lo mejor Yavé tiene piedad de mí y sana al niño» (...)

David consoló a su mujer Betsabé, la fue a ver y se acostó con ella [otro gran ejemplo de sensibilidad varonil para con una mujer que acababa de perder a su hijo; ¡tranquila, mujer, que ya te hago otro!, debió de decirle para consolarla], quien concibió y dio a luz a un niño, al que le puso el nombre de Salomón. Yavé amó a ese niño, y mandó al profeta Natán, que lo llamó Yedidya, es decir, amado de Yavé, por encargo suyo (2 Sm 12,1-25).

Recapitulemos: David y Betsabé delinquieron gravemente y se hicieron reos de ejecución, según la ley divina dada a su pueblo, pero Dios prefirió dejar sus crímenes impunes, aunque, como alguien tiene que pagar siempre el pato, 'cebó su furia divina en las pobres mujeres de David, a las que, según dice, tomó «ante tus propios ojos [de David] y se las daré a tu prójimo, que se acostará con ellas a plena luz del sol»; ¿qué culpa tenían las mujeres del rey para que Dios, sin causa ni razón, las prostituyese a su antojo y las deshonrase en público? Y la justicia divina alcanzó su cenit al liquidar sin escrúpulos a un niño absolutamente inocente; un crimen con el que Dios, de nuevo, incumplió de forma flagrante su propia ley.¹²¹

David, tras sus crímenes —y el castigo divino en otras carnes—, siguió gobernando con el amparo de Dios y murió tras haber «reinado cuarenta años en Israel: siete años en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén» (1 Re 2,10).¹²² Betsabé, la siempre pronta a la cama de su rey, fue premiada por Dios al permitirle entronizar como sucesor del rey David al segundo hijo de ambos, a Salomón.

Y por si hubiere alguna duda de que las conductas delictivas de David fueron del agrado de Dios, podemos leer como éste, hablando por boca del profeta Ajás, se refiere al ya fallecido rey David elogiosamente «como mi servidor David, quien

¹²⁰ Dios incumplió aquí otra más de sus muchas leyes promulgadas: «Aléjate de la mentira. No harás morir al inocente ni al justo, porque yo no perdonaré al culpable» (Ex 23,7). Pues ya ven ustedes...

¹²¹ La ley divina recogida en el Deuteronomio establecía: «No se matará a los padres por la culpa de sus hijos, ni a los hijos por la de sus padres. Cada cual pagará por su propio pecado» (Dt 24,16).

¹²² Si algún lector tiene curiosidad acerca de cómo acabó la batalla de Rabbá, marco del asesinato de Urías, sólo tiene que leer el resto del capítulo para comprobar que el rey delincuente siguió gozando de los favores militares de Dios: «Joab atacó Rabbá de los amonitas y se apoderó de esa ciudad real (...) Le quitó [David] al dios Milcom su corona, que pesaba un talento de oro y que tenía engarzada una piedra preciosa, la que pronto lució en la cabeza de David. Se apoderó de un inmenso botín. Después desterró a todos los habitantes de la ciudad, los condenó a trabajos forzados con el serrucho, la picota o el hacha y los empleó en la fabricación de ladrillos. Así actuó David con todas las ciudades de los amonitas, y después regresó a Jerusalén con todo su ejército» (2 Sm 12,26-31).

cumplía mis mandamientos, caminaba con todo su corazón siguiéndome, y hacía lo que es recto a mis ojos» (1 Re 14,8). Todo un modelo de santo varón, sin duda.

Valga ahora un último y breve episodio bíblico para acabar de mostrar qué concepto tenía David y su gente de las mujeres:

El rey David se estaba poniendo viejo, tenía mucha edad; aunque lo tapaban con frazadas, no podía calentarse. Sus servidores le dijeron: «Que vayan a buscar para el rey mi señor a una joven virgen, que esté a su servicio, lo cuide, duerma con él y dé calor al rey mi señor».

Buscaron pues a través de todo el territorio de Israel a una joven hermosa y hallaron a Abisag de Sunam; la llevaron donde el rey. Esa joven era realmente muy hermosa, cuidaba al rey, lo servía, pero éste no tuvo relaciones [sexuales] con ella (1 Re 1,1-4).

En la Biblia, las mujeres no sólo servían para aplacar la calentura hormonal de los muchos y muy santos varones que deambulan por sus páginas, también eran usadas como objeto de abrigo para reyes mujeriegos venidos a menos (o a nada). La palabra de Dios, con la historia de Abisag, aportó un nuevo significado al concepto de mujer objeto. Y, en este caso, también nos permitió descubrir, desde un principio, la catadura moral del que sería considerado como el gran rey Salomón, que asesinó a su hermano por querer casarse con Abisag.

Adonías, hijo mayor de David y, por ello, legítimo heredero al trono, le solicitó a la ya viuda Betsabé que intermediase para que su hijo Salomón le diese en matrimonio a la todavía virgen (se supone) Abisag, pero el ambicioso y nada escrupuloso Salomón, temeroso de perder un trono que no merecía, ordenó asesinar a su hermano (que fue el primero de una larga lista de homicidios preventivos para poder asegurarse la poltrona):

Ella le dijo: «Permitme que Abisag la sunamita sea dada como esposa a tu hermano Adonías». El rey Salomón respondió a su madre: «¿Por qué pides a Abisag la sunamita para Adonías? Pide mejor para él la realeza, pues es mi hermano mayor y están con él el sacerdote Ebiatar y Joab, hijo de Seruya». Entonces el rey Salomón juró por Yavé: «¡Que Dios me maldiga una y otra vez si Adonías no paga con su vida esa palabra que ha dicho! Lo juro por Yavé, que ha confirmado mi poder, que me hizo sentar en el trono de David mi padre y que me dio una casa como lo había prometido, que hoy mismo Adonías será ejecutado». El rey Salomón encargó el asunto a Benaías, hijo de Yoyada, quien hirió de muerte a Adonías» (1 Re 2,21-25).

Bendita sea toda esa panda de santos varones elegidos muy expresamente por el Altísimo...

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: los poderosos pueden conculcar e ignorar las leyes a placer... porque siempre habrá inocentes que acaben pagando las culpas por ellos.¹²³

¹²³ La pésima costumbre divina de castigar a los hijos por culpas de los padres también benefició al disoluto hijo de David, a Salomón, al que Dios evitó exterminar —tal como hizo con miles que hicieron mucho menos— a cambio de arruinarle la vida a su hijo y heredero, Roboam, que nada tuvo que ver con las transgresiones del rey sabio. «El rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras: tuvo setecientas mujeres que eran princesas y trescientas concubinas (...): Moabitas, amorreas, edomitas, sidonias e hititas (y sus mujeres pervirtieron su corazón). Eran de esas naciones de las cuales había dicho Yavé: "Ustedes no entrarán en sus casas ni ellas en las de ustedes, porque seguramente los arrastrarán tras otros dioses". Pero Salomón se apegó a ellas, las amó. Cuando Salomón fue de edad, sus mujeres arrastraron su corazón tras otros dioses; ya no fue totalmente de Yavé Dios como lo había sido su padre David (...) Yavé se enojó con Salomón porque se había apartado de Yavé Dios de Israel (...) y Yavé le dijo: "Ya que tú me has tratado así y no has observado mi alianza ni las leyes que te había dado, te quitaré el reino y se lo daré a tu servidor; está decidido. No haré esto mientras vivas, en consideración a tu padre David, pero a tu hijo se lo quitaré"» (1 Re 11,1-12).

DIOS LE DIO COARTADA Y EXCUSA A LOS VARONES CELOSOS PARA HUMILLAR A SUS MUJERES Y HACERLAS ABORTAR

Debe reconocerse que el dios bíblico gustaba del detalle, y nada humano le era ajeno, en especial si beneficiaba al varón en perjuicio de las mujeres.

En los tiempos bíblicos, los varones, por muy pueblo de Dios que fuesen, no parecían fiarse un pelo de sus mujeres —cosa comprensible si cada varón suponía que el resto de su especie se comportaba tal como quería hacerlo él mismo— y, claro, surgían dudas y celos.

Ayer, como hoy, los varones tenían bula para ser depredadores sexuales, pero «sus» legítimas, ni hablar de la cosa; por eso Dios, siempre atento a los menesteres y cavilaciones de alcoba, salió en auxilio del varón y ordenó un ritual para que los maridos celosos, fuesen cornudos o no, obtuviesen una vía divina para poder humillar públicamente a sus mujeres y, de paso, si se terciaba, poder sacárselas de casa para ir a por otra más de su gusto.

Dios iluminó y guió a los maridos celosos, incluso a los que no tenían motivo ninguno para la sospecha, desde los elocuentes e inspirados versículos de Números que transcribimos seguidamente:

Yavé dijo a Moisés: «Habla a los hijos de Israel respecto del caso siguiente. Un hombre tiene una mujer que se porta mal y lo engaña; otro hombre ha tenido relaciones con ella en secreto y ella supo disimular este acto impuro de tal manera que nadie lo ha visto y no hay testigos.

»Puede ser que un espíritu de celos entre en el marido y que tiene sospechas porque, de hecho, se hizo impura. Pero también puede ser que un espíritu de celos le haya entrado y tenga sospechas, siendo que ella le ha sido fiel.

»En estos casos, el hombre llevará a su mujer ante el sacerdote y presentará por ella la ofrenda correspondiente: una décima de medida de harina de cebada. No derramará aceite sobre la ofrenda, ni le pondrá incienso, pues es ofrenda de Celos, o sea, ofrenda para recordar y descubrir una culpa.

»El sacerdote hará que se acerque la mujer ante Yavé, tomará luego agua santa en un vaso de barro y, recogiendo polvo del suelo de la Morada, lo esparcirá en el agua. Así, puesta la mujer delante de Yavé, el sacerdote le descubrirá la cabeza y pondrá en sus manos la ofrenda para recordar la culpa, mientras que él mismo tendrá en sus manos el agua de amargura que trae la maldición.

»Entonces el sacerdote pedirá a la mujer que repita esta maldición: "Si nadie más que tu marido se ha acostado contigo y no te has descarriado con otro hombre, esta agua amarga que trae la maldición manifestará tu inocencia. Pero si te has ido con otro que no es tu marido, y te has manchado teniendo relaciones con otro hombre..."

»Y el sacerdote proseguirá con la fórmula de maldición: "Que Yavé te convierta en maldición y abominación en medio de tu pueblo; que se marchiten tus senos y que se te

hinche el vientre.¹²⁴ Entren en tus entrañas las aguas que traen la maldición, haciendo que se pudran tus muslos y reviente tu vientre". Y la mujer responderá: "¡Así sea, así sea!".

»Después, el sacerdote escribirá en una hoja estas imprecaciones y las lavará en el agua amarga. Y dará a beber a la mujer estas aguas que traen la maldición. El sacerdote tomará de manos de la mujer la ofrenda por los celos, la llevará a la presencia de Yavé y la pondrá sobre el altar. Luego tomará un puñado de la harina ofrecida en sacrificio y la quemará sobre el altar; finalmente, dará a beber el agua amarga a la mujer.

»Si la mujer fue infiel a su marido y se hizo impura, el agua que bebió se volverá amarga en ella, se le hinchará el vientre y se le marchitarán los senos y será mujer maldita en medio de su pueblo.¹²⁵ Pero si la mujer no se hizo impura, sino que ha sido fiel, no sufrirá y podrá tener hijos.

»Éste es el rito de los celos, para cuando una mujer peca con otro hombre y se hace impura; o para cuando a un hombre le entren celos y se ponga celoso de su esposa. Entonces llevará a su esposa en presencia de Yavé y el sacerdote cumplirá todos estos ritos. Con esto el marido estará exento de culpa y ella pagará la pena de su pecado» (Nm 5,11-31).

El dios bíblico copió aquí una costumbre ancestral de otras culturas, como la babilónica o la hitita, que arrojaban al río a la persona cuestionada y si no moría ahogada la declaraban inocente. Es lo que se conoce como ordalía o juicio por ordalía.

Obviando la escasa imaginación de Dios, que tuvo que apropiarse de un ritual procedente de culturas «enemigas», resalta en este ceremonial lo que es una norma bíblica: la mujer no tiene derechos, es siempre susceptible de sospecha y de castigo, mientras que el varón es el depositario de todas las acciones posibles, ya sea en beneficio suyo y/o en contra de las mujeres.

La clave de este nuevo abuso contra la mujer está en esa «agua amarga», de la que nada se especifica, aunque los exegetas apunten que «si ella le había sido infiel, esta bebida le sería para maldición, sufriendo de hidropesía bajo la mano de Dios».

Con hidropesía o sin ella, viendo cómo eran los varones del pueblo elegido de Dios, lo único que cabe suponer es que esa «agua amarga», que actuaba «haciendo que se pudran tus muslos y reviente tu vientre», contenía algunas plantas tóxicas, de uso tradicional desde la más remota antigüedad, adecuadas para provocar el efecto previamente buscado por el marido y pactado (y pagado) con el sacerdote oficiante.

Este efecto buscado por el varón celoso podría ser desde una fuerte diarrea delatadora de la culpa de su mujer (que la haría rea de lapidación por adultera),

¹²⁴ En la gran mayoría de las versiones bíblicas no se usa la palabra «senos» y la traducción es: «Séquense tus muslos e hinches tu vientre»; en versículos siguientes se dice: «El agua de maldición entrará en ella con su amargura, se le hinchará el vientre, se le secarán los muslos» (Nácar-Colunga). El texto hebreo usó las palabras betén (de una raíz en desuso que significaba «hueco, vientre, útero, embarazo, entraña, seno materno», etc.); y yarék (raíz igualmente en desuso que significaba «ser suave o muslo» —por su suavidad—; eufemísticamente identifica los genitales femeninos).

¹²⁵ Esta maldición parece aludir a la esterilidad, aunque puede ser discutible el origen de la misma. En muchas de las biblia con anotaciones, a la expresión «séquense tus muslos» o «que tu muslo caiga», propia de estos versículos, se le da otra posible traducción: «Que tu criatura se malogue», esto es, que la mujer aborte... aunque esos exegetas pretenden suavizar su afirmación añadiendo un descafeinado: «Quizá signifique que la mujer se volvería estéril» (versión de Reina-Valera de 1995), cosa también posible tras un aborto provocado por la ingesta de plantas tóxicas, tal como sería aquí el caso.

hasta un oportuno y discreto aborto forzado por la ingesta de ruda, tarraguello¹²⁶ u otras plantas tóxicas similares que, tras la purificación —esto es, tras el aborto o interrupción voluntaria del embarazo—, permitían asegurarle al varón celoso —de su mujer y de su semen— la paternidad del siguiente embarazo.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: que la mujer aborte no es pecado, si ha sido un varón quien la ha forzado a interrumpir su embarazo.

AARÓN Y MIRIAM, HERMANOS DE MOISÉS, MURMURARON DE ÉL, PERO DIOS SÓLO CASTIGÓ CON LA LEPRA A LA MUJER, AL VARÓN NI LE ROZÓ

Nos encontramos de nuevo con un ejemplo magnífico del desprecio que siente Dios por la mujer. En este caso, dos hermanos, el gran Aarón y Miriam (la primera que recibió el título de profetisa), comentaron entre sí que Moisés —que le debía gran parte de su fama al trabajo de sus dos hermanos— quizás se estuviese excediendo por algo que no queda nada claro en el versículo: podía ser por haberse casado con una determinada señora (negra, por cierto), o por acaparar las conversaciones con Dios, pero algo de Moisés no les complacía, según parece.

Y va Dios y los escuchó, claro. Que Dios no se enteraba nunca de cuando violaban o mataban a una mujer, o de cuando sus varones predilectos delinquían a dos manos, pero en esta ocasión sí estuvo al loro, y obró en consecuencia... castigando a la mujer, of course. Veamos:

Miriam y Aarón murmuraban contra Moisés¹²⁷ porque había tomado como mujer a una cuchita (del territorio de Cuch) [se refiere a una cusita o etíope, quizás fuese Séfora]. ¿Acaso Yavé, decían, sólo hablará por medio de Moisés? ¿No habló también por nuestro intermedio? Y Yavé lo oyó [parece que Dios sólo oye lo que más le conviene en cada ocasión]. Ahora bien, Moisés era un hombre muy humilde. No había nadie más humilde que él en la faz de la tierra [sin embargo, Dios le castigará terriblemente acusándole justo de lo contrario; véanse Nm 20,9-12 y el capítulo 8.2 de este libro].

De repente Yavé les dijo a Moisés, Aarón y Miriam: «¡Salgan los tres del campamento y vayan a la Tienda de las Citas!». Salieron pues los tres. Entonces Yavé bajó en la columna de nube y se puso a la entrada de la Tienda. Llamó a Aarón y a Miriam, quienes se acercaron.

Yavé les dijo entonces: «Oigan bien mis palabras: Si hay en medio de ustedes un profeta me manifiesto a él por medio de visiones y sólo le hablo en sueños. Pero no ocurre lo mismo con mi servidor Moisés; le he confiado toda mi Casa y le hablo cara a cara. Es una visión clara, no son enigmas; él contempla la imagen de Yavé. ¿Cómo, pues, no tienen miedo de hablar en contra de mi servidor, en contra de Moisés?». La cólera de Yavé se encendió contra ellos, y se retiró. Cuando se disipó la nube que estaba encima

¹²⁶ Las rudas (*Ruta graveolens* o *Ruta angustifolia*) son plantas emenagogas —que provocan la regla en las mujeres— cuyo principio tóxico produce un aumento de la circulación sanguínea en el útero y provoca menstruaciones forzadas y abortos. El tarraguello (*Dictamus hispanicus*) era usado por los pastores para hacer abortar a las cabras y con el mismo fin era administrado a mujeres, aunque macerado en aguardiente. Su aceite esencial es tan inflamable que puede arder por el mero efecto del calor, razón por la cual se ha relacionado a esta planta con la zarza ardiente que se describe en el Éxodo (Ex 3,2).

¹²⁷ La mayoría de las traducciones emplean la palabra «murmurar» o «hablar en contra de», pero el término hebreo usado, dabár, rara vez se refería a hablar en sentido destructivo de alguien, más bien significaba «decir, declarar, disertar, divulgar, exponer, expresar, hablar»..., aunque, también, «mofarse».

de la Tienda, Miriam había contraído la lepra: su piel estaba blanca como la nieve. ¡Aarón se volvió hacia ella y se dio cuenta de que estaba leprosa!

Aarón le dijo entonces a Moisés: «Te lo suplico, Señor, no nos hagas pagar este pecado, esta locura de la que estábamos poseídos. Que no sea como el aborto cuyo cuerpo ya está medio destrozado cuando sale del vientre de su madre».

Entonces Moisés suplicó a Yavé: «¡Por favor, detente! ¡Sánala!». Pero Yavé le respondió a Moisés: «Si su padre la hubiera escupido en la cara, habría tenido que esconderse de vergüenza durante siete días. Que sea pues excluida del campamento por siete días, después de lo cual se reintegrará». Miriam quedó pues fuera del campamento por siete días, y mientras ella no regresara el pueblo no se movió (Nm 12,1-15).

A pesar de que «la cólera de Yavé se encendió contra ellos», contra ambos hermanos, la única que recibió el castigo de la lepra fue la mujer, Miriam, mientras que a su hermano, que también reconoció estar «poseído» y haber puesto a caer de un burro a Moisés, Dios no le mandó ni siquiera un poco de caspa. La misoginia divina es más que evidente.¹²⁸

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: si tienes a mano a una mujer que puedes maltratar, evita dar ejemplo castigando a un varón.

DIOS RECURRIÓ A COMPARACIONES PORNOCRÁFICAS, DEGRADANTES PARA LAS MUJERES, PARA RELATAR CUÁN PECADORAS FUERON LAS GENTES DE ISRAEL Y JUDÁ

Por lo visto hasta aquí, dentro del Antiguo Testamento no cabe esperar ningún respeto hacia las mujeres por parte de los varones bíblicos,¹²⁹ y tampoco por parte de Dios, pero sin duda sobrepasa lo excesivo el uso degradante del género femenino que la inspirada palabra de Dios tuvo a bien emplear en uno de los capítulos de Ezequiel.

El muy insigne sacerdote y profeta Ezequiel, en un capítulo que en algunas biblias se titula «Las dos hermanas», transmitió la cólera que sentía Dios contra los habitantes de Samaria y Jerusalén, reos de haberse alejado de la sumisión divina, usando el recurso literario de dos mujeres, dos hermanas —Ohola y Oholiba, que

¹²⁸ El dios de la Biblia, por motivos obvios, muestra tanto desprecio por la mujer como lo hacían los varones de su pueblo. Un caso concreto servirá para exponer aquí el machismo patológico de esos tipos (y que la cultura bíblica ha hecho perdurar hasta hoy en los países de base cristiana): «Abimelec [hijo de Gedeón y el primero que intentó convertir Israel en un reino] se dirigió a Tebés; la sitió y se apoderó de ella. Pero había dentro de la ciudad una torre fortificada en la que se refugiaron hombres y mujeres, toda la gente noble de la ciudad. Cerraron la puerta tras ellos y se subieron a la terraza de la torre. Abimelec se acercó al pie de la torre para atacarla y avanzó hasta la puerta de la torre para prenderle fuego. Pero una mujer dejó caer sobre su cabeza una piedra de molino, que le partió el cráneo. Inmediatamente llamó a su escudero y le dijo: "¡Saca tu espada y mátame! No quiero que digan de mí: Lo mató una mujer"—. Su escudero entonces lo traspasó y murió» (Jue 9,50-54). Magnífico ejemplar de varón de Dios; para él, hijo de un padre que tuvo setenta hijos de innumerables concubinas, la mujer no era digna ni para matarle; morir a manos de una mujer era una humillación (y por eso algunos reyes y generales enfrentados al pueblo de Dios hallaron la muerte, según la Biblia, a manos de mujeres, tal como les sucedió, por ejemplo, a Sísara y Holofernes, asesinados a traición, respectivamente, por Yael y Judit).

¹²⁹ Aunque una importantísima y fundamental excepción la constituye, en el Nuevo Testamento, la figura de Jesús, que, nadando a contracorriente de todo su entorno y cultura, le otorgó a la mujer un papel de igualdad, respeto y protagonismo; un tremendo adelanto social que quienes se autodenominaron sucesores suyos, incluyendo a la Iglesia católica, eliminaron tan pronto como tuvieron ocasión... y así siguen hasta hoy. De este asunto ya traté con detalle en un libro anterior [cfr. Rodríguez, P. (1997). Mentiras fundamentales de la Iglesia católica, óp. cit., pp. 313-324].

representan a Samaria y Jerusalén, capitales respectivas de los reinos de Israel y Judá—, que se habían prostituido hasta la degradación con cuantos pueblos vecinos tenían ambos reinos hebreos.

El uso de la imagen femenina no es casual, ya que para Dios y sus varones bíblicos las mujeres no representaban más que objetos de uso y abuso, quasi personas que podían dañar sin límites para servir de ejemplo y escarmiento general, y seres obtusos y malignos que engañaban, seducían y corrompían, con sus «prostituciones» —una palabra muy bíblica—, a los pobres varones, que, santas criaturitas ellos, podían ser ladrones, asesinos, genocidas o violadores sin perder por ello la bendición divina. Así pues, identificar a Samaria y Jerusalén con dos prostitutas desenfrenadas entraña dentro de la lógica de esos tipos, que no se cortaron un pelo a la hora de las descripciones, aportando, para la educación moral de la cristiandad futura, frases como la siguiente:

Ardía [Oholiba] en deseo por unos desvergonzados que se calentaban como burros y cuyo sexo era como el de los caballos (Ez 23,20).

La traducción de este versículo, tal como veremos más adelante, está muy edulcorada, ya que si analizamos las palabras usadas en la versión hebrea disponible nos encontraremos con un texto todavía más explícito: «[Oholiba] suspiraba por acostarse (y tener sexo) con sus amantes, cuyos genitales son (de color pardo rojizo) como los burros, y su eyaculación hace brincar de gozo (o brinca como los caballos)».

Con textos como éste, y como el resto de pasajes bíblicos con claro contenido sexual, se comprende que, en la época victoriana, la Biblia fuese usada como texto para evocar fantasías aptas para encaminar las pulsiones masturbatorias de varones píos de cualquier ralea.

El relato que seguirá, firmado por un sacerdote profeta más que peculiar y que a todas luces parece que estuvo aquejado de un trastorno mental bien conocido,¹³⁰ podría comprenderse —y despreciarse—si se atribuyese a Ezequiel, pero resulta que no es así, ya que, tal como vimos, el Catecismo católico —y el resto de las Iglesias cristianas— obliga a creer que «los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, en todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor».

Veremos, pues, seguidamente, como la inspirada palabra de Dios se explaya en un relato obsceno, quasi pornográfico —o pornográfico del todo para el gusto clerical oficial al uso—, que degrada la imagen de la mujer expresamente, por el mero gusto de hacer tal cosa.

Se me dirigió esta palabra de Yavé [dice Ezequiel]: «Hijo de hombre, había dos mujeres, hijas de una misma madre. Desde su juventud en Egipto empezaron a prostituirse, metían mano en sus senos y acariciaban su pecho de muchachas [¿era

¹³⁰ El dudoso equilibrio mental de Ezequiel puede seguirse a lo largo de parte de sus textos (aunque, obviamente, no todos son suyos, sino que los hay de diferentes autores, quizás de su escuela), analizando determinados relatos de hechos que sobrepasan lo pintoresco para caer en lo desquiciado. Para abrir boca sobre su personalidad, y nunca mejor dicho, baste saber que comenzó en el negocio profético comiéndose un libro por orden divina: «"Les transmitirás mis palabras, te escuchen o no [le ordenó Dios a Ezequiel] (...) Ahora, hijo de hombre, escucha lo que te voy a decir, no te rebajes como esa raza de rebeldes, sino que abre la boca y come lo que te doy". Miré: hacia mí se tendió una mano que sostenía el rollo del libro. Lo desenrolló ante mí; estaba escrito al revés y al derecho, y sólo eran cantos fúnebres, lamentaciones y gemidos» (Ez 2,7-10); «Me dijo: "Hijo de hombre, come lo que te presento, cómelo y luego anda a hablarle a la casa de Israel". Abrí la boca para que me hiciera comer ese rollo, y me dijo: "Hijo de hombre, come ahora y llena tu estómago con este rollo que te doy". Lo comí, pues, y en mi boca era dulce como la miel» (Ez 3,1-3).

preciso dar este tipo de detalles, con tono de reprimido enfermizo, para hablar metafóricamente de dos reinos?]. La mayor se llamaba Ohola y su hermana Oholiba; eran más [de Dios, se entiende] y me dieron hijos e hijas. Ohola es Samaria y Oholiba, Jerusalén.

Ohola me engañó: ardía de pasión por sus amantes. Eran sus vecinos asirios, gobernadores y funcionarios vestidos de púrpura, jóvenes y bien apuestos en sus caballos. Con ellos me engañó, con esos asirios de clase alta. Ardía de amor por ellos, y al mismo tiempo se ensuciaba con sus ídolos. Pero no se había olvidado de sus prostituciones con los egipcios, sino que seguían acostándose con ella, manoseaban sus senos y abusaban de ella. Por eso, la entregué en manos de sus amantes, en manos de los asirios por quienes ardía en amor. La desnudaron, tomaron a sus hijos e hijas y los mataron a espada; se hizo famosa entre las mujeres debido al castigo que se le infligió **[en medio de ese lenguaje soez, Dios presume de haber causado la muerte de Ohola, esto es, de la gente de Israel, entregándolos a los asirios].**

Su hermana Oholiba fue testigo de todo eso, pero sus desvaríos y prostituciones superaron a los de su hermana. También ella ardía de pasión por sus vecinos asirios, esos gobernadores y jefes que andaban ricamente vestidos, jóvenes y bien apuestos en sus caballos. Vi cómo se ensuciaba, cómo ambas seguían el mismo camino. Lo hizo peor aún en su prostitución cuando vio esas imágenes de caldeos pintadas de color rojo, de esos hombres que se veían pintados en los muros, con sus fajas en la cintura y grandes turbantes en sus cabezas, esos hombres de aspecto marcial cuyo país natal es Caldea **[Antonio Gala no los hubiese descrito con mayor sensibilidad masculina].** Apenas los vio, se encendió en ella el deseo por ellos: envió mensajeros a donde ellos en Caldea.

Los hijos de Babilonia vinieron para ensuciarla con sus prostituciones, y la dejaron tan mancillada que su corazón se apartó de ellos. Pero como ella se había prostituido y entregado, mi corazón también se apartó de ella como se había ya apartado de su hermana. Sí, ella multiplicaba sus prostituciones, revivía su juventud cuando se prostituía en Egipto. Ardía en deseo¹³¹ por unos desvergonzados¹³² que se calentaban¹³³ como burros¹³⁴ y cuyo sexo¹³⁵ era como el de los caballos.¹³⁶ **[Teniendo en cuenta el significado de las palabras hebreas de este versículo, y tal como ya adelantamos, una traducción más fiel con el espíritu original sería: «Suspiraba [Oholiba] por acostarse (y tener sexo) con sus amantes, cuyos genitales son (de color pardo rojizo) como los burros, y su eyaculación hace brincar de gozo (o brinca como los caballos)».]**¹³⁷

¹³¹ La raíz hebrea usada aquí, agáb, significa «suspirar por amar sensualmente», y también «amante o enamorar».

¹³² La raíz hebrea piléguesh significa «concubina», pero también, en masculino, «amante o rufián».

¹³³ La raíz hebrea basar significa «carne» (aludiendo a su frescura); por extensión significa «cuerpo, persona, grueso, hermano, hombre, lujuria» y eufemísticamente identifica a los genitales masculinos.

¹³⁴ La raíz hebrea kjamór alude al asno en virtud de su color pardo rojizo; en este contexto, tal color podría aludir también a los genitales masculinos.

¹³⁵ La raíz hebrea zirmá significa «borbotón o flujo de fluido», identificando al semen en la eyaculación.

¹³⁶ La palabra hebrea sus procede de una raíz en desuso que significa «saltar o brincar de gozo», pudiendo aludir al caballo (porque salta) o a la golondrina (por su vuelo rápido), aunque en este caso, por contexto, adjetiva la zirmá o eyaculación que le precede en la frase.

¹³⁷ Las traducciones de este versículo de Ez 23,20 varían según las versiones bíblicas. Así, por ejemplo, la versión de Reina-Valera (2000) propone: «Y se enamoró de sus rufianes, cuya carne [es como] carne de asnos, y cuyo flujo [como] flujo de caballos». La versión de Nácar-Colunga, en el colmo de la desvergüenza manipuladora y enmascaradora, tal como es habitual en esta traducción bíblica, ofrece el siguiente versículo descafeinado y absurdo: «Y ardió en lujuria por

Sí, Jerusalén, volviste a la degradación de tu juventud, cuando los egipcios acariciaban tu pecho y pasaban sus manos por tus senos. Por eso, Oholiba, esto dice Yavé: «Voy a azuzar en contra tuya a tus amantes de los cuales se apartó tu corazón; los reuniré en tu contra de todas partes (...) Una coalición de pueblos vendrán del norte para asaltarte con sus carros y carretas. Se lanzarán contra ti de todas partes con sus escudos, armas y cascós, les encargaré que te juzguen y te juzgarán según sus leyes.

»Daré libre curso a mis celos contigo: te tratarán cruelmente, te cortarán la nariz y las orejas, y lo que quede de tus hijos caerá por la espada. Tomarán a tus hijos y a tus hijas, y los sobrevivientes serán devorados por las llamas. Te despojarán de tus vestidos y te quitarán tus joyas; así pondré fin a tu mala conducta y a tus prostituciones iniciadas en Egipto. Ya no los mirarás más ni pensarás más en Egipto». **[Queda claro que es el propio Dios quien se reconoce corroído por los celos y se declara autor, como venganza, de la destrucción de Jerusalén (Judá).]**

Esto dice Yavé: «Te entregaré en manos de los que tú odias (...) En tu odio te maltratarán, se apoderarán de todo el fruto de tu trabajo y te dejarán desnuda y sin nada; no te quedará más que la vergüenza por tus prostituciones, desvaríos y mala conducta. Todo eso te pasará porque te prostituiste con las naciones y con sus sucios ídolos (...».

Yavé me dijo de nuevo: «Hijo de hombre, ¿no quieres juzgar a Ohola y a Oholiba y echarles en cara sus crímenes? Han sido adulteras, sus manos están llenas de sangre, cometieron adulterio con sus innumerables ídolos, hicieron pasar por el fuego a los hijos que me habían dado a luz» (...)

«Mandaste venir hombres de tierras lejanas, les enviaste mensajeros y éstos vinieron. Para ellos te bañaste, te maquillaste los ojos y te pusiste tus joyas. Luego te reclinaste sobre una cama lujosa; delante de ella pusieron una mesa y allí depositaste mi incienso y mi aceite. Se oía el ruido como de una muchedumbre enfiestada (...) Entonces dije de esa ciudad carcomida por el vicio: "¡Qué prostituta!". Van a su casa como quien va a un prostíbulo. Y así en efecto iban a casa de Ohola y de Oholiba para hacer el mal. Actuaron con justicia los que les aplicaron la sentencia que conviene a las mujeres adulteras, la condenación reservada a las que derraman sangre» (...)

Sí, esto dice Yavé: «Convoquen la asamblea, condénenlas al terror y al pillaje. La asamblea las lapidará y las herirán con la espada, matarán a sus hijos y a sus hijas y quemarán sus casas (...) Así, pondré término a la degradación en el país; eso servirá de lección a todas las mujeres, para que no cometan las mismas faltas (...) entonces sabrás que yo soy Yavé» (Ez 23,1-49).

Unos capítulos antes, quizá para hacer boca antes de bramar lo recién citado, Dios, refiriéndose a Jerusalén, ya había hablado a través de Ezequiel en igual sentido y recurriendo a la misma comparación con una prostituta, aunque usando un lenguaje algo más comedido:

«¡Cuál no será mi furor —dice Yavé— al ver tu mala conducta de prostituta insolente! Cuando levantabas tu estrado en todas las entradas de camino o en las plazas, no pedías tu paga como lo hace la prostituta, sino que eras la mujer adultera que busca extraños en vez de su marido. A las prostitutas les dan un regalo, pero tú, en cambio, dabas regalos a tus amantes; les pagabas para que vinieran de todas partes a envilecerse contigo. Te prostituías, pero era al revés de las otras mujeres: nadie corría detrás de ti,

aquellos lujuriosos, que tienen carne de burro y flujo de garañones». Éste es uno de los mil ejemplos que sirven para demostrar lo precarias, contradictorias, relativas y engañosas que son las traducciones de los textos bíblicos, de cuya fidelidad al sentido del original —o más bien al de la última copia disponible (y muy retocada) de originales que desaparecieron hace decenas de siglos — debe dudarse permanentemente... en ningún libro como en la Biblia es tan cierto aquello de traduttore, traditore.

sino que tú pagabas y nadie te pagaba. Realmente no eras como las demás». **[Precisión divina: no era ramera, sino mujer infiel y viciosa...]**

Por eso, prostituta, escucha esta palabra de Yavé: Ya que mostraste tu desnudez en tus prostituciones con tus amantes, con todos tus ídolos abominables, ya que derramaste la sangre de tus hijos, yo, a mi vez, reuniré a todos tus amantes con los que te calentaste, a los que querías y a los que aborrecías; los reuniré en contra tuya de todas partes y ante ellos descubriré tu desnudez: te verán privada de todo. Te aplicaré la sentencia de las mujeres adulteras y criminales; te entregaré a la cólera y a la indignación (...) Cuando haya descargado mi furor, se acabará mi indignación, me calmaré y no me enojaré más (Ez 16,30-42). **[Dios pierde la calma, insulta, se encoleriza y masacra; vaya falta de control, un varón maltratador no lo haría peor.]**

Este tipo de discurso no era original, ya que en torno a unas tres décadas antes de que Ezequiel se dedicase al oficio de profeta, Dios, hablando también por boca de otro colega, Jeremías, ya había tratado el mismo asunto y de una manera similar, aunque con un lenguaje más correcto... si no tenemos en cuenta lo fundamental, esto es, que el género femenino, también aquí, sirvió para personificar la perversión y corrupción de Israel y Judá:

Yavé me dijo, cuando era rey Josías: «¿Has visto lo que ha hecho la infiel de Israel? Se ha entregado en cualquier cerro alto y bajo cualquier árbol verde. Y yo me decía: "Después de todo lo hecho, volverá a mí"; pero no volvió. Todo esto lo vió Judá, su perversa hermana; vió cómo yo me separaba de la infiel Israel, dándole el certificado de divorcio por todas sus traiciones; pero ni siquiera se ha asustado **[vaya, Dios también recurre al divorcio... para coaccionar a su mujer]**, y ha salido también a ejercer la prostitución. Su conducta descarada ha sido una deshonra para todo el país, pues ella también pecó con dioses de piedra y de madera (...) Sin embargo, así como una mujer traiciona a su amante, así me ha engañado la gente de Israel» (Jr 3,6-20).

Usar el género femenino para describir metafóricamente las conductas más deplorables del varón, y/o las desviaciones sociales y desgracias provocadas por su mano,¹³⁸ fue un hábito común en los escritos inspirados por el dios bíblico, del mismo modo que lo fue atribuir a mujeres —extranjeras casi siempre— la presunta corrupción en la que cayeron sociedades y reyes.

Un conocido ejemplo lo encontramos en medio de la epopeya de Moisés:

Israel se instaló en Sitim y el pueblo se entregó a la prostitución con las hijas de Moab. Ellas invitaron al pueblo a sacrificar a sus dioses: el pueblo comió y se postró ante los dioses de ellas. Israel se apagó al Baal de Fogor y se encendió la cólera de Yavé contra Israel. Yavé dijo entonces a Moisés: «Apresa a todos los cabecillas del pueblo y empálalos de cara al sol, ante Yavé; de ese modo se apartará de Israel la cólera de Yavé» (Nm 25,1-4).

¹³⁸ Como uno de los muchos ejemplos posibles, recordaremos que Nahúm comparó a Nínive, la capital asiria, con una prostituta que empleaba su capacidad seductora para realizar sus planes de conquista a fin de extender su poder (en contra de los intereses israelitas, obviamente). Los varones hacían la guerra y masacraban ciudades enteras, pero el imperio asirio, según la palabra de Dios, se comportaba como una ramera, no como un varón asesino sediento de sangre y poder: «Pobre de la ciudad de sangre, toda llena de mentira, de rapiña, de incsesantes robos. Chasquido de látigo (...) caballerías que avanzan, llamear de espadas, centelleear de lanzas, multitud de heridos, montones de muertos, cadáveres sin fin; se tropieza en los cadáveres. Así paga sus muchas prostituciones la prostituta [Nínive] de encantadores atractivos, maestra en sortilegios, que engaña a los pueblos con sus prostituciones y a las naciones con sus sortilegios. Aquí estoy contra ti, palabra de Yavé Sabaot, voy a alzar tus faldas hasta tu cara; mostraré a las naciones tu desnudez, y verán los reinos tus vergüenzas. Arrojaré inmundicias sobre ti, te deshonraré y te pondré como espectáculo y todo el que te vea, huirá de ti» (Nah 3,1-7).

Resulta absurdo pensar que un pueblo que había gozado de tanta milagrería estrepitosa tras su salida de Egipto pasase a adorar a los dioses de las mujeres moabitas con las que comenzaron a ayuntarse, pero eso le convino decir a Dios, haciéndolas a ellas responsables de la transgresión y aprovechando la ocasión para castigar a su pueblo matando a veinticuatro mil israelitas (Nm 25,9).¹³⁹

También el rey sabio, según relata la palabra de Dios, fue víctima de las mujeres:

Así fue como pecó Salomón, rey de Israel. No había otro rey como él en ninguna parte, era amado de su Dios, que lo había puesto como rey de todo Israel, y sin embargo las mujeres extranjeras lo hicieron pecar (Neh 13,26). **Sus mil mujeres «pervirtieron su corazón» (1 Re 11,2) y «cuando Salomón fue de edad, sus mujeres arrastraron su corazón tras otros dioses; ya no fue totalmente de Yavé Dios como lo había sido su padre David» (1 Re 11,4).**

Pobre rey Salomón, comenzó su carrera real asesinando a su hermano para que no le disputase el cargo, la siguió sometiendo a sangre y fuego y esclavizando a decenas de pueblos, y resulta que esas mil mujeres que encerró de por vida en su harén para satisfacer su descomunal lascivia «pervirtieron su corazón». ¿Cómo puede pervertirse un corazón perverso? Y —se queja la palabra divina— no fue totalmente de Dios como lo fue su padre David ¡¿?! ese tipo del que ya recordamos algunos de sus muchos crímenes execrables que, eso sí, agradaron a Dios. Sin embargo, en la Biblia se hizo aparecer a las mujeres como culpables de que el reino de Salomón se perdiese a causa de un enésimo y torticero castigo divino.¹⁴⁰ ¡Venga ya!

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: aunque la inmensa mayoría de las desgracias de cualquier comunidad tienen por causa acciones de varones —la negra noche del patriarcado ahoga el planeta desde hace demasiados milenios—, no hay dios, ni varón piadoso, que pierda ocasión de presentar a las mujeres como la imagen y la causa del mal. Cobardía y maldad suelen ir de la mano, por eso este relato enseña, también, que no hay varón más peligroso que aquel que se siente celoso y despechado (según lo expuesto en Ez 23,25).

¹³⁹ El propio libertador del pueblo elegido insiste en tal aberración tras haber masacrado al pueblo de Moab: «Moisés se enojó contra los jefes de las tropas, jefes de mil y jefes de cien que volvían del combate. Moisés les dijo: "¿Así, pues, han dejado con vida a las mujeres?" Precisamente ellas fueron las que, siguiendo el consejo de Balaam, indujeron a los hijos de Israel a que desobedecieran a Yavé (en el asunto de Baal-Peor); y una plaga azotó a la comunidad de Yavé. Maten, pues, a todos los niños, hombres, y a toda mujer que haya tenido relaciones con un hombre. Pero dejen con vida y tomen para ustedes todas las niñas que todavía no han tenido relaciones"» (Nm 31,1-18). Otro buen ejemplo de conducta religiosa.

¹⁴⁰ «Y Yavé le dijo [a Salomón]: "Ya que tú me has tratado así y no has observado mi alianza ni las leyes que te había dado, te quitaré el reino y se lo daré a tu servidor; está decidido. No haré esto mientras vivas, en consideración a tu padre David, pero a tu hijo se lo quitaré"» (1 Re 11,11-12). Dios, de nuevo, evitó castigar al responsable de transgredir su voluntad y ¡castigó a Roboam, su hijo inocente! (1 Re 12).

Capítulo 8 - Dios hizo trampas, manipuló voluntades y jugó con muchas vidas a fin de poder lograr algunos de sus gloriosos episodios

Realizar las hazañas que, según la Biblia, protagonizó Dios no debió de resultar un asunto nada fácil, aunque el problema, por lo que puede leerse, quizás no residió tanto en la mayor o menor predisposición de éste para el prodigo, sino en la adecuada disponibilidad de adversarios que fuesen dignos del castigo divino.

Dios debió de crear el mundo con gran previsión de futuro, aunque si la obra le hubiese salido bien, nos habríamos quedado sin Biblia, sin religión, sin pecados, sin misas, sin nada decente que hacer las mañanas de los domingos... Afortunadamente, la creación sorprendió en muchas ocasiones a su creador y éste, montando en santa y justa cólera, aprovechó esas oportunidades para imponer su ley, marcar territorio y, no menos importante, para posibilitar que futuros escribas recopilasen, a su dictado, relatos que son pura gloria bendita.

La cosa humana comenzó a torcerse —en beneficio del efecto dramático que tanto gustó a los redactores bíblicos— al poco rato de abandonar el Paraíso.

Cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la tierra y les nacieron hijas, los hijos de Dios se dieron cuenta de que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron por esposas aquellas que les gustaron. Entonces dijo Yavé: «No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Que su vida no pase los ciento veinte años» (Gn 6,1-3).

Al ser sólo carne sin alma —en esos tiempos Dios no sabía que teníamos alma y por eso no dictó mandatos ni maldiciones relacionados con la vida post mórtém —, era buena idea limitar la vida humana a esos ciento veinte años, pero apenas dos versículos después, las previsiones divinas habían saltado por los aires y Yavé vio que la maldad del hombre en la tierra era grande y que todos sus pensamientos tendían siempre al mal. Se arrepintió, pues, de haber creado al hombre, y se afligió su corazón. Dijo: «Borraré de la superficie de la tierra a esta humanidad que he creado, y lo mismo haré con los animales, los reptiles y las aves, pues me pesa haberlos creado» (Gn 6,5-7).

Nada que objetar. A Dios le salió más que mal su creación y era soberano para hacer lo que hizo. Gracias a ello, podemos leer en la Biblia la historia de Noé y del diluvio —un relato que, por cierto, Dios ya le había dictado a los sumerios,¹⁴¹ aunque no importa, el guion era bueno y no podía dejarse fuera del Génesis— y, una vez reiniciado el sistema terrestre, desfilarán por las páginas bíblicas patriarcas, jueces o reyes de insuperable enjundia.

Con todo, y de ahí la disquisición previa, los planes divinos se toparon con un obstáculo mayúsculo: ya fuese porque el diluvio dejó al planeta sin malos, o porque los nuevos malos nacidos no lo eran lo suficiente, o no apuntaban en la dirección

¹⁴¹ Hay varios textos sumerios y acadios, todos escritos en tablillas de barro en torno al 1600 a. C., que recogen la antigua leyenda del diluvio universal con algunas variantes, pero siempre con el fondo de un gran diluvio enviado por Dios para destruir su creación y un personaje que salva el linaje humano. Los principales textos son el llamado Ciclo de Ziusudra, la Epopéya de Atramkhasis, y el Poema de Gilgamesh. La recopilación de las antiguas tradiciones hebreas (fuentes yahvista y elohística), entre las que estaba ese relato, para incorporarlas al Génesis, tuvo lugar en época de Salomón (c 970-930 a. C.)

adecuada, Dios, para hacer posibles muchas de sus intervenciones estelares, hizo trampas, anuló, cambió o manipuló voluntades de colectivos, faraones, reyes o personas, hasta forzarles a actuar en contra de sus propios intereses, criterios y deseos... a fin de que se comportasen como descerebrados enemigos del pueblo elegido y, una vez cegados por Dios, se hiciesen acreedores de brutales castigos divinos, con miles de muertos inocentes, claro, ya que así lo demandaba el estilo bíblico.

En este capítulo revisaremos cuatro historias bien conocidas de todo el mundo, la de la torre de Babel, la de la salida de los israelitas de Egipto, la de la batalla de Moisés contra los amalecitas, y la del paciente Job... y en cada una de ellas veremos cómo actuó Dios en realidad, manipulando sin límites e imponiendo desgracias sin fin a innumerables inocentes con tal de que cada historia le quedase ejemplarizante.

Adelantaremos aquí un pequeño detalle: el faraón que se negó a que los israelitas saliesen de Egipto no tenía tal intención, pero, tal como le explicó Dios a Moisés, «yo haré que se ponga porfiado y no dejará partir a mi pueblo» (Ex 4,21). Dios obligó al faraón a empecinarse en una actitud que no era la suya y que le costó la destrucción de Egipto a base de plagas y su propia muerte. ¿Razón para ello? Se la confesó Dios a Moisés: «Me haré famoso a costa de Faraón y de todo su ejército» (Ex 14,4). ¡Y a fe que Dios logró su propósito!

DIOS IMPIDIÓ QUE LA HUMANIDAD PUDIERA ENTENDERSE Y COLABORAR: LA CANALLADA SE PERPETRÓ EN BABEL

Con todo lo que hemos ido viendo, a lo largo de este libro, sobre el carácter de Dios y sus conductas, quizás ya a nadie extrañe que también se le deba a él, según se vanagloria desde la Biblia, la falta de entendimiento y colaboración que caracteriza a las sociedades humanas desde la noche de los tiempos... bíblicos. La cosa, al parecer, arranca de muy lejos, tanto que nos la tuvo que contar el Libro del Génesis:

Todo el mundo tenía un mismo idioma y usaba las mismas expresiones. Pero al emigrar los hombres desde Oriente, encontraron una llanura en la región de Sinear, y se establecieron allí. Entonces se dijeron unos a otros: «Vamos a hacer ladrillos y cocerlos al fuego». El ladrillo reemplazó la piedra y el alquitrán¹⁴² les sirvió de mezcla [aunque jamás pasó nada ni remotamente parecido, la historia divina nos auguraba un gran futuro, aunque...].

Después dijeron: «Construyamos una ciudad con una torre que llegue hasta el cielo. Así nos haremos famosos, y no nos dispersaremos por todo el mundo». [¿Y no podían quedarse todos juntos, sin dispersarse, si no eran famosos?]

Yavé bajó para ver la ciudad y la torre que los hombres estaban levantando [parece, por enésima vez, que Dios debía bajar del cielo si quería enterarse de qué andaba maquinando su parroquia]. y dijo Yavé: «Veo que todos forman un solo pueblo y tienen una misma lengua. Si esto va adelante, nada les impedirá desde ahora que consigan todo lo que se propongan. Pues bien, bajemos [¿no estaba ya abajo?] y confundamos ahí mismo su lengua, de modo que no se entiendan los unos a los otros. ¡Y a fe que lo logró!】

¹⁴² En hebreo se usó la palabra kjemár, «betún o asfalto», que se refiere a la fracción más pesada del petróleo crudo, que se puede encontrar en grandes depósitos naturales, como en los del mar Muerto, razón por la que se conoce también como betún de Judea. Todavía hoy se usa, mezclado con arena o gravilla, para pavimentar caminos y para revestir e impermeabilizar muros y tejados.

Así Yavé los dispersó sobre la superficie de la tierra, y dejaron de construir la ciudad. Por eso se la llamó Babel,¹⁴³ porque allí Yavé confundió el lenguaje de todos los habitantes de la tierra, y desde allí los dispersó Yavé por toda la tierra (Gn 11,1-9).

¿Se capta la idea y perversidad del plan divino? Para que luego nos digan los creyentes que quien trajo el mal al mundo fue Satanás.

Lo de Babel, y sus presuntas consecuencias universales, no debió de ser una rabieta divina casual. No. Dios, con su sabiduría infinita, debió de darse cuenta de que si no lograba frustrar ese primer intento de conformar una humanidad unida y solidaria, jamás podría mostrar al mundo su majestuoso poder —no en vano será aclamado como «Señor de los ejércitos»— masacrando a cuantos, personas o naciones enteras, se le antojase. Y, peor todavía, sin poder manifestar tal poder divino, la Biblia hubiese acabado siendo una especie de cuento tan aburrido como La casa de la pradera. Sin Babel, además, la gente viajada tampoco sabría inglés. Un drama.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: divide y vencerás; nada más sencillo, nada más trágico.

DIOS OBLIGÓ A CONVERTIRSE EN MUY MALOS A LOS «MALOS» PARA PODER LUCIRSE ANTE SU GENTE: LA VERDAD SOBRE UN POBRE FARAÓN Y SU PUEBLO A LOS QUE DIOS MASACRÓ CON PLAGAS Y ASESINATOS PARA HACERSE «FAMOSO»

Todo el mundo conoce la famosa historia de Moisés y el faraón de Egipto, un tipo presentado como un malvado donde los hubiere, que se negó pertinazmente a liberar al pueblo hebreo, obligando a Dios a mandarle diez terribles plagas que asolaron el país del Nilo.

Pero la historia que siempre ha estado escrita en el Libro del Éxodo es radicalmente distinta a la que ha sido comúnmente contada y acatada. En síntesis: si el faraón se obstinó en no dejar salir de su tierra a los hebreos, no fue por maldad o por estulticia del monarca, sino porque el mismísimo Dios, actuando como maestro de la intriga, le obligó a actuar torticadamente, incluso en contra de sus intereses y los de su pueblo, a fin de poder presumir de su poder ante su pueblo elegido.

En este drama bíblico hay una figura radicalmente malvada, pero no es el faraón... tal como lo confirma, nada menos, la inspirada palabra del dios que protagonizó estos hechos y que se los atribuye en primera persona.

Veamos qué sucedió cuando Dios le dijo a Moisés que debía irse a Egipto y pedirle al faraón que liberase al pueblo hebreo:

Moisés dijo a Yavé: «Mira, Señor, que yo nunca he tenido facilidad para hablar, y no me ha ido mejor desde que hablas a tu servidor: mi boca y mi lengua no me obedecen». Le respondió Yavé: «¿Quién ha dado la boca al hombre? ¿Quién hace que uno hable y otro no? ¿Quién hace que uno vea y que el otro sea ciego o sordo? ¿No soy yo, Yavé? Anda ya, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar» (Ex 4,10-13).

Tomó Moisés a su esposa y a sus hijos. Los hizo montar en un burro y partió para Egipto, llevando en la mano el bastón divino [con el que Dios le había enseñado a hacer prodigios]. Yavé le dijo, asimismo: «Cuando regreses a Egipto, harás delante de Faraón todos los prodigios para los cuales te he dado poder. Pero yo haré que se ponga porfiado y no dejará partir a mi pueblo»¹⁴⁴ (Ex 4,20-21).

¹⁴³ La palabra hebrea babel significa «confusión».

Queda clarísimo que es Dios quien, por mor de sus intereses personales, provocará que el faraón se empiece en no dejar salir a los hebreos de su territorio. Esta afirmación divina se repetirá y ratificará dieciséis veces a lo largo del texto de esta historia.¹⁴⁵

Después de eso Moisés y Aarón fueron a decir a Faraón: «Así dice Yavé, el Dios de Israel: "Deja que mi pueblo salga al desierto para celebrar mi fiesta". Respondió Faraón: "¿Quién es Yavé para que yo le haga caso y deje salir a Israel? No conozco a Yavé y no dejaré salir a Israel"» (Ex 5,1-2).

La reacción del faraón se completó ordenando incrementar el esfuerzo que debían hacer los hebreos que trabajaban fabricando ladrillos de adobe. «Denles más trabajo y que no flojeen, y ya no se prestarán para estas tonterías»¹⁴⁶ (Ex 5,9).

Se volvió entonces Moisés hacia Yavé y dijo: «Señor mío, ¿por qué maltratas a tu pueblo?, ¿por qué me has enviado? Pues desde que fui donde Faraón y le hablé en tu nombre, está maltratando a tu pueblo, y Tú no haces nada para librarlo» (Ex 5,22-23).

Moisés, que tenía problemas de habla, pero no era tonto, se dio cuenta inmediatamente de que el juego que se traía Dios, poniendo «porfiado» al faraón, le iba a costar mucho dolor a los hebreos. Pero Dios estaba a lo que estaba, a lo suyo, y...

Yavé respondió a Moisés: «Ahora verás lo que voy a hacer con Faraón. Yo seré más fuerte que él, y no sólo los dejará partir, sino que él mismo los echará de su tierra»¹⁴⁷ (Ex 6,1). **[¿Era necesario que Dios fardase de ser más fuerte que un mortal, aunque fuese faraón? ¡Varón, al fin y al cabo!]**

Yavé dijo a Moisés: «Mira lo que hago: vas a ser como un dios para Faraón, y Aarón, tu hermano, será tu profeta. Tú le dirás todo lo que yo te mande y Aarón, tu hermano, hablará a Faraón para que deje salir de su país a los hijos de Israel. Sin embargo, haré que se mantenga en su negativa y, por más que yo multiplique mis prodigios y milagros a costa de Egipto, él no te hará caso. Yo, entonces, sacaré a mi pueblo del país de Egipto, a fuerza de golpes y de grandes intervenciones. Así entenderán los egipcios que yo soy Yavé, cuando vean los golpes que les daré para sacar de su país a los hijos de Israel» (Ex 7,1-5).

El relato de las batallitas de machitos inmaduros —aunque «Moisés tenía ochenta años y Aarón, ochenta y tres»— que sigue a esta afirmación divina es muy extenso y consultable en cualquier Biblia, por lo que aquí sólo reproduciremos algunos versículos que son fundamentales para seguir la historia y comprender el modo de proceder de Dios.

Yavé advirtió a Moisés y a Aarón: «Si Faraón les pide algún signo o milagro, tú dirás a Aarón que tome su bastón y lo lance delante de Faraón, y se cambiará en serpiente (...». Faraón entonces llamó a sus sabios y brujos, los cuales hicieron algo semejante con sus fórmulas secretas; arrojando todos ellos sus bastones, también se convirtieron en

¹⁴⁴ En otras versiones, como en la Biblia de Jerusalén o la Torá se habla de «endurecer el corazón» del faraón: «Y dijo Yahveh a Moisés: "Cuando vuelvas a Egipto, harás delante de Faraón todos los prodigios que yo he puesto en tu mano; yo, por mi parte, endureceré su corazón, y no dejará salir al pueblo"».

¹⁴⁵ Concretamente en Ex 4,20-21; Ex 7,3-4; Ex 7,13; Ex 7,22; Ex 8,11; Ex 8,15; Ex 8,28; Ex 9,12; Ex 9,35; Ex 10,1; Ex 10,20; Ex 11,1; Ex 11,9-10; Ex 14,4; Ex 14,8; y Ex 14,17.

¹⁴⁶ Otras versiones, como la Biblia de Jerusalén o la Torá traducen: «Abrumadlos de trabajo para que estén ocupados y no hagan caso de palabras mentirosas».

¹⁴⁷ Otras versiones, como la Nácar-Colunga, traducen: «Yahvé dijo a Moisés: "Ahora verás lo que voy a hacer al faraón. Con mano fuerte los dejará ir, con mano fuerte los echará él mismo de su tierra"».

serpientes; pero el bastón de Aarón devoró a los de ellos. Eso no obstante, Faraón se puso más duro y no escuchó a Moisés y a Aarón, como Yavé le había predicho.

Yavé dijo a Moisés: «Faraón porfiaba en negarse a que salga el pueblo. Ve a encontrarlo en la mañana, a la hora en que vaya a bañarse. Lo esperarás a la orilla del río, llevando en tu mano el bastón que se convirtió en serpiente. Le dirás esto: "Yavé, el Dios de los hebreos, me ha mandado decirte que dejes salir a su pueblo (...) En esto conocerás que yo soy Yavé: voy a golpear el Nilo con mi bastón y las aguas se convertirán en sangre. Los peces morirán, el río apestará y los egipcios tendrán asco de beber sus aguas"» (...)

Aarón [el encargado de ejecutar buena parte de los trabajillos que Dios le ordena a Moisés] levantó su bastón y golpeó las aguas en presencia de Faraón y de su gente, y todas las aguas del Nilo se convirtieron en sangre (...) Los brujos egipcios hicieron cosas semejantes con sus fórmulas secretas y Faraón se puso más porfiado todavía. Como Yavé lo había dicho, se negó a escuchar a Moisés y Aarón. Faraón volvió a su casa como si no hubiera ocurrido nada importante. Pero, mientras tanto, los egipcios tuvieron que cavar pozos en los alrededores del río en busca de agua potable, porque no podían beber del río.

Cuando ya habían transcurrido siete días después de que Yavé golpeó el río, Yavé dijo a Moisés: «Preséntate a Faraón y dile de parte de Yavé: "Deja salir a mi pueblo para que me rinda culto. Si te niegas a dejarlos salir, castigaré a tu país con plaga de ranas. El río pululará de ranas, que subirán y penetrarán en tu casa, en tu dormitorio, en tu cama, en la casa de tus servidores y de tu pueblo, en tus hornos y en tus provisiones. Las ranas subirán contra ti, contra tu pueblo y contra todos tus servidores"» (Ex 7:8-29).

Yavé dijo a Moisés: «Dile a Aarón que extienda el bastón que tiene en su mano hacia los ríos, los esteros y las lagunas de Egipto, para que salgan ranas por todo el país de Egipto» (...) Los brujos de Egipto hicieron lo mismo, y también hicieron salir ranas por todo Egipto [y ya van tres empates; parece que los brujos del faraón y Dios se sabían los mismos trucos]. Entonces llamó Faraón a Moisés y a Aarón y les dijo: «Pidan a Yavé que aleje de mí y de mi país estas ranas, y yo dejaré que su pueblo salga para ofrecer sacrificios a Yavé». (...)

Moisés llamó a Yavé por el asunto de las ranas, ya que se había comprometido con Faraón, y Yavé cumplió la promesa de Moisés: todas las ranas salieron de las casas, de las granjas y de los campos, y murieron [pobres bichos ¿y qué culpa tenían ellas de tanta insensatez humana?]. Las juntaron en inmensos montones, quedando el país apestado de mal olor. Faraón, sin embargo, al ver que se le daba alivio, se puso más porfiado; no quiso escuchar a Moisés y a Aarón, tal como Yavé les había dicho.

Nuevamente habló Yavé a Moisés: «Di a Aarón que golpee con su bastón el polvo de la tierra, y saldrán mosquitos por todo el país». Así lo hizo Aarón; golpeó el polvo de la tierra, que se volvió mosquitos, persiguiendo a hombres y animales. Todo el polvo de la tierra se volvió mosquitos por todo el país de Egipto.

Los brujos de Egipto intervinieron también esta vez, y trataron de echar fuera a los mosquitos por medio de sus fórmulas secretas, pero no lo pudieron, de manera que los mosquitos siguieron persiguiendo a hombres y animales. Entonces los brujos dijeron a Faraón: «Aquí está el dedo de Dios» [y los brujos, que hasta pudieron competir con Dios creando y controlando ranas, perdieron aquí la mano con los mosquitos, y ya no levantarán cabeza]. Pero Faraón se puso más porfiado y no quiso hacerles caso, tal como Yavé lo había dicho anteriormente.

De nuevo Yavé dijo a Moisés: «Levántate temprano, preséntate a Faraón cuando vaya al río, y dile: "Esto dice Yavé: 'Deja salir a mi pueblo para que me ofrezca sacrificios. Si tú no lo envías, enviaré yo tábanos contra ti, tus servidores y tu pueblo; e invadirán las habitaciones de los egipcios y todos los lugares donde viven. Pondré a salvo, sin

embargo, la región de Gosén, porque mi pueblo vive en ella; allí no habrá tábanos, a fin de que entiendas que yo, Yavé, estoy en aquella tierra»». (...) Pero Faraón se puso porfiado una vez más y se negó a que Israel saliera de su país (Ex 8,1-28).

Yavé dijo a Moisés: «Anda donde Faraón y dile: "Esto dice Yavé, el Dios de los hebreos: 'Deja salir a mi pueblo para que me rinda culto. Si te niegas otra vez y te pones duro con ellos, volveré mi mano contra los animales de tus campos, de manera que habrá una mortandad tremenda de los caballos, de los burros, de los camellos, de las vacas y ovejas. También haré distinción entre el ganado de los egipcios y el de mi pueblo, de manera que no se perderá nada de lo que pertenece a los hijos de Israel'"» (...)

Tomaron, pues, cenizas de un horno, se presentaron a Faraón, y Moisés las lanzó hacia el cielo. Luego aparecieron úlceras y tumores infecciosos en hombres y animales. Esta vez los brujos no pudieron presentarse delante de Faraón, pues tenían úlceras, como todos los demás egipcios. Pero Yavé mantuvo a Faraón en su ceguera, y éste no quiso escuchar a Moisés y a Aarón, tal como él lo había advertido (Ex 9,1-12).

Yavé, pues, dijo a Moisés: «Extiende tu mano hacia el cielo, para que caiga el granizo en toda la tierra de Egipto sobre hombres, ganados y sembrados». Así lo hizo Moisés. Extendió su bastón hacia el cielo, y Yavé mandó truenos y granizos, e hizo caer fuego sobre la tierra. Yavé hizo llover granizos sobre el país de Egipto. Caía el granizo y, junto a él, caía fuego; cayó tan fuerte como jamás se había visto desde que se fundó aquel país. El granizo dañó todo cuanto había en el campo, en todo el país de Egipto, desde los hombres hasta los animales; el granizo echó a perder todas las verduras del campo y aun quebró todos los árboles del campo. Pero no hubo granizada en la tierra de Gosén, donde habitaban los israelitas.

Por fin, Faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón y les dijo: «¡Ahora sí que tengo la culpa! Yavé es el justo; yo y mi pueblo somos los culpables. Pidan a Yavé que cesen esos truenos tremendos y esa granizada, y ya no los detendré, sino que les dejaré que se vayan». (...) En cuanto Moisés entró en la ciudad, volviendo de la casa de Faraón, alzó sus brazos hacia Yavé; y cesaron los truenos y el granizo y no cayó más lluvia sobre la tierra. Pero, al ver Faraón que habían cesado la lluvia y el granizo, volvió a pecar, pues siguió negándose a que salieran los hijos de Israel, tal como Yavé lo había dicho (Ex 9,22-35).

Yavé dijo a Moisés: «Ve donde Faraón, porque he endurecido su corazón y el de sus ministros con el fin de realizar mis prodigios en medio de ellos. Así podrás contar a tus hijos y a tus nietos cuántas veces he destrozado¹⁴⁸ a los egipcios y cuántos prodigios he obrado contra ellos; así conocerán ustedes que yo soy Yavé».

Moisés y Aarón fueron al palacio de Faraón, al que le dijeron: «Esto dice Yavé, Dios de los hebreos: "¿Hasta cuándo te negarás a humillarte ante mí? Deja que mi pueblo salga para ofrecerme sacrificios. En caso contrario, si te niegas a que salgan, mañana mandaré langostas a tu país. Cubrirán toda la superficie del país, de suerte que ya no se vea la tierra, y devorarán todo lo que a ustedes les queda, todo lo que no destrozó el granizo; y además roerán todos los árboles que tienen en el campo. Llenarán tu casa, las de tus ministros y las de todo tu pueblo (...)"». Dicho esto, volvió las espaldas y dejó a Faraón.

Los servidores de Faraón le dijeron: «¿Hasta cuándo va a ser nuestra ruina este hombre? Deja salir a esa gente para que ofrezca sacrificios a su Dios. ¿No te das cuenta cómo está arruinado el país?» (...)

¹⁴⁸ La palabra hebrea usada aquí es alál, una raíz que, entre otros, significa «excederse» en un sentido negativo (maltratar, ser riguroso con, causar dolor, imponer, abusar, burlar, escarnecer, etc.). La Biblia de Jerusalén o la Torá traducen el texto como: «Y para que puedas contar a tu hijo, y al hijo de tu hijo, cómo me divertí con Egipto y las señales que realicé entre ellos, y sepáis que yo soy Yahveh».

Al extender Moisés su bastón sobre el país de Egipto, Yavé hizo que un viento del oriente soplara todo aquel día y aquella noche. Al amanecer, el viento del oriente había traído la langosta (...) Ocultaron la luz del sol y cubrieron todas las tierras; devoraron toda la hierba del campo, y todos los frutos de los árboles que el granizo había dejado fueron devorados; no quedó nada verde en todo Egipto, ni de los árboles, ni de la hierba del campo (...) Pero Yavé hizo que Faraón continuara en su porfía y no dejara salir a Israel.

Yavé dijo a Moisés: «Extiende tu mano hacia el cielo y cubrirán las tinieblas el país de Egipto, tan densas que la gente caminará a tientas». Así lo hizo Moisés, y al instante densas tinieblas cubrieron Egipto por espacio de tres días. No podían verse unos a otros, ni nadie pudo moverse durante los tres días; pero había luz para los hijos de Israel en todos sus poblados (Ex 10,1-23).

Yavé dijo a Moisés: «No mandaré más que esta última plaga sobre Faraón y sobre su pueblo. Despues dejará que salgan, o más bien él mismo los echará fuera a todos ustedes. No olvides de decir a todo mi pueblo que cada uno pida a su amigo, y cada mujer a su vecina, objetos de oro y plata». Yavé hizo que los egipcios acogieran esta petición **[pues vaya Dios, primero masacra y arruina a los egipcios por mero capricho personal; luego les saca la pasta en forma de oro y plata forzándoles su voluntad tal como hizo con el faraón]** (...)

Moisés dijo: «Esto dice Yavé: "A media noche saldré a recorrer Egipto y en Egipto morirán todos los primogénitos, desde el primogénito de Faraón que se sienta en el trono, hasta el de la esclava que mueve la piedra del molino, y todos los primeros nacidos de los animales. Y se escuchará un clamor tan grande en todo Egipto como nunca lo hubo ni lo habrá jamás. Pero entre los hijos de Israel, ni siquiera un perro llorará por la muerte de un hombre o por la muerte de animales, y ustedes sabrán que Yavé hace distinción entre egipcios e israelitas"» (...)

Yavé dijo a Moisés: «A ustedes no los escuchará Faraón, y gracias a esto serán todavía mayores mis prodigios en la tierra de Egipto». Pues, mientras Moisés y Aarón obraban todos estos prodigios delante de Faraón, Yavé lo mantenía en su negativa, y seguía negándose a que Israel saliera de su país (Ex 11,1-10).

Sucedió que, a media noche, Yavé hirió de muerte a todo primogénito del país de Egipto, desde el primogénito de Faraón que está sentado en el trono, hasta el del preso que está en la cárcel, y a todos los primeros nacidos de los animales. Faraón se levantó de noche, y con él toda su gente y todos los egipcios. Se oyó un clamor grande por todo Egipto, pues no había casa donde no hubiera algún muerto. Aquella misma noche Faraón llamó a Moisés y Aarón y les dijo: «Levántense y salgan de este pueblo, ustedes y los hijos de Israel (...»).

Los hijos de Israel partieron de Ramsés a Sucot en número de unos seiscientos mil hombres, sin contar a los niños. También salió con ellos un montón de gente, con grandes rebaños de ovejas y vacas **[por cierto, ¿qué es «gente»? Dios enumera a los hombres, dice que había niños y también "gente" ¿?]**¹⁴⁹ (...) La estadía de los israelitas en Egipto fue de cuatrocientos treinta años. Cuando se cumplieron estos cuatrocientos treinta años, ese mismo día, todos los ejércitos de Yavé salieron de Egipto (Ex 12,29-41).

¹⁴⁹ El sentido, si es que tiene alguno, lo adivinamos en otras muchas versiones bíblicas diferentes, como la Nácar-Colunga, que habla de «una gran muchedumbre de toda suerte de gentes», o la Santa Biblia Nueva Versión Internacional, que lo traduce por «gente de toda laya». Pero al igual que sucede en otros muchos pasajes, las diferentes traducciones bíblicas no se ponen nada de acuerdo en el tipo de ganado que se llevaron... pero bueno, no pasa nada, seguro que Dios le dictó a sus amanuenses algo referido al ganado y no debe de ser pecado que los muchos traductores de lo mismo se tomen licencias artísticas.

Si uno quiere perderse en especulaciones absurdas, podría preguntarse, por ejemplo, si la obstinación suicida que Dios forzó en el faraón no fue más que un capricho del Señor para retrasar la marcha de su pueblo hasta el día de ese peculiar cumpleaños, en el que les regaló la libertad; cuatrocientos treinta años, nada menos... $4+3=7$, siete, un número de mayúscula enjundia simbólica con el que cualquier conspiranoico de pro podría hacer un libro tipo El Código Egipcio... Pero sigamos:

Cuando Faraón despidió al pueblo, Dios no lo llevó por el camino del país de los filisteos, que era más corto. Pues Dios pensaba: «Si hay que combatir, tal vez el pueblo se asuste y vuelva a Egipto». Por eso los llevó rodeando por el camino del desierto hacia el Mar Rojo. Todo el pueblo salió de Egipto bien ordenado. [Vaya, así que Dios, que había mangoneado pasado, presente y futuro, no tenía claro si habría que combatir o no; y pensaba que su pueblo podría asustarse a pesar de que, tal como veremos, Dios en persona encabezaba la columna de hebreos condenada por el Altísimo a vagar cuarenta años por el desierto como auténticos pardillos.] (...)

Partieron de Sucot y acamparon en Etam, que está en la proximidad del desierto. Yavé iba delante de ellos señalándoles el camino: de día iba en una columna de nube; de noche, en una columna de fuego, iluminándolos para que anduvieran de noche como de día. La columna de nube no se apartaba de ellos durante el día, ni la columna de fuego de noche (Ex 13,17-22).

Yavé dijo a Moisés: «Ordena a los hijos de Israel que cambien de rumbo y acampen frente a Pi-Hajirot, que está entre Migdal y el mar, delante de Baal-Sefón. Al llegar a este lugar levantarán el campamento junto al mar. Así pues, Faraón pensará que los hijos de Israel andan errantes en el país y que no pueden atravesar el desierto. Yo, entonces, haré que se ponga duro y los persiga a ustedes; y luego, me haré famoso¹⁵⁰ a costa de Faraón y de todo su ejército, y sabrá Egipto que yo soy Yavé [por decimocuarta vez en el relato, Dios forzó al faraón a comportarse como el más necio de los malvados (o viceversa), para poder lucirse ante los suyos]. Ellos lo hicieron así.

Anunciaron al rey de Egipto que el pueblo de Israel se había marchado. De repente, Faraón y su gente cambiaron de parecer respecto al pueblo. Dijeron: «¿Qué hemos hecho? Dejamos que se fueran los israelitas, y ya no estarán para servirnos». Faraón hizo preparar su carro y llevó consigo su gente. Tomó seiscientos carros escogidos, ¡todos los carros de Egipto!,¹⁵¹ cada uno con sus guerreros. Yavé había endurecido el corazón del rey y, mientras los israelitas se marchaban seguros, él los persiguió.

Los egipcios, es decir, todos los carros, los caballos, los jinetes y el ejército de Faraón, se lanzaron en su persecución y les dieron alcance mientras acampaban junto al mar, cerca de Pi-Hajirot, frente a Baal-Sefón. Al aproximarse Faraón, los israelitas pudieron ver que los egipcios los estaban persiguiendo. Sintieron mucho miedo y clamaron a Yavé (...)

Yavé dijo a Moisés: «¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Luego levanta tu bastón, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen en seco por medio del mar. Yo, mientras tanto, endureceré el

¹⁵⁰ La palabra hebrea usada aquí es kabéd, una raíz que entre sus significados tiene los siguientes: «distinguido, estimar, gloria, glorificar, glorioso, honor, honorable, honra, honrado, honrar, ilustre, insigne, jactarse, noble, renombrado, venerar», etc.

¹⁵¹ Muy mal andaría Egipto de estrategas para pensar que podrían vencer y retener con sólo seiscientos carros de guerra, por muy escogidos que fuesen, a esos «seiscientos mil hombres» (y demás «gente», claro), ya que los egipcios sabían, por haberlo sufrido en propia carne, que los hebreos contaban con la ayuda de un dios que no se andaba con chiquitas a la hora de masacrarr al enemigo. Es ofensivo tomar por idiota a un faraón y a su pueblo, pero también lo es tomar por mentecatos a los lectores de la Biblia.

corazón de los egipcios para que salgan en persecución de ustedes [resulta kafkiano; Dios juega a dos bandas, hace trampas, perjudicando a su pueblo y destruyendo a quienes mejor sirven a sus intereses, que son los egipcios], y me haré famoso a costa de Faraón y de todo su ejército, de sus carros y de su caballería. Entonces Egipto conocerá que yo soy Yavé.

El Ángel de Dios que iba delante de los israelitas pasó detrás de ellos; también la nube en forma de columna vino a colocarse detrás, poniéndose entre el campo de los israelitas y el de los egipcios. Esta nube era para unos tinieblas y para otros iluminaba la noche; y no se acercaron los unos a los otros durante la noche.

Moisés extendió su mano sobre el mar y Yavé hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del oriente que secó el mar. Se dividieron las aguas. Los israelitas pasaron en seco, por medio del mar; las aguas les hacían de murallas a izquierda y a derecha.

Los egipcios se lanzaron a perseguirlos, y todo el ejército de Faraón entró en medio del mar con sus carros y caballos. Llegada la madrugada, Yavé miró a los egipcios desde el fuego y la nube, y provocó el desorden en el ejército de Faraón. Atascó las ruedas de sus carros, que no podían avanzar sino con gran dificultad [y luego dicen que Dios es justo]. Entonces los egipcios dijeron: «Huyamos de Israel, porque Yavé pelea con ellos contra nosotros». [Esos egipcios eran unos linceos, ¿dónde estaban y en qué pensaban cuando Yavé les machacó a base de plagas? Algo tarde, aunque por fin se enteraron de qué iba la cosa.] Pero Yavé dijo a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y las aguas volverán sobre los egipcios, sus carros y sus caballos (...). Al amanecer, el mar volvió a su lugar. Mientras los egipcios trataban de huir, Yavé arrojó a los egipcios en el mar. Las aguas al volver cubrieron los carros, los caballos y su gente, o sea, todo el ejército de Faraón que había entrado en el mar persiguiéndolos: no se escapó ni uno solo» (Ex 14,1-28).

¿Hace falta añadir algo más? ¿No está suficientemente claro el glorioso ejemplo de conducta que dejó Dios al mundo?

El dios bíblico forzó la voluntad del faraón para convertirle en el instrumento básico de su egocéntrica campaña de relaciones públicas.

Nada le importó a Dios que su manipulación de la voluntad del faraón, para que obrase según convenía a sus prosaicos intereses, conllevara el sufrimiento y la ruina del pueblo egipcio, la muerte de todos sus hijos primogénitos y, en la traca final, el asesinato a traición —merced a la alevosa e insuperable intervención divina —del faraón y su ejército.¹⁵²

Todos los muertos de esta historia eran inocentes; todos los «malos» eran buenos... pero Dios no se fija en esas minucias. El dios bíblico deseaba sufrimiento y muertes para, según dejó dicho él mismo, ser famoso; «me haré famoso a costa de Faraón y de todo su ejército» (Ex 14,4), afirmó sin pudor ninguno.

Hoy, la caterva de sujetos que son capaces de cualquier cosa ante una cámara de televisión a fin de adquirir notoriedad y, de resultas, vivir como dios, se pondrán a aplaudir con las orejas de puro contentos al conocer que, en el segundo libro de

¹⁵² Este proceder de Dios es muy común en la Biblia y lo encontramos también reconocido, por ejemplo, en Josué: «De ese modo se apoderó Josué de todo el país: de la montaña, de todo el Negueb, de la región de Gosén, de la planicie, de la Arabá, de la montaña de Israel y de sus llanuras, desde el cerro pelado que se ve al lado de Seir hasta Baal Gad en el valle del Líbano al pie del Hermón. Capturó a todos los reyes, y les dio muerte. Durante largos días Josué luchó contra todos esos reyes: ninguna de esas ciudades hizo la paz con los israelitas» (Jos 11,16-19). La razón para que no hiciesen la paz fue que a Dios no le daba la gana evitar muertes, sino todo lo contrario: «Yavé les dio ánimo a todos [los pueblos antes citados] para que hicieran la guerra a Israel, con el fin de que fueran consagrados en anatema y destruidos sin misericordia como Yavé se lo había ordenado a Moisés» (Jos 11,20). Así de sanguinario era Dios.

la Biblia, el mismísimo Dios instauró y bendijo la base universal de sus lamentables conductas.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: todo vale, sin límites éticos ni legales, cuando se maniobra con la intención de saltar a la fama.

Epílogo de esta historia: así le paga Dios a sus héroes...

Moisés fue, quizá, el hombre que mayores servicios le prestó a Dios —si tomamos por cierto lo que históricamente no lo fue, claro está—, a tal punto que No ha vuelto a surgir en Israel profeta semejante a Moisés. Con él, Yavé había tratado cara a cara. ¡Cuántos milagros y maravillas hizo en Egipto contra Faraón, contra su gente y todo su país! ¡Qué mano tan poderosa y qué autoridad para obrar estos prodigios a los ojos de todo Israel! (Dt 34,10-12).

Pero todo su brillante currículo de líder milagrero se fue al traste por un infantil choque de egos con Dios, y ya se sabe que donde hay patrón no manda marinero.

La cosa la dejó fijada la palabra divina en el libro titulado Números, que dice:

Moisés sacó la varilla que estaba ante Yavé tal como se le había ordenado. Luego Moisés y Aarón reunieron a la comunidad frente a la roca y Moisés dijo: «¡Oigan, pues, rebeldes! ¿Así que nosotros vamos a hacer brotar para ustedes agua de esta roca?». Moisés levantó su mano y golpeó dos veces la roca con su varilla. Entonces brotó agua en abundancia y tuvieron para beber la comunidad y su ganado.

Pero Yavé dijo a Moisés y Aarón: «¡Ustedes no han tenido confianza en mí! Ya que no me glorificaron ante los israelitas, no harán entrar a esta comunidad en la tierra que les daré» (Nm 20,9-12).

Dicen los expertos, ya que Dios no lo aclara bien del todo, que «Moisés fue castigado por hablar con rabia, por no decir que el milagro era de Yavé y por golpear la roca como si él tuviese el poder de hacer que diera agua».¹⁵³

Resulta curioso el afán de protagonismo de Dios. A Moisés, que debía de estar más que harto de su quejicoso pueblo, se le fue el santo al cielo y olvidó mencionar el copyright divino del milagro acuático —que ya me dirán ustedes quién podría tener dudas sobre la autoría tras tanto prodigo derivado de la epopeya egipcia—, y Dios, que estaba siempre al quite en los asuntos intrascendentes de los que podía sacar tajada, fama o causar pavor, aprovechó el lapsus de Moisés para darle un castigo ejemplar: ni él ni su generación podrían pisar la tierra prometida. Esto sí que es tener mala baba; dejarles a un palmo del paraíso tras pasar tribulaciones sin cuenta por el desierto siguiendo el camino más penoso posible al que les empujó Dios expresamente (Ex 13,17-18).

Moisés le rogó algo de compasión a Dios. Pero el Altísimo llevaba ya algunas décadas sin usar la misericordia y no creyó oportuno recuperar tamaña virtud cuando podía alcanzar más fama aplicando un castigo ejemplar.

«Déjame, por favor, pasar y ver esta espléndida tierra del otro lado del Jordán [le rogó Moisés a Dios], aquellos espléndidos cerros y también el Líbano.» Pero Yavé se había enojado conmigo [se supone que es Moisés quien escribe, pero es mucho suponer, ya que cuando se escribió el Deuteronomio este personaje épico ya llevaba unos siete siglos muerto] por culpa de ustedes y no me escuchó, antes bien me

¹⁵³ Cfr. Reader's Digest (1996). Quién es quién en la Biblia. Madrid: Reader's Digest Selecciones, p. 307. La versión de Reina-Valera de 1995 anota el versículo de Nm 20,12 afirmando que «los textos del AT explican de distintas maneras los motivos de esta decisión divina. La mayoría de las veces se dice que Moisés no pudo entrar en la Tierra prometida por su solidaridad con el pueblo, que desde la salida de Egipto no había dejado de rebelarse contra Jehová, y no a causa de una falta personal (Dt 1.37; 3.26-27; 4.21; Sal 106.32). Otras veces, como en el caso presente, esa exclusión se atribuye a una desobediencia y falta de fe (Nm 27.12-14; Dt 32.51)».

dijo: «Basta ya, no me hables más de eso, pero sube a la cumbre del Pisga y desde allí mira al oeste y al norte, al sur y al oriente. Tú verás la tierra, pero no pasarás ese Jordán» (Dt 3,25-27).

La verás, pero no la catarás, vino a decirle Dios a su hombre mientras dejaba que llenase sus retinas con la imagen de una tierra prometida que no pisará; castigando así terriblemente un pe-cadillo de jactancia —¿quién no ha presumido de algún mérito ajeno ante sus amigotes?— mientras Dios Todopoderoso parecía olvidarse de la viga en el ojo propio.

Verbigracia: «Así podrás contar a tus hijos y a tus nietos [le dijo Dios a Moisés] cuántas veces he destrozado a los egipcios y cuántos prodigios he obrado contra ellos; así conocerán ustedes que yo soy Yavé» (Ex 10,2). «Yo, entonces, haré que se ponga duro y los persiga a ustedes; y luego, me haré famoso a costa de Faraón y de todo su ejército» (Ex 14,4).

Sin más comentarios.

BRIBONES EN GUERRA: DIOS DERROTÓ A LOS AMALECITAS PERMITIENDO QUE MOISÉS HICIESE TRAMPA CON SU BASTÓN MÁGICO

La Biblia muestra en mil ocasiones que Dios no gusta del juego limpio. En este relato permitió que Moisés, su hermano menor Aarón y Jur, su hombre de confianza, actuasen como auténticos tahúres del Misispí... aunque estuviesen en pleno desierto del Sinaí. Lo leemos en el Libro del Éxodo:

En Refidim los amalecitas vinieron a atacar a Israel. Moisés dijo a Josué: «Elígete algunos hombres y marcha a pelear contra los amalecitas. Yo, por mi parte, estaré mañana en lo alto de la loma, con el bastón de Dios en mi mano». Josué hizo como se lo ordenaba Moisés, y salió a pelear contra los amalecitas. Mientras tanto, Moisés, Aarón y Jur subieron a la cumbre de la loma. Y sucedió que mientras Moisés tenía las manos arriba, se imponía Israel, pero cuando las bajaba, se imponían los amalecitas.

Se le cansaron los brazos a Moisés; entonces tomaron una piedra y sentaron a Moisés sobre ella, mientras Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así, Moisés mantuvo sus brazos alzados hasta la puesta del sol y Josué hizo una enorme matanza entre la gente de Amalec.

Entonces Yavé dijo a Moisés: «Escribe todo esto en un libro para que sirva de recuerdo, y dile a Josué que yo no dejaré ni el recuerdo de Amalec¹⁵⁴ debajo de los cielos» (Ex 17,8-14).

¡Bravo por Dios! Le dio al jefe de su pueblo elegido un bastón hacedor de prodigios, que permitía ganar al enemigo mientras se sostuviese en alto, pero el gran Moisés no andaba bien de forma y se le caían los brazos, y con ellos la ventaja tramposa que tenían contra los amalecitas. Como, al parecer, los guerreros israelitas no lograban ganar ni con el adminículo de Dios alzado, en medio de esa especie de mascarada vudú —ahora levanto el palo y ganan los míos, ahora lo bajo y ganan los tuyos— los tramposos se superaron a sí mismos y entre Aarón y Jur

¹⁵⁴ Amalec, hijo de Elifaz y nieto de Esaú (Gn 36,12-16), fue el padre de los amalecitas, un pueblo que se ganó el odio perpetuo de Dios al atacar a los hebreos en Refidim; tras esa batalla, que perdieron, Dios declaró que debían ser destruidos hasta su fin. «Esto dice Yavé de los ejércitos: "Quiero castigar a Amalec por lo que hizo a Israel cuando subía de vuelta de Egipto: le cerró el camino. Anda pues [le indicó a Saúl] a castigar a Amalec y lanza el anatema sobre todo lo que le pertenece. No tendrás piedad de él, darás muerte a los hombres, a las mujeres, a los niños, a los bueyes y corderos, a los camellos y burros"» (1 Sm 15,2-3).

sostuvieron los brazos de Moisés en alto hasta que la batalla acabó (tarde) en masacre de los pobres amalecitas, que ni se olieron la razón por la que perdían por goleada. ¿Dónde estaba el fair play que cabe suponerle a un pueblo de Dios?

Pero ¿y Dios? ¿Por qué premió la vagancia y desidia de Moisés con la victoria? ¿Es éste el ejemplo que quería dejarle a los buenos cristianos del futuro (que, entonces, ni había ni se les esperaba)? ¿Qué puede replicarle un padre cristiano de hoy a un hijo que, según el ejemplo de Moisés, acuda a enfrentarse a un examen con el bolsillo lleno de chuletas y respaldado por un par de trampagos como él?

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: ser tramposo no es un problema si se logra lo que se desea (lo que desea Dios, por supuesto)... y nadie te pesca.

DIOS SE APOSTÓ LA FIDELIDAD DE JOB CON UNO DE SUS ÁNGELES... UN JUEGO POR EL QUE MATÓ A MUCHOS INOCENTES Y ARRUINÓ Y TORTURÓ A TAN SANTO Y PACIENTE VARÓN

La paciencia con la que Job soportó las desgracias a las que fue sometido es otro de los relatos bíblicos que todos conocen. Pero la historia que nos han contado y recordamos no es exactamente la que figura en la Biblia.

Aunque es cierto —según cuenta la palabra divina, claro— que Satán¹⁵⁵ puso a prueba la fidelidad de Job hacia Dios, es verdad más importante el recordar que al santo Job se le torturó con saña a causa de la chulería con que se mostró Dios ante su ángel «acusador» —y mal identificado como Satán— y sólo a partir de la instigación y concesión de poderes del primero al segundo para que dañara a Job. Dios cruzó una apuesta con su ángel «acusador» (Satán) para comprobar la resistencia de Job y le dio cartas y poder para jugar esa partida. De resultas, murieron muchos inocentes a causa de la intervención directa de Dios para preparar el escenario de la apuesta, mientras que Job sufrió el dolor de sus carnes llagadas por acción del ángel de Dios en funciones de «acusador». Así pues, ¿quién se comportó peor, Dios o su ángel «acusador»?

El Libro de Job nos lo cuenta así:

Había en el país de Us un hombre llamado Job; era un varón perfecto que temía a Dios y se alejaba del mal. Tuvo siete hijos y tres hijas. Tenía muchos servidores y poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas burras. Este hombre era el más famoso entre todos los hijos de oriente. Sus hijos acostumbraban a celebrar banquetes por turno, en casa de cada uno de ellos, e invitaban también a sus tres hermanas a comer y beber con ellos. Una vez terminados los días de esos banquetes, Job los mandaba a llamar para purificarlos; se levantaba muy temprano y

¹⁵⁵ En realidad, la palabra hebrea satán sólo significa «adversario, oponente o acusador», y en el Antiguo Testamento no representa lo que llegará a significar en el Nuevo Testamento, ya que los antiguos israelitas no creían en una fuerza del mal absoluta y sobrenatural, personificada en un ser enfrentado a Dios. En diversos versículos se usó el término satán para designar a adversarios humanos de, por ejemplo, David (1 Sm 29,4) o Salomón (1 Re 5,18); mientras que en el ámbito de lo celestial apareció el concepto en relación con un ángel de Dios enviado a obstaculizar al profeta Balam, contratado por Moab para lanzar una maldición sobre Israel, siendo, pues, un mero «adversario» (Nm 22,22), no un «demonio». El término satán, en historias como la de Zorobabel, designó el rol de acusador en juicios ante Dios (Zac 3,1), un papel que desempeñará igualmente el ángel-satán que aparece en la historia de Job, actuando como un simple fiscal que acusa y pide pruebas (castigos) ¡que sólo puede otorgar quien es juez, esto es, Dios!

ofrecía sacrificios por cada uno de ellos, pues decía: «Puede que mis hijos hayan pecado y ofendido a Dios en su corazón». Así hacía Job.

Un día, cuando los hijos de Dios [esto es, los ángeles] vinieron a presentarse ante Yavé, apareció también entre ellos Satán [otro ángel, aunque éste adscrito al papel de «acusador» o fiscal ante Dios]. Yavé dijo a Satán: «¿De dónde vienes?». Satán respondió: «Vengo de la tierra, donde anduve dando mis vueltas». Yavé dijo a Satán: «¿No te has fijado en mi servidor Job? No hay nadie como él en la tierra. Es un hombre bueno y honrado, que teme a Dios y se aparta del mal».

Satán respondió: «¿Acaso Job teme a Dios sin interés? ¿No lo has rodeado de un cerco de protección a él, a su familia y a todo cuanto tiene? Has bendecido el trabajo de sus manos y sus rebaños hormiguean por el país. Pero extiende tu mano y toca sus pertenencias. Verás si no te maldice en tu propia cara».

Entonces dijo Yavé a Satán: «Te doy poder sobre todo cuanto tiene, pero a él no lo toques. Y Satán se retiró de la presencia de Yavé» (Job 1,1-12).

Los versículos siguientes son un torrente de desgracias sin fin para el pobre Job...

Vino un mensajero y le dijo a Job: «Tus bueyes estaban arando y las burras pastando cerca de ellos. De repente aparecieron los sábeos y se los llevaron y a los servidores los pasaron a cuchillo» (...) llegó otro que dijo: «Cayó del cielo fuego de Dios y quemó completamente a las ovejas y sus pastores» (...) entró un tercero, diciendo: «Los caldeos, divididos en tres grupos, se lanzaron sobre tus camellos, se los llevaron, dieron muerte a espada a tus mozos» (...) un último lo interrumpió, diciendo: «Tus hijos e hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa del mayor de ellos. De repente sopló un fuerte viento del desierto y sacudió las cuatro esquinas de la casa; ésta se derrumbó sobre los jóvenes y han muerto todos (...)».

Entonces Job se levantó y rasgó su manto. Luego, se cortó el pelo al rape, se tiró al suelo y, echado en tierra, empezó a decir: «Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá volveré. Yavé me lo dio, Yavé me lo ha quitado, ¡que su nombre sea bendito!». En todo esto no pecó Job ni dijo nada insensato en contra de Dios (Job 1,14-22).

El juego entre Dios y su ángel «acusador» (Satán) andaba 1 a 0 a favor del primero, pero el objeto de la apuesta, Job, todavía podía ser peor tratado con tal de dirimir esa disputa de machitos celestiales.

Otro día en que vinieron los hijos de Dios a presentarse ante Yavé, se presentó también con ellos Satán. Yavé dijo a Satán: «¿De dónde vienes?». Satán respondió: «De recorrer la tierra y pasearme por ella». Yavé dijo a Satán: «¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra; es un hombre bueno y honrado que teme a Dios y se aparta del mal. Aún sigue firme en su perfección y en vano me has incitado contra él para arruinarlo» [esta frase es fundamental, ya que Dios reconoce que él personalmente ha destrozado la vida de Job y matado a sus empleados y a sus hijos según le pidió su ángel «acusador»]¹⁵⁶

Respondió Satán: «Piel por piel. Todo lo que el hombre posee lo da por su vida. Pero extiende tu mano y toca sus huesos y su carne; verás si no te maldice en tu propia cara». Yavé dijo: «Ahí lo tienes en tus manos, pero respeta su vida». Salió Satán de la presencia de Yavé e hirió a Job con una llaga incurable desde la punta de los pies hasta la coronilla de la cabeza [aquí, al parecer, ya no es Dios, sino su ángel, quien tortura directamente al pobre desgraciado].

¹⁵⁶ En otras traducciones, el párrafo es todavía más claro. Por ejemplo: «A pesar de todo, persevera en su integridad; y eso que me has incitado para que lo destruya sin motivo» (Biblia de Jerusalén); o «y que aún persevera en su perfección a pesar de que me incitaste contra él para que sin razón lo arruinara» (Nácar-Colunga); o «y que aún retiene su perfección, habiéndome tú incitado contra él, para que lo arruinara sin causa» (Reina-Valera, revisión del año 2000); etc.

Job tomó entonces un pedazo de teja para rascarse y fue a sentarse en medio de las cenizas. Entonces su esposa le dijo: «¿Todavía perseveras en tu fe? ¡Maldice a Dios y muérete!». Pero él le dijo: «Hablas como una tonta cualquiera. Si aceptamos de Dios lo bueno, ¿por qué no aceptaremos también lo malo?». En todo esto no pecó Job con sus palabras.

Tres amigos de Job: Elifaz de Temán, Bildad de Suaj y Sofar de Naamat se enteraron de todas las desgracias que le habían ocurrido y vinieron cada uno de su país. Acordaron juntos ir a visitarlo y consolarlo (Job 2,1-11).

En los siguientes cuarenta capítulos se suceden varias tandas de diálogos de Job con sus tres amigos y, finalmente, con Dios, representando un drama de lo humano y lo divino que reviste cierta fuerza e interés por su fondo crítico... una virtud que le debe, sin duda alguna, a ser una historia ajena a los clásicos contenidos hebreos bíblicos, puesto que la narración fue plagiada de un relato sumerio y/o egipcio muy popular desde hacía más de un millar de años.¹⁵⁷

Y Job respondió a Yavé [que se había pasado cuatro capítulos recriminándole su arrogancia por intentar comprender asuntos no aptos para mortales]: «Reconozco que lo puedes todo, y que eres capaz de realizar todos tus proyectos. Hablé sin inteligencia de cosas que no conocía, de cosas extraordinarias, superiores a mí. Yo te conocía sólo de oídas; pero ahora te han visto mis ojos. Por esto, retiro mis palabras y hago penitencia sobre el polvo y la ceniza».

Yavé, después de hablarle así a Job, se dirigió a Elifaz de Temán: «Me siento muy enojado contra ti y contra tus dos amigos, porque no hablaron bien de mí, como lo hizo mi servidor Job. Por lo tanto, consíganse siete becerros y siete carneros y vayan a ver a mi servidor Job. Ofrecerán un sacrificio de holocaustos, mientras que mi servidor Job rogará por ustedes. Ustedes no han hablado bien de mí, como hizo mi servidor Job, pero los perdonaré en consideración a él». (...) Aquí termina la historia del santo Job.

Yavé hizo que la nueva situación de Job superara la anterior, porque había intercedido por sus amigos y aun Yavé aumentó al doble todos los bienes de Job. Éste vio volver a él a todos sus hermanos y hermanas, lo mismo que a los conocidos de antes. Comían con él en su casa, lo compadecían y consolaban por todos los males que Yavé le había mandado. Cada uno de ellos le regaló una moneda de plata y un anillo de oro.

Yavé hizo a Job más rico que antes. Tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil burras. Tuvo siete hijos y tres hijas (...) No se hallaban en el país mujeres tan bellas como las hijas de Job. Y su padre les dio parte de la herencia junto con sus hermanos. Job vivió todavía ciento cuarenta años después de sus pruebas, y vio a sus hijos y a sus nietos hasta la cuarta generación (Job 42,1-17).

Bien está lo que bien acaba, pero de nuevo merece la peor de las críticas esa actitud chulesca de Dios ante su ángel —al que todas las versiones bíblicas, para quitarle hierro a la responsabilidad divina por los daños causados, han hecho pasar, sin serlo, por Satán/Satanás, la personificación del mal absoluto—, presumiendo ostentosa e innecesariamente de la fidelidad a toda prueba de su siervo Job, y accediendo con gusto, presteza y crueldad a matar a los empleados, hijos y ganado del paciente Job con tal de ganar la apuesta cruzada con su ángel.

¹⁵⁷ En la cultura sumeria tenía gran tradición un género literario denominado balag o lamentación. Al protagonista del relato mesopotámico titulado El hombre y su Dios (traducido de una tablilla del siglo XVIII a. C.) se le denomina —con gran desvergüenza, ya que fue anterior y no posterior— «el Job sumerio». El texto egipcio Las protestas del campesino elocuente (siglo XXI a. C.) es un antecedente todavía más antiguo. La historia cananea de Keret es la de un hombre que perdió a su familia como Job. Y en varios textos extrabíblicos del Cercano Oriente antiguo figuraba ya el nombre de Job y parte de su historia.

En esta historia no intervino ningún demonio ni espíritu del mal. Todo el terrible daño infligido a Job, a su familia y colaboradores, y todas las violentas muertes de inocentes, fueron obra exclusiva de Dios y de su ángel por expresa voluntad del primero. Así lo asegura la propia palabra inspirada del Altísimo, aunque la de sus seguidores a lo largo de la historia le haya estado hurtando a esta narración la verdadera autoría del calvario por el que atravesó Job.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: la vida de un hombre, o la de muchos, no tiene la menor importancia cuando se trata de proclamar la preeminencia de la fe ciega sobre cualquier sentimiento o circunstancia humanitaria.

EPÍLOGO NEOTESTAMENTARIO SOBRE LA AFICIÓN DE DIOS A TORTURAR A QUIENES LE GUARDAN FIDELIDAD ABSOLUTA DE MODO BIEN EVIDENTE

Los relatos neotestamentarios, en algunos de sus episodios más notables, reprodujeron lo sustancial de situaciones ya incluidas en el Antiguo Testamento, aunque usando un lenguaje menos pueril y recargado, introduciendo una notable carga alegórica y, sobre todo, evitando recrearse en los detalles de残酷 (tan del agrado del dios veterotestamentario). El famoso episodio de las tentaciones de Jesús, por mucho significado místico que se le dé —y que sin duda puede tener—, entraña perfectamente con la historia veterotestamentaria de Job, destinada, como la de Jesús, a ensalzar la fidelidad a Dios ante la adversidad y la tentación.

El relato de Mateo situó a Jesús en el río Jordán recibiendo el bautismo de manos de Juan:

Una vez bautizado, Jesús salió del agua. En ese momento se abrieron los Cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que decía: «Éste es mi Hijo,¹⁵⁸ el Amado; éste es mi Elegido» (Mt 3, 16-17).

El Espíritu condujo a Jesús al desierto para que fuera tentado por el diablo,¹⁵⁹ y después de estar sin comer cuarenta días y cuarenta noches, al final sintió hambre.

¹⁵⁸ Resulta más que discutible que en un ámbito judío estrictamente monoteísta como el de Mateo se adjudicase al judío Jesús la categoría de «hijo de Dios» tal como se la entiende hoy (y se estableció como dogma en el concilio de Nicea del año 325, que le hizo homoousios, consustancial, con el Padre). Tal pretensión hubiese sido una blasfemia inimaginable para un judío fiel. La palabra griega usada aquí, uiños o hwee-os', y traducida como «hijo», se usaba muy extensamente para denominar tanto a crías de animales (como por ejemplo «potro») como a relaciones de parentesco que podían ser cercanas, lejanas o figuradas. Por este motivo, el Jesús de ese versículo debía ser tan hijo (pariente) de Dios como lo fue el rey David —y los monarcas que le sucedieron— a juzgar por lo afirmado en Salmos: «Voy a comunicar el decreto del Señor: Él me ha dicho: "Tú eres hijo mío, yo te he engendrado hoy"» (Sal 2,7), un parentesco divino, a todas luces simbólico, que se hace entroncar con la frase que Dios le dirigió a David por medio de Natán: «Seré para él un padre y él será para mí un hijo» (2 Sm 7,14).

¹⁵⁹ La palabra griega usada aquí, diábolos —relacionada con diabóllo, «calumniar, acusar»—, significa «calumniador», y reproduce el mismo significado (y permite la misma traducción interesadamente engañosa) ya visto para la palabra hebrea satán que significa «adversario, oponente o acusador»— usada para denominar al ser que torturó a Job y que las versiones bíblicas hacen pasar por «demonio» o «Satán» cuando en realidad se refiere a un ángel de Dios encargado de ejercer de fiscal o acusador de terceros ante el propio Dios y por deseo suyo (véase la nota a pie de página número 155). En todo caso, para que no haya error sobre la autoría del tormento a Jesús, se indica que fue el «Espíritu de Dios» quien le condujo expresamente hasta el desierto a fin de que ayunase cuarenta días y fuese tentado.

Entonces se le acercó el tentador y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan». Pero Jesús le respondió: «Dice la Escritura: "El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"».

Después el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso en la parte más alta de la muralla del Templo. Y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, pues la Escritura dice: "Dios dará ordenes a sus ángeles y te llevarán en sus manos para que tus pies no tropiecen en piedra alguna"». Jesús replicó: «Dice también la Escritura: "No tentarás al Señor tu Dios"».

A continuación lo llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todas las naciones del mundo con todas sus grandezas y maravillas. Y le dijo: «Te daré todo esto si te arrodillas y me adoras». Jesús le dijo: «Aléjate, Satanás, porque dice la Escritura: "Adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás"». Entonces lo dejó el diablo y se acercaron los ángeles a servirle (Mt 4, 1-11).¹⁶⁰

Según los exegetas autorizados, Jesús, tras ese breve pulso con el ángel acusador (que no «diablo») —citando ambos versículos del Deuteronomio, aunque quedando a años luz de la profundidad e interés del debate que, a lo largo de cuarenta capítulos, sostuvo Job con sus tres amigos y con el mismo Dios—, logró la plenitud y aval divino para comenzar su misión.¹⁶¹

Bien. Pero si Jesús era el hijo de Dios enviado por él mismo a redimir a la humanidad, ¿para qué someterle a tal prueba? ¿No le conocía bien? ¿No estaba seguro el padre de lo que sería capaz de hacer su hijo? ¿Para qué lo envió si desconfiaba?

De nuevo estamos ante la teatralidad de un dios bíblico incapaz de mostrar caminos y ejemplos de conducta sin hacer sufrir a alguien...¹⁶² aunque, claro está, culpando oficialmente de las torturas a terceros —en este caso, a una coautoría

¹⁶⁰ En el resto de los Evangelios, mucho menos fantasiosos que el de Mateo, la escena aparece más simplificada. En Marcos —anterior a Mateo y una de sus fuentes de inspiración— se dice: «Al momento de salir del agua, Jesús vio los Cielos abiertos: el Espíritu bajaba sobre él como lo hace la paloma, mientras se escuchaban estas palabras del Cielo: "Tú eres mi Hijo, el Amado, mi Elegido". En seguida el Espíritu lo empujó al desierto. Estuvo cuarenta días en el desierto y fue tentado por Satanás. Vivía entre los animales salvajes y los ángeles le servían» (Mc 1,10-13). En Lucas: «(...) Y mientras estaba en oración, se abrieron los cielos: el Espíritu Santo bajó sobre él y se manifestó exteriormente en forma de paloma, y del cielo vino una voz: "Tú eres mi Hijo, hoy te he dado a la vida"» (Lc 3,21-22). En Juan: «Y Juan dio este testimonio: "He visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y quedarse sobre él. Yo no lo conocía, pero Aquel que me envió a bautizar con agua, me dijo también: 'Verás al Espíritu bajar sobre aquel que has de bautizar con el Espíritu Santo, y se quedará en él'. Sí, yo lo he visto, y declaro que éste es el Elegido de Dios"» (Jn 1,32-34).

¹⁶¹ Según se anotó en la Biblia Latinoamericana, versión de 1995, a Mt 4,1: «La prueba va a estar presente a lo largo de todo el ministerio de Jesús, sus adversarios irán a pedirle señales, milagros (...) Esa prueba permanente es la que el Evangelio nos presenta aquí por medio de imágenes. Y pone de propósito esa tentación en el desierto y al comienzo, para decirnos que Jesús venció al espíritu del mal incluso antes de comenzar su misión. Después de estar sin comer cuarenta días y cuarenta noches (...) Ese ayuno es para Jesús lo que había sido para Abrahán el pedido de sacrificar a su hijo, y para Moisés la rebelión del pueblo sediento o el asunto del ternero de oro (...) Las tres tentaciones recuerdan a las del pueblo hebreo en el desierto (Ex 16,2; Ex 17,1; Ex 32) (...) La perfecta obediencia del Hijo se opone a las infidelidades del pueblo. Jesús sale vencedor de la prueba (...) Jesús nos enseña a ser fuertes frente a las astucias del diablo, sirviéndonos igual que él de la palabra de Dios. Se acercaron los ángeles... Después de rechazar la tentación, Jesús encuentra una plenitud (...) Ahí [en el mundo espiritual], siendo El Hijo, es rey entre los espíritus servidores de su Padre (Heb 1)».

¹⁶² Querencia divina por el sufrimiento de los suyos que alcanzó el cenit neo-testamentario en la pasión y crucifixión de Jesús.

entre el «Espíritu de Dios» y su ángel o satán—, que no son más que recursos literarios tramposos para camuflar o suavizar lo que, desde cualquier punto de vista (creyente), no puede ser más que la acción directa de la voluntad de Dios.

Capítulo 9 - Traidores y asesinos para mayor gloria de Dios y de su pueblo

La Biblia es prolífica en buenas enseñanzas para sus lectores. En este capítulo se verá algunos ejemplos en los que Dios premió, y más que generosamente, a quienes traicionaron a sus pueblos, provocando su masacre, o perpetraron asesinatos de manera perfida y brutal.

Es paradigmática la historia de la ramera Rahab, de Jericó, que vendió a toda su ciudad a las hordas de Dios, comandadas por Josué, a cambio de salvar la vida mientras todos los habitantes de Jericó eran asesinados. Un caso idéntico al de un anónimo, cobarde y traidor ciudadano de Betel que también entregó a su ciudad al exterminio y fue igualmente premiado por Dios.

Pero cuando se trata de aprender del ejemplo de asesinos taimados, crueles y, por supuesto, maestros de la traición, la palabra de Dios nos dejó sobrada y detallada inspiración en algunos casos que gozaron de toda su complacencia y colaboración, ya que fueron homicidios cometidos a mayor gloria de Dios y de su pueblo elegido.

Entre los héroes bíblicos en materia de asesinatos selectivos destacaremos aquí historias tan constructivas como la de Ehud, que mató a Eglón, rey de Moab, de forma traicionera y harto humillante; la de Yael, que faltó al deber de hospitalidad y amistad y le clavó una estaca en la cabeza a Sísara —jefe del ejército de la coalición cananea del rey Yabín— mientras dormía; o la de Judit, la viuda que se disfrazó de vendepatrias ligona a fin de colarse en el dormitorio del general babilonio Holofernes y cortarle la cabeza mientras yacía totalmente borracho.

En fin, una excelente literatura para alimentar el alma de los creyentes...

SALVARON A LA RAMERA QUE TRAICIONÓ A LA CIUDAD DE JERICÓ, PERO PASARON A CUCHILLO A TODOS LOS DEMÁS HABITANTES

La historia nos la dejó escrita Dios en el libro de Josué —uno de los textos más sangrientos de la Biblia, especialmente en su primera mitad—, cuando nos presenta a este caudillo hebreo preparando la destrucción de la entonces gran y civilizada ciudad amurallada de Jericó.

Josué es aclamado todavía hoy por los cristianos como el sucesor de Moisés en la misión profética encargada por Dios, y se le tiene por un modelo de obediencia y fidelidad a la ley de Dios, pero sus aventuras guerreras de la mano de Dios le presentan más bien como a un sanguinario sin escrúpulos ni límites.¹⁶³

¹⁶³ El talante religioso de Josué puede entreverse en versículos bíblicos como éstos: «Los israelitas capturaron vivo al rey de Aí y se lo llevaron a Josué. Israel acabó de masacrar a todos los habitantes de Aí, a los que perseguía en el campo o en el desierto: todos murieron a espada, hasta el último. Luego Israel se volvió contra Aí y pasó a cuchillo la ciudad. El total de los que cayeron ese día, hombres y mujeres, fue de doce mil, todos habitantes de Aí. Josué no bajó su mano que blandía la lanza hasta que todos los habitantes de Aí fueron condenados al anatema [asesinados]. Entonces los israelitas tomaron posesión del ganado y del botín de la ciudad como Yavé se lo había ordenado a Josué. Josué quemó Aí y la convirtió en un montón de ruinas para siempre, como se la ve todavía hoy. Hizo colgar de un árbol al rey de Aí y allí lo dejó hasta la tarde. A la

Veamos ahora como Josué, siguiendo el mandato de Dios, ordenó asesinar a todos los habitantes de Jericó... excepto a la ramera que tricionó a los suyos.

Josué, hijo de Nun, despachó desde Sitim secretamente a dos espías. Les dijo: «¡Vayan! Observen bien el terreno y la ciudad de Jericó». Después de recorrer su camino, entraron en casa de una prostituta que se llamaba Rahab; allí pasaron la noche [edificante ejemplo: lo primero que hicieron los hombres de Josué fue acudir a la ramera del pueblo].

Le avisaron al rey de Jericó: «Unos hombres israelitas llegaron aquí, han venido para observar el terreno» [parece que el contraespionaje ya estaba inventado en Jericó]. Entonces el rey de Jericó mandó a decir a Rahab: «Haz que salgan esos hombres que se han alojado en tu casa, pues han venido para informarse de nuestro territorio». Pero la mujer escondió a los hombres y respondió: «Esos hombres que llegaron a mi casa se fueron al caer la noche, cuando se cierra la puerta de la ciudad, y no sé para dónde partieron. Si ustedes salen inmediatamente en su persecución, tal vez los atrapen». En realidad, los había hecho subir a su terraza y los había escondido bajo unos atados de lino que tenía allí [Rahab, la ramera, era, además, una embustera y una traidora a su rey y a su pueblo; un perfil muy del agrado de Dios, tal como ya se ha visto y seguiremos viendo].

La gente se lanzó en su persecución en dirección al Jordán, hacia el lado de los vados, y apenas salieron, se cerró la puerta de la ciudad.

Todavía no se habían acostado los dos hombres, cuando ella los fue a ver en la terraza. Les dijo: «Sé que Yavé les ha entregado este país [genial: Dios se lo había comunicado a una ramera pero no al rey, que hubiese podido rendir la ciudad y evitar la masacre de todos sus habitantes... aunque eso no hubiese tenido la misma gracia bíblica que una buena carnicería de inocentes]; han sembrado el pánico en medio de nosotros y toda la gente de este país está atemorizada con ustedes. Nos han dicho de qué manera Yavé secó ante ustedes el mar de los Juncos cuando salían de Egipto, y lo que ustedes hicieron a los dos reyes de los amo-reos al otro lado del Jordán, a Sijón y a Og, a los que condenaron al anatema [asesinato]. Cuando lo supimos se nos paró el corazón y al verlos acercarse todo el mundo está ahora lleno de miedo, porque Yavé su Dios es Dios tanto arriba en los cielos como abajo en la tierra. Pero ya que les he hecho un favor, júrenme por Yavé que también ustedes harán un favor a la casa de mi padre, y dejen que vivan mi padre, mi madre, mis hermanos, mis hermanas y todo lo que les pertenece. Líbrennos de la muerte [Rahab era una profesional, obviamente, y no prestaba ningún servicio sin cobrar un buen precio por él].

Los hombres respondieron: «Te lo juramos por nuestras propias cabezas; con tal que tú no reveles nuestra conversación, te trataremos con bondad y fidelidad cuando Yavé nos entregue este país». Los ayudó a bajar por la ventana, porque su casa estaba construida junto a la muralla. Les dijo: «Huyan a los cerros para que no los encuentren los que los persiguen. Quédense allí escondidos tres días, hasta que regresen los que los persiguen, luego sigan su camino». Los hombres le dijeron: «Respetaremos el juramento que te hemos hecho» (Jos 2,1-17).

Ya en el campamento, los espías relataron a Josué la situación de la ciudad y el pacto con la ramera traidora, cosas que, claro, agradaron tanto al caudillo hebreo como a Dios, según se ve:

Yavé dijo a Josué: «Hoy día te voy a engrandecer en presencia de todo Israel y sabrán que estoy contigo así como estuve con Moisés. Y tú darás esta orden a los sacerdotes que transportan el Arca de la Alianza (...) Escojan doce hombres, uno para cada una de las tribus de Israel. Y apenas la planta de los pies de los sacerdotes que

caída del sol Josué mandó que bajaran el cadáver del árbol; lo pusieron a la entrada de la ciudad y echaron encima un gran montón de piedras que se ven todavía hoy» (Jos 8,23-29).

transportan el Arca de Yavé, el Señor de toda la tierra, haya tocado las aguas del Jordán, las aguas del Jordán que vienen de río arriba se detendrán» (...) Era el tiempo de la cosecha y el Jordán desbordaba por todas sus orillas. Pues bien, apenas llegaron al Jordán los que llevaban el Arca, y apenas tocaron el agua los pies de los sacerdotes que transportaban el Arca, el caudal que bajaba de arriba se detuvo y se amontonó a una gran distancia, a la altura de Adán, el pueblo vecino de Sartán. Durante ese tiempo las aguas que bajaban al mar de la Araba, el Mar Salado, se derramaron porque habían sido cortadas [¿en qué quedamos, el caudal se amontonó o se derramó?], de tal manera que el pueblo atravesó frente a Jericó. Los sacerdotes que transportaban el Arca de la Alianza de Yavé se mantuvieron inmóviles en seco, en medio del Jordán, hasta que la nación terminó de atravesarlo. Israel pasó por un camino seco (Jos 3,7-17).

Tras este nuevo milagro, surgido de la estrategia militar de Dios —y similar al prodigo anterior usado por el dios bíblico para separar las aguas de un mar que se cerró a traición sobre los desprevenidos y engañados egipcios que perseguían a Moisés forzados por Dios—, Josué tuvo un encuentro en la segunda fase (la de invasión):

Estando Josué cerca de Jericó, levantó la vista y vio a un hombre de pie delante de él, con una espada desenvainada en la mano. Josué fue donde él y le dijo: «¿Estás en favor nuestro o de nuestros enemigos?» [una pregunta perspicaz, ¡pardiez! sobre todo si se le hace a un desconocido que anda con la espada en la mano]. Respondió: «Soy el jefe del ejército de Yavé, y acabo de llegar» [¿de dónde?]. Entonces Josué cayó con el rostro en tierra y se postró. Luego le dijo: «¿Qué dice mi Señor a su servidor?» (Jos 5,13-14).

Tras recibir las oportunas instrucciones de Dios, Josué ordenó, entre otras cosillas, que debía darse siete vueltas en procesión alrededor de los muros de Jericó, un trabajo que se tomaron sin prisa, aunque sin pausa.

A la séptima vez, cuando los sacerdotes tocaban la trompeta, Josué dijo al pueblo: «¡Lancen el grito de guerra! ¡Yavé les entrega la ciudad! La ciudad con todo lo que hay en ella será condenada al anatema [destrucción total], en honor de Yavé. Sólo se salvará Rahab, la prostituta, con todos los que estén con ella en su casa. En cuanto a ustedes, cuídense de tomar lo que ha sido condenado al anatema, no sea que ustedes mismos se vuelvan anatema y atraigan la desgracia sobre el campamento de Israel. Toda la plata y todo el oro, todos los objetos de bronce y de hierro serán consagrados a Yavé e ingresarán al tesoro de Yavé. [Muy agudo el santo varón: advirtió que moriría cualquiera que se quedase con algo de la ciudad, pero exigió que el oro, plata y objetos de metal fuesen a parar al bolsillo del clero... que Dios, ayer como hoy, no se llevaba a su casa nada de lo que sus siervos dicen administrar en su nombre.]

El pueblo lanzó entonces el grito de guerra y resonó la trompeta. Apenas oyó el pueblo el sonido de la trompeta, lanzó el gran grito de guerra y la muralla se derrumbó. El pueblo entró en la ciudad, cada uno por el lugar que tenía al frente y se apoderaron de la ciudad.

Siguiendo el anatema, se masacró a todo lo que vivía en la ciudad: hombres y mujeres, niños y viejos [según lo ordenó y legisló el mismísimo Dios (Lv 27,28-29)], incluso a los bueyes, corderos y burros.

Josué dijo a los dos hombres que habían espiado el país: «Entren en la casa de la prostituta y saquen a esa mujer con todo lo que le pertenece, como se lo juraron». Los jóvenes que habían sido enviados en reconocimiento entraron y sacaron a Rahab, a su padre, su madre y sus hermanos, con todas sus pertenencias. Instalaron a toda la familia fuera del campamento de Israel.

Luego prendieron fuego a la ciudad y a todo lo que había en ella. Pero depositaron en el tesoro de la Casa de Yavé la plata, el oro como también los objetos de bronce o de hierro.

Josué dejó con vida a Rahab la prostituta y a la familia de su padre con todo lo que le pertenecía. Esta ha vivido en Israel hasta el día de hoy, porque ocultó a los espías que Josué había enviado para que exploraran Jericó (...) Yavé estaba con Josué y su fama se extendió por todo el país (Jos 6,16-27).

También en esta narración bíblica puede verse que alcanzaron la protección y favor de Dios quienes peor se comportaron, esto es, la ramera traídora a su pueblo, que salvó vida, familia y bienes a costa de las vidas y destrucción de todo su pueblo, y Josué y su gente, que, guiados por Dios, asesinaron a todos los habitantes de Jericó y robaron todos sus objetos valiosos. ¿Qué ejemplo a seguir quiso darles Dios, a los estudiantes bíblicos de hoy, cuando decidió dejarles tan inspiradas y divinas palabras?

Por si hubiere alguien incapaz de aprender nada del caso de la ramera Rahab y de la rentabilidad que proporciona la traición, Dios repitió la misma lección en otro libro bíblico y con un ejemplo similar:

La gente de la casa de José emprendió una expedición contra Betel y Yavé estuvo con ellos. Instalaron su campamento frente a Betel (la ciudad se llamaba antes Luz). Los espías vieron a un hombre que salía de la ciudad y le dijeron: «Muéstranos por dónde se puede entrar a la ciudad y te perdonaremos la vida». Les mostró entonces cómo entrar en la ciudad. La pasaron a cuchillo, pero dejaron libre a ese hombre con toda su familia. El hombre se fue al territorio de los hititas y allí construyó una ciudad que se llamó Luz (y ese es el nombre que tiene todavía hoy) (Jue 1,22-26).

Este anónimo colaborador de los planes de Dios no tenía un burdel como Rahab, sólo era un cobarde y un traidor, pero el premio a una conducta infame, que permitió que los hebreos de Dios asesinasen a todo su pueblo, fue el de enriquecerse construyendo una nueva ciudad a la que, ironía divina, puso el mismo nombre que tenía la que su felonía lanzó a la destrucción.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: no importa cuál sea la conducta, no es grave mentir ni traicionar, ni que por actos cobardes se pierdan incontables vidas; sólo importa, a fin de obtener una buena recompensa, que se sepa elegir bien a los nuevos aliados antes de traicionar a la gente propia.

UN VARÓN, EHUD, Y DOS MUJERES, YAEL Y JUDIT, PROTOTIPOS BÍBLICOS DEL ASESINATO SELECTIVO PERPETRADO A TRAICIÓN Y CON LA AYUDA DE DIOS

El relato de la hazaña del benjaminita Ehud, o Aod, apuñalando en el vientre a Eglón, rey de Moab, cuando se había ganado su total confianza, se lo debemos al Libro de Jueces:

Los israelitas estuvieron sometidos a Eglón, rey de Moab, durante dieciocho años. Los israelitas clamaron entonces a Yavé, y Yavé hizo que les surgiera un salvador, Ehud, hijo de Guera, un hombre de Benjamín que era zurdo. Los israelitas le encargaron que llevara el tributo a Eglón, rey de Moab.

Ehud se hizo un puñal de doble filo, y de hoja corta, que se puso bajo su ropa pegado a su muslo derecho. Luego fue a ofrecer el tributo a Eglón, rey de Moab (Eglón era un hombre muy gordo) [el comentario bíblico es, a todas luces, despectivo]. De regreso, cuando estaban en los idólos de Guilgal, Ehud ordenó que se fuera a la gente que había venido con él para presentar el tributo.

Él hizo el camino de vuelta y dijo: «¡Oh, rey! Tengo para ti un mensaje secreto». El rey respondió: «¡Silencio!». Y todos los que estaban a su alrededor se retiraron. Entonces Ehud se acercó a él, mientras estaba sentado en la pieza alta, tomando el fresco en sus departamentos privados. Ehud dijo: «Es un mensaje de Dios que tengo para ti». Entonces el rey se levantó de su silla. Ehud extendió su mano izquierda, agarró el puñal que tenía sobre su muslo derecho y se lo hundió en el vientre. El puño entró junto con la hoja y la grasa se cerró por encima de la hoja, pues no se la sacó del vientre, y salieron los excrementos [**otra inspirada y educativa imagen bíblica surgida de la palabra de Dios!**].

Ehud escapó por detrás, cerró tras él las puertas de la pieza superior y le echó el cerrojo. Después que salió, llegaron los sirvientes, y al ver con cerrojo la puerta de la pieza superior, se dijeron: «Sin duda que está haciendo sus necesidades en sus departamentos privados» [**en estos versículos, a la inspiración divina le dio por la escatología, pero por la culinaria, no por la neotestamentaria**]. Esperaron tanto que tuvieron vergüenza, pero las puertas de la pieza superior no se abrían. Entonces tomaron la llave y abrieron: ¡su patrón yacía por tierra, muerto!

Mientras ellos aguardaban, Ehud se había puesto a resguardo. Pasó por los idólos y se puso a salvo en Ha-Seira. Apenas llegó, tocó el cuerno en la montaña de Efraín y los israelitas bajaron de la montaña siguiéndole. Les dijo: «Síganme porque Yavé ha puesto a sus enemigos, los moabitas, en nuestras manos». Todos bajaron tras él, cortaron los vados del Jordán en dirección a Moab y no dejaron escapar a ningún hombre. En aquella ocasión derrotaron a diez mil hombres de Moab, todos robustos y entrenados: no escapó ni uno solo (Jue 3,14-29).

No deja de ser curioso que, como sucede en muchísimas otras historias bíblicas, cuando se asesina a un rey, o al general de su ejército, enemigo de los hebreos, el ejército decapitado se merma hasta la nada y los israelitas se crecen sin más, masacrando sin límite a miles y miles... aunque unos versículos antes las fuerzas estuviesen justo al revés. Cosas de Dios, claro está.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: mentir y hasta usar con falsedad el nombre de Dios para traicionar y asesinar al enemigo es lícito y cosa de héroes.

También en el Libro de Jueces se relata la historia de Yael, la mujer de un herrero a cuya tienda llegó Sísara —jefe del ejército de la coalición cananea dirigida por el rey Yabín (o Javín)—, tras ser derrotado, pidiendo agua y hospitalidad, sin sospechar que la mano de Yael, que debía ser amiga, le traicionaría y mataría de forma insultante para un general como él.

Débora [**profetisa y jueza de Israel**] dijo entonces a Barac [**jefe militar israelita**]: «Ha llegado el momento, hoy mismo Yavé pondrá a Sísara [**Sísara**]¹⁶⁴ en tus manos. ¿No marcha Yavé delante de ti?». Barac bajó del monte Tabor seguido de sus diez mil hombres, y Yavé hizo que derrotara a Sísara, a todos sus carros y todo su ejército; el mismo Sísara se bajó de su carro y huyó a pie. Barac salió en persecución de los carros y del ejército hasta Haroset-haGoyim, y todo el ejército de Sísara cayó bajo el filo de la espada; nadie escapó.

Sísara había huido a pie hasta la tienda de Yael, mujer de Jeber el quenita [**un herrero nómada**], porque reinaba la paz entre Yabín, rey de Hasor, y Jeber el quenita. Yael salió al encuentro de Sísara y le dijo: «¡Ven para acá, señor. Ven para acá, no tengas miedo!». Fue donde ella, entró en su tienda y ella lo tapó con una manta.

¹⁶⁴ El nombre en hebreo es Siserá, pero la inmensa mayoría de las versiones bíblicas lo traducen como Sísara.

Él le dijo: «Dame un poco de agua para beber porque tengo sed». Ella tomó un tiesto con leche y le dio de beber, luego lo volvió a tapar. Él le dijo: «Quédate a la entrada de la tienda, y si alguien te pregunta si hay aquí alguna persona, respóndele que nadie».

Pero Yael, mujer de Jeber, tomó una de las estacas de la tienda junto con un martillo, y acercándose suavemente por detrás de él le enterró la estaca en la sien con tal fuerza que se clavó en la tierra. Él dormía profundamente porque estaba muy cansado, y así fue como murió.

Cuando llegó Barac persiguiendo a Sísera, Yael salió a su encuentro y le dijo: «Entra, que te voy a mostrar al hombre que buscas». Entró y vio a Sísera muerto, tendido en el suelo con la estaca en la sien. Ese día Dios humilló a Yabín, rey de Canaán [puesto que una mujer —que era, además, esposa de un aliado suyo— asesinó al jefe de su ejército de forma vergonzosa], ante los israelitas (Jue 4,14-23).

En el llamado Canto de Débora —una de las piezas más antiguas de la literatura hebrea, compuesta, hacia la segunda mitad del siglo XII a. C., a modo de himno a Yavé vencedor—, la propia Débora, un caso atípico de mujer que llegó a ser jueza de Israel —y que algunos explican a causa de su «fervor religioso», es decir, de su fanatismo—, y el general Barac, loaron la traición y asesinato brutal cometido por Yael:

¡Bendita sea Yael, la mujer de Jeber el quenita, bendita sea entre las mujeres! Bendita sea entre las mujeres que viven en tiendas. Él pidió agua, ella le dio leche; le ofreció leche cremosa en su mejor copa. Con una mano toma la estaca, y con su derecha el martillo del obrero. Golpea a Sísera y le rompe la cabeza, le rompe y traspasa su sien. Se desploma a sus pies, cae, está allí tendido. Cayó a sus pies, allí donde se desplomó está muerto (...) ¡Oh, Yavé, que así perezcan tus enemigos! Y da a los que te aman el resplandor del sol (Jue 5,24-31).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: traicionar la sagrada regla de la hospitalidad y asesinar con brutalidad se merecen la bendición de Dios y la de su pueblo.

El caso de Judit y de su celebrada decapitación del general babilonio Holofernes se relata en el libro bíblico que lleva el nombre de la heroína. En medio de un relato plagado de errores históricos y geográficos —escrito en el siglo II a. c.—, cuando Holofernes tenía sitiada sin remedio a la ciudad de Betulia, apareció la hermosa viuda Judit dispuesta a salvar a su pueblo a cualquier precio. La heroína comenzó por cambiar su semblante de mustia viuda por otro de Mata Hari sexy, presta tanto a la traición como a la cópula; y de esta guisa se fue, con su sirvienta, hasta el campamento enemigo para ofrecerse a Holofernes.

[**Judit**] Se quitó el saco [**sayal**] que vestía y, después de bañada, cambió sus vestidos de viuda por los de fiesta, que usaba cuando vivía su esposo Manasés; se echó perfumes, se peinó y se adornó la cabeza con una cinta; se calzó las sandalias, se puso collares, brazaletes, anillos, aros y todas sus joyas. Se arregló lo mejor que pudo con el fin de atraer las miradas de todos los que la vieran¹⁶⁵ (Jdt 10,3-4).

Ambas [**Judit y criada**] caminaban rápidamente por el valle, cuando les salieron al encuentro centinelas asirios [**serían babilonios**], quienes detuvieron a Judit y le preguntaron: «¿Quién eres? ¿De dónde vienes y adónde vas?». Ella respondió: «Soy hija de hebreos y huyo de ellos porque están a punto de ser devorados por ustedes. Voy a presentarme a Holofernes, jefe del ejército de ustedes, para hablarle con sinceridad y mostrarle el camino para apoderarse de toda la montaña sin que ninguno de sus hombres sufra daño o pierda su vida» (Jdt 10,11-13) [**aquí la aparente traición de Judit a los**

¹⁶⁵ Otras traducciones bíblicas apuran mejor el sentido del acicalamiento de Judit, realizado «con ánimo de seducir los ojos de todos los hombres que la viesen» (Biblia de Jerusalén).

suyos no es un hecho, como en casos similares ya vistos, sino un ardid, un medio para acercarse al general que quiere asesinar].

[Holofernes] La invitó a pasar donde tenía sus cubiertos de plata y mandó que le sirvieran de sus manjares y su vino. Pero Judit le dijo: «No debo comer esto para no caer en falta; basta con lo que traje». Holofernes replicó: «Cuando se te acaben las cosas que tienes, ¿de dónde sacaremos otras iguales, si entre nosotros no hay nadie de los tuyos?». Judit respondió: «No te preocupes, porque antes que consuma lo que traje, el Señor cumplirá, por mi mano, sus designios».

Los ayudantes la llevaron a su tienda, donde durmió hasta medianoche. Luego se levantó para salir a orar, pues había pedido a Holofernes que ordenara a sus guardias que la dejaran salir. Judit permaneció tres días en el campamento, y cada noche iba al valle de Betulia y se lavaba en la fuente donde estaban los guardias. A su regreso, rogaba al Dios de Israel que encaminara sus pasos para alegría de todo su pueblo. Ya purificada, volvía a su tienda para la comida.

Al cuarto día, Holofernes dio un banquete al que invitó solamente a sus oficiales, excluyendo a los que estaban de servicio. Dijo a Bagoas, su mayordomo: «Convence a esa mujer hebrea que está en tu casa que venga a comer y beber en nuestra compañía. Sería una vergüenza para nosotros dejar que se fuera una mujer así sin haber tenido relaciones con ella. Si no logramos convencerla, se reirá harto de nosotros».

Bagoas salió, pues, de la carpa de Holofernes y entró en la de Judit. Le dijo: «No te niegues, bella joven, a venir donde mi señor para que te honre y bebas con nosotros alegremente. Hoy mismo llegarás a ser como una de las asirias [babilonias] que viven en el palacio de Nabucodonosor» **[se refiere a las concubinas del más famoso rey babilonio].**

Respondió Judit: «¿Quién soy yo para oponerme a mi señor? Todo lo que agrade a sus ojos lo haré con gusto, y eso será para mí motivo de alegría hasta el día de mi muerte». Se levantó, se adornó con sus vestidos y todos sus adornos de mujer (...) Entró Judit y se instaló. El corazón de Holofernes quedó cautivado y su espíritu perturbado. Era presa de un deseo intenso de poseerla, porque desde el día en que la vio atisbaba el momento favorable para seducirla **[obsérvese cuán educado era el general, que pudiendo violarla sin problemas, tal como hacían en la época hasta los cabos cuarteleros, aguardó cuatro largos días y aspiraba a seducirla mediante cháchara y copeo].** Le dijo, pues: «Bebe y participa de nuestra alegría».

Judit respondió: «Bebo gustosa, señor, porque desde que nací jamás me sentí tan feliz como hoy». Tomó lo que su sirvienta le había preparado y comió y bebió ante él. Holofernes estaba bajo su encanto, por eso bebió tal cantidad de vino como jamás en su vida había tomado (Jdt 12,1-20) **[la muy devota Judit —así la pintan— no era del mismo oficio que la ya citada y también traídora Rahab, aunque sin duda Dios la dotó con el dominio de artes similares para ejercer la felonía, en bien de Israel, naturalmente].**

Cuando se hizo tarde, sus oficiales se apuraron en irse. Bagoas cerró la carpa por fuera, después de haber despedido del lado de su amo a los que permanecían todavía. Todos fueron a acostarse, fatigados por el exceso en la bebida. Judit fue dejada sola en la tienda con Holofernes, hundido en su cama y ahogado en vino.

Entonces Judit dijo a su sirvienta que permaneciera fuera, cerca del dormitorio, y que esperara su salida, como ella lo hacía diariamente. Además había tenido la precaución de decir que saldría para hacer su oración, y había hablado en el mismo sentido con Bagoas.

Todos se habían ido de la carpa de Holofernes, y nadie, grande o pequeño, se había quedado en el dormitorio. Judit, de pie al lado de la cama, dijo interiormente: «Señor, Dios de toda fortaleza, favorece en esta hora lo que voy a hacer para gloria de Jerusalén. Este

es el momento para que salves a tu pueblo. Da éxito a mis planes para aplastar a los enemigos que se han levantado en contra nuestra».

Avanzó entonces hacia la cabecera de la cama, de donde colgaba la espada de Holofernes, la desenvainó y después, acercándose al lecho, tomó al hombre por la cabellera y dijo: «Señor, Dios de Israel, dame fuerzas en este momento». Lo golpeó dos veces en el cuello, con todas sus fuerzas, y le cortó la cabeza. Después hizo rodar el cuerpo lejos del lecho y arrancó las cortinas de las columnas. En seguida salió y entregó la cabeza de Holofernes a su sirvienta, que la puso en la bolsa en que guardaba sus alimentos, y las dos salieron del campamento como tenían costumbre para ir a rezar. Una vez que atravesaron el campamento, rodearon la quebrada, subieron la pendiente de Betulia y llegaron a sus puertas.

De lejos, Judit gritó a los guardias de las puertas: «Abran, abran la puerta. El Señor, nuestro Dios, está con nosotros para hacer maravillas en Israel y desplegar su fuerza contra nuestros enemigos, como lo ha hecho hoy». Los hombres de la ciudad, al oír su voz, se apuraron en bajar hasta la puerta de la ciudad y llamaron a los ancianos (...)

Con fuerte voz, Judit les dijo: «¡Alaben a Dios! ¡Alábenlo! ¡Alábenlo, porque no ha apartado su bondad del pueblo de Israel! ¡Esta noche, por mi mano, ha aplastado a nuestros enemigos!. Entonces sacó de la bolsa la cabeza de Holofernes y la mostró: «Aquí tienen la cabeza de Holofernes, general en jefe del ejército asirio [más bien babilonio], y éstas son las cortinas de su cama. El Señor lo mató por la mano de una mujer. ¡Viva el Señor, que me protegió en mi empresa! Mi cara no encantó a ese hombre sino para perderlo, ya que no pecó conmigo; no me manchó ni me deshonró» [toda una suerte si tenemos en cuenta que su colega de oficio, la holandesa Mata Hari (Margaretha Geertruida Zelle), tuvo que entregarse mucho más y logró bastante menos; pero eran otros tiempos, claro está].

Presa de un indecible entusiasmo, todo el pueblo se postró para adorar a Dios y gritó a una sola voz: «Bendito seas, Dios nuestro, tú que en este día aniquilaste a los enemigos de tu pueblo». Ozías [rey y santo varón que gozó del favor divino]¹⁶⁶, por su parte, dijo a Judit: «Hija mía, que Dios Altísimo te bendiga más que a todas las mujeres de la tierra. ¡Y bendito sea el Señor Dios, Creador del cielo y de la tierra, que te condujo para que cortaras la cabeza del jefe de nuestros enemigos!» (Jdt 13,1-18).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: asesinar con alevosía, cuando el plan homicida es guiado por la voluntad divina, es motivo de bendición y alborozo para todo devoto que se precie de tal.

Es bien conocida la frase que reza que Roma no paga a traidores, pero la Biblia demuestra, sin lugar a dudas, que Dios sí premia, y con creces, a quienes traicionan a su prójimo sin reparo ni límite ninguno. Pero hay todavía más...

JEHÚ, TRAIDOR, ASESINO SANGUINARIO Y USURPADOR DEL TRONO DE ISRAEL POR VOLUNTAD DE DIOS

Jehú fue uno más entre la amplia gama de varones belicosos, conspiradores y asesinos sin escrúpulos que pueblan la Biblia (el Antiguo Testamento). Dios lo eligió, a través del profeta Eliseo, para exterminar al linaje de la casa del rey Ajab (o Acab), que perdió el favor divino por permitir el culto a Baal en Israel.

¹⁶⁶ «Ozías tenía dieciséis años cuando empezó a reinar y reinó cincuenta y dos años en Jerusalén. Su madre, Jecolía, era de Jerusalén. Hizo lo que es bueno delante de Yavé, como lo había hecho su padre, Amasías. Buscó a Dios durante la vida de Zacarías, que enseñaba el temor de Dios; y mientras buscó a Yavé, Dios le dio prosperidad» (2 Cr 26,3-5). Ozías reinó en Judá desde aproximadamente el año 783 al 742 a. C.

De ser un jefe militar al servicio de Joram (o Yoram), rey de Israel, Jehú pasó a usurpar el trono conspirando y asesinando a traición al rey legítimo de Israel y, de paso, al rey de Judá, además de degollar a algunos centenares de inocentes, familiares, amigos y servidores de ambos reyes.

Las diversas, crueles y sangrientas matanzas de inocentes que protagonizó contaron, como veremos, con el total beneplácito de Dios, que justificó la bendición que le otorgó diciéndole:

Ya que has actuado bien, ya que has hecho lo que es justo a mis ojos, y has llevado a cabo todo lo que había decidido en contra de la casa de Ajab (...) (2 Re 10,30).

Reinó en Israel durante 28 años, entre el 842 y el 815 a. C.

La inspirada palabra de Dios tuvo a bien dejar escritas, en el 2 Libro de Reyes, las correrías y crímenes que tan santo varón cometió a fin de realizar los planes específicos que el Altísimo determinó. Veamos:

El profeta Eliseo llamó a uno de los hermanos profetas y le dijo: «Ponte el cinturón, llévate esta alcuza de aceite y parte para Ramot de Galaad. Cuando hayas llegado, busca a Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi, acércate a él y sácalo de entre sus compañeros. Llévalo a un aposento privado, y luego toma la alcuza de aceite y derrámala sobre su cabeza, diciéndole: "Esto dice Yavé: ¡Te he consagrado como rey de Israel!" Despues abre la puerta y sal huyendo sin tardanza» **[¿huyendo? Eliseo sabía que enviaba a su discípulo a cometer una felonía].**

El joven profeta partió pues para Ramot de Galaad. Cuando llegó, los jefes del ejército estaban sentados en una reunión; dijo: «¡Jefe, tengo algo que decirte!». Jehú respondió: «¿A cuál de nosotros?». Le dijo: «¡A ti, jefe!». Jehú se puso en pie y entró en la casa, entonces el hermano profeta derramó aceite sobre su cabeza diciéndole: «Esto dice Yavé, Dios de Israel: Te he consagrado como rey del pueblo de Yavé, de Israel. Tú castigarás a la casa de tu señor Ajab. Haré pagar a Jezabel la sangre de mis servidores los profetas y la sangre de todos los servidores de Yavé. ¡Exterminaré a toda la casa de Ajab; eliminaré a todos los varones de la casa de Ajab, tanto al esclavo como al libre en Israel! ¡Trataré a la casa de Ajab como traté a la casa de Jeroboam, hijo de Nabat, y a la de Basa, hijo de Ajía! **[Dios siempre se place en recordar sus pasadas matanzas]** ¡Los perros se comerán a Jezabel en el campo de Yizreel y nadie la enterrará!. Luego abrió la puerta y salió huyendo **[el profeta júnior]**.

Cuando Jehú volvió donde los oficiales de su señor, éstos le preguntaron: «¿Qué pasa? ¿Para qué te buscaba ese loco?». Les respondió: «¡Ustedes ya conocen a ese hombre y lo que dice!» (...) «Me dijo esto y aquello, y agregó: "Esto dice Yavé: 'Te he consagrado como rey de Israel'"». **[Y se lo espetó, sin más, al resto de oficiales de su rey Joram, que, prestos a la traición por mor de dudosas palabras de un «loco», se plegaron ante Jehú.]** Entonces, sin esperar más, todos pusieron sus mantos sobre una tarima, y tocaron la trompeta diciendo: «¡Jehú es rey!» **[escenografía completa]**.

Inmediatamente, Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi, conspiró contra Yoram. Yoram, junto con todo Israel, defendía Ramot de Galaad contra el asedio de Jazael, rey de Aram. Pero el rey Yoram había ido a curarse a Yizreel **[palacio real]**, porque había sido herido por los arameos mientras combatía con Jazael, rey de Aram (...) **[¡Fantástico! el elegido de Dios no sólo traicionaba a su rey, sino que lo hacía cuando éste estaba en plena guerra defendiendo a su país y, además, convaleciendo de sus heridas; para mayor barbaridad y felonía, el frente de guerra y el lugar de la conspiración eran el mismo: Ramot de Galaad, una plaza muy estratégica, por su situación en la ruta comercial entre Damasco y el golfo de Elat, comandada por Jehú.]**

Jehú subió a su carro y partió para Yizreel. Yoram estaba en cama y Ocozías, rey de Judá, había ido a visitarlo **[Ocozías era hijo de Ata-lía, hermana o tía de Yoram.]¹⁶⁷** El vigía que estaba en la torre de Yizreel vio la tropa que venía con Jehú; dijo entonces: «Veo una tropa». Yoram le dijo: «Búscate a un jinete y mándalo a su encuentro para que les pregunte si vienen como amigos o no» (...) **[hábil pregunta, vive Dios, pero tras enviar a dos mensajeros que no regresaron, pues se quedaron con Jehú, el rey (herido) tuvo que salir él mismo a ver qué pasaba; en esos días, como hoy, el servicio estaba fatal].**

Entonces Yoram dijo: «¡Enganchen los caballos!». Y los engancharon a su carro. Yoram, rey de Israel y Ocozías, rey de Judá, fueron a encontrar a Jehú cada uno en su carro; y se toparon con él en el campo de Nabot de Yizreel **[dos reyes solos y a campo descubierto, esos sí que eran estrategas; por cosa del destino, en este caso eran también (unos) primos].**

Cuando Yoram vio a Jehú le dijo: «¿Jehú, vienes como amigo?» **[inteligente pregunta de un rey a uno de sus jefes militares de más confianza, ¡vaya panda!]** Pero éste le respondió: «¿Puede haber paz mientras perduran las prostituciones de tu madre Jezabel y sus muchas hechicerías?».¹⁶⁸

Entonces Yoram dio media vuelta y emprendió la fuga, gritándole a Ocozías: «¡Nos han traicionado, Ocozías!»¹⁶⁹ **[más vale tarde que nunca, pero...].** Jehú tendió su arco y disparó una flecha a Yoram, que penetró por la espalda y le atravesó el corazón; el rey se desplomó en su carro **[otro honorable acto de varón bíblico: asesinar con engaño y por la espalda].**

Jehú dijo entonces a su escudero Bidcar: «¡Tómalo y échalo en el campo de Nabot de Yizreel! Acuérdate de la palabra que Yavé pronunció en su contra cuando tú y yo cabalgábamos detrás de su padre Ajab: "Ayer vi la sangre de Nabot y la sangre de sus hijos, oráculo de Yavé; yo te la haré pagar en este campo". Tómalo pues y tíralo en ese campo, como dijo Yavé» **[la orden, pues, era de Dios].**

Al ver todo eso, Ocozías, rey de Judá, se había dado a la fuga por el camino de Bet-Hagán. Jehú lo persiguió: «¡Maten a ése también!». Lo hirieron en su carro en la subida de Gur, cerca de Jibleam; se refugió en Meguido y allí murió (...)¹⁷⁰

¹⁶⁷ En el 2 Libro de Crónicas se dice: «Ocozías (...) reinó un ario en Jerusalén. Su madre se llamaba Atalía, hija de Omrí. También él siguió los caminos de la familia de Ajab, pues su madre le aconsejaba mal. Se portó mal con Yavé, como los de la familia de Ajab, porque después de la muerte de su padre, fueron ellos sus consejeros para su perdición. También por consejo de ellos fue con Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, para combatir a Jezael, rey de Aram, en Ramot de Galaad; los arameos hirieron a Joram, que se retiró a Jizrael para curarse de las heridas que había recibido en Ramá (...)» (2 Cr 22,2-6).

¹⁶⁸ Mapa de ruta para navegantes bíblicos: Joram (Yoram) era hijo del rey Ajab y de Jezabel, princesa fenicia que llevó consigo a Israel el culto a Baal y se enfrentó con los profetas de Yavé, en particular con Elías, que degolló a cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, tal como se relata en el apartado 12.2 de este libro. Jezabel y Elias se la tenían jurada y Eliseo, sucesor del profeta Elías, fue el instrumento habitual para la clásica venganza de Dios, que castigó la transgresión pagana de Ajab y Jezabel en carne y reinado de su hijo Joram, que nada había hecho, pero que será asesinado por Jehú, al igual que lo hará con todo el linaje de Ajab, exterminado brutalmente a pesar de su total inocencia.

¹⁶⁹ La trampa, según asegura el 2 Libro de Crónicas, la había preparado Dios: «Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá, bajó a Jizrael para visitar a Joram, hijo de Ajab, que se encontraba enfermo; esta visita a Joram vino de Dios para ruina de Ocozías, pues llegado allí, salió con Joram contra Jehú, hijo de Nimsí, a quien Yavé había ungido para exterminar la familia de Ajab» (2 Cr 22,6-7). El texto señala con claridad absoluta al instigador y responsable de todos los crímenes aquí narrados.

¹⁷⁰ La versión que se da en Crónicas es sustancialmente diferente, claro está: «Mientras Jehú hacía justicia con la familia de Ajab, se encontró con los jefes de Judá y con los parientes de Ocozías que

Jehú entró en Yizreel; Jezabel ya conocía la noticia. Se pintó los ojos, se arregló el cabello y se asomó a la ventana. Cuando Jehú traspasaba la puerta de la ciudad, le dijo: «¿Cómo te va, Zimri,¹⁷¹ asesino de tu señor?». Él levantó la vista hacia la ventana y exclamó: «¿Quién está conmigo?». Inmediatamente se inclinaron dos o tres sirvientes **[en esa época, el servicio era tan poco de fiar como los jefes militares]**. Les dijo: «¡Láncenla por la ventana!». Y la lanzaron. Su sangre salpicó el muro y los caballos que pasaban la pisotearon.

Después Jehú entró, comió y bebió; luego dijo: «Preocúpense de esa maldita y denle sepultura, pues es una hija de rey». Fueron los sirvientes a sepultarla, pero sólo encontraron el cráneo, los pies y las manos. Volvieron para decírselo a Jehú, quien exclamó: «Acaba de cumplirse la palabra de Yavé, quien había dicho por medio de su servidor Elías de Tisbé: "Los perros se comerán el cuerpo de Jezabel en el campo de Yizreel. El cadáver de Jezabel será como un abono que se esparce y ni siquiera se podrá decir: Ésta es Jezabel"» (2 Re 9,1-37).

Pero no vaya nadie a pensar que el criminal, y Dios, se dieron por satisfechos. No, ¡qué va!

Vivían en Samaria setenta hijos de Ajab. Jehú escribió unas cartas y las envió a Samaria. Mandaba decir a los jefes de la ciudad, a los ancianos y a los que educaban a los hijos de Ajab (...) elijan al mejor y más valiente de los hijos de su amo, instálenlo en el trono de su padre y prepárense para luchar por la casa de su amo. Quedaron aterrorizados y se dijeron: «Si dos reyes no fueron capaces de hacerle frente, ¿cómo podremos hacerlo nosotros?». El mayordomo del palacio, el gobernador de la ciudad, los ancianos y los que educaban a los hijos del rey dieron a Jehú esta respuesta:

«Somos tus servidores y haremos todo lo que nos pidas. No proclamaremos rey. Haz lo que mejor te parezca».

Jehú les escribió entonces una segunda carta en la que les decía: «Si están conmigo y si están dispuestos a servirme, tomen las cabezas de los hijos de su amo y vengan a verme mañana a la misma hora en Yizreel». Los hijos de los reyes eran setenta y eran educados por los nobles de la ciudad. En cuanto recibieron la carta, apresaron a los hijos del rey, degollaron a los setenta, pusieron sus cabezas en unos canastos y se las enviaron a Yizreel.

Llegó un mensajero a avisarle a Jehú: «¡Acaban de traer las cabezas de los hijos del rey!». Jehú respondió: «Hagan con ellas dos montones a la entrada de la puerta de la ciudad hasta mañana». A la mañana siguiente Jehú salió y se presentó ante el pueblo, diciéndole: «Ustedes no han cometido delito alguno, mientras que yo conspiré contra mi señor y le di muerte... Pero ¿quién dio muerte a todos estos? **[vaya, era listo el traidor,**

estaban a su servicio, y los mató. Buscó luego a Ocozías, al que agarraron en Samaria, donde se había escondido. Lo llevaron donde Jehú, que lo mató» (2 Cr 22,8-9).

¹⁷¹ El dirigirse a Jehú bajo el nombre de Zimrí tenía muy mala uva, pero era exacto, ya que Zimrí también fue un conspirador y un asesino cruel. Zimrí, comandante del ejército de Israel, asesinó al rey Ela y a sus familiares y entorno —para dar cumplimiento a una orden divina contra la dinastía de Baasa profetizada, precisamente por boca de un tal Jehú (1 Re 16,1-4)— y usurpó el trono (en torno al año 876 a. C.), pero su reinado en Tirsa duró apenas siete días, ya que al enterarse la tropa eligió rey al general Omrí y le atacaron, quien murió en el incendio de su palacio, que él mismo provocó (1 Re 16,8-19). Veamos un detalle: «Cuando Zimrí vio que la ciudad estaba a punto de caer, se encerró en la fortaleza del palacio, le prendió fuego y así murió en el incendio del palacio. Pues también había cometido los pecados que disgustan a Yavé, había seguido las huellas de Jeroboam y el pecado con que éste había arrastrado a Israel» (1 Re 16,18-19); es decir, que Zimrí fue bueno para asesinar y liquidar a la dinastía de Baasa, según ordenó el propio Dios, pero no podía salvarse por ser apóstata, cosa que ya era antes de ser convertido en el criminal usado por Dios para masacrar a la casa real de Baasa. Parece que la estrategia de utilizar a tontos útiles —y prescindibles— le fue muy provechosa a Dios.

¿o traidor el listo?]. Vean como ninguna de las palabras que pronunció Yavé contra la casa de Ajab ha quedado sin cumplirse. Yavé llevó a cabo todo lo que había anunciado por boca de su servidor Elías». Jehú dio muerte a todos los que aún estaban vivos de la casa de Ajab en Yizreel: a sus consejeros, sirvientes, sacerdotes; no dejó a nadie con vida [**sangre, venga sangre, que Dios es misericordioso!**].

Después se encaminó Jehú a Samaria. Cuando llegó a BetEqued-de los Pastores, se encontró con los hermanos de Ocozías, rey de Judá. Les preguntó: «¿Quiénes son ustedes?». Respondieron: «Somos los hermanos de Ocozías y hemos bajado para saludar a los hijos del rey y a los hijos de la reina». Entonces Jehú dijo: «¡Deténganlos!». Los apresaron y los degollaron en la Cisterna de Bet-Equed. Eran cuarenta y dos, a ninguno de los cuales dejó Jehú con vida [**en esa época, al parecer, tener familiares con mando en plaza era de lo más peligroso para la parentela, fundamentalmente a causa de las intrigas del dios bíblico**].¹⁷²

Saliendo de allí encontró a Yonadab,¹⁷³ hijo de Recab, que le salía al encuentro. Lo saludó y le dijo: «¿Serás leal conmigo como yo quiero serlo contigo?». Yonadab le respondió: «Sí». «Si es sí —le dijo—, dame la mano.» Yonadab le tendió la mano y Jehú lo hizo subir a su carro al lado de él. Lo llevó en su carro diciéndole: «Ven conmigo y verás mi celo por Yavé». Cuando hubo entrado en Samaria, Jehú dio muerte a todos los que quedaban de la familia de Ajab en Samaria; los mató a todos según la palabra de Yavé dicha por Elías [**y van ya incontables asesinatos**].

Después reunió Jehú a todo el pueblo e hizo esta proclama: «Ajab sirvió sólo un poco a Baal, Jehú lo servirá mucho mejor. Que se reúnan en torno a mí todos los profetas de Baal, todos sus ayudantes, todos sus sacerdotes, que no falte nadie porque tengo que ofrecer un gran sacrificio a Baal. Los que no vengan serán condenados a muerte». Era una trampa, pues así quería Jehú dar muerte a todos los que servían a Baal (...) En cuanto terminó el holocausto, Jehú dijo a los guardias y a sus oficiales: «Entren, maten y que no escape nadie». Los guardias y sus oficiales les dieron muerte a espada; mientras avanzaban hasta el santuario del templo de Baal, iban tirando para afuera los cadáveres (...) Así fue como Jehú hizo que desapareciera el culto a Baal en Israel (2 Re 10,1-28).

Y tanto asesinato, de inocentes, de paganos y de cualquiera que pasase cerca de Jehú, fue muy del agrado de Dios, tal como se lo hizo saber a su disciplinado y eficaz criminal: «Yavé dijo a Jehú: "Ya que has actuado bien, ya que has hecho lo que es justo a mis ojos, y has llevado a cabo todo lo que había decidido en contra de la casa de Ajab, tus hijos reinarán en Israel hasta la cuarta generación"» (2 Re 10,30).

Pero ya se sabe que Dios, aunque bendijo, propició y colaboró en asesinatos sin fin y masacres sin cuento, no perdonaba que su personal fuese permisivo con la competencia divina, así que el criminal de Jehú padeció la consabida reprimenda divina ¡en carne ajena!:

¹⁷² En Crónicas se amplió el relato de la demencia asesina de todo ese personal: «Cuando Atalía, madre de Ocozías, vio que había muerto su hijo, se levan tó y exterminó a toda la descendencia de los reyes de Judá. Pero Josabá, hija del rey, tomó a Joás, hijo de Ocozías, lo sacó de entre los hijos del rey a quienes estaban matando y los puso a él y a su nodriza en el dormitorio. Josabá, hija del rey Joram, esposa del sacerdote Jovadá y hermana de Ocozías, lo escondió de la vista de Atalía, que no pudo asesinarlo. Seis años estuvo escondido en la Casa de Dios, mientras Atalía reinaba en el país» (2 Cr 22,10-12).

¹⁷³ Yonadab o Jonadab, un fanático religioso con más celo que criterio, fue el fundador y líder de la secta de los recabitas, caracterizada por su rigorismo, su vida nómada en el desierto, rechazando la propiedad y todos los adelantos de la vida agrícola sedentaria y ciudadana, y por su extremismo religioso. Dos siglos después de Jonadab, sus descendientes todavía obedecían radicalmente las instrucciones y el estricto modo de vida que éste les impuso (véase, por ejemplo, Jr 35,1-19).

Sin embargo Jehú no se apartó de los pecados a los cuales Jeroboam hijo de Nabat había arrastrado a Israel, a saber, los terneros de oro que estaban en Betel y en Dan (...) Pero Jehú no se preocupó de caminar con todo su corazón según la ley de Yavé, Dios de Israel (...) Por esos días, Yavé comenzó a reducir el territorio de Israel: Jazael derrotó a los israelitas en todo el territorio al este del Jordán, en el territorio de Galaad, en el de Gad, Rubén y Manasés, desde Aroer que está encima del torrente Arnón; en una palabra, en Galaad y en Basán (2 Re 10,29-33).

A pesar de todo, el sanguinario Jehú murió de muerte natural y ensalzado por Dios desde su crónica del 2 Libro de Reyes.¹⁷⁴

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: quien a hierro mata, en la cama, viejo, rico y calentito, muere.

¹⁷⁴ Sólo un profeta más que peculiar, Oseas, que vivió allá por entre los años 782 y 753 a. C. —y cuyo texto, como el de casi todos los llamados «profetas escritores», es fruto de recopilaciones y ampliaciones mucho más tardías—, condenó a Jehú, a su reinado y dinastía, por los delitos cometidos: «Yavé entonces le dijo [a Oseas]: "Ponle el nombre de Jezrael [al hijo del profeta habido con Gomer, una ramera con la que Dios le ordenó casarse, en el versículo anterior], porque dentro de poco haré pagar a los reyes de la familia de Jehú la sangre que derramó en Jezrael y no habrá más reyes en Israel"» (Os 1,4). Claro que cuando se escribió esa maldición divina en Oseas ya se sabía perfectamente cuán mal había acabado la situación del reino de Israel, asediado y conquistado poco a poco por Asiria desde tiempos de Jehú y de su hijo Joacaz, y deteriorado sin remedio hasta el punto de ser arrasado completamente en el año 733-732 a. C. (antes de destruir, también, el reino del norte en 722-721 a. C.). ¡Bendito profeta de Dios! A toro pasado cualquiera puede ser profeta.

Capítulo 10 - Dios usó para sus planes a varones rematadamente necios

La lectura de la Biblia nos pone casi continuamente ante parrafadas, casos, gentes y conductas profundamente pueriles —por ser generosos en el adjetivo—, pero en ocasiones la narración bíblica resulta tan esperpéntica que obliga a preguntarse sobre si Dios sabía con quién se jugaba los cuartos o si, por el contrario, para realizar sus planes y a mayor gloria de sí mismo, se complacía eligiendo a varones notablemente limitados para el arte de pensar.

En esos casos, Dios se comportó como la mitad del pueblo norteamericano que eligió y reeligió presidente a Bush hijo, un personaje que, dicho sea de paso, merecería ser un varón bíblico, tanto por su afición a agredir y despreciar a pueblos ajenos y masacrar a inocentes, como por su capacidad para, según él, escuchar y seguir la voz de Dios.

Como muestra de la querencia que tuvo Dios por este tipo de personajes, recordaremos aquí a dos varones muy distintos entre sí: uno es Sansón, especie de Rambo con cerebro de mosquito cuyo recuerdo debería abochornar a la especie humana; el otro es Salomón, un tipo sin escrúpulos, que mandó asesinar a cuantos estorbaban su ambición, y que siendo ya rey elegido por Dios tuvo que pedirle a éste que le dotara de inteligencia para poder ejercer el cargo real. Y Dios se la dio, claro, según manifestó él mismo, y de ahí la gran fama que dejó Salomón tras de sí (además de otros asuntos más escabrosos).

SANSÓN, UN JUEZ PRONTO DE BRAGUETA Y MUY CORTO DE ENTENDEDERAS

Son universalmente conocidas las hazañas de Sansón, hijo del danita Manué, un elegido de Dios al que éste dotó de una fuerza sobrehumana a fin de que, tal como éste le anunció a la madre antes de quedar preñada —a pesar de ser estéril—, fuese el primero en liberar a los israelitas del dominio filisteo.¹⁷⁵

Así pues, Dios dotó a Sansón de una descomunal fuerza, pero le negó la sensatez, convirtiendo al que sería el último héroe carismático del periodo bíblico de los jueces en un energúmeno dominado por las pulsiones de su fuerza bruta y de su bragueta, conformando una mezcla de músculos de Rambo con una querencia al apareamiento propia de James Bond; el diseño de la criatura se completó adjudicándole una necesidad tan enorme que, de puro infmita, sólo podía corresponder a un milagro divino.

Veremos a continuación como la palabra de Dios, desde los versículos de Jueces, nos relata las aventuras de uno de los necios más aplaudidos de la historia humana:

¹⁷⁵ «Había un hombre de Soreá, de la tribu de Dan, que se llamaba Manoá. Su mujer era estéril y no había tenido hijos. El ángel de Yavé se apareció a la mujer y le dijo: "Hasta ahora has sido estéril y no has tenido hijos, pero vas a concebir y darás a luz un hijo (...) Porque desde el vientre de su madre el muchacho estará consagrado a Dios: no pasará por su cabeza la navaja, pues él será quien comenzará a librar a Israel de manos de los filisteos" (...) Así fue como la mujer dio a luz un hijo, al que puso por nombre Sansón. El niño creció y Yavé lo bendijo; el espíritu de Yavé comenzó a apoderarse de él en el Campamento de Dan, entre Soreá y Estaol» (Jue 13 2-25).

Sansón bajó a Timná y allí se encontró una mujer entre las niñas filisteas. Subió para comunicárselo a su padre y a su madre: «He visto a una mujer en Timná —les dijo —, una niña filistea. ¡Consíganmela como esposa!». Su padre y su madre le dijeron: «¿Acaso no hay suficientes jóvenes en nuestro clan y en todo nuestro pueblo para que vayas a buscarte una entre los incircuncisos, entre los filisteos?». Pero Sansón respondió a su padre: «Consíguemela porque me gusta». Su padre y su madre no sabían que eso venía de Yavé, quien quería crear problemas con los filisteos (en ese tiempo Israel estaba sometido a los filisteos) **[y vuelta a las andadas: Dios, desde detrás de las bambalinas, se aplica nuevamente en complicar las cosas hasta lo absurdo, a fin de que los versículos bíblicos puedan seguir hablando de muertes sin fin]**.

Bajó pues Sansón a Timná con su padre y su madre. Cuando venía por las viñas de Timná, le salió al paso un león joven. En ese momento se apoderó de él el espíritu de Yavé, desgarró al leoncito como se desgarra a un cabrito, siendo que nada tenía en las manos. No contó nada de esa hazaña ni a su padre ni a su madre **[¿qué culpa tenía el león de que Sansón anduviese con las hormonas revolucionadas? ¿Y qué estaban haciendo sus progenitores para no enterarse de lo que pasó ante sus narices?]**.

Enseguida bajó y habló con la mujer que le gustaba. Al cabo de un tiempo volvió a Timná para llevársela. Dio un rodeo para ver el cadáver del león: en el cuerpo del león había un enjambre de abejas con miel (...)

Cuando el padre de Sansón bajó a la casa de la mujer, Sansón ofreció un gran banquete según la costumbre de los jóvenes. Como le tenían miedo, le habían buscado treinta jóvenes para que lo acompañaran. Sansón les dijo: «Les voy a proponer una adivinanza. Les doy los siete días del banquete para que la resuelvan, y si la adivinan les daré treinta túnicas y treinta trajes para cambiarse. Pero si no adivinan, me darán treinta túnicas y treinta mudas». Le respondieron: «Dinos la adivinanza, te escuchamos».

Sansón les dijo: «Del que come salió lo que se come, y del más fuerte salió lo dulce». Durante tres días no pudieron resolver la adivinanza. Entonces, al cuarto día, dijeron a la mujer de Sansón: «Hazle arrumacos a tu marido para que te explique la adivinanza. o si no te quemaremos a ti y a la familia de tu padre; ¿o es que nos invitaste para robarlos?» **[con este tipo de amigos, a la mujer no le hacían falta enemigos]**.

La mujer de Sansón se puso a llorar a su lado: «Tú sólo me odias —le decía—, tú no me quieras. Ni siquiera me has explicado esa adivinanza que propusiste a los jóvenes de mi pueblo». Le respondió: «Ni siquiera se la he explicado a mi padre y a mi madre, ¿y quieres que te la explique?». Ella siguió así llorando los siete días que duró el banquete **[será, si acaso, los tres últimos, según se desprende del párrafo anterior]**, y al séptimo día, como él estaba cansado con eso, le dio la solución. Ella, inmediatamente, se la dio a los de su pueblo, y al séptimo día antes de la puesta del sol, la gente de la ciudad dijo a Sansón: «¿Qué más dulce que la miel y qué más fuerte que un león?». Les respondió: «Si no hubiesen arado con mi vaquilla, no habrían acertado con mi adivinanza» **[y si Sansón no hubiese sido un necio y un bocazas, tampoco]**.

El espíritu de Yavé se apoderó de él y bajó a Ascalón. Allí dio muerte a treinta hombres, les quitó la ropa y se la dio a los que habían explicado la adivinanza **[esa es la justicia de Dios, que permite y facilita el asesinato de treinta inocentes para que el cretino que eligió para realizar sus planes pueda pagar la apuesta que perdió por ser un lelo]**. Luego, muy enojado, se volvió a la casa de su padre. En vista de eso dieron la mujer de Sansón a uno de los jóvenes que lo habían acompañado **[buen ejemplo para un cristiano: el varón de Dios se acostó con ella, tal como deseaba, pero como metió la pata hasta el corvejón ante su mujer, la abandonó y ésta fue adjudicada a uno de sus «amigos»]**¹⁷⁶ (Jue 14,1-20).

¹⁷⁶ El sentido de este versículo no está claro del todo, podría referirse a uno de los treinta filisteos que le acompañaron durante la boda y con los que se enemistó por la apuesta, pero muchas otras

Algun tiempo después, en la época de la cosecha del trigo, Sansón fue a ver a su mujer llevándole un cabrito. Dijo: «Quisiera estar con mi mujer en su pieza». Pero su suegro le impidió pasar. Le dijo: «Como pensé que tú ya no la querías, se la di a tu compañero [¿y Sansón no se enteró? ¡Vamos, anda!]. Su hermana menor es más hermosa, ésta será tu esposa en vez de aquélla [vemos aquí a otro buen padre bíblico: un tipo bestia desvirga a su hija, la abandona, asesina a treinta inocentes para pagar la deuda de una apuesta, regresa a por más cama con la hija, y el padre le ofrece a otra, menor y más hermosa ¡¿?!].

Entonces Sansón les dijo a todos: «Esta vez, si hago algún perjuicio a los filisteos, no les deberé nada». Se fue Sansón y atrapó trescientos zorros. Tomó unas antorchas y ató a los zorros de a dos por la cola poniendo una antorcha entre medio. Luego encendió las antorchas y soltó a los zorros en los campos de los filisteos. Así quemó todo: los atados, el trigo en pie y hasta las viñas y los olivares. Los filisteos preguntaron: «¿Quién hizo eso?». Les respondieron: «Sansón, el yerno del hombre de Timná, porque este último le quitó a su mujer y se la dio a su camarada». Subieron entonces los filisteos y quemaron la mujer junto con su padre [¡qué bien se lo pasaría Dios provocando tanta muerte injusta!].

Sansón les dijo: «Ya que ustedes actuaron así, no me detendré hasta que no me haya vengado de ustedes». Les dio una tremenda paliza [obsérvese que Sansón asesinó sin más a treinta inocentes para robarles su ropa y sólo le dio una paliza a quienes quemaron vivos a su mujer y suegro] y después bajó a vivir en una cueva de los Roqueríos de Etam (Jue 15,1-8).¹⁷⁷

Pero los despropósitos del joven y ardiente Sansón dieron para mucho más dentro de los planes de Dios, que creyeron oportuno proseguir la historia del liberador de su pueblo en un burdel de Gaza.

Sansón bajó a Gaza. Allí se encontró con una prostituta y entró en su casa. Le dijeron a la gente de Gaza: «¡Sansón vino para acá!». Organizaron rondas y se quedaron de guardia toda la noche a la puerta de la ciudad. No se movieron en toda la noche porque decían: «Esperémoslo hasta la mañana y entonces lo mataremos». Sansón estuvo acostado hasta la medianoche. Se levantó a medianoche, tomó las puertas de la ciudad con su marco y las arrancó junto con su tranca. Se las echó a la espalda y se las llevó a la cumbre de la montaña que está frente a Hebrón [otros varones se echan un pitillo tras el coito, pero Sansón andaba imbuido de Dios y sus humos necesitaban mayor gloria].

Después de eso se juntó con una mujer del valle de Sorec que se llamaba Dalila.¹⁷⁸ Los jefes de los filisteos fueron a verla y le dijeron: «Sedúcelo con tus encantos y trata de

versiones bíblicas no le dan este sentido, pudiendo ser tanto un filisteo con el que Sansón trabó amistad con ocasión de los espousales o un amigo de su propia tribu invitado a su boda. La Septuaginta tradujo: «Y fue la mujer de Sansón de uno de los amigos de él con quien se amistara». La Biblia de Jerusalén: «La mujer de Sansón pasó a ser de un compañero suyo, el que había sido su amigo de confianza». La raíz hebrea raá, usada aquí, y que se refiere a cuidar o apacientar un rebaño y, por extensión a asociarse con alguien como amigo, deja abierta la cuestión y la duda.

¹⁷⁷ La cosa no quedó aquí, claro. Los filisteos se enfadaron y subieron a por los israelitas... que bajaron a por Sansón hasta su cueva, y éste, claro, acabó liquidando filisteos al por mayor: «Los hombres de Judá le dijeron: "Hemos bajado para apresarte y entregarte a los filisteos". Sansón les dijo: "¡Júrenme que no me matarán!". Ellos respondieron: "No, sólo vamos a apresarte y a entregarte a ellos; pero no te mataremos". Lo amarraron entonces con dos cuerdas nuevas y lo sacaron de los Roqueríos de Etam. Cuando estaba ya cerca de Lehi, salieron a su encuentro los filisteos lanzando gritos de alegría. Entonces se apoderó de él el espíritu de Yavé. Las cuerdas que amarraban sus brazos se volvieron para él como hilos de lino quemado, y se deshicieron las ataduras de sus manos. Encontró una quijada de burro todavía fresca, la tomó y mató a golpes a mil filisteos» (Jue 15,12-15).

averiguar de dónde le viene esa fuerza tan grande y cómo podríamos dominarlo, amarrarlo y domarlo. Cada uno de nosotros te dará mil cien ciclos de plata».

Dalila [de la que no se aclara si era ramera o sólo voluntaria] preguntó a Sansón: «Dime, te lo ruego, de dónde proviene tu fuerza extraordinaria. ¿Cómo se podría amarrarte y domarte?» [la pregunta le resultaría sospechosa al más idiota de los humanos, pero no a ese ardiente varón de Dios]. Sansón le dijo: «Si me ataran con siete cuerdas nuevas que todavía no estén secas, perdería mi fuerza y sería como un hombre cualquiera» [¿embuster? ¿bobo? ¿o con ganas de jugar, tal como hacía el galo Obelix sacudiéndole a los romanos tontorrones creados por Albert Uderzo y René Goscinny?].

Los jefes de los filisteos le entregaron siete cuerdas nuevas que no se habían secado todavía y ella lo amarró; había escondido a unos hombres en su pieza [habitación]. Le gritó: «¡Sansón, los filisteos te atacan!». Rompió de un golpe las cuerdas como se rompe la mecha de estopa cuando se la quema: no descubrieron el secreto de su fuerza [ni tampoco nos cuenta la palabra de Dios si a Sansón le iba el sexo sadomasoquista —¿de qué otro modo puede explicarse que se dejase atar en la cama por su amante?—, o qué dijo cuando vio salir a los filisteos de debajo de su cama y qué hizo con ellos].

Dalila dijo a Sansón: «Te burlaste de mí y me contaste mentiras. Dime con qué hay que amarrarte». Le dijo: «Si me atan con cuerdas nuevas que nunca hayan sido usadas, perderé mi fuerza y seré como un hombre cualquiera» [muy encelado debía de andar ese hombre con su amante, o era más bruto que un arado]. Dalila lo amarró con cuerdas nuevas; luego dijo: «¡Sansón, los filisteos te atacan!». Le habían preparado una emboscada en su pieza [habitación], pero él rompió las cuerdas como si fueran hilo [Sansón jugaba a ser Obelix, seguro... o la palabra divina nos gastó una broma de colegial dando por cierta una historia tan chusca].

Dalila dijo a Sansón: «¿Cuántas veces más me contarás mentiras? Dime con qué habría que atarte». Respondió: «Si tú entretejieras las siete trenzas de mi cabellera en la urdimbre de un telar, si las apretaras con un peine de tejedor, perdería mi fuerza y sería como un hombre cualquiera». Ella lo durmió [¿cómo? Aunque lo imaginamos], entretejió las siete trenzas de su cabellera con la urdimbre de un telar [¿cómo? Aquí no hay forma de imaginar nada coherente], las apretó con un peine de tejedor y le dijo: «¡Sansón, los filisteos te atacan!». Se despertó de su sueño y arrancó el peine, la lanzadera y la urdimbre [y digo yo, ya que estaba dormido, ¿para qué despertarle? ¿No podían aprovechar los filisteos para darle pasaporte mientras dormía ajeno al estropicio que su amante le hacía con la pelambre?]».

Entonces ella le dijo: «¿Cómo puedes decirme que me amas? Tu corazón no está conmigo, ya que tres veces te has burlado de mí y no me has dicho de dónde proviene tu enorme fuerza» [ni ella, al parecer, le contó de dónde salían los filisteos de su dormitorio].

Como siguiera molestandolo y acosándolo todos los días con la misma pregunta, creyó que se iba a morir [¡¡¡pobre criatura!!!]. Entonces le abrió su corazón. Le dijo: «Estoy consagrado a Dios desde el vientre de mi madre y nunca ha pasado la navaja por mi cabeza. Si me raparan, se me iría la fuerza y quedaría tan débil como cualquiera» [Sansón y bobo deberían ser sinónimos en cualquier diccionario].

¹⁷⁸ Más que «juntarse» con Dalila, lo que Sansón hizo con ella fue ayuntarse. La mayoría de las versiones traducen este versículo como: «Después de esto, se enamoró de una mujer de la vaguada de Sorec, que se llamaba Dalila» (Biblia de Jerusalén). La raíz hebrea ajéb, usada aquí, significa «tener afecto —sexual o de otro tipo—, amante, amar, amigo, amor, deleitar, enamorado, enamorar, gustar, querer», etc.

Dalila vio que esta vez le había revelado su secreto. Mandó a buscar a los jefes de los filisteos y les dijo: «Vengan ahora porque me ha revelado lo más secreto de su corazón». Los jefes de los filisteos fueron a su casa llevando el dinero en la mano [la dama era perseverante, aunque no idiota; a estas alturas ya parece claro que lo suyo con Sansón no era amor, sino oficio]. Después de haber hecho dormir a Sansón en sus rodillas [¿?], llamó a un hombre para que le cortara las siete trenzas de su cabellera [la habitación de Dalila debía de ser como el camarote de los hermanos Marx] y comenzó a perder sus fuerzas: su fuerza se le había ido.

Entonces ella dijo: «¡Sansón, los filisteos te atacan!». Él se despertó de su sueño y pensó: «Me desataré como las otras veces y me libraré» [esto demuestra que a Sansón, efectivamente, le iba el juego tipo Obelix]. Pero no sabía que Yavé se había retirado lejos de él [aquí comienza un juego muy bíblico, el de la terrible crueldad de Dios para con muchos de sus «protégidos»].

Los filisteos lo apresaron y le sacaron los ojos. Lo hicieron bajar a Gaza, lo ataron con una cadena doble de bronce y lo pusieron a dar vueltas a la piedra de un molino en la prisión. Sin embargo, después que le cortaron el pelo, su cabellera volvió a crecer [resulta que Dios, para gozo de los lectores de esta historia, no sólo creó idiota a Sansón... también los filisteos andaban escasos de masa neuronal].

Los jefes de los filisteos se juntaron para ofrecer un gran sacrificio a Dagón su dios. e hicieron una fiesta. Decían: «Nuestro dios puso en nuestras manos a nuestro enemigo Sansón» (...) Cuando todos se sintieron bien contentos (...) Fueron a buscar a Sansón a la prisión y él dio varias vueltas a la vista de todos, luego lo pusieron entre las columnas. Sansón dijo entonces al joven que lo llevaba de la mano: «Tú guíame, ayúdame a tocar las columnas que sustentan el templo para que pueda apoyarme en ellas» [su lazaroillo ocasional, además de un iluso, sería arquitecto, puesto que fue capaz de saber a simple vista cuales eran las ¿dos? columnas que sostenían todo el edificio].

El templo estaba lleno de hombres y mujeres. Allí estaban todos los jefes de los filisteos, y en la terraza había como tres mil hombres y mujeres que se divertían mirando a Sansón [eso sí era una fiesta a lo grande]. Entonces Sansón invocó a Yavé y le dijo: «¡Por favor, Señor Yavé! Acuérdate de mí y dame fuerza por última vez. ¡Quisiera hacerles pagar a los filisteos mis dos ojos de un solo golpe!». Sansón tocó las dos columnas centrales en las que se sostenía el templo y se apoyó en ellas: su brazo derecho en una y su brazo izquierdo en otra [o Sansón tenía unos brazos de más de tres metros o aquel lugar se parecía más a un parking moderno que a un palacio antiguo]. Luego Sansón exclamó: «¡Que muera yo con todos los filisteos!». Se estiró con todas sus fuerzas y se derrumbó el templo encima de los jefes y de todo el pueblo que estaba allí. Los que arrastró consigo a la muerte fueron más numerosos que aquellos a los que había dado muerte durante toda su vida [esto es lo fundamental para el dios bíblico, que hubiese cuantos más muertos mejor] (Jue 16,1-30).

Así acabó la historia de Sansón, que por designio divino «había sido juez de Israel veinte años» (Jue 16,31). Dado que Dios apostó decididamente por ese híbrido de Rambo con bragueta de James Bond y cerebro de mosquito, para liberar a su pueblo, cabe preguntarse si ese sujeto representaba lo mejorcito que el Altísimo podía encontrar entre su grey, o incluso si fue la criatura más excelente que éste fue capaz de crear.

Aunque, viendo que Dios eligió a este fulano expresamente, incluso haciendo posible el embarazo de su madre estéril, y que le acompañó —insuflándole el espíritu divino que le dotaba de superioridad— en todos sus actos, sin importar que fuesen absurdos, injustos, necios o criminales —o todo ello a la vez—, cabe extraer la conclusión de que Dios, cual moderno programador de contenidos televisivos,

actuó asentando una máxima que hará furor en el mundo de hoy, esto es, que cuanto peor, mejor.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: aunque un tonto útil sea causa de vergüenza pública por sus actos necios, deplorables y hasta criminales, éstos deben ser olvidados o reinterpretados a fin de que quienes se beneficien de ellos puedan ensalzarlos como gloria bendita de heroica memoria.¹⁷⁹

EL GRAN SALOMÓN: UN BISOÑO AL QUE DIOS, TRAS HACERLE REY, TUVO QUE DARLE INTELIGENCIA

Si el Dios que todo lo puede fue capaz de darle carrera y fama bíblicas a un tipo como Sansón, no debió de sorprenderse demasiado cuando Salomón, otro de sus maravillosos elegidos a dedo (divino), aprovechó su aparición para solicitarle obtener por la vía del milagro lo que la naturaleza, al parecer, le había negado, esto es, inteligencia para juzgar.

El rey se dirigió a Gabaón para ofrecer allí sacrificios, pues era el principal Lugar Alto. Salomón ofreció muchos sacrificios en ese altar, más de mil holocaustos. Allí en Gabaón Yavé se le apareció en sueños a Salomón durante la noche. Le dijo: «Pídeme lo que quieras y te lo daré».

Salomón le respondió: «Tú has mostrado una bondad muy grande para con tu servidor David, mi padre; es cierto que caminó en tu presencia en la fidelidad, la justicia y la sinceridad. Tú no has puesto fin a esa bondad hacia él, pues has querido que su hijo esté ahora sentado en su trono. Tú me has hecho rey, Yavé, Dios mío, en lugar de mi padre David. Pero yo soy todavía muy joven y no sé aún actuar¹⁸⁰ [Dios se lucía eligiendo a sus ejecutivos]. Tu servidor se las tiene que ver con tu pueblo, al que tú mismo elegiste, y es un pueblo tan numeroso que no se lo puede ni calcular ni contar. Concede pues a tu servidor que sepa juzgar a tu pueblo y pueda distinguir entre el bien y el mal [¿no sabía hacerlo antes de ser rey por voluntad divina? ¿Quién educó tan mal a ese chaval?]. ¿Quién podría en realidad gobernar bien a un pueblo tan importante?¹⁸¹

Le agració al Señor el pedido de Salomón, y Dios le dijo: «No has pedido para ti una larga vida, ni la riqueza ni la muerte de tus enemigos, y en cambio me pediste la inteligencia para ejercer la justicia. Pues bien, te voy a conceder lo que me pediste. Te doy un corazón tan sabio e inteligente como nadie lo ha tenido antes que tú y como nadie lo tendrá después de ti [y así nos ha ido a los humanos desde la desaparición de Salomón]. Y además te daré lo que tú no has pedido: tendrás riquezas y gloria más que ningún otro rey de la tierra durante tu vida. Si andas por mis caminos, si observas mis

¹⁷⁹ Una enseñanza divina, dicho sea de paso, bajo la que subyace, en síntesis, la dinámica social que permite crear héroes históricos en cualquier sociedad y época.

¹⁸⁰ La total inexperiencia del rey elegido por Dios se resalta todavía más en la traducción que dan la mayoría de las versiones bíblicas, que vienen a decir: «(...) pero soy un joven muchacho y no sé por dónde empezar y terminar» (Biblia de Jerusalén). A pesar de su nula cualificación para ser rey, Salomón, antes de pedirle a Dios inteligencia, tuvo la suficiente para ordenar el asesinato de su hermano Adonías (heredero legítimo del trono), de Joab (jefe del ejército con el rey David) y de Semeí (líder benjaminita), así como la deposición del sacerdote Abiatar, todo ello para asegurarse el trono. El hombre no tenía ni idea de gobernar, pero de hacer política sabía un rato largo y se bastaba y sobraba con su falta de escrúpulos.

¹⁸¹ Esta misma historia se relata de nuevo en 2 Cr 1,1-13, pero en la nueva versión Salomón ya no aparece como el rey inexperto e inseguro de este primer texto, sino que se dirige a Dios con aplomo y le pide «la sabiduría y el entendimiento para que pueda conducir a este pueblo». En la Biblia, al contrario que en el cine, las segundas versiones siempre mejoran el producto final.

ordenanzas y mis mandamientos como lo hizo tu padre David, te daré larga vida» (1 Re 3,4-14) [la frase «como lo hizo tu padre» era astuta, ya que David delinquió reiteradamente con el beneplácito de Dios, y Salomón antes de recibir este premio divino ya había transgredido varias leyes de Dios asesinando a su hermano y a otros].

De resultas de tan preclara y divina inteligencia,¹⁸² Salomón saltó a la fama perpetua gracias al conocido juicio de las dos rameras¹⁸³ que convivían y que acudieron ante su tribunal para dirimir si, tras la muerte nocturna del bebé de una de ellas, el que quedó vivo era de la una o de la otra.

El rey tomó la palabra: «Tú dices: "Mi hijo está vivo y el tuyo está muerto". Y tú dices: "¡No! porque es tu hijo el que está muerto mientras que el mío está vivo"». El rey ordenó: «Tráiganme una espada». Le llevaron al rey una espada. Entonces el rey dijo: «Corten en dos al niño que está vivo y denle una mitad a una y la otra mitad, a la otra».

Entonces la mujer cuyo hijo estaba vivo dijo al rey, porque se le commovieron sus entrañas de madre: «No, por favor, señor, denle a ella mejor el niño que está vivo, pero que no lo maten». Pero la otra replicaba: «Pártanlo, así no será ni mío ni tuyo». El rey entonces decidió: «Den el niño que está vivo a la primera, no lo maten, porque ella es su madre».

Todo Israel oyó hablar de la sentencia que había pronunciado el rey; desde entonces hubo un gran respeto por el rey porque se veía que la sabiduría de Dios estaba con él cuando administraba justicia [obvio, sí, claro] (1 Re 3,16-28).

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: lo importante es llegar a chupar cargo y apoderarse de la poltrona, que la inteligencia para desempeñarlo ya llegará por milagro (o no).

¹⁸² «Dios le dio a Salomón la sabiduría, una inteligencia muy grande, y una ciencia tan amplia como la arena que está en la orilla del mar. La sabiduría de Salomón superaba a la sabiduría de cualquier sabio de Oriente y a toda la sabiduría de Egipto. Fue más sabio que cualquier otro, más sabio que Etán el Ezrajita, más que Jemán, Calcol y Darda, los hijos de Majol. Su fama se extendió por todos los países vecinos. Pronunció tres mil sentencias, compuso mil cinco cánticos, habló sobre las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el musgo que brota en los muros; habló sobre los animales, los pájaros, los reptiles y los peces. De todos los países venían a oír la sabiduría de Salomón y recibió regalos de todos los reyes de la tierra que habían oído hablar de su sabiduría» (1 Re 5,9-14).

¹⁸³ Los creyentes hablan de «dos madres», no de «dos rameras», cuando cuentan esta historieta, pero falsean la palabra de Dios al esconder lo que éste destacó como principal al inspirar que «fueron dos prostitutas al tribunal del rey. Una de ellas le dijo: "Señor, atiéndeme; esa mujer y yo vivíamos en la misma casa y en esa casa di a luz a un niño. Tres días después del parto, ella dio a luz también a un niño. Estábamos juntas, ninguna persona extraña estaba con nosotras, éramos las únicas en la casa"» (1 Re 3,16-18). La raíz hebrea zaná usada aquí para describir a las mujeres significa «adulterio (desenfrenado) cometido por una mujer», y también «prostituir» o «ramerá».

Capítulo 11 - Dios no dudó en matar a muchos inocentes.. incluso bajo el pretexto de castigar a varones que se limitaron a obrar según sus mandatos

La Biblia es un completísimo catálogo de castigos brutales aplicados sobre aquellos, personas o pueblos, a quienes Dios, exultante de sagrada ira, consideró culpables de vulnerar alguno de sus mandatos. Su justicia, tal como ya se ha visto, fue sui generis, puesto que dejó sin castigo a grandes criminales y a lamentables delincuentes —que gozaron de su protección y bendición—, al tiempo que masacró a incontables millares de inocentes y, en el mejor de los casos, castigó a descendientes por errores o delitos cometidos por sus padres o abuelos:

Y Él [Dios] pasó delante de Moisés diciendo con voz fuerte: «Yavé, Yavé es un Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y en fidelidad. Él mantiene su benevolencia por mil generaciones y soporta la falta, la rebeldía y el pecado **[todo el Antiguo Testamento demuestra fehacientemente justo lo contrario]**, pero nunca los deja sin castigo; pues por la falta de los padres pide cuentas a sus hijos y nietos hasta la tercera y la cuarta generación» (Ex 34,6-7). **Esta es la justicia divina, el padre se beneficia del delito cometido sin la menor sanción y el hijo o el nieto, totalmente ajenos e inocentes, pagan el pato con creces.**

Pero siendo tales conductas algo abusivas —aunque Dios sabrá, claro—, parece incluso peor leer en algunos relatos bíblicos cómo Dios castigó terriblemente a muchos inocentes a causa de que sus jefes cumplieron con lo que Dios les había ordenado previamente, o se comportaron tal como sus mandatos exigían.

Tres historias muy diferentes nos ayudarán a conocer mejor este aspecto de Dios.

DIOS ARRASÓ A SU PUEBLO CON LA PESTE PARA CASTIGAR AL REY DAVID... ¡POR HABER CUMPLIDO SIN CHISTAR UNA ORDEN DIVINA!

El rey David fue diligente en hacer lo que Dios le ordenó, esto es, censar a su pueblo, pero de buenas a primeras el Altísimo lo tomó a mal y ¡masacró al pueblo censado!, que no tuvo ni arte ni parte en la cosa. Nos lo cuenta con claridad meridiana el 2 Libro de Samuel:

De nuevo se encendió contra Israel la cólera de Yavé, quien impulsó a David a causar su desgracia. «Anda —le dijo—, y haz el censo de Israel y Judá» **[es la propia palabra de Dios la que confirma que obligó al rey a causar la desgracia de su pueblo]**.

El rey dijo a Joab, el jefe del ejército, que estaba con él: «Recorre todas las tribus de Israel desde Dan hasta Bersebá. Cuenta al pueblo, así sabré cuántos son». Joab dijo al rey: «(...) ¿Pero por qué el rey mi señor quiere tal cosa?». Pero como la palabra del rey

era una orden para Joab y los jefes del ejército, salió de la casa del rey junto con los jefes del ejército para ir a hacer el censo de la población de Israel (...)

Recorrieron pues todo el país y regresaron a Jerusalén al cabo de nueve meses y veinte días. Joab le entregó al rey el número exacto de la población: Israel contaba con ochocientos mil hombres de armas capaces de manejar la espada, y Judá, con quinientos mil.¹⁸⁴

Pero en seguida el corazón de David se puso a palpitar; ¡había censado al pueblo! **[usted perdone, ¿y dónde está el problema?]** Le dijo a Yavé: «Cometí un grandísimo pecado. Perdona, Yavé, ahora, el pecado de tu servidor: actué como un tonto» **[¿pecado? ¡Pero si hace unos pocos versículos que Dios le ordenó que hiciese el censo!]**¹⁸⁵

Al día siguiente, mientras David se levantaba, la palabra de Yavé fue dirigida al profeta Gad, el vidente de David **[si Dios le había dado directamente a David la orden de censar al pueblo, ¿por qué ahora usaba un intermediario?]**: «Ve a transmitir a David esta palabra de Yavé: "Te propongo tres cosas, elige una y la llevaré a cabo"».

Gad se presentó ante David y le dijo: «¿Qué elegirías: tres años de hambruna en todo el país, tres meses huyendo de un enemigo que te persigue, o tres días de peste en el país? Piénsalo, tú me dirás qué respuesta debo llevar al que me envió». David dijo a Gad: «Estoy en un gran aprieto, pero es mejor para nosotros caer en las manos de Yavé, porque él es rico en misericordia, antes que caer en manos de los hombres» **[Dios sería rico en misericordia, pero también era infinitamente cicatero en su administración]**.

Y David escogió la peste. Era el tiempo de la cosecha del trigo, y Yavé envió la peste a Israel desde esa mañana hasta el plazo fijado. El flagelo golpeó al pueblo y murieron setenta mil hombres desde Dan hasta Bersebá **[y suma y sigue el listado de cientos de miles de muertos inocentes por acto injusto, cuando no mero capricho, de Dios]**.

El ángel exterminador extendió su mano hacia Jerusalén, pero Yavé se arrepintió del mal y dijo al ángel exterminador: «¡Detente! ¡Retira tu mano!». El ángel de Yavé estaba en ese momento cerca de la era de Arauna el jebuseo.

Cuando David vio al ángel que castigaba a la población, se volvió hacia Yavé y le dijo: «Yo pequé, yo cometí esa gran falta, pero ¿qué hizo el rebaño? Que tu mano se abata sólo sobre mí y la casa de mi padre» **[pero no, Dios suele preferir lo teatral, la gran masacre de inocentes antes que el castigo de algún culpable... que, en este caso, sólo era el propio Dios]**.

Ese día el profeta Gad fue a ver a David y le dijo: «Sube y levanta un altar a Yavé en la era de Arauna el jebuseo» (...) David levantó allí un altar a Yavé y ofreció en él holocaustos y sacrificios de comunión. Entonces Yavé tuvo piedad de Israel y se apartó la peste de Israel» (2 Sm 24,1-25).

¹⁸⁴ Los datos sobre el censo de David, tal como es habitual en casi todo lo que aparece duplicado en la Biblia, son contradictorios. Según 2 Sm 24,1-9, los varones en edad militar eran ochocientos mil en Israel y quinientos mil en Judá, pero según 1 Cr 21,1-6 eran 1.100.000 en Israel y 470.000 en Judá.

¹⁸⁵ Para los poco avisados en cuestión de justificaciones bíblicas absurdas, diremos que muchos exégetas explican ese «pecado» aduciendo que sólo Dios podía tener conocimiento del número exacto de miembros de su pueblo, por lo que David profanó una especie de secreto de estado (celestial). Esta memez había sido desmentida ya por el propio Dios cuando, en Ex 30,12, le especificó a Moisés las normas a seguir cuando hiciese «el censo de los hijos de Israel», cosa que no sólo no prohibió, sino que legisló como obligatoria (mostrando así, de paso, que Dios tampoco tenía ni idea del número de su grey). Además, 55 versículos veterotestamentarios, que citan con normalidad datos sobre censos ajenos a este de David, demuestran que, a Dios, la cosa de la estadística sociológica le resultaba indiferente.

Genial: Dios, encolerizado de nuevo contra su pueblo, le ordenó a David que lo censara; él lo hizo (en contra del criterio de sus generales), aunque resulta que, por algún motivo misterioso, la cosa era pecado muy gordo y, claro, merecedora de castigo divino. Pero en lugar de sancionarse Dios a sí mismo por haber forzado el delito, o darle unos azotes al rey David por ser tan patéticamente crédulo con el primero que le hablase desde el cielo, Dios se decantó por asesinar a decenas de miles de ciudadanos totalmente inocentes.

El relato bíblico citado dejó tan claro que Dios fue el único responsable de tamaña canallada que, posteriormente, cuando se redactó el libro 1 de Crónicas (c 400 a. C.), algún listo quiso enmendarle la plana a Dios —y, de paso, lavarle algo la cara— y ni corto ni perezoso, al contar la misma historia, se sacó de la manga el versículo siguiente:

Satanás¹⁸⁶ se levantó contra Israel e incitó a David a hacer el censo de Israel (1 Cr 21,1).

Pero no, no fue ningún satan —ni ángel, ni Satanás (que en tiempos de David todavía no había sido inventado)— quien incitó el censo y asesinó a muchos miles de inocentes, sino que fue el propio Dios, tal como él mismo nos dejó escrito mediante su palabra verdadera y eterna.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: donde hay patrón no manda marinero y, a mayor gloria del jefe, la marinería debe cargar siempre con las culpas y errores del patrón.¹⁸⁷

DIOS DISPUSO LA LAPIDACIÓN DE ACÁN Y DE SU FAMILIA POR QUEDARSE CON ALGUNOS BIENES HALLADOS EN LOS RESTOS DE JERICÓ, ¡UNA CIUDAD MASACRADA POR ORDEN DIVINA!

El enunciado de este capítulo puede parecer una contradicción en sí mismo, pero no, no lo es. Sólo relata una salvajada. Una más.

Tras el asalto y destrucción de la ciudad de Jericó por las hordas de Josué, una masacre ordenada y posibilitada por Dios —tal como ya vimos anteriormente—, que, además, también condenó al anatema, al exterminio sin piedad, a todos los seres vivos y bienes de la ciudad, uno de los participantes, el pobre Acán, sucumbió al deseo de quedarse para sí un manto y varias piezas de oro y plata halladas entre las ruinas de la ciudad.

El desliz de Acán desató la cólera de Dios que no se había saciado todavía con el asesinato de todos los habitantes de Jericó—y el Altísimo, ni corto ni perezoso, abandonó la protección que le daba a su pueblo para que pudiese masacrar impunemente a cuanta población se le cruzase, hizo morir a unos tres mil de los suyos y, finalmente, instó la lapidación de Acán y de toda su familia, así como la destrucción de todos sus bienes. Así se las gastaba Dios, y así lo cuenta su palabra inspirada en el libro de Josué.

¹⁸⁶ Tal como ya se explicó al tratar el caso de Job, en el capítulo 8.4, la palabra hebrea satan Isaw-tawng usada en el Antiguo Testamento no se refería a Satanás, como en época posterior y de forma muy interesada se dirá, sino que significaba «oponente, adversario o acusador» y se refería a un ángel de Dios que ejercía ese papel ante el propio Dios.

¹⁸⁷ En tan tempranas fechas, Dios ya se comportaba como los políticos actuales, esto es, causando catástrofes a dos manos y obligando al pueblo a pagar por ellas.

Los israelitas cometieron una grave infidelidad a propósito del anatema.¹⁸⁸ Acán, hijo de Carmí, hijo de Zabdi, hijo de Zerá, de la tribu de Judá, tomó cosas prohibidas por el anatema, y estalló la cólera de Yavé contra los israelitas.

Desde Jericó, Josué envió hombres a Aí, que está al lado de Betaven, al este de Bel (...) Subieron más o menos tres mil hombres del pueblo, pero los habitantes de Aí los rechazaron. La gente de Aí les mataron como treinta y seis hombres y luego los persiguieron desde la puerta de la ciudad hasta Sebarim. En la bajada los masacraron. Presa del miedo, el pueblo se desanimó (...)

Josué dijo entonces: «¡Ay! ¡Señor Yavé! ¿Para qué hiciste que este pueblo atravesara el Jordán? ¿Fue acaso para entregarnos en manos de los amoreos y hacernos morir? ¿Por qué no nos quedamos mejor al otro lado del Jordán? Señor, Israel ha vuelto la espalda frente a sus enemigos: ¿qué puedo decir ahora? Los cananeos y todos los habitantes de este país lo van a saber, nos cercarán y borrarán nuestro nombre de este país. ¿Qué vas a hacer por el honor de tu gran nombre?» [un gran pueblo, ese de Dios; a la que éste no les hacia el trabajo sucio y les daba la victoria, lloriqueaban en el suelo como tortugas poniendo huevos. Debe recordarse que el llorica de Josué ya había asesinado, sin el menor remordimiento ni piedad, a miles de habitantes en las ciudades que invadió... y también asesinará a los doce mil que vivían en Aí, la ciudad que ahora había rechazado su ataque invasor].

Yavé respondió a Josué: «¡Levántate! ¿Por qué estás ahí tirado con el rostro en tierra? Israel pecó, fue infiel a la Alianza que le prescribí. Tomaron objetos prohibidos por el anatema, los robaron, mintieron y los escondieron en el equipaje (...) Ya no estaré más con ellos mientras no quiten el anatema de entre ustedes [obsérvese que Dios propició la masacre de los tres mil hombres de Josué sabiendo perfectamente que el anatema, quien incumplió su aplicación, fue un solo hombre].

Pues bien, vas a santificar a los israelitas. Les dirás: «Santifíquense para mañana, porque esto dice Yavé, el Dios de Israel (...) Por eso comparecerán mañana por tribus. La tribu que retenga Yavé comparecerá por familias, la familia que retenga¹⁸⁹ Yavé comparecerá por casas, y la casa que retengas Yavé comparecerá por cabezas. El que haya sido designado será quemado en la hoguera con todo lo que le pertenezca, porque fue infiel a la Alianza de Yavé y cometió un crimen en Israel».

Al día siguiente, Josué se levantó muy de madrugada e hizo que compareciera Israel. Fue retenida la tribu de Judá (...) y fue retenida la familia de Zerá (...) y fue retenida la casa de Zabdi (...) y fue retenido Acán (...)

Acán respondió a Josué: «Es cierto, pequé contra Yavé, el Dios de Israel, y esto fue lo que hice: En medio de los despojos [de la ciudad de Jericó, arrasada por orden de Dios y de la mano de Josué] vi un hermoso manto de Chinear, doscientas piezas de plata y un lingote de oro que pesaba cincuenta siclos. Cedí a la tentación y los tomé. Están ocultos en el suelo en el centro de mi tienda y la plata está debajo» (...)

¹⁸⁸ Ya se trató el asunto del anatema en el apartado 2.1, dedicado a los mandamientos inmorales de Dios. Todo lo que era declarado anatema quedaba «consagrado a Dios», esto es, que debía ser destruido, habitualmente por el fuego, salvo el oro, plata y otros objetos de metal, que normalmente tenían que ser entregados al clero, que administraba «el tesoro de Yavé».

¹⁸⁹ La raíz hebrea lakád, usada aquí, significa «atrajar —en una red, trampa o pozo—, capturar u ocupar, o escoger por suertes». Si se toma esta última acepción, tal como hacen algunas traducciones bíblicas, resultaría que Dios recurrió al azar para encontrar a quien buscaba... algo absurdo, claro, pues debe suponerse que conocía perfectamente quién había incumplido la ley del anatema que le había llevado a castigar a la gente de Josué. Y si ya lo conocía, ¿a qué vino el paripé que hizo obligando a escoger entre tribus, familias, casas, cabezas...? Cosas de Dios... y de su querencia por las situaciones dramáticas.

Lo sacaron entonces de la tienda y lo llevaron a donde estaba Josué con todo Israel. Y lo depositaron todo delante de Yavé. Josué y todo Israel tomaron a Acán hijo de Zerá, con la plata, el manto, el lingote de oro, los hijos y las hijas de Acán junto con sus bueyes, sus burros, sus ovejas, su tienda y todo lo que le pertenecía, y los llevaron al valle de Acor. Entonces Josué le dijo: «¿Por qué atrajiste la desgracia sobre nosotros? Que Yavé, hoy día, te traspase a ti la desgracia». Y todo Israel lo apedreó. Los quemaron en la hoguera y los apedrearon (...) y Yavé se apaciguó del ardor de su cólera (Jos 7,1-26).

Hermoso ejemplo, sí señor. Josué y su horda de asesinos protegidos de Dios se pasearon por versículos y más versículos bíblicos matando a miles de inocentes y robando impunemente sus riquezas,¹⁹⁰ pero cuando uno de sus hombres se quedó con un cachito del botín que pertenecía a Dios, es decir, al clero, el Altísimo se levantó en cólera, propició que los de Áí matasen a tres mil hebreos —en defensa propia, que esto ya es bien raro en la Biblia— y, al no considerarlo suficiente castigo, Dios organizó el juicio antes descrito y, en cumplimiento de su ley, fueron asesinados los «hijos y las hijas de Acán» y quemados junto a su ganado «y todo lo que le pertenecía», una partida de bienes en la que ni siquiera se tuvo la decencia de citar a su esposa o esposas, pero ya se conoce la afición que le tenía el pueblo de Dios a la lapidación de mujeres casadas, y seguro que no se libraron.

Consuela y tranquiliza saber que, tal como el propio Dios le había confesado a Moisés, «Yavé, Yavé es un Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y en fidelidad» (Ex 34,6). Una gran verdad esta, pues de haber sido un dios malvado, seguro que Acán hubiese tenido que pagar previamente las piedras con las que fueron lapidados y la leña con la que fueron quemados. Pero eso no ocurrió, ya que Dios sólo dispuso el asesinato de todos los miembros (absolutamente inocentes) de la familia de Acán. Clemencia divina en estado puro.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: a grandes delitos, grandes perdones (caso de Josué), pero cuando son los grandes delincuentes quienes mandan, hace falta imponer castigos ejemplares a los pequeños transgresores (caso de Acán)... no vaya a ser que éstos acaben comportándose como sus jefes.

¹⁹⁰ Ya hemos citado en varias ocasiones las grandes masacres perpetradas por Josué, siguiendo órdenes de Dios y contando con su participación. Una muestra más: «De ese modo se apoderó Josué de todo el país: de la montaña, de todo el Negueb, de la región de Gosén, de la planicie, de la Arabá, de la montaña de Israel y de sus llanuras, desde el cerro pelado que se ve al lado de Seir hasta Baal Gad en el valle del Líbano al pie del Hermón. Capturó a todos los reyes, y les dio muerte. Durante largos días Josué luchó contra todos esos reyes: ninguna de esas ciudades hizo la paz con los israelitas. Yavé les dio ánimo a todos para que hicieran la guerra a Israel, con el fin de que fueran consagrados en anatema y destruidos sin misericordia como Yavé se lo había ordenado a Moisés [¡¡¡es Dios, tal como ya dijimos, quien quiso y forzó guerras contra su pueblo, convirtiendo en enemigos belicosos a quienes no lo eran, con el solo fin de verlos «destruidos sin misericordia»!!!]. En ese tiempo, Josué se devolvió [regresó] para exterminar a los anaquim de la montaña, de Hebrón, de Debir, de Anab, en una palabra de toda la montaña de Judá y de toda la montaña de Israel: los condenó al anatema junto con sus ciudades. No quedó un solo anaquim en el territorio de los israelitas, excepto en Gaza, en Gat y en Azoto. Josué se apoderó de todo el país, tal como Yavé se lo había dicho a Moisés, y lo distribuyó entre las tribus de Israel para que fuera su herencia» (Jos 11,16-23). Y en Jos 12 se relacionan otros treinta y un reyes vencidos con sus pueblos masacrados por Josué y los suyos. Y en Jos 10 se relatan asesinatos brutales a porrillo. Y en... muchos más.

DIOS HIZO MORIR A UN PROFETA QUE SE NEGÓ A DARLE UNA PALIZA A OTRO PROFETA

Esta historia parece algo estúpida y kafkiana, pero tal como la inspiró Dios en el 1 Libro de Reyes así la reproducimos:

En ese mismo momento¹⁹¹ un hermano profeta decía a su compañero por orden de Yavé: «¡Pégame!». Pero el otro no quiso pegarle. Entonces le dijo: «Ya que no hiciste caso a la voz de Yavé, te atacará un león después que me hayas dejado». Se fue, lo pilló un león y lo mató [los avezados en leer la Biblia ya saben que ese felino justiciero sólo pudo enviarlo Dios, al igual que poco antes había enviado otro león para liquidar a otro profeta (1 Re 13,24) que, en ese caso, había sido engañado por otro colega, que le habló en nombre de Dios —y éste, claro, sólo mató al que fue llevado a engaño, no al que le mintió—, ¹⁹² ¡vaya panda la de esos profetas!].¹⁹³

¹⁹¹ Se refiere al momento en que Ajab, rey de Israel, pactaba con el recién denotado Ben-Hadad, rey de Siria, y le dejaba con vida y libre: «Ben-Hadad le dijo: "Te devolveré las ciudades que mi padre quitó a tu padre, y tú podrás instalar casas de negocio en Damasco así como mi padre las había instalado en Samaria". Ajab le respondió: "No te dejaré ir sin hacer antes un tratado". Firmó pues con él un tratado y lo dejó irse» (1 Re 20,34).

¹⁹² La historia, en síntesis, fue la siguiente: «Por orden de Dios, un hombre de Dios llegó a Betel desde Judá, cuando Jeroboam estaba junto al altar quemando el incienso. El hombre de Dios gritó en contra del altar por orden de Yavé (...) Había en Betel un viejo profeta, cuyos hijos le fueron a contar todo lo que el hombre de Dios había hecho ese día en Betel (...) Se fue pues [ese profeta] tras el hombre de Dios y lo encontró (...) Le dijo: "Ven a mi casa para que comas un poco". El otro respondió: "No puedo volverme contigo ni entrar en tu casa. No comeré pan ni beberé agua contigo en ese lugar, porque esta fue la palabra de Yavé: 'No comerás pan ni beberás agua y no te volverás por el camino por donde te fuiste'". Pero el viejo profeta le replicó: "Yo también soy un profeta como tú y un ángel me habló. Me transmitió esta orden de Yavé: 'Haz que se venga contigo a tu casa para que coma pan y beba agua'". Era una mentira. El hombre de Dios se volvió pues con él, comió pan y bebió agua en su casa. Cuando estaban sentados a la mesa, una palabra de Dios fue dirigida al profeta que lo había traído de vuelta [y si Dios le habló al mentiroso, ¿no podría haber avisado a su hombre del engaño en que cayó?]. Habló fuerte al hombre de Dios que había subido de Judá: "Así habla Yavé: 'Ya que te has rebelado a la orden de Yavé y no has cumplido el mandato que te dio Yavé tu Dios, puesto que has vuelto sobre tus pasos y has comido aquí pan y bebido agua, siendo que tú habías recibido la orden de no comer ni beber, tu cadáver no entrará en la tumba de tus padres—. Despues de haber comido y bebido, el profeta que lo había traído de vuelta le ensiló su burro y el hombre se fue. Un león lo atacó en el camino y lo mató. Su cadáver quedó en el camino, el burro no lo abandonó y el león se quedó también al lado del cuerpo. La gente que pasaba por allí vio el cadáver en el camino y al león que estaba echado a su lado (...) En cuanto lo supo el profeta, dijo: "Es el hombre de Dios que desobedeció la orden de Yavé, y Yavé lo entregó al león que lo desgarró y le dio muerte, según la palabra que Yavé había dicho"» (1 Re 13,1-26).

¹⁹³ Para ver lo poco de fiar que eran los profetas de esos días y lo manipuladores que los hacía Dios a fin de poder usarlos en beneficio de sus homicidios selectivos, basta con escuchar al profeta Miqueas explicándole al rey Ajab la razón por la que todos sus profetas le auguraban una victoria en la guerra y él no: «Miqueas agregó: "Escucha esta palabra de Yavé: Vi a Yavé sentado en su trono con todo el ejército de los cielos a su derecha y a su izquierda. Y Yavé decía: '¿Quién engañará al rey de Israel para que salga en campaña y se deje matar en Ramot de Galaad?'. Uno respondía de una manera, y otro, de otra. Entonces el Espíritu se acercó y se puso delante de Yavé: 'Yo —dijo— lo engañaré'. Yavé le preguntó: '¿Cómo lo harás?'. Respondió: 'Iré y me haré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas'. Entonces le dijo Yavé: 'Tú lograrás engañarlo: anda y haz como lo has dicho. Has de saber pues que Yavé puso un espíritu de mentira en la boca de todos los profetas que están aquí, porque Yavé ha decidido tu muerte'"» (1 Re 22,19-23; y se repite en 2 Cr 18,18-22). Ésa es la honestidad de Dios, según él mismo se enorgullece de mostrarla; para que luego vayan diciendo los cristianos por ahí que el rey de la mentira es

El profeta fue a buscar a otro compañero **[el clan debía ser numeroso]** y le dijo: «¡Pégame!». El hombre comenzó a pegarle y lo dejó herido. Entonces el hermano profeta fue a ponerse por donde debía pasar el rey; se había disfrazado con un pañuelo en los ojos **[¿y para qué necesitaba la paliza ese tipo si todo lo que hizo fue disfrazarse con un pañuelo?]**.

Cuando pasaba el rey, le gritó: «Llegué al campo de batalla justo cuando otro se retiraba. Me encargó a un prisionero diciéndome: "Vigila bien a este hombre, porque si se escapa pagarás con tu vida o me darás un talento de plata". Pues bien, mientras estaba ocupado en una y otra cosa, el prisionero desapareció». El rey de Israel le respondió: «¡Tú mismo has pronunciado tu sentencia!».

Inmediatamente el profeta se quitó el pañuelo que tenía sobre los ojos y el rey de Israel lo reconoció como uno de los profetas **[¡acabáramos!, que lo de la paliza debía de ser para aparentar que venía de guerrear; quería sangre de verdad, nada de atrezo y maquillaje]**. Entonces dijo al rey: «Escucha esta palabra de Yavé: "Como dejaste que escapara el hombre **[el rey de Siria]** que yo había condenado al anatema **[a ser asesinado]**, tu vida pagará por la suya, y tu pueblo por su pueblo"». El rey de Israel se fue muy desmoralizado y de muy mal humor **[no había para menos]**; regresó a su casa en Samaría (1 Re 20,35-43).

Ya en casa, el rey de Israel se encaprichó de la viña de Nabot, pero éste no se la quiso vender y la reina, Jezabel, hizo que le lapidaran para que Ajab se la apropiara. A Dios no le gustó la maniobra, y entró en cólera por enésima vez, aunque ahora a través del profeta Elías.

Ajab dijo a Elías: «¡Me pillaste, enemigo mío!». Elías le respondió: «Sí, te pillé, porque te vendiste para hacer lo que es malo a los ojos de Yavé: "Yo acarrearé sobre ti la desgracia. Barreré todo tras de ti, haré que desaparezcan todos los varones de la casa de Ajab,¹⁹⁴ ya sean esclavos o ya sean hombres libres en Israel. Ya que provocaste mi cólera e hiciste pecar a Israel, trataré a tu casa como a la casa de Jeroboam (...)»¹⁹⁴. También hubo una palabra de Yavé respecto a Jezabel: «Los perros se comerán a Jezabel al pie del muro de Jezrael. Aquel de la casa de Ajab que muera en la ciudad será devorado por los perros, y el que muera en el campo será comido por los pájaros del cielo» (...)

Al oír las palabras de Elías, Ajab rasgó su ropa, se vistió de saco y ayunó; dormía con el saco puesto y andaba cabizbajo **[muy listo el pájaro este; sin ser católico, ya sabía que aparentando arrepentimiento puede lograrse un buen descuento en el precio a pagar por el pecado]**.

Entonces se le dirigió a Elías de Tisbé una palabra de Yavé:¹⁹⁵ «¿Te has fijado como Ajab ha hecho penitencia en mi presencia? Ya que ha hecho penitencia ante mí, no le haré sobrevenir la desgracia durante su vida, sino que acarrearé la desgracia a su casa durante la vida de su hijo [¿!?]» (1 Re 21,20-29).

Satanás...

¹⁹⁴ De hecho, en este versículo y en otros pasajes que se refieren a la misma historia, como en 2 Re 9,8, a los varones de la casa de Ajab se les identificó de un modo algo pintoresco: «Y talaré de Acab todo meante a la pared» (Reina-Valera, revisión del 2000); o «and I will cut off from Ahab him that pisseth against the wall» (King James Version of the Bible), y lo mismo encontramos en la Septuaginta y en otras traducciones modernas. La razón es que en los textos hebreos se usó, efectivamente, las palabras shatán y quirá, que significan, respectivamente, «mear (un varón)» y «pared» o «muro»; por lo que «meador de pared» era un sinónimo bíblico de varón... según una manera de desaguar que sigue vigente hoy.

¹⁹⁵ Parece más inteligible traducir esta frase como: «Llegó a Elias tesbita la palabra de Yahvé diciendo:...» (Biblia de Jerusalén); o «y Yahvé dirigió a Elías tisbita su palabra, diciendo:...» (Nácar-Colunga).

Dios, de nuevo, dejó sin sanción al delincuente y reservó el castigo para aplicárselo a su hijo, que nada tenía que ver con el crimen paterno. A estas alturas, ya no queda la menor duda de que la idea que tenía Dios de la justicia era absurda, inicua, terrible e inaceptable.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: la obediencia debe ser ciega e irracional,¹⁹⁶ la hipocresía, muda y alevosa.¹⁹⁷

¹⁹⁶ O se arriesga a la muerte, tal como les sucedió a los profetas muertos por los leones enviados por Dios cuando, intentando ser buena gente, se negaron a secundar las peticiones absurdas de un profeta mentiroso y de otro masoquista que dijeron hablarles en nombre de Dios.

¹⁹⁷ A la chita callando, Ajab, fingiendo arrepentimiento mediante el atrezo adecuado, salvó el trasero y traspasó el castigo divino hacia su hijo inocente. La historia humana, antigua y actual, es muy prolífica en casos que documentan lo mucho que le placen a Dios los hipócritas y lo bien que les protege.

Capítulo 12 - Dios fue inmisericorde cuando reguló la esclavitud, mató a cientos de miles, ordenó masacrar -a innumerables inocentes y lanzó terribles maldiciones sobre su grey

El dios veterotestamentario, tal como se ha visto en los ejemplos ya citados hasta aquí, en la mayoría de los episodios bíblicos obró como un ser inmisericorde, aunque más exactamente cabría precisar que, en general, fue inmisericorde con los inocentes y con los ajenos a su pueblo, mientras que rebosó indulgencia ante las masacres, delitos y abusos gravísimos perpetrados por los suyos, unos hechos reprobables en los que, para mayor responsabilidad divina, actuaron bajo orden directa e inapelable de Dios y/o contando con su intervención personal.

El propio Dios, quizá desde una perspectiva y valoración de sí mismo algo magnificada, no tuvo empacho en definirse así: «Y Él [Dios] pasó delante de Moisés diciendo con voz fuerte: "Yavé, Yavé es un Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y en fidelidad. Él mantiene su benevolencia por mil generaciones y soporta la falta, la rebeldía y el pecado, pero nunca los deja sin castigo; pues por la falta de los padres pide cuentas a sus hijos y nietos hasta la tercera y la cuarta generación"» (Ex 34,6-7).

Los hechos narrados en la Biblia muestran que gran parte de esa afirmación se quedó en una mera declaración de principios, ya que el dios veterotestamentario se caracterizó, precisamente, por su escasa misericordia y clemencia; por sus frecuentes y explosivas manifestaciones de una cólera incontrolada e ilimitada; por el sentido patriarcal —tomado en el peor de sus significados— de lo que dio en llamar «amor»; y por mostrar una fidelidad hacia su pueblo que, aunque mantuvo tozudamente como fin (por algo esta historia la escribieron los suyos), a menudo traicionó en sus formas (un proceder también muy patriarcal que le permitió dar más estacazos que abrazos).

No se encuentra tampoco en la Biblia indicio ninguno de que la benevolencia de Dios alcance mil generaciones, de hecho, hay pocos ejemplos en los que su favor supere las tres o cuatro generaciones; y no fue nada proclive a soportar las faltas, rebeldías y pecados de su pueblo —aunque sí las muchas y gordísimas de sus varones más predilectos—, que, eso sí, castigó muy severamente, y en masa, sin que le importase en absoluto que buena parte de las víctimas de su justicia divina fuesen inocentes.

En esta misma línea, y tal como el mismo Dios dijo de sí mismo —«por la falta de los padres pide cuentas a sus hijos y nietos hasta la tercera y la cuarta generación»—, el Altísimo fue tan inicuo perdonando a padres delincuentes como injusto y despiadado al castigar a sus hijos y/o nietos por las tropelías perpetradas por esos ascendientes.

Dentro de esa conducta divina inmisericorde, y en buena medida xenófoba, se enmarca la diversa legislación sobre la tenencia de esclavos que la palabra y voluntad de Dios dejó escrita y promulgada en libros tan principales como Éxodo, Levítico o Deuteronomio.

La misma falta de piedad para con las vidas de adultos y niños inocentes la manifestó Dios en muchos episodios bíblicos presentados como lo más normal del mundo; a modo de ejemplo, en este apartado nos limitaremos a algunos de los

crímenes desmedidos que la palabra divina le atribuyó al buen hacer de sus profetas Elías y Eliseo.

También puede parecer algo excesiva y fuera de tono la desmedida pasión de Dios por las masacres y los exterminios masivos, un terrible proceder que los redactores bíblicos presentaron como rutinario, ya lo cometiesen Moisés, Saúl, Josué, David u otros privilegiados varones de Dios, siguiendo sus órdenes y contando con su ayuda, o fuesen aniquilaciones masivas provocadas directamente por la mano divina, siempre generosa a la hora de sembrar de cadáveres algún territorio, en particular cuando acudía en auxilio de su pueblo, tal como fue el caso de los reyes Asa, Josafat, Ezequías y de tantos otros hasta los tiempos del mismísimo Judas Macabeo.

Por si no hubiere suficiente casquería con los muchísimos episodios violentos que la Biblia da por ciertos, ésta también es prolífica en recordar los castigos inmisericordes y terribles con los que Dios amenazó, bajo forma de maldiciones, a quienes, en el futuro, no respetasen los pactos veterotestamentarios; una obligación que, mal que nos pese, incumple toda la humanidad sin excepción, cristianos incluidos. Y qué le vamos a hacer...

El buen Dios, según sus propias palabras en la Biblia, también es tal como se verá a continuación.

DIOS GUSTA DE LA ESCLAVITUD... Y LA REGULÓ MINUCIOSAMENTE

Podría comprenderse, incluso, que el pueblo de vándalos reflejado en las historias bíblicas cultivase como un derecho la esclavitud y la regulase como una más de sus propiedades, pero ¿no sabía Dios que la esclavitud estaba mal?

Del mismo modo que el dios bíblico prohibió a su pueblo mil cosas, a menudo absurdas, ¿no podía haberles prohibido la esclavitud? Es probable que le hubiesen hecho algo de caso y habría puesto las bases para evitar que millones de seres humanos la sufriesen hasta el día de hoy.

Pero no fue así. Dios demostró compartir con su pueblo el gusto por la esclavitud y, atento a los usos de la época, la reguló minuciosamente y para siempre... ya que, según dogmatizan quienes gestionan su herencia ideológica, su palabra es eterna e inmutable. Amén.

Veamos ahora qué imagen tenía Dios de la esclavitud y cómo reguló el lícito derecho (según él) a imponerla y disfrutarla. Reproduciremos seguidamente algunos versículos procedentes de diversos libros de la Biblia que contienen la palabra directa de Dios al respecto:

Les dictarás estas leyes [le ordenó Dios a Moisés]: Si compras un esclavo hebreo, te servirá seis años: el séptimo saldrá libre sin pagar rescate. Si entró solo, saldrá solo. Si tenía esposa, ella también quedará libre lo mismo que él. Si su patrón le dio la mujer de la que tiene hijos, éstos y la madre serán del patrón y él saldrá solo. Si el esclavo dice: «Estoy feliz con mi patrón, con mi esposa y mis hijos, no quiero salir libre solo», el dueño lo llevará ante Dios y acercándolo a los postes de la puerta de su casa le horadará la oreja con su punzón y este hombre quedará a su servicio para siempre.

Si un hombre vende a su hija como esclava, ésta no recuperará su libertad como hace cualquier esclavo. Si la joven no agrada a su dueño que debía tomarla por esposa, el dueño aceptará que otro la rescate; pero no la puede vender a un extranjero, en vista de que la ha traicionado. Si la casa con su hijo, le dará el trato de una joven libre. Si se casa con ella y, después, con otra, no le disminuirá a la primera ni el vestido ni los

derechos conyugales. Fuera de estos tres casos, la joven saldrá libre, sin pagar nada¹⁹⁸ (Ex 21,1-11).

Si un hombre golpea a su esclavo o esclava con un palo, y mueren en sus manos, será reo de crimen. Mas si sobreviven uno o dos días no se le culpará, porque le pertenecían (Ex 21,20-21) [para Dios, crimen era matar al contado, pero salía gratis si se asesinaba a plazos].

Si un hombre ha herido el ojo de su esclavo o esclava, dejándolo tuerto, le dará la libertad a cambio del ojo que le sacó (Ex 21,26).

Si lo hace [se refiere a que un buey cornee] a un esclavo o a una esclava, se pagarán treinta ciclos de plata al dueño de ellos, y el buey morirá apedreado (Ex 21,32).

Si un hombre tiene relaciones con una esclava ya entregada a otro, sin que haya sido rescatada ni liberada, serán castigados los dos, pero no con pena de muerte, pues ella no era mujer libre [no se especifica el castigo de la mujer, pero tampoco se tiene en cuenta que esa esclava no podía oponerse a ser violada]. Él ofrecerá su sacrificio de reparación para Yavé a la entrada de la Tienda de las Citas; será un carnero de reparación: Con este carnero el sacerdote hará reparación por él ante Yavé, por el pecado que cometió, y se le perdonará el pecado (Lv 19,20-22) [esto es, la ley divina permite violar a una esclava ajena a cambio de pagarle al clero del lugar con un carnero].

Si tu prójimo se hace tu deudor y se vende a ti, no le impondrás trabajo de esclavo; estará contigo como jornalero o como huésped y trabajará junto a ti hasta el año del jubileo. Entonces saldrá de tu casa con sus hijos y volverá a su familia recobrando la propiedad de sus padres. Porque todos son mis siervos, que yo saqué de la tierra de Egipto, y no deben ser vendidos como se vende un esclavo (...)

Si quieres adquirir esclavos y esclavas, los tomarás de las naciones vecinas: de allí comprarás esclavos y esclavas. También podrán comprarlos entre los extranjeros que viven con ustedes y de sus familias que están entre ustedes, es decir, de los que hayan nacido entre ustedes. Esos pueden ser propiedad de ustedes, y los dejarán en herencia a sus hijos después de ustedes como propiedad para siempre. Pero tratándose de tus hermanos israelitas, no actuarás en forma tiránica, sino que los tratarás como a tus hermanos (Lv 25,39-46) [Dios es bien claro: puede comprarse como esclavo al extranjero y tratarlo de forma tiránica, pero no se debe hacer lo propio con el israelita].

No entregarás a su amo al esclavo que huyó de su casa y se acogió a ti. Se quedará contigo entre los tuyos, en el lugar que él elija en una de tus ciudades, donde mejor le parezca; no lo molestarás (Dt 23,16-17) [ésta es ya una base divina que pronostica la libertad de empresa y de circulación de mercancías: si una mercancía ajena amanece en tu patio, tuya es].

Dios le sacó un gran provecho narrativo a los esclavos y esclavas bíblicos, aunque muy en particular a ellas, ya que a menudo fueron quienes parieron a los protagonistas de muchos relatos notables, hijos de grandes varones que, por reiterada manía del Altísimo, tenían mujeres estériles... hasta que convenía a los planes divinos hacerlas fértiles (a edades más propias de abuelas y bisabuelas, pero es que la biología de entonces no era la de hoy, claro está).

También le pareció estupendo a Dios el someter a esclavitud a pueblos enteros a fin de que trabajasen en beneficio de sus planes y de sus varones elegidos. Salomón, por ejemplo, forzó la esclavitud de todos los que no eran israelitas —más exactamente de todos los habitantes de su reino que fueron sometidos mediante guerras y que «los israelitas no habían podido exterminar

¹⁹⁸ Son más claras otras traducciones bíblicas, por ejemplo, la Nácar-Colunga dice: «Y si de estas tres cosas no la proveyere [el comprador a la hija adquirida], podrá ella salirse sin pagar nada, sin rescate».

mediante anatema»— para construir, entre otros, el famoso templo de Jerusalén, «Casa de Yavé», para más señas.

Aquí viene lo referente al trabajo forzado, a esos hombres que Salomón había requisado para construir la Casa de Yavé, su propio palacio, el Millo, la muralla de Jerusalén, Jazor, Meguido y Gacer (...) Bethorón de abajo, Baalat, Tamar en el desierto, todas las ciudades de depósito que tenía Salomón, las ciudades para los carros y para los caballos y todo lo que Salomón quiso construir en Jerusalén, en el Líbano,¹⁹⁹ y en todos los territorios que le estaban sometidos. Fueron requisados todo lo que quedaba de los amorreos, de los hititas, de los pereseos, de los jeveos y de los jebuseos, en una palabra, todos los que no eran israelitas. A todos sus hijos que quedaban en el territorio, y que no habían sido exterminados por los israelitas, Salomón los sometió a trabajos forzados y lo están aún hoy.¹⁹⁹

Pero no requisó a los israelitas; estos servían como soldados, integraban la guardia, eran oficiales, escuderos, jefes de carros o soldados de caballería. Capataces nombrados por los prefectos eran los encargados de los trabajos del rey: eran ciento cincuenta que mandaban a los trabajadores en los talleres (1 Re 9,15-23).

Y Dios, por supuesto, aceptó encantado un templo, legendariamente lujoso, surgido de la explotación brutal de mano de obra esclava:

Yavé le dijo [en su segunda aparición a Salomón]: «He escuchado la oración y la súplica que tú has elevado hasta mí, y consagré esta Casa que tú construiste para que en ella habitara mi Nombre para siempre» (1 Re 9,3).

Por si alguien, a estas alturas, viene a justificar lo anterior argumentando que la esclavitud era normal en esos días —que lo era— y que Dios, al legislarla, se limitó a seguirle la corriente a las costumbres de su pueblo —que vaya dios sería si hizo tal cosa—y la aceptó como un estado humano adecuado en tiempo y lugar, será apropiado recordar que Dios tenía tan pésimamente conceptuada la esclavitud que la colocó como castigo terrible en la mayoría de sus condenas a pueblos enteros, y como amenaza en sus maldiciones más famosas.

Así, por ejemplo, leemos afirmaciones de Dios con el siguiente tenor:

Entonces Yavé le dijo [a Abraham]: «Debes saber desde ahora que tus descendientes serán forasteros en una tierra que no es suya. Los esclavizarán y los explotarán durante cuatrocientos años» (Gn 15,13).

No debía de ser buena cosa para Dios la esclavitud cuando, tras tan prolongado castigo, al fin, liberó a su pueblo e hizo propósito de que no pasasen de nuevo por lo mismo:

Porque todos son mis siervos, que yo saqué de la tierra de Egipto, y no deben ser vendidos como se vende un esclavo (Lv 25,42).

Esos «todos», naturalmente, eran sólo los israelitas, ya que el resto de los humanos eran, para Dios, carne de esclavitud. A más abundamiento:

Si se descubre a un hombre que haya raptado a un israelita, es decir, a uno de sus hermanos, y lo haya vendido como esclavo, el raptor debe morir. Así cortarás el mal entre tu gente (Dt 24,7).

Dios sabía que la esclavitud era terrible, por eso no quería que los suyos fuesen víctimas de esa lacra, pero justo por esa razón, cuando su pueblo se le desmandaba un tanto así, volvía a castigarles o amenazarles con lo peor que tenía a mano, la esclavitud:

¹⁹⁹ La traducción de estos versículos es más clara y correcta en otras versiones, como, por ejemplo, en la Biblia de Jerusalén (tercera edición): «A cuantos quedaron de los amorreos, hititas, perizitas, jítivas y jebuseos, que no eran israelitas y cuyos descendientes habían permanecido en el país y a los que los israelitas no habían podido exterminar mediante anatema, Salomón los redujo a mano de obra forzada, como ha sucedido hasta el día de hoy» (1 Re 9,20-21).

Pero serán sus esclavos, para que puedan comparar lo que es servirme y ser esclavo de reyes extranjeros (2 Cr 12,8); Te haré esclavo de tus enemigos en un país que no conoces, porque mi cólera ha pasado a ser un fuego que los va a quemar (Jr 15,14).

No obstante conocer como nadie (se supone) el sufrimiento que implicaba la esclavitud, Dios la permitió, legisló, fomentó y posibilitó. ¿Es Dios clemente y justo?

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: someter a abuso, explotación, sufrimiento y pillaje a quienes se considera como diferentes es lícito y loable cuando quienes cometan tales atropellos se consideran poseedores y heraldos de la verdad (de cualquier verdad).

DIOS BENDIJO Y POSIBILITÓ QUE DOS PROFETAS CON MUY MALAS PULGAS, ELÍAS Y ELISEO, MATASEN A PLACER A DECENAS DE INOCENTES

Elías, según la Biblia, fue el primer gran profeta de Israel y sus actuaciones se sitúan entre los años 865 y 850 a. C. Se le invistió del máximo prestigio y reputación debido a la predilección que Dios le mostró. Tan magnificada fue su figura que, un milenio después, en el relato de la transfiguración de Jesús se hizo aparecer a éste flanqueado por Moisés y Elías (Mt 17,1-13; Mc 9,2-13 y Lc 9,28-36).²⁰⁰

El ciclo de Elías se compone de seis episodios y en ellos, tal como veremos en lo sustancial, su mano no tembló a la hora de degollar a más de cuatrocientos competidores, ni al quemar vivos a un centenar de inocentes, ya que el propio Dios le facilitó los prodigios que posibilitaron tan bíblicas hazañas.

Su discípulo y heredero, Eliseo, superó a su maestro en milagros —protagonizando el repertorio básico que acabaría por atribuirse a Jesús— y aunque mató a menos gente, demostró tener tan mal carácter como Elías y tanta o más crueldad que él a la hora de hacer morir a inocentes mediante el concurso de Dios.

Iniciaremos el relato de las andanzas de Elías en el segundo episodio bíblico de su vida, tal como lo cuenta el 1 Libro de Reyes. Nos encontramos con el profeta dirigiéndose a la ciudad de Samaria —al final de un tiempo de sequía y hambruna con el que Dios castigó al reino israelita por permitir el culto a Baal— para presentarse ante el rey Ajab:

Anda pues a reunir a Israel [le ordenó Elías al rey Ajab]; que vengan conmigo al monte Carmelo, y con ellos los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal que comen de la mesa de Jezabel.²⁰¹ Ajab convocó a todo Israel al monte Carmelo, y también reunió a los profetas.

Entonces Elías se acercó al pueblo y dijo: «¿Hasta cuándo saltarán de un pie al otro? Si Yavé es Dios, síganlo; si lo es Baal, síganlo». El pueblo no respondió. Elías dijo al pueblo: «Soy el único que queda de los profetas de Yavé,²⁰² y ustedes ven aquí a

²⁰⁰ Para los exegetas oficiales, la conversación que, según esos versículos, mantuvieron Elías y Jesús vino a certificar la unidad entre el mensaje de Cristo y el de los profetas de la Biblia hebrea.

²⁰¹ Jezabel era hija de Et-baal, el rey sacerdote de Tiro y Sidón, que se casó con Ajab, rey de Israel, para ratificar la alianza entre ambos reinos a fin de rebajar la hostilidad de Damasco contra Israel. En el pacto se acordó que ella podría seguir adorando en Samaria a su dios Baal, pero rebasó el derecho al culto personal al llevarse consigo a Israel a 450 profetas de Baal y a 400 profetas de la diosa Asherah y procurar que el culto a Baal estuviese en igualdad con el de Yavé, llegando a perseguir a los profetas del dios israelita, despertando así el enfrentamiento entre la reina y el profeta Elias, una pelea que llevó al relato que plasman los versículos que ahora citamos.

²⁰² Elías mintió al afirmar tal cosa. No era el único profeta de Yavé que quedaba, tal como se lee en unos versículos previos: «Cuando Jezabel masacró a los profetas de Yavé, Obadías [administrador

cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. ¡Dennos dos toros! Ellos tomarán uno, lo descuartizarán y lo pondrán sobre la leña sin prenderle fuego. Yo prepararé el otro toro y lo pondré sobre la leña sin prenderle fuego. Luego invocarán el nombre de su dios; yo invocaré el nombre de Yavé. El Dios que responda enviando fuego, ese es Dios». Todo el pueblo respondió: «¡Muy bien!» (...) [tras el ya cantado fracaso de los profetas de Baal para superar tan magna prueba] Bajó entonces el fuego de Yavé, que consumió el holocausto y la leña y absorbió toda el agua que había en la zanja. Al ver esto, todo el pueblo se echó con el rostro en tierra, gritando: «¡Yavé es Dios! ¡Yavé es Dios!».

Entonces Elías les dijo: «¡Detengan a los profetas de Baal, que no escape ninguno!». Los apresaron; Elías mandó que los bajaran al torrente Cisón y allí los degolló (1 Re 18,19-40).

Así pues, el gran profeta de Dios degolló por propia mano a esos cuatrocientos cincuenta competidores y se quedó tan ancho... bueno, no tanto, porque la reina Jezabel se enojó y quiso aplicarle al profeta su propia medicina, pero éste, que tan valiente fue a la hora de segarle el cuello a profetas cautivos, optó por huir, contando, claro, con la protección de Dios (según se lee en 1 Re 19). Salvada la piel y llegado al trono Ocozías, hijo de Ajab, Elías prosiguió asesinando al personal con la mera finalidad de demostrar que Dios estaba con él:

Ocozías se cayó desde la ventana de su segundo piso en Samaría, y como no se sintiera bien, envió a algunos hombres diciéndoles: «Vayan a consultar a Baalcebub, dios de Ecrón, para saber si me sanaré de este mal». Pero el ángel de Yavé dijo a Elías de Tisbé: «Levántate y sal al encuentro de los mensajeros del rey de Samaría. Les dirás: "¿Así que ya no hay más Dios en Israel, que van a consultar a Baalcebub, el dios de Ecrón? Ya que has procedido así, dice Yavé, no te levantarás de la cama en que te has acostado; has de saber que morirás"». Y Elías se alejó. Volvieron los mensajeros donde el rey (...) Ocozías exclamó: «¡Es Elías de Tisbé!».

Despachó entonces a cincuenta hombres con su jefe, que subieron para buscar a Elías; este estaba sentado en la cumbre de un cerro. El jefe le gritó: «¡Hombre de Dios, por orden del rey, baja!». Elías respondió al jefe de los cincuenta: «¡Si soy un hombre de Dios, que baje fuego del cielo y te devore a ti y a tus cincuenta hombres!». Y bajó fuego del cielo, y lo devoró a él y a sus cincuenta hombres [en la Biblia no se encuentra tipo más fachendoso que este profeta].

El rey despachó de nuevo a cincuenta hombres con su jefe; este también le gritó: «¡Hombre de Dios, esta es la orden del rey: Apresúrate en bajar!». Elías le respondió: «¡Si soy hombre de Dios, que baje fuego del cielo y te devore a ti y a tus cincuenta hombres!. Y el fuego de Dios bajó del cielo, y lo devoró a él y a sus cincuenta hombres.

Envío el rey por tercera vez a cincuenta hombres con su jefe [parece que a los reyes la soldadesca les sobraba y podían perderla sin inquietarse]; cuando llegó cerca de Elías, el tercer jefe [más listo que sus predecesores] se arrodilló y le suplicó diciéndole: «¡Hombre de Dios, soy tu servidor; ojalá mi vida y la de mis hombres tenga algún valor para ti! ¡El fuego de Dios ya ha bajado dos veces del cielo para devorar a los dos primeros jefes con sus cincuenta hombres, perdóname ahora mi vida!».

Entonces el ángel de Yavé dijo a Elías: «Baja con él, pues nada tienes que temer de su parte». Se levantó pues y bajó con ellos hasta donde estaba el rey. Le dijo a éste: «Esto dice Yavé: "¡Debido a que enviaste mensajeros para consultar a Baalcebub, el dios

del palacio real de Ajab] había tomado a cien de ellos y los había escondido de a cincuenta en cavernas, a donde les llevaba pan y agua» (1 Re 18,4). Y Elias lo sabía sin lugar a dudas ya que se lo acababa de comunicar el propio Obadías: «¿No le contaron a mi señor [habla con Elías] lo que hice mientras Jezabel masacraba a los profetas de Yavé? Escondí a cien profetas de Yavé de a cincuenta en algunas cavernas y les proporcioné pan y agua» (1 Re 18,13).

de Ecrón, no te levantarás más de la cama donde estás acostado, sino que morirás, ya está decidido!"» (2 Re 1,2-16).

Curiosa la cosa bíblica: para repetirle al rey Ocozías lo mismo que el profeta ya le había dicho poco antes a sus mensajeros, Elías, mediante los dos certeros disparos flamígeros lanzados por Dios, tuvo que lucirse ante la audiencia asesinando a cien soldados inocentes. ¿No podría haber logrado el mismo efecto teatral sacando fuego por las orejas o algo por el estilo? Pero no, el dios bíblico requiere muertos inocentes a cada paso que da.

Tras una vida repleta de santidad y prodigios milagrosos (además de decenas de asesinatos que agradaron a Dios), Elías fue arrebatado por un carro de fuego hasta la gloria divina:

Cuando lo atravesaron [el río Jordán], Elías dijo a Eliseo: «¿Qué quieres que haga por ti? Pídelo antes que sea llevado lejos de ti». Eliseo respondió: «Que venga sobre mí el doble de tu espíritu».²⁰³ Elías le replicó: «¡Pides algo difícil! Pero si me ves mientras soy llevado de tu lado, lo tendrás; si no, no» [fachenda hasta el fin, este profeta]. Iban conversando mientras caminaban, cuando un carro de fuego con sus caballos de fuego los separó al uno del otro: Elías subió al cielo en un torbellino. Eliseo lo vio y gritaba: «¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Carro de Israel y su caballería!». Luego no lo vio más. Tomó entonces su ropa y la partió en dos.

Eliseo recogió el manto de Elías, que había caído cerca de él y se volvió. Al llegar a orillas del Jordán se detuvo, tomó el manto de Elías y golpeó el agua con él, pero ésta no se dividió. Entonces dijo: «¿Dónde está el Dios de Elías, dónde?» [Sí, ¿dónde?; por dudas la mitad de atrevidas que ésta Dios fumigó a pueblos enteros, pero Eliseo estaba en vena...] Y como volviera a golpear el agua, ésta se dividió en dos, y Eliseo atravesó. Los hermanos profetas lo vieron de lejos y dijeron: «¡El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo!». Salieron a su encuentro y se postraron en tierra delante de él (2 Re 2,9-15).

Eliseo, junto a lo que fuese que heredó de Elías, también adquirió su proverbial mala uva, una virtud bíblica que tardó poquísimo en demostrar, haciéndolo a lo grande y sin complejos, mandando asesinar a cuarenta y dos niños ¡porque algunos de ellos se burlaron de su calva! Sí, tal cual:

De allí [de hacer potable el agua de Jericó, milagrosamente, claro] se fue a Betel; cuando iba por el camino que sube, salieron de la ciudad unos muchachos que se burlaban de él: «¡Vamos, calvo, sube! ¡Vamos, calvo,²⁰⁴ sube!», decían. Se volvió y

²⁰³ Sea lo que fuere lo que pidió Eliseo, los traductores bíblicos no acaban de tenerlo claro. Así, podemos leer: «Y dijo Eliseo: "Hágase ahora lo doble en tu espíritu sobre mí"» (Septuaginta); «Eliseo respondió: "Que pasen a mí dos tercios de tu espíritu"» (Biblia de Jerusalén); «Eliseo le dijo: "Que tenga yo dos partes en tu espíritu"» (Nácar-Colunga); «Y dijo Eliseo: "Te ruego que una doble medida de tu espíritu sea sobre mí"» (Reina-Valera, 2000)... y es que la palabra hebrea usada, shettáyim, puede significar «dos, doble, doce, doceavo, doscientos, duodécimo, dos mil, par, segundo, dos veces o veinte mil». Nada es más preciso, dicen, que la palabra de Dios en la Biblia.

²⁰⁴ La palabra hebrea aquí usada, queréakj, significa «calvo»... de la parte posterior de la cabeza.

mirándolos los maldijo en nombre de Yavé; salieron del bosque dos osas²⁰⁵ y desgarraron²⁰⁶ a cuarenta y dos²⁰⁷ de esos muchachos (2 Re 2,23-24).

Las osas/osos despedazaniños, al igual que los leones justicieros que citamos en el apartado 11.3, que también iba de profetas peculiares, sólo pudieron ser enviadas por Dios, que, en este acto, demostró cuánto aprecio le merecía la calvorota de Eliseo y cuán poco estimaba la vida de los niños.

Eliseo, sin inmutarse por la carnicería, en el versículo siguiente «se dirigió al monte Carmelo y luego regresó a Samaria», acumulando un historial de milagros digno de envidia. Eliseo solucionó la pobreza de una viuda convirtiendo en muchos cántaros comerciables el cantarito de aceite que le quedaba (2 Re 4,1-7), hizo concebir a la esposa de un anciano en cuya casa él se alojaba (2 Re 4,12-17) —el texto no detalla cómo procuró el embarazo de la señora—, cuando el niño del relato anterior murió —al menos la primera vez— le resucitó sin problemas (2 Re 4,21-36), saneó aguas contaminadas y sopas envenenadas (2 Re 4,38-41), alimentó a cien personas haciendo que cundiesen de lo lindo veinte panecillos de cebada y de trigo (2 Re 4,41-44), curó a un leproso (2 Re 5,1-13)... en fin, que Eliseo, el calvo despedazaniños, un millar de años antes, ya hizo milagros equivalentes a los mejores que haría Jesús, y eso que no era hijo de Dios ni nada parecido (quizá los creyentes deberían pensar en ello, si no es molestia, claro).

En medio de tan prodigiosa vida, Eliseo no perdió jamás su toque iracundo y vengativo, así, estando la capital israelita con hambruna y con las pocas viandas disponibles a precios astronómicos, a causa del asedio de los arameos,

Eliseo dijo: «¡Escuchen la palabra de Yavé! Esto dice Yavé: "Mañana a esta misma hora, en la puerta de Samaria, una medida de flor de harina se venderá por una moneda, y dos medidas de cebada, por una moneda"». El oficial en cuyo brazo se apoyaba el rey

²⁰⁵A vueltas con el género, ¿osas? La mayoría de las versiones hacen protagonistas de este versículo a osos, en masculino. La palabra hebrea usada aquí, dob —procedente de la raíz dabáb, que significa «moverse lentamente»—, se tomó en el sentido figurado de oso (aludiendo a su lento deambular). Dados los hábitos solitarios de los osos/osas adultos y su sana costumbre de evitar a los humanos, sólo un milagro divino podía haber lanzado a ese par de plantígrados anormalmente vándalos a abandonar la seguridad del bosque para matar sin más a todo un batallón de niños, ¿no?

²⁰⁶La palabra hebrea usada aquí, bacá, es una raíz que significa «hender, arrancar, quebrar, rasgar, abrir, atacar, cortar, despedazar, destrozar, destruir, dividir, hacer pedazos», etc.

²⁰⁷Dando por sentado que este relato, como otros cientos, a cualquier lector sensato debe parecerle un simple cuento asusta-niños, aprovecharemos la ocasión para indicar que esta cifra, cuarenta y dos, como la práctica totalidad de las reseñadas en la Biblia, tiene poco o nada que ver con cifras reales. En los textos bíblicos, cuarenta —arbaim— es un número que simboliza espera, preparación, prueba o castigo (y el «dos» que acompaña a ese arbaim es la palabra hebrea shettáyim, que significa «ambos, doble, doce, doceavo, dos, doscientos, duodécimo, dos mil, par, segundo, dos veces, veinte mil...» 0). Al margen del citado, los versículos en los que se usó la cifra cuarenta y dos son los siguientes: «Ustedes les darán cuarenta y dos ciudades además de las seis ciudades de asilo, en las que se podrá refugiar el que haya ocasionado la muerte de una persona» (Nm 35,6); «entonces le decían: «¡Di Chibolet!» y si pronunciaba «Sibolet» (porque no podían pronunciar correctamente) lo tomaban y lo degollaban en el vado del Jordán. Cuarenta y dos mil hombres de Efraín fueron muertos ese día» (Jue 12,6); «Entonces Jehú dijo: «¡Deténganlos!» Los apresaron y los degollaron en la Cisterna de Bet-Equed. Eran cuarenta y dos, a ninguno de los cuales dejó Jehú con vida» (2 Re 10,14); «No midas el patio exterior ni lo tomes en cuenta, pues ha sido entregado a los paganos, quienes pisotearán la Ciudad Santa durante cuarenta y dos meses» (Ap 11,2); y «Se le concedió hablar en un tono altanero que desafiaba a Dios, y se le concedió ejercer su poder durante cuarenta y dos meses (Ap 13,5). Parece, pues, que «cuarenta y dos» significaba «muchos o bastantes», pero ni idea de cuántos. Otro ejemplo más de la precisión de la palabra de Dios.

dijo al hombre de Dios: «¡Aunque Yavé abriera las ventanas del cielo, eso no ocurriría!». Eliseo le dijo: «Muy bien, tú lo verás con tus ojos, pero no comerás»²⁰⁸ (2 Re 7,1-2).

El oficial real dudó de la parrafada de Eliseo y éste, en lugar de apiadarse de un varón que poseía más sentido común que fe, le maldijo con la muerte. Y tal que así fue: El rey había asignado a la puerta de la ciudad al oficial en cuyo brazo se apoyaba, para que la vigilara, pero fue pisoteado ahí mismo por la muchedumbre [que salía a buscar provisiones... en plan estampida de una manada de bisontes], y murió tal como lo había anunciado el hombre de Dios cuando había bajado el rey a su casa (2 Re 7,17).

A juzgar por el relato bíblico, la personalidad puñetera de Eliseo le duró hasta el final de sus días:

Eliseo estaba mal de salud por la enfermedad que lo llevó a la muerte. Yoás, rey de Israel, bajó donde él y lloró: «¡Padre mío, padre mío! ¡Carro de Israel y su caballería!». Eliseo le respondió: «Toma un arco y flechas»; Yoás fue pues a tomar un arco y flechas (...) «Toma tu arco con las manos». Lo hizo. Eliseo puso sus manos sobre las del rey, luego dijo: «¡Abre la ventana del lado este!». La abrió. Eliseo añadió: «¡Dispara!». Disparó. Eliseo dijo entonces: «¡Flecha de la victoria de Yavé! ¡Flecha de la victoria de Aram! Derrotarás a Aram en Afec, hasta que no quede nadie» [más teatral, imposible]. En seguida le dijo: «Junta las flechas». Las juntó. Eliseo dijo al rey de Israel: «Golpea el suelo». Y el rey lo golpeó tres veces y se detuvo. Entonces el hombre de Dios se enojó con el rey y dijo: «¡Tenías que haber golpeado cinco o seis veces! Así habrías derrotado a Aram hasta que no quedara nadie. Pero ahora sólo derrotarás a Aram tres veces» (2 Re 13,14-19).

Muy sandunguero el profeta. Podría haber dicho las cosas claras, para que pudiese comprenderlas hasta un rey israelita, y de haberlo hecho así, se hubiese evitado montañas de muertos entre los de Aram y los de Israel... aunque la Biblia hubiese perdido una excelente oportunidad para incrementar su lustre belicoso, algo que Dios, naturalmente, no podía permitir.

La palabra de Dios evidencia aquí su enseñanza: en asuntos de religión, no importa quién muere, ni tampoco cuántos, ni si había o no razones para eliminarles; lo sustancial es que quien mate lo haga a mayor gloria de la creencia que sustenta y alimenta sus excesos.

DIOS MATÓ POR PROPIA MANO A CIENTOS DE MILES Y EXIGIÓ QUE SU PUEBLO PERPETRASE ENORMES MATANZAS SIN PIEDAD Y SIN FIN

A lo largo de este libro han desfilado ejemplos más que sobrados acerca de la gran afición que el dios bíblico mostró por las carnicerías y exterminios masivos, ya fuesen perpetradas bajo la acción directa de su propia mano, o ejecutadas por hordas de su pueblo siguiendo literalmente sus exigencias y que, muy a menudo, en ocasión de los muchos ataques contra naciones vecinas, contó con la asesoría y colaboración militar del propio Dios a fin de masacrar más y mejor a las comunidades agredidas.

En este apartado ampliaremos ese perfil específico de las conductas divinas recordando, brevemente, unos pocos pasajes bíblicos que ejemplifican la querencia

²⁰⁸ De aquí procede una frase muy habitual en el lenguaje común: «Lo verás, pero no lo catarás».

de Dios por las matanzas despiadadas²⁰⁹ y el gusto y eficiencia con que las cometían también los benditos varones al servicio de los planes divinos.

Para comenzar, nada mejor que fijarse en uno de los héroes más clásicos y celebrados de la literatura bíblica, Moisés, a quien, como ya vimos, Dios usó como instrumento para torturar y exterminar a un sinnúmero de egipcios inocentes, a fin de lograr fama (véase el apartado 8.2), o para masacrar a los amalecitas (véase el apartado 8.3).

En el relato que seguirá nos encontramos a Dios ordenándole a Moisés que torture y mate por empalamiento a unos cuantos de los suyos, por adorar a otro dios —causa por la que Dios ya había matado a veinticuatro mil—, y que extermine sin piedad a los medianitas. Así lo cuenta la palabra divina:

Israel se instaló en Sitim y el pueblo se entregó a la prostitución con las hijas de Moab. Ellas invitaron al pueblo a sacrificar a sus dioses: el pueblo comió y se postró ante los dioses de ellas. Israel se apegó al Baal de Fogor y se encendió la cólera de Yavé contra Israel. Yavé dijo entonces a Moisés: «Apresa a todos los cabecillas del pueblo y empálalos de cara al sol, ante Yavé; de ese modo se apartará de Israel la cólera de Yavé» [fue el mismísimo Dios, no un sanguinario cualquiera, quien ordenó una tortura y muerte tan horrible como la producida mediante empalamiento].

Moisés dijo a los jefes de Israel: «Que cada uno mate a aquellos de sus hombres que se prostituyeron con el Baal de Fogor». Justo en ese momento, un israelita introducía en su tienda a una moabita, a la vista de Moisés y de toda la comunidad que lloraba a la entrada de la Tienda de las Citas. Al ver eso, Finjas, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, tomó una lanza, siguió al israelita al interior de su tienda y los traspasó a los dos, al hombre y a la mujer, en pleno vientre. Inmediatamente cesó la plaga que se cernía sobre Israel: porque ya habían muerto por esa plaga veinticuatro mil de ellos [de nuevo vemos que Dios tenía el gatillo fácil; mientras se estaba discutiendo la jugada y su solución, el Altísimo ya había matado a veinticuatro mil, como para abrir boca; con tanta matanza en campo propio, el pueblo de Dios debía reproducirse más que los conejos... o no salen los números].

Yavé dijo a Moisés: «Finjas, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, alejó mi cólera de los israelitas cuando se mostró lleno de celo por mí en medio de ellos. Por eso le dirás que me comprometo a recompensarlo» (...) Yavé le dijo entonces a Moisés: «Ataca a los medianitas y acaba con ellos (...)» (Nm 25,1-17).

Pero Dios, aunque feliz tras su matanza injustificable y el asesinato del israelita que iba a sembrar su semillita en la mujer moabita, quería más sangre y ordenó acabar con los medianitas²¹⁰ a sangre y fuego.

²⁰⁹ Entre las que, por mor de la brevedad, omitiremos incluir exterminios tan absurdos e injustos como el famoso «diluvio universal», lanzado por Dios cuando se sintió frustrado e insatisfecho con el resultado de «su creación»... según confesó él mismo: «Se arrepintió, pues, de haber creado al hombre, y se afligió su corazón. Dijo: "Borraré de la superficie de la tierra a esta humanidad que he creado, y lo mismo haré con los animales, los reptiles y las aves, pues me pesa haberlos creado"» (Gn 6,6-7). ¿Todos los humanos, salvo la familia de Noé, merecían morir? ¿Y qué pecado habían cometido todos los animales de la tierra? Pero la cólera divina se expresa a lo grande. Un exterminio masivo es pura gloria bendita.

²¹⁰ Aclaración para que los lectores no se desquicien más de lo debido: en Nm 25,6 la mujer que entró en la tienda del israelita era moabita, pero ocho versículos después la infalible palabra de Dios le cambió su nacionalidad y la hizo madianita: «El israelita que fue muerto, al ser herido junto con la madianita, se llamaba Zimiri, hijo de Salú; era uno de los jefes de la tribu de Simeón. El nombre de la madianita que fue muerta era Cozbi, hija de Sur, jefe de una familia de Madián» (Nm 25,14-15). Aunque Moisés tuvo una esposa madianita, Séfora —y, claro, lo eran también su suegro, Jetro/Reuel, y su cuñado Hobab—, ambos pueblos, el de Madián y el de Moab, se enfrentaron a Israel por la invasión de sus tierras, según se cuenta en Nm 22, algo que Dios no

Yavé dijo a Moisés: «Que los hijos de Israel tomen ahora desquite de los madianitas, y luego irás a reunirte con tu pueblo». Moisés, pues, dijo al pueblo: «Que se armen algunos de ustedes para la guerra. Que vayan a pelear contra Madián y sean los instrumentos de la venganza de Yavé contra él. Enviarán a la guerra mil hombres de cada tribu de Israel». (...)

Pelearon contra Madián, como Yavé había mandado a Moisés, y mataron a todos los varones. Mataron también a los reyes de Madián: Eví, Requem, Sur, Jur y Rebá; eran los cinco reyes madianitas. Mataron también a espada a Balaam, hijo de Beor. Los hijos de Israel trajeron cautivas a las mujeres de Madián y a sus niños y recogieron sus animales, sus rebaños y todas sus pertenencias. Prendieron fuego a todos los pueblos en que vivían y a todos sus campamentos. Habiendo reunido todo el botín y los despojos, hombres y bestias, llevaron los cautivos y el botín ante Moisés, el sacerdote Eleazar y toda la comunidad de los hijos de Israel, en las estepas de Moab, que están cerca del Jordán, a la altura de Jericó (...)

Moisés se enojó contra los jefes de las tropas, jefes de mil y jefes de cien que volvían del combate. Moisés les dijo: «¿Así, pues, han dejado con vida a las mujeres?». Precisamente ellas fueron las que, siguiendo el consejo de Balaam, indujeron a los hijos de Israel a que desobedecieran a Yavé (en el asunto de Baal-Peor); y una plaga azotó a la comunidad de Yavé. Maten, pues, a todos los niños, hombres, y a toda mujer que haya tenido relaciones con un hombre. Pero dejen con vida y tomen para ustedes todas las niñas que todavía no han tenido relaciones (Nm 31,1-18).

Dios extremó la crueldad matando al azar a veinticuatro mil de los suyos y ordenándole a su servidor asesinatos y exterminios brutales, pero Moisés no se quedó atrás en la carrera de la barbarie y ordenó asesinar a innumerables inocentes con tanta frialdad que relatos como el recién reproducido no desentonarían entre las pruebas de cargo del sumario judicial que, treinta y tres siglos después, llevaría hasta el cadalso a Adolf Eichmann.

Esta asociación terrible entre Dios y Moisés se hace patente en muchos otros pasajes bíblicos que, como el anterior, relatan masacres despiadadas. Así:

Entonces Yavé me habló [afirma Moisés]: «Ya ves que he comenzado a entregarte Sijón y su tierra; ustedes empezarán la conquista conquistando su tierra». Salió, pues, Sijón con toda su gente a presentarnos batalla en Yahas y Yavé, nuestro Dios, nos lo entregó y lo derrotamos junto con sus hijos y toda su gente.

En ese tiempo tomamos todas sus ciudades y las consagramos en anatema, matando a sus habitantes, hombres, mujeres y niños, sin perdonar vida alguna, salvo la de los animales, que fueron parte del botín como los despojos de las ciudades que ocupamos.

Desde Aroer, ciudad situada sobre la pendiente del torrente Arnón, y la ciudad que está abajo, hasta Galaad, no hubo aldea ni ciudad que no tomáramos: Yavé, nuestro Dios, nos las entregó todas (Dt 2,31-36).

Los mandatos de Dios que ordenan asesinar a quienes creen en otros dioses y exterminar completamente a los habitantes de las ciudades asaltadas, forman parte del código jurídico veterotestamentario que el Altísimo le impuso a Moisés —y a través de él a todo su pueblo—; algunos de esos mandatos inmorales ya se documentaron anteriormente en el apartado 2.1 de este libro.

Y Dios no bromeaba en absoluto cuando ordenaba matar a todo lo que se moviese por algún lugar concreto. Un ejemplo nos lo dio Saúl, que, recién elegido rey por voluntad divina, perdió el siempre eficaz favor de Dios cuando, tras ultimar un sacrosanto exterminio según sus designios, sólo asesinó a todo el pueblo

pocha permitir, obviamente, ¿dónde se ha visto que un pueblo invadido pueda hacerle frente a una horda de invasores sin límites ni escrúpulos?

amalecita, pero dejó sin degollar a su rey y a una parte de su ganado. Así lo cuenta, al menos, el 1 Libro de Samuel:

Samuel [el último de los jueces de Israel y el primero de sus profetas clásicos] dijo a Saúl: «Yavé me envió para consagrarte como rey de su pueblo Israel. Escucha ahora a Yavé. Esto dice Yavé de los ejércitos: "Quiero castigar a Amalec por lo que hizo a Israel cuando subía de vuelta de Egipto: le cerró el camino. Anda pues a castigar a Amalec y lanza el anatema sobre todo lo que le pertenece. No tendrás piedad de él, darás muerte a los hombres, a las mujeres, a los niños, a los bueyes y corderos, a los camellos y burros"» [vemos, pues, que Dios fue bien concienzudo a la hora de señalar a quienes debía asesinarse] (...)

Saúl aplastó a Amalec desde Javila hasta Sur que está al este de Egipto. Hizo prisionero a Agag, rey de los amalecitas y pasó a cuchillo a toda la población debido al anatema. Pero Saúl y su ejército no quisieron condenar al anatema a Agag y a lo mejor del ganado menor y mayor, los animales gordos y los corderos, en una palabra, todo lo que era bueno. Al contrario, exterminaron todo lo que, en el ganado, era malo y sin valor (...)

Cuando Samuel llegó donde estaba Saúl, éste le dijo: «Yavé te bendiga, he ejecutado las órdenes de Yavé». Pero Samuel le contestó: «¿Qué ruido es ese que siento de cabras y ovejas? ¿Qué ruido es ese que siento también de bueyes y burros?». Saúl respondió: «Los trajimos de los amalecitas. El pueblo separó lo mejor del ganado menor y del mayor para ofrecerlo en sacrificio a Yavé tu Dios [es decir, que no quiso matar lo mejor del ganado a lo tonto, sino que, tal como prescribía la Ley de Dios, querían inmolarlo ritualmente], pero todo lo demás fue condenado al anatema [entre «lo demás» estaba, claro, toda la gente; una minucia para Dios].

Entonces Samuel dijo a Saúl: «¡Basta! Voy a comunicarte lo que me dijo Yavé esta noche. (...) Yavé te había confiado una misión, te había dicho: "Anda, condena al anatema a los amalecitas; harás la guerra a esos pecadores hasta exterminarlos". ¿Por qué no hiciste caso a las palabras de Yavé? ¿Por qué te abalanzaste sobre el botín? ¿Por qué hiciste lo que es malo a los ojos de Yavé? [lo malo, a ojos de Dios, no fue asesinar a todo un pueblo, sino dejar vivo a su rey y ganado] (...) ¿Piensas acaso que a Yavé le gustan más los holocaustos y los sacrificios que la obediencia a su palabra? La obediencia vale más que el sacrificio, y la fidelidad, más que la grasa de los carneros (...).²¹¹

Entonces Samuel le dijo: «Hoy Yavé te ha arrancado la realeza de Israel, y se la ha dado a tu prójimo, que es mejor que tú [Dios, en sólo 29 versículos, nombró un rey, le ordenó asesinar a todo un pueblo, y se arrepintió rápidamente de su nombramiento cuando éste no degolló todo lo que debía, pero...]. El que es la Gloria de Israel no puede mentir ni arrepentirse» [¿y qué acababa de hacer Dios rechazando a Saúl como rey tras ser ungido por su voluntad?] (...)

Samuel se fue pues con Saúl y éste se postró delante de Yavé. Luego dijo Samuel: «Tráiganme a Agag, rey de Amalec» (...); cuando llegó temblando, Samuel le dijo: «Así como tu espada privó a las mujeres de sus hijos, así también tu madre será una mujer

²¹¹ Curiosa afirmación en boca de un dios que le dedicó un espacio enorme —nada menos que los siete primeros capítulos del Levítico— a regular la ley del holocausto hasta en sus más mínimos detalles; y que mencionó en 145 versículos la palabra holocausto mientras que sólo en veintiuno habló de obediencia.

privada de su hijo». Y Samuel despedazó a Agag en presencia de Yavé, en Guilgal²¹² (1 Sm 15,1-33).

Dios, que a estas alturas de la Biblia, y gracias a Ana —esposa de Elcana y madre de Samuel—, comenzó a ser invocado con el más que exacto apelativo de «Yavé de los ejércitos» (1 Sm 1,11), hizo honor a su sobrenombramiento y aportó con gusto su capacidad de estratega y su divina e invencible violencia en cuanta batalla libró —y que casi siempre provocó— su pueblo, comenzando la cosa belicosa, tal como ya se dijo, desde el mismo momento en que los israelitas salieron de Egipto de la mano de Moisés.

Un relato muy glorificado, el de la conquista de Jericó, aporta una magnífica pincelada de color sobre el gusto divino por las masacres totales. Durante el asedio de esa ciudad, las hordas de Josué, siguiendo las órdenes y estrategia que Dios le dio a éste (Jos 6,2-5), traspasaron las murallas y masacraron todo lo que se movía:

Apenas oyó el pueblo el sonido de la trompeta, lanzó el gran grito de guerra y la muralla se derrumbó. El pueblo entró en la ciudad [Jericó], cada uno por el lugar que tenía al frente y se apoderaron de la ciudad. Siguiendo el anatema, se masacró a todo lo que vivía en la ciudad: hombres y mujeres, niños y viejos, incluso a los bueyes, corderos y burros (Jos 6,20-21).

Esta querencia por el asesinato masivo también la manifestó con creces el bueno del rey David —del que ya se ha mostrado en varios apartados su absoluta falta de escrupulos y de ética, incluso para proveerse de esposas—,²¹³ un monarca que, tres mil años antes de que lo hiciese Bush hijo, ya practicaba el genocidio preventivo bajo consejo de Dios:

David y sus hombres hicieron incursiones contra los guesuritas, los guergueseos y los amalecitas: esas tribus ocupan la región que se extiende desde Telam en dirección a Sur y al Egipto. David devastó el territorio; no dejaba a nadie con vida, ni hombre ni mujer; les quitaba las ovejas, los bueyes, los burros, los camellos y todas sus prendas de vestir (...) David no dejaba hombre ni mujer con vida, para no tener que llevarlos a Gat, pues decía: «No sea que hablen contra nosotros y nos denuncien a los filisteos». Así actuó David mientras vivió entre los filisteos (1 Sm 27,8-11).

Muy cauto ese varón de Dios que obró en todo momento según le indicó el Altísimo, tal como lo reconoció éste por propia voz al elogiarle su fidelidad:

Como mi servidor David, quien cumplía mis mandamientos, caminaba con todo su corazón siguiéndome, y hacía lo que es recto a mis ojos» (1 Re 14,8). **Matar inocentes**

²¹² A Saúl no le bastó con asesinar a Agag, lo despedazó. La palabra hebrea usada aquí, shasáf, significa «cortar en pedazos». La carnicería, cuenta la Biblia, se cometió ante Dios, pero éste ni se inmutó; si su santa cólera no había sido saciada con el asesinato de todo el pueblo amalecita, ¿cómo podía apagarla la tardía transformación del rey Agag en carne picada? Dios quería como rey a un genocida obediente y Saúl sólo mató a la gente y dejó vivo a lo mejor del ganado, ¡todo un fracaso que ni Dios pudo prever! Sin embargo, el candidato real que Dios hizo ungir de inmediato, David, aunque tardó veinte años en desbancar a Saúl del trono, sí fue, tal como la Biblia muestra generosamente, un criminal del agrado divino.

²¹³ A su esposa, Mical, la obtuvo a cambio de asesinar a doscientos filisteos para cortarles sus prepucios: «Saúl les dijo: "Así hablarán a David: Para ese matrimonio el rey no quiere dinero sino únicamente cien prepucios de filisteos (...) Los servidores transmitieron esas palabras a David a quien le pareció que sería bueno ser el yerno del rey. Aún no se cumplía el plazo, cuando David salió de campaña con sus hombres. Mató a doscientos filisteos y se trajo sus prepucios, que mandó al rey para ser así su yerno. Entonces Saúl le dio como esposa a su hija Mical» (1 Sm 18,25-27). A Abigail la obtuvo tras matar Dios a su marido antes de que lo hiciese David (véase el apartado 7.2). A Betsabé la forzó a ser su amante y después mandó matar a su marido Urías (véase el apartado 7.3). Etcétera.

en masa y por si acaso, además de expoliar todos sus bienes, era bueno a los ojos de Dios. Vaya, pues que santa Lucía le conserve la vista.

El dios de la Biblia —ese dios que jamás daba señales de vida cuando alguno de sus varones escogidos asesinaba a uno o a miles, robaba, saqueaba, o violaba a una mujer— siempre tenía el oído presto a las invocaciones que requerían de sus servicios bélicos, un oficio en el que, obviamente, «Yavé de los ejércitos» no tuvo rival.

Cuando, pongamos por caso, el rey Asa (o Asá) de Judá vio que tenía las de perder ante el ejército del etíope Zerac (o Zéradj), que le doblaba en número, recurrió a Dios y éste se avino inmediatamente a facilitar la muerte de un millón de hombres —etíopes, claro-²¹⁴ y el expolio desmedido de cuanta ciudad cayó bajo la espada de los hebreos.

Asá invocó a Yavé su Dios, y dijo: «Oh, Yavé, puedes ayudar al desvalido como al poderoso. ¡Ayúdanos, pues, Yavé Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos, en tu nombre marchamos contra esta inmensa muchedumbre! Yavé, tú eres nuestro Dios: ¡No prevalezca contra ti hombre alguno!».

Yavé derrotó a los etíopes ante Asá y los hombres de Judá; y los etíopes se pusieron en fuga. Asá y la gente que estaba con él los persiguieron hasta Guerar y cayeron de los etíopes hasta no quedar uno vivo, pues fueron destrozados delante de Yavé y su campamento; y se recogió un botín inmenso. Se apoderaron de todas las ciudades, alrededor de Guerar, pues el terror de Yavé pesaba sobre ellos y saquearon las ciudades, pues había en ellas gran botín. Asimismo atacaron las tiendas donde se recogían los ganados, capturando gran cantidad de ovejas y camellos. Después se volvieron a Jerusalén (2 Cr 14,10-14).

De una tacada, Dios, por medio de Asa, liquidó a un millón de varones —según cuenta la crónica, claro, que las cifras bíblicas suelen ser tan fieles a la realidad como lo son sus estupendos relatos—, y suma y sigue.

Unos versículos más allá, Dios escuchó complaciente el SOS del rey Josafat, hijo de Asa, que cayó preso del pánico cuando se enteró de que «una gran muchedumbre de gente del otro lado del mar de Edom», hombres de Moab y de Amón, se aprestaba a presentarle batalla. El rey, falto de toda valentía pero sobrado de fe, le pidió a Dios que hiciese la guerra por él y éste, recurriendo a su conocida estrategia de convertir en idiotas a los enemigos, logró exterminar a todo el ejército sin que su pueblo tuviese siquiera que disparar una flecha.

Josafat tuvo miedo y consultó a Yavé, ordenando un ayuno a todo Judá. Los judíos se reunieron para suplicar a Yavé y, de todas las ciudades de Judá, llegaron para rogar a Yavé **[para luchar no había quién, pero para rezar había cola].**

Entonces Josafat se puso de pie en medio de la asamblea de Judá en Jerusalén, en la Casa de Yavé, delante del patio nuevo. Dijo: «Yavé, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en el cielo y no dominas tú en todos los reinos de las naciones? En tu mano está el poder y la fortaleza sin que nadie pueda resistirte (...) Pero mira a los hijos de Amón, de Moab y del norte de Seír, adonde no dejaste entrar a Israel cuando salían de la tierra de Egipto, y por orden tuya Israel se apartó de ellos sin destruirlos. Ahora nos pagan viniendo a echarnos de la heredad que tú nos has dado. Oh, Dios nuestro, ¿no harás justicia con ellos? Pues nosotros no tenemos fuerza para hacer frente a esta gran multitud que viene contra nosotros y no sabemos qué hacer. Pero nuestros ojos se vuelven a ti». (...)

²¹⁴ «Asá tenía un ejército de trescientos mil hombres de Judá, que llevaban escudos grandes y lanzas, y doscientos ochenta mil de Benjamín, que llevaban el escudo pequeño y eran arqueros (...) Salió contra ellos Zéradj, el etíope, con un ejército de un millón de hombres y trescientos carros» (2 Cr 14,7-8).

Entonces en medio de la asamblea vino el Espíritu de Yavé sobre Jazaziel **[hijo de Zacarías, un oficial de Josafat comisionado para enseñar «la Ley»]** (...) y dijo: «Atiende, pueblo de Judá entero y habitantes de Jerusalén, y tú, oh, rey Josafat. Esto les dice Yavé: No teman ni se asusten ante esta gran muchedumbre; porque esta guerra no es de ustedes, sino de Yavé **[la cosa estaba clara para Dios, era «su» guerra; Dios contra un ejército humano; desigual e injusto]**.

»Bajen contra ellos mañana; ellos van a subir por la cuesta de Sis, de manera que los encontrarán al extremo del torrente, junto al desierto de Jeruel. No tendrán que pelear en este lugar sino que se quedarán quietos y verán la salvación de Yavé sobre ustedes, oh, Judá y Jerusalén. No teman ni se acobarden, salgan mañana al encuentro de ellos pues Yavé estará con ustedes» (...)

Al día siguiente se levantaron temprano y salieron al desierto de Tecoa. Mientras iban saliendo, Josafat, puesto en pie, dijo: «Escuchen, Judá y habitantes de Jerusalén, tengan confianza en Yavé su Dios y estarán seguros, tengan confianza en sus profetas y triunfarán». Después, habiendo conversado con el pueblo, dispuso a los cantores de Yavé y a los salmistas que marcharían al frente de las tropas vestidos de ornamentos sagrados: «Alaben a Yavé porque es eterno su amor» **[y oportuna su belicosidad... ya que Dios se encargó de ganar la guerra él solo]**.

En el momento en que comenzaron las aclamaciones y las alabanzas, Yavé preparó una trampa en que cayeron los hijos de Amón, los de Moab y los del monte Seír que habían venido para atacar a Judá. Pues los amonitas y los moabitas se echaron sobre los habitantes de los cerros de Seír para destruirlos y acabar con ellos; y cuando acabaron con ellos, se mataron unos a otros **[la escena fue gloriosa: los israelitas rezaron y, al punto, Dios idiotizó a los enemigos y se mataron entre sí (excepto, quizás, el último que quedó con vida, que debió suicidarse)]**.

Cuando los de Judá llegaron a la cumbre desde donde se divisa el desierto, vieron todo el campo cubierto de cadáveres sin que uno solo hubiera quedado con vida. Entonces Josafat con todo su ejército llegaron para recoger los despojos y hallaron gran cantidad de ganado, vestidos y objetos preciosos. Fue tanto el botín, que tres días no fueron suficientes para juntarlo todo, y no sabían cómo llevarlo **[los de Josafat, con la bendición de Dios, no sólo fueron unos perfectos cobardes, sino unos auténticos buitres, pero ¿qué varón piadoso dejaría de expoliar la riqueza de los muertos? Ninguno, al menos en la Biblia]**.

Al cuarto día se reunieron en el valle de Beraká. Por eso se llama aquel lugar valle de Beraká, que significa bendición, hasta el día de hoy, pues allí los bendijo Yavé. Después, todos los hombres de Judá y de Jerusalén, con Josafat al frente, regresaron con gran alegría a Jerusalén, porque Yavé los había colmado de gozo a expensas de sus enemigos (2 Cr 20,3-27).

Una «gran muchedumbre de gente» destripada en medio del desierto gracias a Dios y expoliada a causa de la voracidad de los hebreos de Josafat, y los del pueblo elegido felices como unas Pascuas, claro está... aunque Dios les reservará algunas masacres para consumo interno...

Después de esto, Josafat, rey de Judá, se alió con Ocozías, rey de Israel, que hacía el mal **[esto es, que no desterró el culto de Baal de su reino]**. Se asoció con él para construir barcos que hicieran viajes a Tarsis y fabricaron los barcos en Asiongaber **[Esión Guéber]**. Entonces Eliezer, hijo de Bodavías, de Maresá, profetizó contra Josafat, diciendo: «Porque te has aliado con Ocozías, Yavé ha destruido tus proyectos. En efecto, las naves fueron destrozadas y no llegaron a Tarsis» (2 Cr 20,35-37). **Las tripulaciones de esos barcos hundidos sumaron más muertos inocentes a la cuenta personal de Dios; y el rey Ocozías y su estirpe fueron exterminados por Jehú, el traidor**

sanguinario que Dios eligió expresamente para aniquilar todo el linaje de la casa de Ajab (véase el apartado 9.3).

En otra campaña bética contra Judá, en el año 701 a. C., en este caso comandada por Senaquerib, rey de Asur, los judíos, bajo el mando de su rey Ezequías, se aprestaron a defenderse del asedio contra la ciudad de Jerusalén con ánimo militar (2 Cr 32,2-8)

—todo lo contrario que el cobarde de Josafat y su gente—, pero Dios, presumiblemente irritado al serle cuestionada por Senaquerib su capacidad protectora,²¹⁵ se tomó la guerra como cosa personal y liquidó sin más preámbulos toda la capacidad militar de los de Asur:

En esta situación, el rey Ezequías y el profeta Isaías, hijo de Amós, oraron y clamaron al cielo. Y Yavé envió un ángel [obsérvese que, a menudo, cuando un exterminio debía perpetrarse cuerpo a cuerpo, Dios encargaba la masacre a uno de sus ángeles... quizá por estética narrativa] que exterminó a todos los mejores guerreros de su ejército, a los príncipes y a los jefes que había en el campamento del rey de Asur. Éste volvió a su tierra con gran vergüenza y al entrar a la casa de su dios, allí mismo, sus propios hijos lo mataron a espada [la palabra de Dios no pierde jamás ocasión para humillar y convertir en bestias sanguinarias a los enemigos de su pueblo]. Así salvó Yavé a Ezequías y a los habitantes de Jerusalén de la mano de Senaquerib, rey de Asur, y de la mano de todos sus enemigos, y les dio paz por todos lados (2 Cr 32,20-22).

Pero en el 587 a. C., poco más de un siglo después de la cruenta y desigual guerra librada por Dios al exterminar al ejército de Asur en favor del rey judío Ezequías, la voluntad divina cambió radicalmente de bando y se volvió en contra de su pueblo, haciendo que desapareciese el reino de Judá, que fue pasado a espada y expoliado por las tropas de Nabucodonosor, que también esclavizó a los supervivientes, incluido su último monarca Sedecías.²¹⁶

[**Sedecías**] Hizo el mal a los ojos de Yavé, su Dios, y no se humilló ante el profeta Jeremías que le hablaba en nombre de Yavé. También él se rebeló contra el rey Nabucodonosor²¹⁷ que le había hecho jurar por Dios; se porfió y se obstinó en su corazón, en vez de volverse a Yavé, su Dios de Israel. Del mismo modo todos los jefes, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, según todas las costumbres abominables de las naciones paganas, y mancharon la Casa de Yavé, que él se había consagrado en Jerusalén.

Yavé, el Dios de sus padres, les enviaba desde el principio avisos por medio de mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su Morada. Pero ellos maltrataron a los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se burlaron de sus profetas, hasta que estalló la ira de Yavé contra su pueblo y ya no hubo remedio.

²¹⁵ «Escribió [el rey Senaquerib a Ezequías] además cartas para insultar a Yavé, Dios de Israel, hablando contra él de este modo: "Así como los dioses de las naciones de otros países no las han salvado de mi mano, así tampoco el Dios de Ezequías salvará a su pueblo de mi mano. Los mensajeros gritaban en voz alta, en lengua judía, al pueblo de Jerusalén que estaba sobre la muralla, para atemorizarlos y asustarlos y así poder conquistar la ciudad. Hablaban del Dios de Jerusalén como de los dioses de los pueblos de la tierra, que son obras de manos de hombre» (2 Cr 32,17-19).

²¹⁶ «El rey de Babilonia mandó degollar a los hijos de Sedecías ante sus propios ojos, luego le sacó los ojos y lo llevó encadenado a Babilonia con una doble cadena de bronce» (2 Re 25,7). Otra escena rebosante de crueldad, aunque muy del gusto del dios bíblico, que también se relata, añadiendo entre los degollados a todos los jefes de Judá, en Jeremías (Jr 52,9-11).

²¹⁷ Judá, obviamente, había caído a manos de Babilonia por expresa voluntad justiciera de Dios, ya que el rey Joaquim «hizo el mal a los ojos de Yavé su Dios. Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a atacarlo y loató con cadenas de bronce para conducirlo a Babilonia» (2 Cr 36,6).

Entonces hizo subir contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada a los mejores hasta dentro de su santuario, sin perdonar a joven ni a virgen, a viejo ni a canoso; a todos los entregó Dios en su mano **[al Altísimo le daba igual que la masacre fuese en pueblo ajeno o en el propio, la cuestión era que, obedeciendo a su sagrada voluntad, se pasase a espada a todo bicho viviente].**

Todos los objetos de la Casa de Dios, grandes y pequeños, los tesoros de la Casa de Yavé y los tesoros del rey y de sus jefes, todo se lo llevó a Babilonia. Incendiaron la Casa de Dios y derribaron las murallas de Jerusalén, prendieron fuego a todos sus palacios y destruyeron todos los objetos preciosos. Y a los que escaparon de la espada, los llevó prisioneros a Babilonia, donde fueron esclavos de él y de sus hijos hasta que se estableciera el reino de los persas. Así se cumplió la palabra de Yavé, por boca de Jeremías: «Hasta que el país haya pagado sus sábados, quedará desolado y descansará todos los días hasta que se cumplan los setenta años»²¹⁸ (2 Cr 36,12-21).

La muy celebrada intervención personal y directa de Dios en las masacres, exterminios, carnicerías y expolios que, a mayor gloria de su pueblo y como prueba de su supremacía divina, quedó acreditada a lo largo de los primeros y fundamentales libros de la Biblia, no cayó en saco roto, y los profetas, en sus visiones —que a menudo tienen estructuras delirantes—, le siguieron asignando al Altísimo un rol de verdugo sin piedad.

Entre las muchas parrafadas terribles sobre castigos divinos, proferidas por los profetas bíblicos, nos quedaremos, como ejemplo de estilo, con la visión que proclamó haber tenido Ezequiel:

El año sexto, el día quinto del sexto mes, estaba sentado en mi casa y los ancianos de Judá estaban sentados frente a mí. Entonces la mano de Yavé se posó sobre mí. Miré, era una forma humana; por debajo de la cintura no era más que fuego, y de la cintura para arriba era como un metal incandescente. Extendió lo que podía ser una mano y me agarró por los cabellos: inmediatamente el Espíritu me levantó entre el cielo y la tierra. Me llevó a Jerusalén en una visión divina hasta la entrada de la puerta que mira al norte, allí donde está el ídolo que provoca los celos del Señor (...)

Me dijo: «¿Hijo de hombre, has visto todos los horrores que comete aquí la casa de Israel para echarme de mi Santuario? Pero todavía verás algo peor aún» (...) Entonces me dijo: «Viste, hijo de hombre, ¿no les basta a la casa de Judá con hacer aquí tantas cosas escandalosas? ¿Van a seguir enojándome? Pero esta vez se les pasó la medida, voy a actuar con furor, no los perdonaré y mi ojo será inclemente» (Ez 8,1-18).²¹⁹

²¹⁸ Tamaña precisión profética tiene un pequeño truco: los hechos profetizados que aparecen en la Biblia fueron escritos siempre después de sucedidos los hechos. El lenguaje profético era un recurso estilístico, mera retórica, que se usaba para dotarse de credibilidad dando por profetizado un hecho ya sucedido, resaltando así la intervención de Dios en la historia, una notable y muy influyente creencia desarrollada por Elías (siglo IX a. C.), un profeta que precedió en un siglo a los primeros de entre los llamados profetas escritores, que dieron nombre a diversos libros bíblicos... escritos, en su totalidad o en sus partes fundamentales, por redactores ajenos a ellos y mucho tiempo después de haber muerto sus titulares; un caso bien conocido es el del Libro de Isaías, cuyos capítulos 40 a 66 fueron redactados por uno o dos autores que vivieron un par de siglos después de Isaías (y después de los hechos profetizados, evidentemente). Lo mismo le sucede, entre otros, al texto de Crónicas, escrito en el siglo IV a. C. cuando, como en el ejemplo recién comentado en el texto, Nabucodonosor reinó en Babilonia entre los años 605 y 562 a. C., es decir, que ¡profetizó hechos sucedidos dos siglos antes! Del mismo modo, la mayor parte del Libro de Jeremías, como el deutero-Isaías, se escribió tras la segunda toma de Jerusalén (587 a. C.) y el fin del reino de Judá y ya en tiempos del exilio en Babilonia y Egipto. Cfr. Rodríguez P. (1997). Mentiras fundamentales de la Iglesia católica, óp. cit., pp. 49-68.

²¹⁹ Una traducción más común de Ez 8,17-18 viene a decir: «Y me dijo: "¿Has visto, hijo de hombre? ¿No le basta a la casa de Judá con cometer las abominaciones que cometan aquí, para

Gritó con todas sus fuerzas en mis oídos: «¡Castigos de la ciudad, acérquense! ¡Que cada uno lleve en la mano su instrumento de muerte!». Aparecen entonces seis hombres desde el lado de la Puerta Alta, que mira al norte: cada cual lleva en la mano un instrumento de muerte, y en medio de ellos veo a un hombre con un traje de lino (...) e inmediatamente la Gloria del Dios de Israel, que hasta entonces descansaba sobre los querubines, se eleva en dirección a la puerta del Templo. Llama al hombre con traje de lino, que lleva en su cintura una tablilla de escriba, y le dice: «Recorre Jerusalén, marca con una cruz en la frente a los hombres que se lamentan y que gimen por todas esas prácticas escandalosas que se realizan en esta ciudad».

Luego, dice a los otros, de manera que yo lo entienda: «Recorran la ciudad detrás de él y maten. No perdonen a nadie, que su ojo no tenga piedad. Viejos, jóvenes, muchachas, niños y mujeres, mátenlos hasta acabar con ellos. Pero no tocarán a los que tienen la cruz. Comenzarán por mi Santuario». Comienzan pues con la gente que se encontraba delante del Templo. Porque les había dicho: «Llenen los patios de cadáveres, el Templo quedará manchado con ellos; luego salgan y maten en la ciudad» (Ez 9,1-7).

El dios bíblico no podía dejar de ser terrible, cruel y despiadado ni dentro de una visión onírica: «No perdonen a nadie... mátenlos hasta acabar con ellos... llenen los patios de cadáveres...», dijo Ezequiel que le oyó ordenar a Dios; cosa que debe de ser cierta, ya que, tal como obliga a creer la Iglesia: «Todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, en todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor».

Canónicos y de autoría divina son también —aunque sólo para católicos y ortodoxos— los dos libros de Macabeos, que relatan, básicamente, las heroicidades de una familia de machos judíos, preñados de fe y de nacionalismo, guerreando contra unos y otros. También entre esos versículos enardecidos se hizo aparecer a Dios como autor de muchas y sacras matanzas. Así, por ejemplo:

Al mismo tiempo, los idumeos que poseían fortalezas bien ubicadas no dejaban de molestar a los judíos (...) Macabeo²²⁰ y sus hombres hicieron rogativas públicas. Le pidieron a Dios que se pusiera de su lado y luego se lanzaron al ataque de las fortalezas de los idumeos. En medio de un violento combate se adueñaron de esas posiciones, después de haber hecho retroceder a todos los que combatían en las murallas. Luego degollaron a cuantos caían en sus manos, matando al menos a veinte mil [eso sí que era degollar al por mayor].

Nueve mil se habían refugiado en dos torres bien fortificadas y provistas de todo lo necesario para resistir un sitio. Macabeo dejó allí a Simón y a José, como también a Zaqueo y a sus compañeros, en número suficiente para mantener el asedio y él partió a combatir a donde era más urgente. Pero los hombres de Simón, por amor al dinero, se dejaron sobornar por algunos de los que estaban en las torres; dejaron escapar un cierto

que llenen también el país de violencia, irritándome cada vez más? Mira cómo se llevan el ramo a la nariz. Pues yo también voy a actuar con furor; no me apiadaré, ni perdonaré. Me gritarán con fuerza, pero yo no les escucharé» (Biblia de Jerusalén, tercera edición).

²²⁰ Se refiere a Judas Macabeo, en realidad Judas ben Matatías —apelido que en griego se tradujo como Makkabaios—, que fue el tercer hijo del sacerdote Matatías, iniciador de una revuelta contra la persecución religiosa y los abusos desencadenados por el rey seléucida Antíoco IV. Tras muchas guerras, el héroe judío forzó a Lisias, regente de Antíoco, a firmar la paz y anular los decretos del año 165 a. C. que originaron la revuelta. Judas purificó solemnemente el templo de Jerusalén y restauró el culto religioso según la Ley hebrea (un acontecimiento que hoy día se sigue conmemorando bajo la festividad judía denominada Ha-nuca [dedicación]). Los Macabeos tuvieron una tremenda importancia para el judeocristianismo que estaba por venir, ya que configuraron un claro modelo de nacionalismo judío y también las bases del pensamiento mesiánico que alimentará el período neotestamentario.

número por setenta mil dracmas. En cuanto se enteró Macabeo (...) Mandó ejecutar a esos traidores y se apoderó luego de las dos torres. Tuvo pleno éxito con las armas en la mano y dio muerte en esas dos fortalezas a más de veinte mil hombres [obsérvese que la palabra de Dios acababa de decir que eran nueve mil los refugiados en esas dos torres; en esa época, la reproducción debía de ser vertiginosa].

Mientras tanto Timoteo,²²¹ que había sido vencido anteriormente por los judíos, regresó. Había reclutado numerosas tropas extranjeras, entre ellas una numerosa caballería que venía de Asia, y pensaba apoderarse de Judea por las armas. Cuando se aproximaba, Macabeo y sus hombres se vistieron de saco para suplicarle a Dios y se echaron polvo en la cabeza. Se postraron al pie del altar, pidiendo al Señor que les demostrara su bondad, haciéndose el enemigo de sus enemigos y el adversario de sus adversarios, tal como la Ley lo dice. Terminada su oración, tomaron sus armas y avanzaron bastante lejos de la ciudad. Cuando llegaron cerca del enemigo, tomaron posiciones (...)

En lo mejor de la refriega, los enemigos vieron que venían del cielo cinco hombres magníficamente montados en caballos con riendas de oro, que avanzaban al frente de los judíos. Pusieron a Macabeo en medio de ellos, y protegiéndolo con sus armaduras lo volvían invulnerable [todo esto era cosa de Dios, obviamente, que volvía a cabalgar y guerrear con los suyos]. Al mismo tiempo lanzaban a los enemigos flechas y rayos, y éstos, enceguecidos y aterrorizados, salían huyendo para todas partes. Murieron veinte mil quinientos y seiscientos de caballería [y ya llevamos más de sesenta mil cadáveres en tan sólo quince versículos de nada].

Timoteo (...) se refugió en una plaza llamada Gazara, una importante fortaleza (...) Llenos de entusiasmo, Macabeo y sus hombres sitiaron la fortaleza (...) Al inicio del quinto día, veinte jóvenes del ejército de Macabeo, furiosos por esas blasfemias, se lanzaron contra la muralla con gran valentía y golpearon salvajemente a todos los que cayeron en sus manos. Los otros atacaron también a los sitiados tomándolos por la espalda y prendieron fuego a las torres; encendieron hogueras, donde fueron quemados vivos los que habían blasfemado. Otros rompieron las puertas y le abrieron un boquete al resto del ejército, que se apoderó de la ciudad. A Timoteo, que se había escondido en una cisterna, lo degollaron junto con su hermano Quereas y Apolofane. Cuando terminaron, bendijeron al Señor con himnos y cantos de acción de gracias, porque acababa de conceder a Israel un gran favor al otorgarle la victoria (2 Mac 10,15-38).

Tras un reiterativo y nada religioso paseo por un sinfín de guerras, masacres y degüellos variopintos, la épica bíblica de los hermanos Macabeo, que dejó a Judea como los chorros del oro y en posición de firmes ante Dios, se puso la guinda cuando

Judas [Macabeo] mandó colgar en la ciudadela la cabeza de Nicanor como una prueba evidente para todos de la ayuda del Señor (2 Mac 15,35).

Con el general sirio Nicanor —al que odiaban y que etiquetaron como «ese tres veces criminal de Nicanor, que había convocado a mil mercaderes para

²²¹ Contra este general del rey sirio Antíoco IV ya habían luchado en medio de una campaña bética tan variada como sanguinaria: «Judas [Macabeo] declaró la guerra a los hijos de Esaú en Idumea; avanzó contra los habitantes del territorio de Acrabatane, que asaltaban a los israelitas; los atacó violentamente, los denotó y se apoderó de sus despojos. Se acordó también de la maldad de la gente de Bayán, que eran una amenaza y un peligro para el pueblo porque armaban emboscadas en los caminos. Los obligó a encerrarse en sus torres, los sitió y los condenó al anatema; prendió fuego a sus torres y las quemó con todos los que estaban dentro. De allí se dirigió donde los amoneos; se topó allí con un poderoso ejército y un pueblo numeroso mandado por Timoteo. Los atacó, los venció y los aplastó completamente. Se apoderó luego de Yazer y de las aldeas vecinas y regresó después a Judea» (1 Mac 5,3-8).

efectuar la venta de los judíos» (2 Mac 8,34)— se habían liado a palos versículo sí y otro también, aunque Dios estuvo en todo momento dando el callo junto a Macabeo y su gente:

Efectuó [Judas Macabeo] la lectura del Libro Santo, y dando como consigna «Auxilio de Dios», encabezó el primer destacamento y atacó a Nicanor. El Dueño del universo²²² fue a ayudarlo: mataron a más de nueve mil enemigos, hirieron y mutilaron a la mayor parte de los hombres de Nicanor y los hicieron huir. Juntaron el dinero de los que habían ido a comprarlos **[a los judíos, a quienes Nicanor quería vender como esclavos]** y persiguieron bastante lejos al enemigo, pero debieron detenerse porque les faltó tiempo. Como empezaba la víspera del sábado, dejaron de perseguirlos (2 Mac 8,23-26).

Pero Nicanor, malo entre los malos, resurgiría de las cenizas con un ejército todavía más espectacular, cosa que obligó a Judas Macabeo a implorar la colaboración militar de Dios para dar la batalla final:

Macabeo vio delante de sí a esa muchedumbre, la variedad de sus armas y el terrible aspecto de sus elefantes. Entonces alzó sus manos al Cielo e invocó al Señor que realiza prodigios, pues sabía muy bien que no son las armas, sino su voluntad, la que consigue la victoria a los que son dignos. Pronunció esta oración: «Tú, Soberano, enviate a tu ángel en tiempos de Ezequías, rey de Judá, e hizo perecer a más de ciento ochenta y cinco mil hombres en el ejército de Senaquerib. Ahora, pues, Soberano de los Cielos, envía a tu buen ángel delante de nosotros para que siembre el pánico y el terror. ¡Que tus poderosos golpes dejen aterrorizados a los que atacan a tu pueblo santo profiriendo blasfemias!». Así acabó su oración.

La gente de Nicanor avanzó al son de trompetas y cuernos; Judas y sus hombres, por su parte, entraron al combate con invocaciones y plegarias. Combatían con sus manos, pero con todo su corazón oraban a Dios; entusiasmados por la manifestación de Dios **[aquí no se cuenta cómo se manifestó, pero estuvo en el frente, sí, señor]**, derribaron a no menos de treinta y cinco mil hombres. Cuando terminó la batalla y volvían todos felices, reconocieron a Nicanor, que estaba caído con su armadura (2 Mac 15,21-28).

Después de tanta guerra, con las retinas del lector todavía rebosantes de cadáveres, cobrados como piezas de caza y expuestos para mayor gloria de Dios y de su pueblo, el redactor de Macabeos dio por finalizada su contribución a la historia de la humanidad:

Si la composición ha sido buena y acertada, eso era lo que quería. Si ha sido pobre y mediocre, era todo lo que pude hacer. Así como no es bueno tomar vino solo o agua pura, siendo que el vino mezclado con agua es agradable y da mucho gusto, así también la bella disposición del relato encanta a los oídos de los que leen la obra. Aquí pongo punto final (2 Mac 15,38-39).

Beber agua pura es malo, pero exterminar en masa y degollar con entusiasmo es gloria bendita y «una prueba evidente para todos de la ayuda del Señor» (2 Mac 15,35).

Corría el año del Señor de 164 a. C. —fecha de la nueva consagración del altar del templo de Jerusalén— y, afortunadamente, el estilo de literatura y de dios que harían fortuna de cara al Nuevo Testamento iban a ser sustancialmente diferentes... aunque la mentalidad fanática, xenófoba, violenta y genocida que imprimió Dios en el Antiguo Testamento no ha desaparecido jamás del horizonte cotidiano de una buena parte de quienes dicen ser sus fieles seguidores. Quizá porque esas conductas terribles son profundamente humanas, tan humanas como lo es ese Dios

²²² El resto de las versiones bíblicas son más comedidas y hablan del «Todopoderoso» u «Omnipotente».

veterotestamentario que acabamos de explorar a través de su palabra sagrada, eterna e inmutable.

LAS Maldiciones DE DIOS A SU PUEBLO... ¡QUE TODAVÍA ESTÁN VIGENTES!

Una de las maneras eficaces para poder conocer la mentalidad de cualquier personaje es analizar la calidad de todo aquello que desea o postula para los demás. En el caso de Dios, este trabajo se simplifica bastante, ya que él mismo tuvo a bien dejarnos para la posteridad un par de listados que detallan los males que infligirá a su pueblo, por propia mano, en caso de que se aparten de la obediencia y sumisión totales a sus designios.

Cualquier lector (creyente), medianamente sensato, se sonreirá al darse cuenta de la dirección por la que le conducirá este apartado. Sin duda pensará que los textos que reproduciremos son una antigua metáfora, trasnochada y caducada. Razón no le falta, ni mucho menos, pero resulta que quienes le marcan la ortodoxia de lo que debe creerse o no son muy claros y contundentes en este aspecto, tal como ya se dijo en el capítulo 1 y resumimos aquí:

«La santa madre Iglesia, fiel a la base de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, en todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor (...) En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería (...) los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra (...) El Antiguo Testamento es una parte de la Sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son libros divinamente inspirados y conservan un valor permanente (cf DV 14), porque la Antigua Alianza no ha sido revocada».²²³

Si «la Antigua Alianza no ha sido revocada», resulta obvio que todavía siguen vigentes las condiciones que Dios, a modo de cláusulas resolutivas e indemnizatorias, impuso —y Moisés aceptó en nombre de todos— a fin de poder mantenerse apoyando y beneficiando a sus creyentes.

Esas cláusulas indemnizatorias, que penalizan el incumplimiento contractual con Dios mediante la imposición de todo tipo de sufrimientos —limitados a lo personal y terrenal, que Dios, al parecer, desconocía entonces la existencia de una vida eterna tras la muerte y sus excelentes posibilidades para torturar sin límite!—, están a disposición de toda la parroquia en las páginas de dos libros bíblicos fundamentales, Levítico y Deuteronomio.

El catálogo minucioso de las maldiciones de Dios que, a través de su palabra eterna, nos dejó escrito en el Levítico (Lv 26,14-38) es el siguiente:

Pero si no me escuchan, si no cumplen todo eso; si desprecian mis normas y rechazan mis leyes; si no hacen caso de todos mis mandamientos y rompen mi alianza, entonces miren lo que haré yo con ustedes.

Mandaré sobre ustedes el terror, la peste y la fiebre; sus ojos se debilitarán y su salud irá en desmedro. Ustedes sembrarán en vano la semilla, pues se la comerán los enemigos.

²²³ Santa Sede (1992). Catecismo de la Iglesia católica, op. cit., pp. 30-37, párrafos 105-121.

Me volveré contra ustedes y serán derrotados ante el enemigo; ustedes no resistirán a sus adversarios y huirán sin que nadie los persiga.

Si ni aun así me obedecen, les devolveré siete veces más por sus pecados.

Quebrantaré su orgullosa fuerza; haré que el cielo sea de hierro para ustedes y la tierra de bronce.

Sus esfuerzos se perderán, su tierra no dará sus productos ni los árboles darán sus frutos.

Y si siguen enfrentándose conmigo en vez de escucharme, les devolveré siete veces más por sus pecados.

Soltaré contra ustedes la fiera salvaje, que les devorará sus hijos, exterminará los ganados y los reducirá a unos pocos, de modo que nadie ya ande por los caminos de su país.

Si aun con esto no cambian su actitud respecto a mí y siguen desafiándome, también yo me enfrentaré con ustedes y les devolveré yo mismo siete veces más por sus pecados; traeré sobre ustedes la espada vengadora de mi alianza. Se refugiarán entonces en sus ciudades, pero yo enviaré la peste en medio de ustedes y serán entregados en manos del enemigo.

Yo les quitaré el pan, hasta el punto que diez mujeres cocerán todo su pan en un solo horno, y se lo darán tan medido que no se podrán saciar.

Si con esto no me obedecen y siguen haciéndome la contra, yo me enfrentaré con ustedes con ira y les devolveré siete veces más por sus pecados: ustedes llegarán a comer la carne de sus hijos e hijas!

Destruiré sus santuarios altos, demoleré sus monumentos, amontonaré sus cadáveres sobre los cadáveres de sus sucios ídolos y les tendré asco.

Reduciré a escombros sus ciudades y devastaré sus santuarios, no me agradará más el perfume de sus sacrificios.

Yo devastaré la tierra de tal modo que sus mismos enemigos quedarán admirados y asombrados cuando vengan a ocuparla.

A ustedes los desparramaré entre las ciudades y naciones; y los perseguiré con la espada. Sus tierras serán arruinadas y quedarán desiertas sus ciudades.

Entonces la tierra gozará de sus descansos sabáticos durante todo el tiempo que sea arruinada, mientras estén ustedes en tierra de enemigos. La tierra descansará y gozará sus sábados; y mientras esté abandonada, descansará por lo que no pudo descansar en sus sábados, cuando ustedes habitaban en ella.

A los que queden de ustedes les infundiré pánico en sus corazones en el país de sus enemigos; el ruido de una hoja que cae los hará huir como quien huye de la espada y caerán sin que nadie los persiga.

Se atropellarán unos a otros como delante de la espada, aunque nadie los persiga. No se podrán tener en pie ante el enemigo.

Perecerán en tierra de paganos y desaparecerán en el país de sus enemigos.

Los que de ustedes sobrevivan se pudrirán en país enemigo por causa de su maldad y por las maldades de sus padres unidas que se les pegaron (...) A pesar de todo, no los despreciaré cuando estén en tierra enemiga; no los aborreceré hasta su total exterminio ni anularé mi alianza con ellos, porque yo soy Yavé, su Dios (...)

Estas son las normas, leyes e instrucciones que Yavé estableció entre Él y los hijos de Israel en el monte Sinaí, por medio de Moisés (Lv 26,14-46).

El catálogo pormenorizado de las maldiciones de Dios que, mediante su palabra sagrada e inmutable, protocolizó el Deuteronomio (Dt 28,15-69) es el siguiente:

Pero si no obedeces la voz de Yavé, tu Dios, y no pones en práctica todos sus mandamientos y normas que hoy te prescribo, vendrán sobre ti todas estas maldiciones:

Maldito serás en la ciudad y en el campo. Maldita será tu canasta de frutos y tu reserva de pan. Maldito el fruto de tus entrañas y el fruto de tus tierras, los partos de tus vacas y las crías de tus ovejas. Maldito serás cuando salgas y maldito también cuando vuelvas.

Yavé mandará la desgracia, la derrota y el susto sobre todo lo que tus manos toquen, hasta que seas exterminado, y perecerás en poco tiempo por las malas acciones que cometiste, traicionando a Yavé.

Él hará que se te pegue la peste hasta que desaparezcas de este país que, hoy, pasa a ser tuyo. Yavé te castigará con tuberculosis, fiebre, inflamación, quemaduras, tizón y roya del trigo, que te perseguirán hasta que mueras. El cielo que te cubre se volverá de bronce, y la tierra que pisas, de hierro. En vez de lluvia, Yavé te mandará cenizas y polvo, que caerán del cielo hasta que te hayan barrido.

Yavé hará que seas derrotado por tus enemigos. Por un camino irás a pelear en su contra y por siete caminos huirás de ellos. Al verte se horrorizarán todos los pueblos de la tierra. Tu cadáver

servirá de comida a todas las aves del cielo y a todas las bestias de la tierra, sin que nadie las corra.

Te herirá Yavé con las úlceras y plagas de Egipto, con tumores, sarna y tiña, de las que no podrás sanar. Te castigará Yavé con la locura, la ceguera y la pérdida de los sentidos. Andarás a tientas en pleno mediodía, como anda el ciego en la oscuridad, y fracasarás en tus empresas. Siempre serás un hombre oprimido y despojado, sin que nadie salga en tu defensa.

Tendrás una prometida y otro hombre la hará suya. Edificarás una casa y no la podrás habitar. Plantarás una viña y no comerás sus uvas. Tu buey será sacrificado delante de ti y no comerás de él. Ante tus ojos te robarán tu burro y no te lo devolverán, tus ovejas serán entregadas a tus enemigos y nadie te defenderá. Tus hijos y tus hijas serán entregados a pueblos extranjeros y enfermarás con tanto mirar hacia ellos, pero no podrás hacer nada. El fruto de tus campos, todos tus esfuerzos, los comerá un pueblo que no conoces y tú no serás más que un explotado y oprimido toda la vida. Te volverás loco por lo que veas.

Yavé te herirá con úlceras malignísimas en las rodillas y en las piernas, de las que no podrás sanar, desde la planta de los pies hasta la coronilla de tu cabeza. Yavé te llevará a ti y al rey que tú hayas elegido a una nación que ni tú ni tus padres conocían, y allí servirás a otros dioses de piedra y de madera. Andarás perdido, siendo el juguete y la burla de todos los pueblos donde Yavé te llevará.

Echarás en tus campos mucha semilla y será muy poco lo que coseches, porque la langosta lo devorará. Plantarás una viña y la cultivarás, pero no beberás vino ni comerás uvas, porque los gusanos la roerán. Tendrás olivos por todo tu territorio, pero no te darán ni siquiera aceite con que ungirte, porque se caerán las aceitunas y se pudrirán. Tendrás hijos e hijas, pero no serán para ti, porque se los llevarán cautivos. Todos los árboles y frutos de tu tierra serán atacados por los insectos. El forastero que vive contigo se hará cada día más rico, y tú cada día serás más pobre. Él te prestará y tú tendrás que pedir prestado; él estará a la cabeza y tú a la cola.

Todas estas maldiciones caerán sobre ti, te perseguirán y oprimirán hasta que hayas sido eliminado, porque no escuchaste la voz de Yavé, tu Dios, ni guardaste sus mandamientos ni las normas que te ordenó. Se apegarán a ti y a tus descendientes para siempre y serán una señal asombrosa a la vista de todos.

Por no haber servido con gozo y alegría de corazón a Yavé, tu Dios, cuando nada te faltaba, servirás con hambre, sed, falta de ropa y toda clase de miseria a los enemigos que Yavé enviará contra ti. Ellos pondrán sobre tu cuello un yugo de hierro hasta que te destruyan del todo.

Yavé hará venir contra ti de un país remoto, como un vuelo de águila, a un pueblo cuya lengua no entenderás. Ese pueblo cruel no tendrá respeto por el anciano ni compasión del niño. Devorará las crías de tus ganados y los frutos de tus cosechas, para que así perezcas, pues no te dejará trigo, ni vino, ni aceite, ni las crías de tus vacas y de tus ovejas, hasta acabar contigo. Te asediarán en todas tus ciudades, hasta que caigan en todo tu país las murallas más altas y fortificadas en las que tú ponías tu confianza. Quedarás sitiado dentro de tus ciudades en todo el país que te da Yavé, tu Dios.

Te comerás el fruto de tus entrañas, la carne de tus hijas e hijos que te haya dado Yavé, en el asedio y angustia a que te reducirá tu enemigo. El hombre más refinado de tu pueblo se esconderá de su hermano e incluso de su esposa y de los hijos que le queden, negándose a compartir con ellos la carne de los hijos que se estará comiendo, porque nada le quedará durante el asedio y la angustia a que tu enemigo te reducirá en todas tus ciudades.

La mujer más tierna y delicada de tu pueblo, tan delicada y tierna que hacía ademanes para posar en tierra la planta de su pie, se esconderá del hombre que se acuesta con ella, e incluso de su hijo o de su hija, mientras come la placenta salida de su seno y a los hijos que dio a luz, por falta de todo otro alimento, cuando tu enemigo te sitie en tus ciudades y te reduzca a la más extrema miseria.

Si no guardas ni pones en práctica las palabras de esta Ley tales como están escritas en este libro, y no temes a ese Nombre

glorioso y terrible, a Yavé, tu Dios, él te castigará, a ti y a tus descendientes, con plagas asombrosas, plagas grandes y duraderas, enfermedades malignas e incurables.

Hará caer sobre ti todas las plagas de Egipto, a las que tanto miedo tenías; y se apegarán a ti. Más todavía, todas las enfermedades y plagas que no se mencionan en este libro de la Ley, te las mandará Yavé hasta aniquilarte.

Por no haber obedecido a la voz de Yavé, tu Dios, no quedarán más que unos pocos de ustedes, que eran tan numerosos como las estrellas del cielo. Sucederá, pues, que de la misma manera que Yavé se complacía en hacerles el bien y en multiplicarlos, así se complacerá en perseguirlos y destruirlos. Serán arrancados de la tierra en la que entran para conquistarla.

Yavé te dispersará entre todos los pueblos, de un extremo a otro de la tierra, y allí servirás a otros dioses, de madera y de piedra, que ni tú ni tus padres han conocido. En aquellas naciones no encontrarás paz ni estabilidad. Yavé te dará allí un corazón cobarde, atemorizado e inquieto de día y de noche. Tu vida estará ante ti como pendiente de un hilo y andarás asustado de noche y de día. Por la mañana dirás: «¡Ojalá fuera ya de noche!», y por la noche dirás: «¡Ojalá estuviéramos ya a la mañana!», a causa del miedo que estremecerá tu corazón, al contemplar lo que verán tus ojos.

Yavé te volverá a llevar a Egipto por tierra y por mar, a pesar de que te dijo: «No volverás a verlos». Allí ustedes querrán venderse a sus enemigos como esclavo y como sirvientas, pero no habrá comprador.

Estas son las palabras de la Alianza que Yavé mandó a Moisés ratificar con los hijos de Israel en el país de Moab, además de la que hizo con ellos en el Horeb (Dt 28,15-69).

Este Dios, que se deleitó perpetrando personalmente y/o dejando cometer lo que en este libro hemos recordado —siguiendo fiel mente las propias palabras del Altísimo fijadas en la Biblia— y que no se priva de anunciar a su parroquia que «se complacerá en perseguirlos y destruirlos» (Dt 28,63), mediante los sufrimientos —terrenales, que no post mórtém— más rebuscados, en caso de desobedecerle, ha sido y sigue siendo el faro que ilumina a buena parte de la humanidad.

Da que pensar, ¿verdad?

El día 10 de septiembre de 2007, en la conferencia que el Dalai Lama ofreció en Barcelona, le escuché afirmar que «todas las religiones y todas las filosofías religiosas presentan el mismo mensaje: amor y compasión».

Tendré que volver a releer la Biblia, no sea que se me haya pasado por alto el mensaje de amor y compasión que, tal como afirmó el Dalai Lama, debe aflorar de unas páginas que fueron y son el crisol de las tres religiones monoteístas más importantes de la historia humana.

Anexo. Cuadro de hechos notables de la historia de Israel y Judá y época de redacción de los textos más importantes del Antiguo Testamento

Época (a. C.)	Hechos y personajes notables de la historia hebrea	Textos del Antiguo Testamento
c 1728-1686	Salida de Abraham de Ur (Caldea).	
c 1500	Instalación de los hebreos en Palestina.	
c siglo XVI	Emigración a Egipto con Jacob (inicio época de esclavitud).	
c siglo XIII	Éxodo de Egipto guiados por Moisés.	
c siglo XIII	Unión de las doce tribus de Israel.	
c siglo XII	Inicio de hostilidades con los pueblos del mar (filisteos, etc.).	
c 1150 (inicio época Jueces)	Época de los jueces (Débora, Gedeón, Sansón, etc.).	Partes básicas de Moisés y Josué.
c 1050	Los filisteos se apoderan del Arca y destruyen Sión.	
c 1050-1020	Juez Samuel.	
c 1020 (inicio época Reyes)	Rey Saúl (1020-1010). Inicio de un periodo de libertad para Israel.	
1010-970	Rey David. Época de máxima expansión de Israel. Jerusalén deviene la capital.	Samuel, Rut, primeros Salmos, Josué y Jueces.
970-930	Rey Salomón. Construcción del primer Templo de Jerusalén.	Recopilación de las antiguas tradiciones yahvista y elohísta en Génesis, Éxodo, Levítico y Números.
930-910	Disturbios en Israel y reinado de Jeroboam I. En Judá reina Roboam.	
922	Escisión de los reinos de Israel y Judá.	
852-841	Joram reina en Israel. Los profetas Elias y Eliseo dirigen un levantamiento contra Joram e incitan a Jehú a asesinarle.	
782-751	Reinado de Jeroboam II en Israel y Azarías en Judá. Profetas Amós, Isaías y Miqueas en Judá y Oseas en Israel y Judá.	
721	El asirio Sargón II devasta Israel y deporta a sus habitantes,	
715-696	Reinado de Ezequías en Judá. Profetas Isaías y Miqueas. Reforma religiosa.	Redacción de la fuente sacerdotal (en Gén, Ex, Lev y Núm)
696-641	Reinado de Manasés. Reacción contra el profeta Isaías.	

639-609	Josías rey de Judá. Profetas Sofonías, Habacuc, Jeremías y Baruc. Reforma religiosa (621).	Deuteronomio (La ed.), Josué, I y II Jueces, I y II Reyes y Jeremías.
597	Toma de Jerusalén por Nabucodonosor y primeras deportaciones de hebreos.	
587	Segunda toma de Jerusalén. Fin del reino de Judá e inicio de la época de exilio en Babilonia y Egipto. Profetas Ezequiel y Daniel.	Deuteronomio (2.a ed.), Jeremías, deutero Isaías, Lamentaciones, Baruc, Ezequiel y Salmos.
539	Ciro II ordena repatriar objetos sagrados a Jerusalén y permite la construcción del segundo Templo (538-515). Darío I pone fin al exilio (520). Profetas Joel, Ageo, Zacarías y Malaquías.	
448-400	Esdras llega a Jerusalén para recomponer la Ley. Fundación del judaísmo. Nehemías, sátrapa de Judá, emprende reformas en Jerusalén y reconstruye su Templo (445).	Esdras, Nehemías, Rut, Cantar de los cantares. Unión de las 4 fuentes bíblicas (yahvista, elohísta, sacerdotal y deuterónómica) para componer el Pentateuco judeocristiano actual.
350	Judea se convierte en estado autónomo.	
336-325	Alejandro Magno se apodera de Judea	Esdras, Nehemías, Proverbios, Crónicas, Job, Joel y Ester.
320	La dinastía ptolémaica (Egipto) se hace cargo del gobierno de Judea. Proceso de helenización de Judea.	Salmos y Eclesiastés. Traducción del hebreo al griego de la Biblia, "B. de los Setenta" (c 287-246).
167	Antíoco IV prohíbe la observancia de la Ley mosaica. La rebelión de la familia sacerdotal de los Macabeos (166-164) la restablece y da paso a un estado judío relativamente independiente.	Salmos, Daniel, Macabeos y Judit.
63	Pompeyo asienta el poder romano de Jerusalén.	Sabiduría.

Glosario de siglas

Siglas de los textos bíblicos usadas en este libro:

Abd	Abadías	Ecl	Eclesiastés
Ag	Ageo	Eclo	Eclesiástico
Am	Amós	Ef	Efesios
Ap	Apocalipsis	Esd	Esdras
Bar	Baruc	Est	Ester
Cant	Cantar de los Cantares	Ex	Éxodo
Col	Colosenses 1°	Ez	Ezequiel
1 Cor	Corintios	Flm	Filemón
2 Cor	2° Corintios	Flp	Filipenses
1 Cr	1.º Crónicas	Gál	Gálatas
2 Cr	2.º Crónicas	Gn	Génesis
Dn	Daniel	Hab	Habacuc
Dt	Deuteronomio	Heb	Hebreos
Hch	Hechos	Neh	Nehemías
Is	Isaías	Nm	Números
Jr	Jeremías	Os	Oseas
Job	Job	1 Pe	1.º Pedro
Jl	Joel	2 Pe	2.º Pedro
Jon	Jonás	Prov	Proverbios
Jos	Josué	1 Re	1º Reyes
Jn	Juan	2 Re	2.º Reyes
1 Jn	1.a Juan	Rom	Romanos
2 Jn	2.a Juan	Rut	Rut
3 Jn	3.a Juan	Sab	Sabiduría
Jds	Judas	Sal	Salmos
Jdt	Judit	1 Sm	1º Samuel
Jue	Jueces	2 Sm	2º Samuel
Lam	Lamentaciones	Sant	Santiago
Lv	Levítico	Sof	Sofonías
Lc	Lucas	1 Tes	1.º Tesalonicenses
1 Mac	1.º Macabeos	2 Tes	2.º Tesalonicenses
2 Mac	2.º Macabeos	1 Tim	1.º Timoteo
Mal	Malaquías	2 Tim	2.º Timoteo
Me	Marcos	Tit	Tito
Mt	Mateo	Tob	Tobías
Miq	Miqueas	Zac	Zacarías
Nah	Nahún		

Bibliografía

- ALONSO SCHOKEL, L. Y MATEOS, J., Nueva Biblia Española. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1990.
- ALONSO SCHÓKEL, L., Diccionario Bíblico Hebreo-Español. Trotta, Madrid, 1994.
- BARCLAY, W, Palabras griegas del Nuevo Testamento. Su uso y su significado. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso (Texas), 1997.
- BRUCE, E E, MARSHALL, I. H. Y MILLARD, A. R., Nuevo diccionario bíblico Certeza. Certeza Unida, Buenos Aires, 2003.
- CASTEL, E, Historia de Israel y de Judá. Verbo Divino, Estella, 1984.
- CERNI, R. ET ALT., Antiguo Testamento interlineal hebreo-español. CLIE, Barcelona, 2002.
- COENEN, L., BEYREUTHER, E. Y BIETENHARD, H., Diccionario Teológico del Nuevo Testamento. Sígueme, Salamanca, 1987.
- CORSANI, B., Guía para el estudio del griego del Nuevo Testamento. Sociedad Bíblica, Madrid, 2001.
- CHÁVEZ, M., Diccionario del hebreo bíblico. Mundo Hispano, El Paso (Texas), 1981.
- DELE, B., Atlas bíblico ilustrado. San Pablo, Madrid, 2003.
- DE VAUX, R., Instituciones del Antiguo Testamento. Herder, Barcelona, 1992.
- EINSLE, H., El misterio bíblico. Martínez Roca, Barcelona, 1989.
- EISSFELDT, O., Introducción al Antiguo Testamento. Cristiandad, Madrid, 2000.
- FIEDMAN, R. E., ¿Quién escribió la Biblia? Martínez Roca, Barcelona, 1988.
- GARCÍA CORDERO, M., La Biblia y el legado del Antiguo Oriente. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1977.
- GONZÁLEZ LAMADRID, A., Las tradiciones históricas de Israel. Verbo Divino, Estella, 1993.
- HERRMANN, S., Historia de Israel en la época del Antiguo Testamento. Sígueme, Salamanca, 1985.
- HITCHCOCK, ROSWELL D., An Interpreting Dictionary of Scripture Proper Names. A. J. Johnson, Nueva York, 1874.
- ILLINOIS BENEDICTINE COLLEGE (1611), King James Version of the Bible. The Project Gutenberg (Second Version, 10th Edition), 1992.
- JARAMILLO, L., Santa Biblia Nueva Versión Internacional: International Bible Society. Colorado Springs (Colorado), 1984.
- LACUEVA, E, Nuevo Testamento interlineal griego-español. CLIE, Barcelona, 1990.
- LOCKWARD, A. (ed.), Nuevo Diccionario de la Biblia. Unilit, Miami, 1999.
- MAIER, J. Y SCHAFER, P., Diccionario del judaísmo. Verbo Divino, Estella, 1996.
- MARTÍNEZ, J. M., Hermenéutica Bíblica. CLIE, Barcelona, 1987.
- MAY, H. G. (ed.), Atlas bíblico Oxford. San Pablo y Verbo Divino, Madrid, 1998.
- NÁCAR, E. Y COLUNGA, A., Sagrada Biblia. Edica, Madrid, 1979.
- NICCACCI, A., Sintaxis del Hebreo Bíblico. Verbo Divino, Pamplona, 2002.
- NIDA, E. A. (ed.), Dios habla Hoy. Sociedades Bíblicas Unidas, Nueva York, 1979.
- NIDA, E. A. Y REYBURN, W D., Significado y diversidad cultural. Sociedades Bíblicas Unidas, Miami, 1998.
- O'CALLAGHAN, J., Los papiros griegos de la cueva 7 de Qumran. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1974.
- OCHOA, J., Atlas histórico de la Biblia. Antiguo Testamento. Acento, Madrid, 2004.
- , Atlas histórico de la Biblia. Nuevo Testamento. Acento, Madrid, 2004.
- ORTIZ VALDIVIESO, P., Concordancia manual y diccionario griego español del Nuevo Testamento. Sociedad Bíblica, Madrid, 2001.
- PORTER, N. (ed.) (1913), Webster's Revised Unabridged Dictionary.

- Springfield (Massachusetts): C. & G. Merriam Co. La versión digitalizada es de MICRA, Inc. (Plainfield, Nueva Jersey, 1999).
- PUECH, H-C (ed.), Historia de las Religiones Siglo Ioa: Las religiones antiguas. II; Vol. 2. Siglo xxi, Madrid, 1977.
- , Historia de las Religiones Siglo xxi: Las religiones en el mundo mediterráneo y en Oriente Próximo. I; Vol. 5. Siglo xxi, Madrid, 1979.
- RAND, W W (ed.), American Tract Society Bible Dictionary. American Tract Society, Nueva York (c 1859).
- READER'S DIGEST, Los porqués de la Biblia. Reader's Digest México, 1994.
- , Quién es quién en la Biblia. Reader's Digest Selecciones, Madrid, 1996.
- REINA, C. y VALERA, C., Santa Biblia. Sociedades Bíblicas en América Latina, México, 1960.
- RICCIARDI, R. Y HURAUT, B. (1995). Biblia Latinoamericana. San Pablo y Verbo Divino, Madrid.
- RODRÍGUEZ, P., La vida sexual del clero. Ediciones B, Barcelona, 1995.
- , Mentiras fundamentales de la Iglesia católica. Ediciones B, Barcelona, 1997.
- , Mitos y ritos de la Navidad. Ediciones B, Barcelona, 1997.
- , Pederastia en la Iglesia católica. Ediciones B, Barcelona, 2002.
- RODRÍGUEZ CARMONA, A., La religión judía. Historia y teología. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001.
- SANTA SEDE, Catecismo de la Iglesia católica. Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1992.
- SCHMITDT, W. H., Introducción al Antiguo Testamento. Sígueme, Salamanca, 1983.
- SHONFIELD, H. J., El Nuevo Testamento original. Martínez Roca, Barcelona, 1990.
- SOCIEDAD BÍBLICA EN AMÉRICA LATINA, Concordancia de las Sagradas Escrituras: Para uso con Revisión de 1960 de la versión Reina-Valera. Caribe, Nashville (Tennessee), 2000.
- STENDEBACH, F. J., Introducción al Antiguo Testamento. Herder, Barcelona, 1996.
- STRANGE, J., Atlas Bíblico. Sociedades Bíblicas Unidas, Madrid, 1999.
- STRONG, J. (2007 [1890]). Strong's Exhaustive Concordance of the Bible. Hendrickson Publishers.
- THE LOCKMAN FOUNDATION, Biblia de las Américas. La Habra (California). The Lockman Foundation, Peabody (Massachusetts), 1997.
- , Nueva Biblia de los Hispanos. The Lockman Foundation. La Habra (California), 2005.
- TORRES AMAT, E Y PETISCO, M., Sagrada Biblia. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1928.
- TREBOLLÉ, J., La Biblia judía y la Biblia cristiana. Trotta, Madrid, 1993.
- UBIETA, J. A. (ed.), Biblia de Jerusalén. Desclée, Bilbao, 1998. VINE, W. E., UNGER, M. F. Y WHITE, W. Jr., Vine's Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words . Thomas Nelson Publishers, Nashville (Tennessee), 1996.
- WATCHTOWER BIBLE AND TRACT SOCIETY, Nuevo Mundo de las Santas Escrituras. Watchtower Bible and Tract Society, Nueva York, 1967.
- WIGODER, G. (ed.), Nuevo Diccionario de la Biblia. Lugares, concordancias y personajes. Mario Muchnik, Barcelona, 2001.
- WIGRAM G. V. (1843), The Englishman's Hebrew and Chaldee Concordance of the Old Testament. Samuel Bagster and Sons, Londres, 1971.
- WOLFF, H. W, Antropología del Antiguo Testamento. Sígueme, Salamanca, 1997.
- WRIGHT, G. E. Y FILSON, E V, Atlas histórico Westminster de la Biblia. Casa Bautista de Publicaciones. Miami (Florida), 1974. YATES, K. M., Nociones esenciales del hebreo bíblico. Casa Bautista de Publicaciones, Paso (Texas), 1970.

ZOGBO, L. Y WENDLAND, E., *La poesía del Antiguo Testamento: pautas para su traducción*. Sociedades Bíblicas Unidas, Miami, 2000.